

Maryam
Anastasia

SAMANTHA

SAMANTHA

Maryam Anastasia

Agradecimientos

A todos los de que de una manera u otra contribuyen a que yo siga escribiendo y a que esto sea posible, gracias. Muchas gracias por formar parte del proceso y por animarme a continuar, y espero que este libro también lo sintáis como vuestro.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

Capítulo 21

Epílogo

Capítulo 1

No es fácil cargar con la culpa de lo que uno no ha hecho, pero si es lo que la vida ha dispuesto para ti, solo puedes hacerte fuerte y luchar contra lo que venga. Tampoco es fácil ser una mujer musulmana y no seguir las costumbres de tu país, y es por eso, entre otras cosas, que vivo desde hace cinco años con mi padre, un americano nacido y criado en Nevada, y con cientos de millones en el banco por los negocios, un tanto ilegales, que lleva a cabo en Las Vegas. Nathan, que es su nombre, y Sharaf, el que fue el marido de mi madre, eran socios cuando ella aún vivía, y es cuando me engendraron a mí. Se veían a escondidas de Sharaf, aunque este sospechó algo desde un principio, y lo confirmó al ver en mí algunos rasgos de mi padre. Todo lo que ocurrió después es algo que me gustaría olvidar y que más de una noche me ha quitado el sueño, pero si de algo estoy segura, es que no descansaré hasta que Sharaf pague por todo el daño que me hizo.

Sigo peinando mi gran melena castaña oscura frente al espejo mientras pienso todo lo que tengo que hacer todavía hasta que llegue ese momento que tanto deseo, y se me dibuja una sonrisa en la cara al imaginar al que era marido de mi madre destruido por mí. He de reconocer que me hizo mucho daño, pero al menos yo estoy viva.

Termino con mi pelo, y acto seguido abro el recipiente de las lentillas para colocármelas. Parpadeo un par de veces para comprobar que están en su sitio y que no puede apreciarse mi verdadero color bajo ellas, y salgo finalmente del baño. No uso las lentillas por que necesite gafas, sino para ocultar mi heterocromía. No me gusta llamar la atención, y eso provoca que yo sea la diana de todas las miradas.

Me siento sobre la cama después de abrocharme los vaqueros, y me pongo los zapatos. Ya estoy lista para batallar con el día que tengo por delante.

—¡Sam! —grita Helena desde afuera de la habitación—. ¡Nos vamos en cinco minutos!

—Solo necesito dos —contesto en el mismo tono.

Aún no me acostumbro del todo a que haya otra mujer viviendo bajo el mismo techo que yo, y eso que ya hace más de un año que se incorporó a la

plantilla de mi padre como experta en armas. Lo cierto es que es agradable tener a alguien con quien poder hablar de vez en cuando.

Vuelvo a revisarme de arriba abajo en los espejos que hay dentro de mi vestidor, y me marchó tras meterme el móvil en el bolsillo del pantalón. Salgo al pasillo y bajo los dos pisos de escalones que hay en la casa hasta llegar al recibidor donde están esperándome para irnos excepto Tay, Aaron y mi padre, que ya han salido. Supongo que para comentar algunos asuntos legales de los que tendrá que hacer uso en la reunión de ahora, ya que Aaron es el mejor abogado que ha puesto pie en este planeta.

Llego al lado de Helena, Dereck y Salvador, y me miran para que les confirme que podemos irnos. Dereck me penetra con su mirada, intentando intimidarme con esos grandes ojos color avellana y con la cabeza que me saca de altura, aunque también es el doble que yo de ancho. Digamos que físicamente hace honor al título de maestro de artes marciales que posee.

—¿Vamos? —se decide a decir finalmente.

—No, iré en el coche de Helena. Tengo que hablar sobre algunos asuntos con ella —añado con una sonrisa fingida.

—Supongo que tendrás que conformarte conmigo —espeta Salvador con una mano en el hombro de Dereck.

Helena posa sus ojos castaños en mí, extrañada ante la situación, puesto que no hay ni una vez que no vaya en el mismo coche que Dereck, pero no tengo tiempo para explicaciones ni ganas de darlas. Me dirijo al coche detrás de la melena cobriza de Helena, y entramos en el vehículo casi a la par para ponernos en circulación rápidamente siguiendo el automóvil de don Musculitos.

—¿Vas a decirme a qué ha venido eso? —pregunta Helena con sus ojos castaños puestos en la carretera.

—Me han dicho que tú estás encargada de organizar mi fiesta de graduación, y necesitaba asegurarme de que sabes lo que quiero —me excuso con la pretensión de que se lo crea.

—Sabes que puedo aconsejarte sobre lo que sea. Aunque no tengamos la misma edad, yo ya habré pasado seguramente por eso —insiste dedicándome su sonrisa por unos segundos.

—Estoy bien —sentencio dando por concluido el tema.

Ni ella ni ninguno de los otros que habitan en la mansión tienen mi edad. Helena, es la que más se acerca, aun así me saca unos ocho años, Dereck nueve, y los demás más de diez. No es que tenga un problema con eso, pero de

vez en cuando echo en falta a alguien de veintiséis años que me siga en mis locuras y desvaríos.

Llegamos a la zona industrial de la ciudad justo cuando termino de cerciorarme de que la organización de la fiesta va viento en popa, y Helena aparca el coche en medio del azul metalizado de Dereck y el negro de mi padre, todos ellos Conquest Knight XV. Una de las mejores marcas de vehículos blindados. Mi padre no es de los que escatiman a la hora de mantener seguros a los suyos ni a él.

Bajo del automóvil, y me dirijo hacia Salvador para caminar a su lado hasta la nave donde se encuentra mi padre con Tay, Aaron y los tíos con los que va a cerrar el trato. Don Musculitos y Helena se adelantan para ir abriendo camino y asegurarse de que no hay peligro, y Salva y yo los seguimos a poca distancia.

—Manteneos alerta —ordena Dereck clavando sus ojos en mí.

—Solo es una transacción, todo saldrá bien —aseguro restándole importancia.

—Nunca des nada por sentado, creía que ya lo habías aprendido —me increpa apartándome la mirada.

Pongo los ojos en blanco, y lo dejo pasar por que no es momento para reproches. Ahora tenemos que preocuparnos solo por la mercancía que vamos entregar. Tiene que estar en perfectas condiciones y completa, y el pago debe efectuarse sin percances. Así es como lo ha querido mi padre.

Los cuatro nos detenemos frente a él, que estaba solo conversando con dos desconocidos. Lleva un traje de chaqueta negro, unos zapatos del mismo color, y exhibe su pelo canoso con orgullo. Podría pasar desapercibido con esas pintas en una ciudad como esta, pero sus ojos, uno azul y otro verde, como los que yo he heredado de él, hacen que no pase inadvertido.

Dereck se coloca a su lado para supervisar el diálogo que mantienen entre ellos, Helena se marcha para comprobar el estado de las armas por orden de Nathan, y Salvador y yo nos quedamos en el sitio, inmóviles, observando cómo se desarrolla la escena desde la distancia.

Salvador es un hombre entrañable. Apenas dos semanas después de reencontrarme con mi padre, él ya se había ganado mi confianza. Su voz tranquilizadora y su mirada azul harían bajar la guardia a cualquiera. Además, el hecho de que sepa sobre medicina hace que nos resulte bastante valioso. Sin él estaríamos perdidos, pues necesitamos de sus servicios más de lo que imaginamos.

Unos quince minutos después vuelve Helena con el resto del grupo, todo está listo y preparado para el traslado. Solo falta que nos entreguen el dinero, y lo hacen en cuanto las cajas están cargadas en sus camiones.

—Te dije que saldría bien —proclamo en voz alta una vez que se han ido.

Dereck niega con la cabeza, sin dignarse a responderme por lo que acabo de decir, y a Salvador se le escapa una pequeña carcajada.

—Dejad la cháchara para otro momento —decreta mi padre seriamente—. Tenemos que salir de aquí cuanto antes.

Aaron se hace con las dos enormes bolsas llenas de dinero y se dirige hacia el aparcamiento mientras nosotros caminamos a sus espaldas. Intento evitar a don Musculitos y posicionarme al lado de Helena para volver a casa con ella, pero Nathan me hace una señal para que lo acompañe a él. Esto me huele a que voy a tener que tragarme otra charlita sobre el negocio que deberé atender cuando él falte.

Regresamos a la mansión después de diez minutos escuchando a Nathan que me han parecido eternos. Si llegamos a tardar más, me hubiese tirado del coche en marcha. Estoy cansada de escuchar la misma retahíla una y otra vez, y ni siquiera estoy segura de querer seguir con esto cuando él muera. Por ahora lo único que me interesa es que Sharaf y yo volvamos a vernos las caras.

Vamos entrando poco a poco todos en la mansión, y Tay, Aaron y Salvador se dirigen a sus habitaciones que son las que están en la segunda planta de la casa, junto a las del resto del grupo. Solo la de mi padre y la mía están en el tercer piso. Así lo dispuso Nathan para protegernos. Si alguien quiere llegar hasta nosotros, primero tendrá que pasar por encima de ellos.

En la planta baja es donde está la cocina, la sala de reuniones, la piscina cubierta que es el eje central de la mansión, y el gimnasio donde solemos realizar nuestros entrenamientos. Fuera de la casa también hay un acondicionamiento perfectamente habilitado como campo de tiro, que es el lugar preferido de Helena, además del aparcamiento para los coches y un montón de espacio sin edificar. Le insistí a mi padre para que lo plantara todo de césped, y hace unos días salieron los primeros brotes. Es un lugar algo oscuro, ya que todos los elementos que regentan la casa son de tonalidades negras, así que pretendía darle un poco de vida a esto y que no parezca que está abandonado, aunque con tantas cámaras por los alrededores es difícil pensar que aquí no vive nadie.

—¿Quieres practicar un poco tu puntería? —sugiere Helena que sigue de pie a mi lado en el recibidor, interrumpiendo así el hilo de mis pensamientos.

Asiento con la cabeza, y diviso por el rabillo del ojo a mi padre que se adentra en la sala de reuniones y a Dereck tras él. Espero que no se le pase por la cabeza contarle nada sobre lo nuestro, porque es lo último que necesito.

Llegamos al campo de tiro y nos hacemos con un arma cada una. Colocamos dianas nuevas en los maniquís del fondo, luego nos incorporamos los cascos que aíslan el ruido, y comenzamos a disparar hasta que vaciamos los cargadores. Y así una y otra vez hasta que logro convencerla para que salgamos a comer y a divertirnos un poco las dos solas, por lo que decidimos dejarlo y empezar a prepararnos.

Me doy una ducha rápida y me pongo unos vaqueros ajustados, una blusa blanca con algo de escote, mis botines con tacón y la chaqueta de cuero negra. Helena llama a la puerta de mi habitación un minuto después para avisarme de que ya está lista, así que realizo la misma rutina de a diario, que viene a ser revisarme de arriba abajo en los espejos de mi vestidor, y nos marchamos. Bajamos las escaleras a la par, nos dirigimos al aparcamiento, y nos subimos al coche de Helena. Esta enciende el motor, y cuando se dispone a acelerar, Salvador aparece a paso ligero y se detiene en medio de nuestro camino.

—¿Dónde vais solas? —nos reprende con las manos en jarra.

—A pasar una tarde de chicas —alego algo sorprendida por su actitud.

—Está bien, supongo que seré chica por una tarde —espetea rodeando el coche para subirse a los asientos traseros.

—¿Qué ocurre? —interpela Helena también desconcertada.

—¿Es que no me puede apetecer salir un rato de aquí?

—Está bien, no hace falta que seas tan borde —advierto antes de indicarle a Helena que reanude la marcha.

—No te pongas así, si sé que me adoras —afirma revolviéndome la melena con ambas manos.

—¡Para, Salva, para! —exclamo mientras salimos del solar—. Eres irritante —concluyo fingiendo enfado.

—Eso dices, pero en realidad no sabrías qué hacer sin mí.

Y lleva toda la razón del mundo. Desde el primer día que llegué a la mansión se me ha hecho indispensable. Soy una mujer propensa a las caídas, experta en hacerme desde el más mínimo rasguño hasta la más grave rotura de huesos, y él siempre ha estado para sanarme.

Una vez que llegamos al restaurante donde hacen las mejores hamburguesas de toda Las Vegas, nos ponemos las botas los tres con la comida. Da gusto poder disfrutar de vez en cuando de una vida normal, como las personas de a

pie que nos rodean.

Terminamos de comer y el camarero que nos había atendido nos trae unos chupitos, cortesía de la casa, para que nos ayuden a bajar la comida, pero Helena lo convence de que solo uno no le hará efecto. Es una mujer atractiva que sabe muy bien cómo utilizar sus atributos para conseguir lo que desea. Al principio pensaba que mi padre solo la contrató para intentar acostarse con ella, pero es demasiado estricto para ocurrírsele ni siquiera eso, y Helena ha demostrado que es toda una profesional y que maneja perfectamente toda arma que se le ponga por delante. Me disculpo para ir al baño antes de irnos, y creo que logro escuchar a Helena pedirle explicaciones a Salvador por su actitud de camino hacia aquí, pero estoy demasiado lejos como para enterarme de la respuesta que le da él.

Llego al baño de mujeres y, nada más abrir la puerta, visualizo a un tipo en traje de chaqueta, fuerte cual roble, con los brazos cruzados, y bastante alto. Incluso más que Dereck. Giro sobre mis talones para entrar a los servicios de enfrente, asumiendo que me he confundido y, cuando me dispongo a salir de allí, hay otro gorila taponándome el paso.

—¿Tú no trabajas para el señor O'Connell? —pregunta entrando al baño para cerrar la puerta tras de sí.

—¿Con uno de vosotros no bastaba para mí? —inquiero preparándome mentalmente mientras tanto para salir de aquí ilesa.

—¿Serías tan amable de acompañarnos? —añade el otro tipo ignorando mi comentario.

—No os ofendáis, pero tengo mejores planes, chicos —aseguro invitándole con la mano a que se quite de en medio.

No obtengo respuesta alguna por parte de ninguno de los dos. Lo que sí hacen es comenzar a avanzar poco a poco hacia mí.

—No queremos hacerte daño, solo que vengas con nosotros —confiesa el último que ha entrado en el baño.

—Yo tampoco quiero haceros daño, pero no puedo decir lo mismo si me ponéis un solo dedo encima —adviento seriamente.

Los escucho soltar una pequeña carcajada, imagino que han asumido que no puedo hacerles nada por mi tamaño, pero están equivocados. Torres más altas han caído ante mis pies, claro ejemplo de ello lo tengo en Dereck.

El que tengo en frente desliza su mano hasta mi brazo, me sujeta con fuerza para atraerme hacia él, y yo le asesto un golpe con el canto de la mano en la nuca. Un quejido ahogado sale de su boca, y me suelta para llevarse las manos

a la garganta. El otro gorila se aproxima rápidamente para intentar inmovilizarme apresándome ambas manos a mi espalda, pero alcanzo a darle un codazo en la boca del estómago, y también me suelta con la pretensión de aliviar su dolor, hasta que comenzamos a forcejear. Ellos en ningún momento han intentado golpearme, pero la cosa cambia cuando uno saca su arma y realiza un disparo al aire.

—Ya me he cansado. O vienes por las buenas, o lo harás por las malas — amenaza con la pistola apuntando ahora a mi cabeza.

—Tendrá que ser por las malas —afirmo dedicándole una sonrisa.

Pero no le da tiempo a hacer nada más, ya que alguien abre la puerta de repente y el tipo armado que estaba de pie justo frente al umbral se lleva el golpe, haciendo que la pistola se le escurra de las manos.

Es un chico joven, de pelo moreno, de tez clara y alto, pero no tanto como estos dos idiotas con los que mantenía la disputa. Tiene una boca que haría delirar a cualquiera, y unos ojos grises preciosos. Diría que es el hombre más atractivo que he visto en mi vida, y lo confirmo al echarle un vistazo nuevamente de pies a cabeza. El muchacho no dice nada, pero cuando divisa al otro tipo intentando sacar un arma, da un paso hacia delante, coge del traje de chaqueta al tío al que acaba de atizar con la puerta, y lo empuja hacia el otro, provocando que se choquen de bruces.

—Vamos —me ordena con una voz grave, ronca y sexi que hace juego con su aspecto de adonis, y me tiende su mano para que la estreche.

Aún estoy petrificada en el sitio, intentando asimilar que de verdad existen hombre así, y el chico reacciona por mí avanzando hasta donde estoy para sacarme de ahí él mismo.

Salimos del baño, y un segundo después aparecen Salva y Helena asustados por el ruido del disparo

—¿Qué ha ocurrido? —escupe Salvador con nerviosismo.

—¿Estás bien? —dice Helena acto seguido echándole un ojo al chico que aferra mi mano.

No consigo decir nada, pues los matones recobran la compostura y se ponen a la vista de Salvador y Helena. Uno de ellos vuelve a levantar su arma contra mí, y esta vez sí dispara, pero Salva se mueve rápidamente para interceptar la bala por mí.

—¡Salvador! —grito a pleno pulmón saliendo de mi burbuja.

No tengo consciencia de lo que pasa a mi alrededor después de eso, solo sé que me hincó de rodillas para auxiliar a Salva, y que Helena y el otro chico

se ocupan de los gorilas. La bala ha traspasado su cuerpo y está perdiendo mucha sangre, por lo que me rasgo la blusa e intento obstruir la herida.

—Aguanta, Salva —ruego hecha un manojo de nervios—. Te llevaremos a la mansión, te coseremos la herida, y en un par de días estarás incordiándome de nuevo —le prometo buscando desesperadamente a Helena con la mirada.

—Deja que me ocupe yo —propone el chico de ojos grises—. Mantén su cabeza en alto y no dejes de hacer presión en el agujero de salida que tiene en su espalda.

El Adonis inspecciona la herida de Salvador, y me advierte de que posiblemente tenga un pulmón perforado, de ahí la cantidad ingente de sangre que está derramando. El pulso de Salva se hace poco a poco más débil, y la ambulancia a la que ha llamado Helena tarda en llegar. Tenemos totalmente prohibido inmiscuir a policías médicos u otros funcionarios del estado en nuestras vidas, pero en esta ocasión no tenemos más remedio que hacerlo. Salvador es el que ejerce como médico, y si él es el afectado, tenemos que recurrir a lo que sea con tal de que sobreviva.

—Samantha —susurra a duras penas—. Tenéis que iros ya. Cuéntale a tu padre lo que ha pasado, y dile que estaba en lo cierto respecto a sus sospechas.

—No vamos a dejarte aquí —le aseguro procurando quitarle la idea de la cabeza.

—Helena —dice ahora elevando el tono—. Llévatela y ponla a salvo —le exige haciendo un esfuerzo sobrehumano para hablar.

—Tiene razón, Sam —admite con todo el dolor de su corazón—. Dereck, Tay y Aaron están en camino, ellos se ocuparán de todo.

—¿Estás loca? No podemos irnos y dejarlo aquí tirado —le recrimino con furia.

—No os preocupéis. Yo me quedaré con él todo el tiempo que sea necesario —garantiza el otro chico mirándome fijamente a los ojos.

—Está bien —acepta Helena—. Vámonos, Sam —concluye sujetándome de un brazo para ponerme en pie y sacarme de allí a la fuerza.

Capítulo 2

Llegamos de regreso a la mansión, y me bajo del coche de Helena hecha una furia. Sigo sin poder creer que hayamos dejado a Salvador cuando estaba tan mal herido sin ni siquiera esperar a que llegasen los demás para socorrerlo, y encima se ha quedado con él ese tipo que no tenemos ni la menor idea de quién es. Sabía cómo moverse para luchar, de hecho he visto a profesionales que se movían con más torpeza, así que podría ser alguien del gobierno. Un policía, un militar o algo por el estilo, aunque también parecía tener conocimientos sobre primeros auxilios. El caso es que es un completo desconocido que ha aparecido en el momento justo en el que nos hacía falta, y mi instinto me dice que coincidencias como esta no existen.

—Sam —gruñe Helena siguiéndome hasta la entrada de la casa—. Espérame, tenemos que informar a tu padre de lo ocurrido de inmediato.

—Es a su despacho a donde me dirijo —admito aligerando el paso.

Helena continúa hablándome, intentando convencerme de que lo que hemos hecho es lo correcto, pero la ignoro porque no tengo ganas de enfrascarme ahora mismo en una discusión con ella.

Abro la gran puerta que precede a la vivienda, y subo rápidamente los tres pisos de escalones que hay antes de llegar frente al despacho de Nathan, donde pasa la mayor parte de su vida, pero solo por seguridad. A simple vista puede parecer una habitación más de la casa, normal y corriente, pero es un búnker bien protegido. Tiene solo una entrada visible al ojo humano, y dos más escondidas en los vestidores de nuestros respectivos cuartos que son de entrada, pero no de salida. Una vez dentro puedes hacer que se precinten todas esas entradas y es entonces, y solo entonces, cuando una cuarta puerta entra en escena, y es la de emergencia. Está en el suelo, bien oculta bajo el escritorio de mi padre, y solo puede abrirse con la huella digital de Nathan o la mía. Te lleva a través de una escalera perpendicular directamente al sótano, a un coche preparado para la huida que espero no tener que utilizar nunca. Me gustaría vivir en paz por muchos años, pero eso no es algo que la vida haya dispuesto para mí.

Doy un par de golpecitos en la puerta de acero reforzada tras la que se

encuentra mi padre, y en cuanto me invita a pasar me adentro acompañada de Helena, que llega sin respiración por el esfuerzo. Será una experta en armas, pero como deportista no tiene mucho fondo.

—¿Qué ha pasado? —escupe sin apartar la mirada de los documentos que hay en su mesa.

—Nos han atacado —respondo provocando que ponga sus ojos en mí—. Salvador dice que tus sospechas son certeras.

Helena se dispone a soltar la perorata de todo lo ocurrido, pero Nathan alza su índice indicándole que guarde silencio mientras termina de pensar, y cuando lo hace, vuelve a posar su mirada en mí.

—¿Tú estás bien? —pregunta divisando toda la sangre de Salva que llevo impregnada en la ropa y en la piel.

—Eso creo —musito palpando con las manos varias zonas de mi cuerpo hasta que suelto un pequeño quejido—. O tal vez no.

—Mírate eso, ve a darte una ducha y luego hablamos —ordena frío como un tempano—. Helena terminará de ponerme al día —añade señalándole una silla situada frente a su escritorio.

Asiento levemente con la cabeza, y acato sus exigencias sin rechistar. Sé que no sirve de nada hacerlo, otros han intentado persuadirlo con armas más eficaces y no han obtenido resultado alguno, así que no voy a ser yo quien lo consiga.

Me meto en la ducha con la aguja y el hilo que he cogido del botiquín para suturarme el corte tras comprobar que sí he resultado herida en la pelea con los dos gorilas, y dejo que el agua se lleve la sangre de mi cuerpo. Me coso con unos cuantos puntos, recordando aquellos años en los que también tenía que curar mis heridas yo sola, pero vuelvo inmediatamente a la realidad al pensar en Salvador, y culmino con la mayor rapidez posible.

Con un albornoz me seco de arriba abajo mientras busco en el vestidor algo que ponerme. Rescato una camisa del fondo del armario, y es en ese instante, entre prenda y prenda, que escucho a mi padre alterado pidiéndole explicaciones a Helena por salir los tres solos de la mansión. Su despacho búnker está bien aislado, pero es posible llegar a oír la conversación si te sitúas cerca de la puerta, y también ayuda el hecho de que esté gritando. Nathan sigue reprochándole en voz alta todo lo que se le pasa por la mente, pero baja el tono cuando menciona el nombre de mi padrastro. El marido de mi madre que me cree muerta, y que me perseguirá hasta el fin de mis días si llega a saber que mi corazón aún sigue latiendo.

La charla continúa, aunque en una tonalidad que mis oídos no llegan a percibir, así que acabo de vestirme dándole vueltas al asunto, hasta que unos pasos firmes que suben por la escalera hacen que ponga los pies en la tierra. Doy un salto hacia la puerta de mi habitación y la abro de golpe, encontrándome de frente con Dereck, Aaron, Tay y el chico de ojos grises del restaurante, pero no hay rastro de Salva, solo de su sangre, que la llevan todos encima.

—¿Y Salvador? —espeto sintiendo presión en el pecho.

Ninguno se atreve a contestar, aunque por sus caras puedo adivinar cuál es el motivo. No han logrado que sobreviva.

—¿Dónde está?

El chico de ojos grises intenta descifrarme, observándome de arriba abajo, pero por su gesto de incertidumbre, parece que no puede hacerlo.

—Hemos dejado su cuerpo en la planta baja, en la enfermería —anuncia finalmente Dereck.

Por inercia, mis piernas empiezan a correr escaleras abajo, dejando atrás al grupo de hombres con la ropa ensangrentada, porque necesito verlo. Tengo que comprobar con mis propios ojos que está muerto.

—¡Sam, espera! —exclama Dereck tras de mí bajando también los peldaños a toda prisa.

Freno en seco la carrera en cuanto llego a la puerta de la enfermería. Rodeo el picaporte con mi mano, y giro lentamente mientras mi mente se prepara para lo que acontece. Tiro hacia mí y comienza a abrirse, pero antes de que pueda hacerlo, Dereck llega y apoya su mano sobre la puerta para cerrarla.

—Creo que no deberías verlo así —advierde dejando caer su otra mano sobre mi hombro.

—Tengo que hacerlo.

—Samantha...

—Ha sido por mi culpa —asumo bajando la voz a la vez que golpeo la puerta con el puño.

—¿Tú has apretado el gatillo? —inquire haciendo que gire sobre mis talones para quedar cara a cara.

—No, pero...

—Pero nada. Todos sabemos a lo que nos exponemos al aceptar este trabajo, y esta puede ser una de las consecuencias, aunque no la peor —aclara con la misma frialdad que porta mi padre—. ¿Quieres... un abrazo? —añade

al percibir que estoy a punto de derrumbarme y comenzar a llorar.

Sé que quedamos en que el contacto físico entre nosotros dos estaba totalmente prohibido, pero es el único consuelo que voy a recibir por parte de las personas que me rodean, y por eso doy medio paso hacia delante y lo rodeo con mis brazos antes de que él haga lo mismo. Me envuelve completamente, y me estrecha contra su cuerpo haciendo que me sienta un poco mejor, aunque me libera rápidamente cuando una tos proveniente de la garganta de mi padre nos avisa de que están todos allí de pie, contemplando la escena.

—¿Todo bien? —proclama Nathan fulminando con los ojos a Dereck.

—Sí —afirmo retrocediendo un paso hacia atrás.

—Bien, entonces retírate a tu habitación. Luego te mandaré llamar para poneros a todos al día —concluye siguiendo su camino hasta dentro de la enfermería.

Aaron, Tay, Helena, el chico que aún no conocemos y Dereck lo acompañan, y antes de que me cierren la puerta en las narices, consigo vislumbrar otros dos cuerpos más aparte del de Salvador, que supongo que pertenecerán a los dos gorilas que han causado su muerte, pero en realidad lo único que pasa en estos momentos por mi cabeza es qué pinta ese tipo aquí, y porqué puede enterarse de lo que ocurre cuando yo no.

Regreso a mi habitación y me aproximo al balcón llamada por el maullido del gato negro que viene de vez en cuando a pedir comida, y ahí está, sentado sobre las patas de atrás mientras da golpecitos con las de delante en el cristal. Me encanta su carácter y su espíritu libre. Los gatos no son ni sumisos ni dominantes, simplemente viven y dejan vivir.

Saco el cuenco que empleo usualmente para saciar su hambre, y lo lleno del pienso que compro especialmente para esta criatura hermosa. Así es, no es mi gato, ni este es su hogar, pero viene de vez en cuando y me alegra el día, por eso le doy comida a cambio, y puede que también algún que otro mimo.

Pasan las horas y nadie aparece por mi cuarto para mantener la conversación con mi padre que ha mencionado antes, y la impaciencia se apodera de mí. Me gustaría saber ya quién está detrás de todo esto, y el por qué. Tenemos muchos enemigos, y cada uno tiene su firma, pero este no es el *modus operandi* de ninguno de ellos. No les atrae mucho la idea de llamar la atención, por lo que no suelen montar estos numeritos delante de tanto público.

—Samantha —murmura Helena tras la puerta de mi estancia—. Nathan nos espera en su despacho.

El gato sale de un salto por el balcón cuando me levanto de la cama bruscamente, y una vez que me aseguro de cerrar bien las ventanas, me dirijo a paso firme hacia la recámara contigua donde Helena me sostiene la puerta abierta para no perder tiempo.

Mi padre está sentado en la silla que hay tras el escritorio, y mientras él habla todos permanecen callados, escuchando atentamente cada sílaba que sale de su boca.

—Tendrás que demostrarnos que es cierto —exhorta mirando hacia el chaval nuevo—. Encárgate tú, Dereck.

Don Musculitos asiente y se marcha con el chico, dejándonos aquí a mi padre, Aaron, Tay, Helena y a mí.

—¿Y bien? —espeto a Nathan para que vaya al grano.

—Llevábamos un tiempo sospechando que Sharaf se traía algo entre manos. Suponíamos que estaba esperando el mejor momento para arremeter contra nosotros, y es obvio que lo ha encontrado.

—Tenemos que contraatacar —me apresuro a decir.

—Primero hay que pensar un buen plan. No podemos tomar las armas y salir a buscarlo. Él ni siquiera está en Las Vegas —asegura entrelazando los dedos de su mano sobre la mesa.

—Podríamos hacerlo venir haciéndole una ofrenda de paz —sugiero sedienta de venganza.

—¿Y, con qué vamos a obsequiarle para que se atreva a venir al territorio de su peor enemigo? —reprocha Aaron dejando escapar una risita sarcástica.

—Hay que darle algo que le guste tanto como el dinero, que son las mujeres. Solo tenemos que encontrar a alguien dispuesta a hacerlo y le propondremos a Sharaf que se case con ella. Que su mujer lo mate lo cogerá por sorpresa —concluyo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Es un plan disparatado —recrimina Tay cruzándose de brazos.

—Pero puede funcionar —añade Helena.

—¿Qué opinas tú? —inquire Aaron esperando una respuesta por parte de mi padre.

—Tengo que meditarlo.

Y ya no hay nada más que hablar hasta que Nathan determine si el proyecto llegará a buen fin o se quedará en otra simple sugerencia que no llega a ningún puerto.

Con la cabeza nos indica que ya podemos irnos, y antes de volver a mi cuarto, Helena y los demás me animan a unirme a ellos a beber en la sala de

reuniones para ahogar las penas de un día nefasto y recordar los momentos que vivimos con Salva. No me importaría beber un par de tragos, pero ni quiero ni tengo ganas de hablar con nadie. En este instante solo quiero estar sola y no tener que mirar a la cara a gente que probablemente muera por mi culpa en un futuro.

Intento distraerme viendo la tele, leyendo y escuchando música, pero nada surte efecto. No consigo sacarme a Salvador de la cabeza, y no creo que esta noche logre dormir sin un poco de alcohol en el cuerpo, por lo que me enfundo mi chaqueta negra de cuero y abro el balcón para descender por la fachada de la mansión al igual que he hecho otras tantas veces. Llego al suelo, comienzo a andar a gachas hasta la gran valla que precinta todo el terreno, y cuando compruebo que la cámara de vigilancia que se encuentra cerca está mirando hacia otro lado, y que eso me da treinta segundos para escalar sin que me vean, cojo impulso y trepo todo lo aprisa que puedo. Alcanzo la cima y me dispongo a saltar al otro lado cuando, de pronto, siento que la hebilla de la cremallera de mis botines se queda enganchada en un hierro, y mi cuerpo se precipita al suelo de espaldas. Cierro los ojos y me preparo para recibir un golpe que no llega, puesto que alguien me atrapa entre sus brazos a mitad de camino.

—No deberías escaparte de esta manera después de lo de hoy, y mucho menos andar sola.

Giro rápidamente la cabeza y mis ojos se encuentran con los ojos grises del mismo tipo con el que llevo cruzándome toda la tarde, y caigo en la cuenta de que son aún más bonitos de cerca.

—Y, ¿quién te crees que eres tú para inmiscuirte en lo que yo haga o deje de hacer? —replico bajándome de sus brazos para tocar al fin el suelo con los pies y volver a abrocharme la hebilla.

—Me han ofrecido un trabajo ahí dentro, así que posiblemente sea vuestro nuevo fichaje —anuncia dedicándome una sonrisa durante un par de segundos —, pero puedes llamarme Ian —añade tendiéndome su mano para que la estreche.

—Samantha —musito rechazando su mano—, y no pensaba escaparme ni andar sola. Voy al solar de ahí en frente.

—¿Allanamiento de morada? —increpa alzando una ceja.

—No puedes allanar una morada que es tuya.

Le sostengo la mirada hasta que decido que la conversación ya se ha alargado bastante, y cruzo la calle para adentrarme en el chalet que he

mencionado antes seguida de él.

—Sigo pensando que no deberías estar sola —reitera a mis espaldas.

—Si tanto te preocupa, hazme compañía —sugiero mientras giro la llave para abrir la puerta.

—Será lo mejor —espetea atravesando el umbral antes que yo.

—Pasa si quieres, estás en tu casa —insinúa con sarcasmo.

Camina a paso lento, escrutando todos los objetos que va encontrando a su alrededor, incluso entra en todas las habitaciones para echarle un ojo. Me atrevería a asegurar que está loco, pero después de todas las peculiaridades que tienen Dereck, Helena y el resto, ya nada me resulta extraño.

El chalet no es tan grande como la mansión en la que vivimos, pero consta de varias habitaciones y muy bien equipadas. Tres de ellas son dormitorios, también hay dos baños, cocina y, sin lugar a dudas mi preferido, el salón. Televisión plana, equipo de música, proyector con home cinema para ver las películas como si estuvieras en el cine, billar, futbolín y cientos de cosas más para no caer en el aburrimiento.

Voy a la cocina directa al frigorífico, y saco una cerveza mientras espero a que el chico nuevo vuelva de no sé dónde exactamente, y cuando me queda menos de la mitad, viene en mi busca a la cocina.

—¿Todo bien?

—Sí, la casa está despejada —asegura con orgullo.

—Claro que lo está. Toda esta zona residencial es propiedad de Nathan, para entrar tienes que pasar por el control ese que habrás visto cuando venías hacia aquí, y no puedes traspasar el muro de cemento que nos rodea sin que ellos se den cuenta.

—No importa, tengo que ir practicando —responde clavando sus ojos en mí.

—¿Por qué te ha propuesto Nathan trabajar con nosotros? —pregunto mientras saco otras dos cervezas de la nevera para ofrecerle una a él y así evitar su mirada que me pone un poco nerviosa.

—Ahora necesitáis un médico —confiesa aceptando el botellín.

—¿Vas a sustituir a Salva? —escupo con un nudo en el pecho.

—Así es.

—Deberías rechazar el trabajo —le advierto dando un buen trago a la cerveza.

—¿Por qué? —inquieta con cara de sorpresa.

—¿No has visto lo que le ha pasado a Salvador? Esto es peligroso, y no le

desearía esta forma de vida a nadie.

—Y, ¿por qué sigues aquí?

—Porque las condiciones de vida que tenía antes eran peores —concluyo antes de beber otro sorbo—. ¿Sabes jugar al fútbolín, al billar o lanzar dardos? —añado para cambiar de tema mientras me dirijo al salón.

Enciendo el equipo de música, pero no demasiado alto. Se supone que nadie debe saber que estamos aquí, y sería demasiado descarado que se escuchase música cuando no hay vecino alguno.

—Prefiero el fútbolín —admite contemplándolo desde lejos.

Me deshago de la chaqueta para poder moverme cómodamente, y porque sé que estaré sudando dentro de diez minutos, e Ian aparta su mirada gris de la mesa de juego para ponerlos en mí.

—¿Qué ocurre? —pregunto buscando algo fuera de lo normal en mi cuerpo.

—Nada, solo estaba observando tus tatuajes. Me gustan —confiesa sonriente.

—Gracias —digo sintiendo cómo mis mejillas se ruborizan. ¿Pero qué coño me pasa? Normalmente soy yo la que provoca estas reacciones en los hombres.

Ian también se deshace de su chaqueta, y se queda con una camiseta negra de mangas cortas. Luego nos colocamos cada uno a un lado de la mesa y nos preparamos para empezar. Pongo una bola en juego, y con un solo golpe logro encajarla en su portería.

—Veo que sabes jugar —afirma vaciando el botellín de un trago.

—No lo tengo de adorno —asevero terminando la cerveza yo también—. Quien pierda tiene que ir a la cocina a por más alcohol.

—Perfecto. Irás tú que te sabes el camino —garantiza muy seguro de ello.

—Ya lo veremos —advierto con una sonrisa triunfante.

Seis litros de cerveza después, Ian ya me ha contado casi toda su vida. No es natural de Las Vegas sino de un pueblo olvidado del que nadie ha oído hablar, donde también estudió y se formó para militar, aunque su devoción siempre fue la medicina, y por eso estuvo estudiándola mientras ejercía de militar. Todo eso lo hizo antes de tener que regresar aquí por su hermana, que cayó gravemente enferma, pero que por suerte ya se ha recuperado. Ahora el problema es que abandonó el ejército para acudir a su lado, y lo consideran un desertor. Está aquí para que nadie lo encuentre, y el trabajo que le ha ofrecido mi padre le viene de perlas. O al menos eso cree él. Si piensa que va a pasar desapercibido lo lleva claro.

Una vez que no se le ocurre qué más confesarme sobre su vida pasada, intenta sonsacarme datos sobre la mía, pero eso es una ardua tarea que todavía nadie ha conseguido. No pretendo dar pena haciendo saber a la gente por todo lo que he pasado, así que me dedico a evadir sus preguntas como buenamente puedo sin parecer una idiota sin corazón.

—Va siendo hora de que regrese a la mansión si no quiero que se percaten de mi ausencia —balbuceo bajo los efectos del alcohol.

—Yo también debería volver a mi casa. Dereck solo me ha dado dos días para instalarme con vosotros.

—¿Cuándo has decidido aceptarlo?

—Lo hice mientras veía cómo te precipitabas desde la verja —confiesa entre risas.

—Pues no entiendo por qué —replico seriamente.

—Es obvio que requieres protección —afirma recogiendo los botellines de cerveza vacíos que hay repartidos por todo el salón.

—Lo único obvio es que si me conocieras ese pensamiento ni siquiera pasaría por tu mente —aseguro riéndome yo ahora—, así que ya cambiarás de opinión —prosigo una vez que estoy en pie con mi chaqueta y la de él en las manos.

Sonríe, pero no dice nada más. Se marcha a la cocina con los botellines para tirarlos a la basura, y cuando vuelve le entrego su chaqueta. Se la pone despacio, clavando sus ojos en los míos mientras tanto.

—Hay algo que me tiene aún intrigado —declara cuando ambos estamos listos para marcharnos.

—Desembucha. Tienes una última pregunta antes de que vuelva a escalar esa valla de ahí afuera —advierto encaminándome hacia la puerta principal.

—¿Cuál es tu relación con Nathan?, es decir, tú no eres como los demás. No trabajas para él, sino que hay que protegerte igual o más que a Nathan. No creo que seas su mujer, ni su amante, ni nada de eso. Ni tampoco das el perfil de buscona saca cuartos que vaya en busca de su fortuna. Entonces... ¿qué eres para él? —concluye deteniéndose unos metros antes de llegar a los barrotes.

—Su hija —admito con condescendencia—. ¿Para qué quieres saber eso?

—Simple curiosidad —responde evitando mi mirada.

—Dile de mi parte a los guardias de seguridad de la entrada que tu hora de salida debe quedar grabada como a las nueve de la noche, y no las cinco de la madrugada. Mañana a primera hora iré a recompensarlos —añado observando la cámara que está empezando a girar hacia el otro lado—. Ahora tengo que

irme.

Giro sobre mis talones, cojo impulso, y comienzo a subir. Ian se acerca a ayudarme en vez de largarse, pero sentir su contacto, aunque sea en la pierna, me pone nerviosa, y eso causa que me resbale con la mala suerte de que el chico nuevo solo puede sujetarme colocando una mano sobre mi trasero. Un calor impropio de mí recorre mi cuerpo, y un empujoncito de Ian hacia arriba hace que reaccione y que siga escalando a toda prisa. Una vez que llego arriba, bajo de un salto al otro lado.

—Gracias —musito dirigiendo mi mirada hacia el infinito—. Por lo de antes y por lo de ahora.

—A tus servicios —proclama haciendo una breve reverencia—. Que pases buena noche, Samantha —Y se va a paso firme y con una sonrisa de oreja a oreja.

Capítulo 3

Han pasado ya veinticuatro horas desde que Nathan le ofreció el trabajo a Ian, y ya solo quedan otras veinticuatro para que nos dé una respuesta, pero antes debemos asegurarnos de que es de fiar, y esa parte del trabajo la declina mi padre en mí. He hablado con un par de contactos para que averigüen todo lo que puedan sobre ese adonis que se ha cruzado en nuestro camino, y espero tener noticias tuyas antes de mañana. No podemos dejar entrar en nuestro mundo a cualquiera, y menos abrirle las puertas de nuestra casa así como así.

—¿Estás bien? —pregunta Helena apartando los ojos de la carretera por un segundo—. Sam, ya te he dicho que no es necesario que vayas. Nathan no va a moverse de su despacho, y no te ha pedido que vayas en su lugar. Así que no sé qué estamos haciendo realmente.

—Es el funeral de Salvador —increpo un poco alterada—. Estoy en la obligación de ir.

—Salva está muerto —escupe con la frialdad propia de este trabajo—, no sabrá si has asistido a su entierro o no.

—Pero sus padres, mujer e hijo sí estarán, y yo pienso acompañarles —añado haciendo después una pausa—. Tú puedes irte si quieres, pero si vas a quedarte, deja de tocarme los huevos y finge al menos que estás dolida, por respeto a sus familiares —concluyo bajándome del coche una vez que Helena ha aparcado.

Cierro rápidamente la puerta tras de mí y la experta en armas sale del vehículo dos segundos después para seguir mis pasos. Comienzo a caminar con menos celeridad una vez que mis zapatos tocan camposanto, y Helena consigue alcanzarme.

—Lo siento —murmura mientras nos dirigimos hacia el nicho donde meterán a Salvador—, no quería ofenderte.

—Sé que no te lo digo demasiado, pero no debes olvidar que trabajas para mí, y es por eso que no te conviene cuestionar mis decisiones —le reprendo seriamente sin ni siquiera mirarla.

—No volverá a ocurrir —asegura con dificultad, como si estuviera intentando no atragantarse con el nudo de su garganta.

Continuamos nuestra ruta en silencio, observando las caras de toda la gente vestida de negro que hay a nuestro alrededor, hasta que llegamos frente a la familia de Salvador. Saludamos a sus padres y les damos el pésame, luego le toca el turno a su mujer, y finalmente a su hijo de quince años. Ese que no verá hacerse mayor, pero al que no le faltará de nada gracias a él. El seguro de vida que te puedes permitir en este mundillo es suficiente como para que madre e hijo no vuelvan a preocuparse por el dinero jamás.

La ceremonia funeraria finaliza, y Helena y yo procedemos a poner pies en polvorosa, pero Anna, la viuda de Salvador, nos lo impide obstruyéndonos el paso.

—¿Sabéis quién ha sido verdad? —inquire nerviosa.

—Tenemos una ligera idea —contesto antes de que Helena pueda hacerlo.

—Quiero que deje de respirar —admite cogiéndome de ambas manos—, por favor, Samantha. Nos lo debéis.

—Te prometo que tendrás lo que quieres —aseguro aferrando sus manos con fuerza.

De regreso a la mansión el silencio reina en el coche de Helena, y es algo que agradezco enormemente. No estoy de ánimos para mantener una conversación con ella ahora mismo, y lo único que pasa por mi mente es lo que nos ha dicho Anna, que supongo que también es lo que está rondando la cabeza de Helena.

Una vez que traspaso el umbral de la puerta principal mi padre me hace llamar, y es Dereck quien trae el mensaje. Subo las escaleras y me adentro en el despacho de Nathan donde me espera revisando documentos. Parece que está agobiado, pero todos lo estamos con lo que se nos viene encima.

—¿Dónde estabas?

—En el cementerio, con la familia de Salvador—confieso con seriedad—. Donde deberías haber estado tú también.

—Perdóname por no querer ponerle mi cabeza en bandeja a tu padrastro —espeta dirigiéndome la mirada por un momento—. Y tú tampoco tendrías que haber ido. Si Sharaf te ve y sabe de tu existencia, nadie podrá reconocer tu cara ni tu cuerpo cuando aparezcas muerta dentro de unos meses.

—Tengo todavía incrustados en mi interior algunos fragmentos de cartucho provenientes de su escopeta preferida para recordármelo, pero no voy a quedarme aquí encerrada y muerta de miedo.

—Podrías hacerlo hasta que acabemos con él —insinúa volviendo al papeleo.

—No cuentes con ello —confirmo girando sobre mis talones para marcharme.

—¡Samantha! —exclama a mis espaldas—. ¡Samantha!

Pero hago caso omiso. Necesito descargar esta mala hostia que me está consumiendo con uno de los sacos de boxeo del gimnasio y quedarme callada para no decir algo de lo que luego pueda arrepentirme.

Cambio mi vestimenta negra por una de deporte, y me refugio en el gimnasio cerrando la puerta y subiendo el volumen del equipo de música a tope. Es la única forma con la que consigo no dejar espacio en mi mente para esas ideas descabelladas y arriesgadas de las que Nathan quiere que me aparte, pero ambos sabemos que esto no acabará hasta que Sharaf o yo terminemos muertos. El mundo es grande, pero no hay sitio para los dos.

Estoy sudando la gota gorda mientras golpeo una y otra vez con fuerza el saco lleno de arena. Me siento agotada y tengo algo dolidas las manos, y es entonces cuando Dereck atraviesa la puerta y hace que cesen mis movimientos.

—Esta noche tenemos trabajo —anuncia acercándose hacia mí—. Vamos a cerrar un negocio en una discoteca de la ciudad, y a Nathan le gustaría saber si vendrás con nosotros.

—No sé a qué vienen esas dudas —reprocho furiosa—. ¿Acaso he faltado alguna vez a sus reuniones?

—Se lo haré saber —dice con la pretensión de acariciarme la mejilla.

—¿Quieres algo más? —le increpo dando un paso hacia atrás.

—Solo quería asegurarme de que estabas bien —confiesa dejando que la gravedad devuelva la mano a su sitio.

—He estado mejor otras veces, pero me recuperaré cuando asista al funeral del que ordenó matar a Salvador.

—Me alegra que al menos se te haya quitado de la cabeza esa idea de matarlo tú misma —sugiere dirigiéndose hacia la puerta.

—Aún no lo he descartado —adviento volviendo a golpear el saco.

Don Musculitos suelta un largo suspiro, y antes de dejarme sola nuevamente en la sala, me indica que a las diez saldremos para la discoteca y que no me demore. A mi padre no le gusta llegar tarde.

Media hora después me tumbo en el suelo, boca arriba, con las manos y piernas abiertas. Descansando un poco por todo el esfuerzo que acabo de hacer y llevando el oxígeno que me hace falta a los pulmones. No sé cuánto tiempo permanezco así, pero el pensamiento de que Nathan va a tener que esperarme no abandona mi cabeza, y hace que acabe levantándome para ir a

darme una ducha y prepararme para esta noche.

Me cruzo con Helena por los pasillos, incluso nos hemos sentado la una al lado de la otra durante la cena, pero evito dirigirle la palabra. No hay nada que tenga que decirle, creo que ya le he dejado bastante claro cuál es su lugar, y ella lo está asumiendo.

—Es hora de irse —aclama Aaron colocándose bien la chaqueta de su traje —. Nathan, Tay y yo iremos en un coche, y el resto en otro —añade repasándonos con la mirada a todos para verificar que lo hemos escuchado.

Vamos saliendo uno a uno de la sala de reuniones donde estábamos dándole el último repaso al plan de hoy, y mi padre se nos une en la entrada principal. Va con su habitual traje de chaqueta negro, como si viviera en un luto permanente. Algunos dicen que se comporta así de lúgubre desde que perdió a mi madre.

Helena camina hasta su coche, creyendo que Dereck va a dejar que ella conduzca, pero don Musculitos se le adelanta y abre la puerta de detrás de su automóvil para que yo suba. Helena aprieta con fuerza su mandíbula y murmura algo en voz tan baja que ninguno logramos descifrar.

—¿No te fías de mi forma de conducir? —replica Helena nada más cerrar la puerta del copiloto tras de sí.

—No después de las dos copas que te he visto tomar en la sala de reuniones —admite poniendo el vehículo en funcionamiento.

—Estoy perfectamente capacitada para conducir en estos momentos —asegura atravesándolo con los ojos.

—Y no lo pongo en duda, Helena. A mí no me importaría ir en el mismo coche que tú después de haberte bebido un par de copas, pero viene Samantha ahí detrás y nuestro trabajo consiste en protegerla, no en ponerla en peligro —concluye incorporándose a la carretera tras el auto de mi padre.

Llegamos al establecimiento y el dueño del local nos acompaña hasta un reservado donde se llevará a cabo el cierre del negocio que mi padre tiene entre manos. Es un proceso aburrido ya que él es el que se encarga de realizar todos los trámites pertinentes, y el resto tenemos que estar alerta, vigilando que todo a su alrededor concorra con normalidad. Nathan y Aaron conversan con dos señores que imagino que serán la otra parte negociante, y Dereck, Tay, Helena y yo estamos dispersos y colocados estratégicamente para no perder de vista ni a mi padre ni a las salidas y entradas de la discoteca.

Nathan nos hace un leve movimiento con la cabeza para que regresemos con él una vez que ha cerrado el trato con los otros dos caballeros, y decide

invitarnos a unas cuantas copas, al menos a los que no tenemos que coger el coche para llevarnos de vuelta a la mansión.

Siento como si alguien me estuviera observando mientras aún permanecemos en el reservado, y comienzo a escrutar todas las caras de la sala. No es una sensación agradable, y me gustaría saber quién tiene tanto interés en mí. Pero no tardo mucho en dar con esos ojos grises que provocan que mis mejillas se ruboricen. En mi cara se dibuja una sonrisa, e Ian me la devuelve al comprobar que me he percatado de su presencia. Me pongo de pie, bajándome un poco el vestido para que no se me vea nada mientras lo hago, y me dirijo hacia él esquivando por el camino a gente alcoholizada que baila ajena a la batalla campal que están librando mis sentimientos en mi interior.

—¿Estás espiándonos? —insinúa deteniendo mis pasos frente a él.

—Antes de aceptar un trabajo me gusta saber cómo se hacen las cosas en él —admite sin perder la sonrisa.

—Entonces comprenderás que por nuestra parte también realicemos investigaciones respecto a tu vida antes de que decidas unirme a nosotros —inquiero mientras me apoyo con una mano en la barra. Estos tacones me están matando.

—Me preocuparía que no lo hicierais —declara dando un paso hacia delante para hacer que la distancia entre nosotros sea la menor posible—. Aún sigo pensando en nuestra cita de ayer —añade cambiando de tema y cogiéndome totalmente por sorpresa.

—¿Cita? —repito intentando no morir infartada—. Eso no era una cita.

—¿No? —me increpa apartando un mechón de pelo de mi cara—. Me invitaste a tu casa, estuvimos bebiendo, charlando... incluso te metí un poco de mano —añade eso último para hacerme recordar el momento de la despedida.

—No sé de qué me estás hablando —miento mientras siento cómo el calor se apodera de mis mofletes.

—Estás muy guapa cuando te sonrojas —asegura llevando una de sus manos hasta la mía que está sobre la barra.

Empieza rozando suavemente mis dedos, y luego va subiendo lentamente por mi mano, pasa también por mi brazo, se detiene unos segundos al tocar mi codo, y justo cuando llega a la tiranta de mi vestido, noto toda la sangre de mis venas agolpada en el mismo sitio.

—Si esta es la técnica que usas normalmente para ligar, estarás solo mucho

tiempo —aseguro disimulando la alteración de mi cuerpo, lo que provoca que él suelte una pequeña carcajada.

—Al menos déjame decirte que estás preciosa con este vestido —murmura ahora pegado a mi oreja.

Un escalofrío me recorre de arriba abajo, y por primera vez en toda la noche me alegro de haberme puesto este vestido negro ceñido con detalles plateados. Me preparo mentalmente la próxima frase que voy a decir, pero por el rabillo del ojo vislumbro a Sharaf acompañado por cuatro de sus hombres. Camina a paso firme y decidido, como si me hubiera visto y quisiera acabar conmigo, y no se me ocurre otra cosa que agarrar los pliegues de la chaqueta azul oscura de Ian, atraerlo hacia mí, besarlo, y cubrirme con su cuerpo para que Sharaf me pierda de su campo de visión.

Ian se queda sin saber qué hacer en un primer momento, pero inmediatamente me rodea con sus brazos y me estrecha contra su cuerpo. Siento su lengua invadir mi boca y moverse dentro como si fuera suya. Una especie de descarga eléctrica me sube desde los dedos de los pies hasta la cabeza, y el corazón me late como si fuera a salirse de mi pecho. La música se ha detenido, incluso los borrachos han dejado de bailar, o al menos eso me parece hasta que Ian le pone fin al beso dando un mordisco suave en mi labio inferior. Requiero de un par de segundos para recobrar la compostura, y recorro con la mirada toda la sala en busca de Sharaf, al que he perdido de vista debido al calor del momento. Y lo diviso en el reservado con mi padre y el resto del grupo.

—¿A qué ha venido eso? —espeta Ian haciendo que vuelva a poner mi atención sobre él.

—Tienes que llevarme a casa. ¿Has venido en algún tipo de vehículo?

—Sí, en moto —responde sin entender nada.

—Bien, vámonos entonces —apresuro sujetándolo por la muñeca para tirar de él.

—¿Qué pasa con Nathan y los demás?

—Confío en que sepan apañárselas sin mí por una noche —concluyo con una sonrisa para luego continuar mi camino hacia la salida.

Ian me ofrece su chaqueta y uno de los cascos, y antes de enfundármelo en la cabeza le envío un mensaje a Aaron para que le haga saber a mi padre que he vuelto a la mansión y evitar de esta forma encontrarme con Sharaf. El Adonis no pronuncia palabra en todo el camino. Ni preguntas acerca del beso, ni la razón por la cual nos hemos marchado así.

Llegamos a la mansión tras pasar los dos controles de seguridad que hay para llegar hasta aquí. Me deshago con agilidad del casco, y sacudo la melena para recuperar el volumen de mis pelos.

—Gracias por traerme —le agradezco antes de subir por las escaleras que llevan a la puerta principal.

—De nada, pero creo que...

—Pero crees que te debo una explicación, ¿no? —increpo girando sobre mis talones dejando la llave metida en la cerradura—. Te he besado porque necesitaba desviar la atención de un tipo que andaba por allí, eso es todo. No ha significado nada —añado sin estar muy segura de ello.

—Iba a decir que te llevas mi chaqueta —anuncia para luego subir las escaleras y detenerse frente a mí.

Me la quito rápidamente y se la entrego sin dedicarle ni una mirada, ya que estoy más que avergonzada. No sé cómo acertar con este hombre. Mis pensamientos y los suyos van por caminos separados.

—Aunque ahora me inquieta eso que has dicho —añade frunciendo el ceño —, pero supongo que tiene fácil solución.

Acorta la poca distancia que quedaba entre nosotros para pegar su cuerpo contra el mío, deja caer su chaqueta al suelo, me envuelve con una mano la cintura, y lleva la otra a mi cabeza para entrelazar sus dedos con mi melena. El corazón empieza a latirme con fuerza, y casi estalla cuando inclina mi cabeza y sus labios rozan los míos. Introduce nuevamente su lengua en mi boca, y no puedo resistirme a seguirle el ritmo. Libera mi cintura para bajar la mano hasta mi culo y así tocarlo a su gusto mientras su lengua continúa paseándose por mi interior, y cuando creo que voy a perder la cabeza por la excitación, Ian se aleja un poco de mí para dejarme respirar.

—¿Sigue sin significar nada? —espeta con una sonrisa.

Asiento con la cabeza, incapaz de proferir palabra alguna, y deduzco que no se lo ha creído por el gesto de su cara. Vuelve a acercarse a mí, provocando que yo retroceda y mi espalda quede pegada a la puerta, y acto seguido gira la llave que había dejado en la cerradura para abrir y meterse dentro de la mansión conmigo después de recoger su chaqueta. Vuelve a posicionarse frente a mí, y me levanta a pulso haciendo que rodee con mis piernas su cintura para subir así las escaleras. Sella nuestras bocas otra vez con un beso, y solo las separa para preguntarme dónde está mi habitación.

Una vez en mi cuarto, deja que ponga los pies sobre el suelo, y empieza a bajar la cremallera de mi vestido dejándome en ropa interior. Me observa

detenidamente, de arriba abajo, analizando todos los tatuajes de mi cuerpo que no había visto antes por mi vestimenta. Comienzo a desvestirlo a él también, desabrochando los botones de su camisa y más tarde el de su pantalón. Lo beso y me conduce poco a poco hacia la cama para hacer que me tumbe en ella boca arriba. Apoya la rodilla izquierda sobre la cama, haciendo que abra las piernas, y con la mano derecha recorre mi cuerpo desde el pie hasta el hombro para luego besarlo. Continúa dándome besos hasta llegar al cuello, y mi piel se eriza en consecuencia. Llevo mi mano a su cabeza y la engarzo en su cabello para dirigir sus besos hacia mi boca. Deja caer su cuerpo sobre mí, y noto su erección palpitante en mi entrepierna. Intento quitarme la parte de debajo de la ropa interior, pero Ian me lo impide sin darse siquiera cuenta de ello. Se aleja unos centímetros para mirarme y una sonrisa se dibuja en su cara al comprender lo que pretendía, y lo hace él en mi lugar. Vuelve a colocar su cuerpo sobre el mío, pero esta vez no hay ropa de por medio que nos separe. Sus besos provocan que lo quiera dentro de mí, e Ian no tarda mucho en satisfacerme tras ponerse protección. Me arranca un gemido que sale directamente de mi garganta, y los que le siguen los ahogo en su boca. Aumenta el ritmo de las embestidas conforme su respiración se va acelerando, y el hecho de que su mano esté estimulando mi clítoris hace que necesite el rápido compás que lleva.

El oxígeno comienza a faltarme y me desprendo de sus labios para susurrarle al oído que voy a correrme si sigue así, y al parecer él se encuentra en el mismo punto. Exclamo su nombre cuando llego al clímax, y un par de penetraciones después Ian termina también alcanzando el cielo. El Adonis cae rendido a mi lado tras salir de mi interior, y ambos permanecemos inmóviles durante unos minutos para recomponernos.

—Tienes que irte —advierdo cuando el sueño comienza a apoderarse de mí.

—¿Me estás echando? —pregunta estupefacto.

—Si mi padre o algún otro se entera de lo que ha pasado, tu cabeza no durará mucho sobre tus hombros. Tienes que macharte, y yo tengo que eliminar tu paso por aquí de las cámaras.

—Pero, ¿tú quieres que me quede?

—Lo que yo quiera no tiene importancia —admito dejando escapar un suspiro.

—La tiene para mí —garantiza incorporándose un poco para acariciarme el pelo.

—Vete ya —concluyo mordiéndome el labio evitando así responder a su pregunta.

—Está bien —cede finalmente—. Que tengas una buena noche, Samantha —se despide antes de recordarme lo bien que besa, levantarse de la cama, vestirse, y dejarme a solas con su perfume que ahora impregna mi cama.

Capítulo 4

La luz entra por la ventana desde hace más de una hora, pero mi cuerpo me pide seguir tumbada boca abajo sobre la cama. Siento como si estuviera acostada en una nube. Tranquila y relajada, como muy pocas veces me encuentro, y todo se debe a Ian. Se supone que debería estar agobiada por la llegada de Sharaf a Las Vegas, pero ese Adonis consiguió que mi padrastra saliera de mi cabeza por un buen rato.

Lo último que hice anoche fue borrar de los vídeos de seguridad los instantes en los que Ian y yo estuvimos por la casa, y al volver al cuarto me deshice de las lentillas, de la bata que llevaba para ocultar mi desnudez, y del sujetador, que es la única prenda que me quedaba.

—Samantha —proclama Dereck en un gruñido mientras irrumpe en mi habitación—. Llevo un rato llamando a la puerta.

En ese mismo instante pasan miles de cosas por mi cabeza, como el hecho de que estoy completamente desnuda, pero también se me viene a la mente el momento en el que Ian tiró el preservativo a la papelera que hay justo al lado de la puerta, a la vista de cualquiera. Dereck solo tendría que bajar la vista al suelo para divisarlo, y es por eso que decido levantarme con toda naturalidad para captar la atención de don Musculitos, y conforme el gesto de su cara cambia, doy un paso hasta el sillón donde dejé ayer la bata, y me cubro con ella.

—¿Por qué tienes tanta prisa?

—Nathan quiere hablar contigo —anuncia después de tragarse el nudo de su garganta.

—Dile a Nathan que estaré lista enseguida —aseguro acercándome hasta Dereck—, y procura no volver a entrar aquí a no ser que yo te lo pida —concluyo empujándolo un poco hacia afuera para cerrarle la puerta en las narices.

Me doy una ducha rápida, me visto con el modelo que normalmente uso, el cual incluye vaqueros, camisa y chaqueta de cuero, y una vez que me coloco las lentillas y demás, salgo de mi cuarto en busca de mi padre, que se hallará

en su despacho como de costumbre.

—¿Tienes un segundo, Sam? —murmura Helena que sale de allí mismo.

—Que sea rápido —adviento deteniendo mi paso—, Nathan me está esperando.

—¿Estás liada con el chico nuevo que quiere contratar tu padre? —escupe sin pudor alguno.

—¿Qué?

—Te vi besarlo ayer en la discoteca —aclara finalmente.

—Sí y yo vi a Sharaf en el local, y sé por su religión que no le gustan las muestras de cariño en público, así que hice lo que debía hacer para que no me descubriera —admito controlando el mal humor que comienza a aflorar en mí.

—De acuerdo, solo quería...

—A mi padre no le gusta esperar —concluyo esquivando su cuerpo para continuar con mi camino.

A veces cansa un poco que estén todos los ojos puestos en ti observando cada paso que das, e intentando aleccionarte sobre los que dar en un futuro.

—¿Querías verme? —pregunto asomando solo la cabeza a través de la puerta.

—Entra —ordena dejando algunos documentos sobre la mesa para entrelazar luego los dedos sobre ellos y dirigir toda su atención hacia mi persona.

—¿Qué ocurre? —inquiero una vez sentada frente a la silla de su escritorio.

—Se han suprimido algunos minutos en las grabaciones de seguridad de anoche, ¿tú has tenido algo que ver en eso?

—Bebí más de la cuenta, y al llegar a casa besé el suelo más de una vez. No creí necesario dejar constancia de ello —miento con la primera patraña que me pasa por la cabeza.

—¿Y, tú sabes que nadie puede manipular las grabaciones? Están para protegernos, pero para eso tienes que dejarlas cumplir su función —advierte seriamente.

—Tal vez deberías hacer que Tay revisase la facilidad con la que pueden modificarse los vídeos, si es que te preocupa tanto que puedan alterarlos —escupo pretendiendo pasarle el muerto a otro.

—Está trabajando en ello desde primera hora de la mañana—afirma sin dejar de mirarme—. Ya puedes retirarte.

—Antes me gustaría saber si alguno de los otros del grupo podría sustituir a Helena en lo que respecta a mi protección.

—¿Otra vez quieres cambiar de guardaespaldas? A Helena la elegiste tú misma hace unos meses argumentando que era mejor para ti porque pasarías desapercibida al ser una mujer —replica frunciendo el ceño.

—Pues me equivoqué. Prefiero volver a pasearme por ahí con Dereck y aguantar las miradas de los demás.

—Dereck está encargándose de otras cosas, así que tendrás que conformarte con Ian. Enséñale todo lo que necesite cuando llegue, y será tu nuevo guardaespaldas —anuncia mientras se enciende uno de sus puros—. ¿Estás conforme?

—Sí, supongo que sí —digo no muy segura del todo.

Después de lo de anoche no sé si es lo más adecuado. Además, por esa misma razón pedí hace unos meses reemplazar a don Musculitos por Helena.

Me paso una hora en el gimnasio, y otra en la sala de armas disparando un poco para disipar todas las ideas que recorren mi mente, pero el sonido de mi móvil hace que vuelva a la realidad. Es uno de los contactos a los que el otro día le pedí información acerca de Ian, y ya tiene preparada toda la información. Solo tengo que pasarme a por ella, y es por eso que quedamos media hora más tarde en el Tisbe, un establecimiento que pertenece a mi padre. Es un bar, una discoteca, un salón de juegos y todo lo que te puedas imaginar. Tiene varias plantas, y en cada una de ellas se desarrolla una actividad diferente. Nos resulta bastante útil para blanquear el dinero de nuestros negocios ilegales.

Me doy otra ducha, pero esta vez para desprenderme del sudor, y en cuanto estoy lista le ordeno a Aaron que me acompañe. Está disponible y afortunadamente es el único que estoy dispuesta a soportar en estos momentos.

Quince minutos después llegamos a nuestro destino. Aaron conduce como un ancianito, aunque supongo que es a lo que lo ha acostumbrado mi padre. Con él todo tiene que hacerse despacito y con buena letra. No debe haber cabida a que algo salga mal.

El señor que nos espera con la información que requeríamos es uno de los altos cargos de la policía, y se deja ver mucho por aquí, al igual que las personas más poderosas y adineradas que han pasado por Las Vegas. Está sentado en una banqueta frente a la barra mientras bebe un sorbo de whisky con toda la tranquilidad del mundo.

—Buenas tardes —lo saludo tomando sitio a su lado.

—Buenas tardes —responde a la vez que me pasa un sobre por debajo de la mesa—. Es todo lo que he podido encontrar.

—Gracias —concluyo nuestro negocio pasándole otro sobre con el dinero que habíamos acordado.

Aaron y yo regresamos al vehículo unos minutos más tarde, y de vuelta a la mansión reviso los documentos sobre Ian que acaban de llegar hasta mí. No dice nada fuera de lo normal, pero hay algo que me resulta extraño, y es que vive con una mujer y una niña, y solo esta última lleva su apellido. Me dijo que tenía una hermana, pero no me había hablado de ninguna niña. Además, tampoco hay datos sobre su supuesta huida del ejército por la enfermedad de ningún familiar.

—Cambia de dirección en la próxima salida, vamos a desviarnos un poco —anuncio sopesando en mi cabeza las distintas relaciones que puede haber entre Ian y esa mujer.

No son celos, ya que ese es un sentimiento que no me permito tener. Más bien es curiosidad por saber si me ha engañado solo para acercarse a mí y ganarse así la confianza de la hija del jefe. Qué estúpida fui al decirle que Nathan es mi padre. Nunca antes me habían sacado información con tanta facilidad, y a Ian solo le bastó una sonrisa. Ese es del tipo de hombre del que debo protegerme. Parecen ángeles hermosos que transmiten paz, pero son unos hijos del demonio que difunden destrucción, porque no hay peor arma que un aspecto bonito, y eso, por experiencia propia, lo sé muy bien.

—¿Dónde vamos? —espeta Aaron una vez que va conduciendo en el sentido contrario a hace unos minutos.

—Yo te indico —digo antes de volver a poner los ojos sobre los documentos que hablan del chico nuevo.

Llegamos a la casa donde vive Ian según los informes, y permanecemos en el vehículo frente a ella unos cuantos minutos. Estoy armándome de valor para ir hasta la puerta y llamar. Lo que pase después solo depende de Ian.

—Quédate en el coche —ordeno abriendo la puerta del copiloto.

—¿Vas sola? —pregunta alzando una ceja.

—No, me llevaré esto para que me haga compañía —adviento sacando mi pistola—, así que tú te quedas aquí —concluyo bajando del vehículo.

Camino hasta la puerta principal con mil pensamientos paseando por mi mente, pero no puedo prestarle atención a ninguno, solo quiero saber la verdad. Pulso el botón que hace sonar el timbre y en menos de un abrir y cerrar de ojos el Adonis está abriéndome la puerta con su deslumbrante

sonrisa.

—¿Samantha? —dice incrédulo.

—¿Esperabas a otra persona?

—No, no esperaba a nadie —admite aún sorprendido—. ¿Qué haces aquí?

—Hacerte una visita de cortesía, ¿puedo pasar? —pregunto mientras lo esquivo para poder entrar.

—Espera, Samantha...

—¿Quién es, gordito? —exclama una voz femenina desde una de las habitaciones.

Sin pensarlo dos veces, saco la pistola que llevaba escondida en la espalda, y la dejo lista para disparar antes de dirigirme hacia esa voz mientras Ian me mira estupefacto.

—¿Qué haces? —escupe una vez que comprende mis intenciones—. Para, Sam —susurra con la pretensión de detenerme—. ¡Sam! —exclama ahora dando un giro a la situación al colocarse delante de mí.

—¿Papi? —nos interrumpe ahora una niña a la que no logro ver con el cuerpo de Ian— ¿Quién es?

—Una amiga, Maya —responde pidiéndome con la mirada que guarde el arma—. Ve a poner la mesa, tu tía necesita ayuda.

Una vez que Ian y yo escuchamos los pasos de la niña en la lejanía, libera mis manos de su agarre, y consigo terminar de esconder la pistola tras mi espalda nuevamente.

—¿Tienes una hija? —Es lo primero que se me ocurre decir al respecto.

El Adonis asiente con la cabeza, y es entonces cuando comienzo a sentirme aún peor por todo lo que estaba pensando. He estado a punto de matar a su hermana porque creía que tenían otro tipo de relación, y juro que lo habría hecho si no llega a ser por esa niña. Pasar tanto tiempo con Dereck y los demás me está afectando drásticamente.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes? —inquiero pretendiendo darle alguna explicación a mi comportamiento.

—Porque solo nos hemos visto una vez, y nos hemos acostado otra. Tengo que dejar algo para nuestros futuros encuentros —anuncia mientras su sonrisa regresa a su boca.

—Lo que pasó entre nosotros ayer no va a volver a repetirse —aseguro girando sobre mis talones para salir de allí.

—¿Es por Maya? —increpa sujetándome por la muñeca para que no me mueva ni un ápice.

—¿Qué?! —escupo ofendida—. No, no es porque tengas una hija. Es por mí, ¿no has visto que estoy loca? —admito con un nudo en la garganta.

—Pues tienes dos problemas —advierte haciendo que vuelva a mirarlo—. El primero que yo sí quiero que se repita, y el segundo es que me gustan las locas, y no creo que haya ninguna como tú —concluye estrechándome entre sus brazos para sellar luego mi boca con un beso.

—Tengo que irme —declaro distanciando su cuerpo del mío.

—¿Por qué no te quedas a comer? —propone sin quitarme las manos de encima para que no me marche.

—¿Tú... quieres que yo coma con tu familia? —inquiero con dificultad.

—Me encantaría —proclama sonriente—. Allyson, añade otro plato a la mesa —anuncia alzando el tono.

—De acuerdo, me quedaré —cedo finalmente sin saber muy bien porqué—. Pero primero voy a decirle a Aaron que se vaya, estaba esperando ahí afuera a que yo saliera.

—Está bien. Yo voy a estar en la cocina, al fondo del pasillo a la izquierda, preparando la comida —dice antes de dejarme ir.

Salgo a la calle y me dirijo hacia el vehículo de Aaron como si estuviera dentro de un sueño y fuera flotando hasta allí. Él me mira extrañado, ya que nunca me ha visto así, y su sorpresa es aún mayor cuando le ordeno que vuelva a la mansión sin mí. No es algo habitual en la forma de proceder de Aaron, así que termina llamando a mi padre para saber su postura al respecto, aunque después de lo que hemos hablado Nathan y yo sobre Ian esta mañana, no creo que haya problema alguno.

Regreso a la casa de mi nuevo guardaespaldas después de despedirme de Aaron, y sigo las indicaciones de Ian para llegar a la cocina donde lo encuentro de espaldas con sus cinco sentidos centrados en la comida.

—¿Qué estás haciendo?

—Hamburguesas con bacon, queso, tomate, lechuga y mayonesa o ketchup, eso ya depende del gusto de cada uno, y patatas fritas —advierte sin dejar de desatender su labor—. La comida favorita de Maya —añade dedicándome ahora una sonrisa.

—Ya tenemos algo más en común —musito recorriéndolo con la mirada de arriba abajo.

—¿Qué es lo otro que tenéis en común?

—Ya lo sabes, y aunque quieres oírlo de mi boca vas a quedarte con las ganas —aseguro desprendiéndome de la chaqueta de cuero.

Se dispone a responder ante mi provocación, pero una gotita de aceite hirviendo le cae en el brazo y hace que vuelva a concentrarse en las hamburguesas tras soltar un pequeño gruñido.

—¡Gordito, las mujeres de tu vida se están muriendo de hambre! — exclama su hermana desde donde supongo que se ubica el comedor.

—¡Cinco minutos! —contesta en el mismo volumen—. Lo de gordito no es un apelativo cariñoso —aclara ahora bajando el tono para que solo yo pueda oírlo—, lo hace para tocarme la moral. De pequeño estaba un poco rellenito, y aún me lo recuerda —admite poniendo los ojos en blanco.

Eso me arranca unas cuantas carcajadas, y las féminas de la casa se percatan de mi presencia por ello. Tanto es así, que por el rabillo del ojo diviso a la hija de Ian que intenta observarnos sin ser vista, aunque una vez que el Adonis termina de prepararlo todo sale huyendo para que nadie la descubra.

Entramos en el salón con dos platos cada uno y los dejamos sobre la mesa. Ian hace las presentaciones correspondientes, y una vez que nos conocemos todas, comenzamos a comer.

Es algo agradable que no he tenido la oportunidad de disfrutar como se debe, y he de decir que me sorprende lo a gusto que estoy. Allyson es una persona maravillosa y entrañable, y la hermana mayor de Ian, que ha tenido que cuidar de él cuando eran pequeños, ya que sus padres murieron cuando eran apenas unos niños. Y qué decir de Maya si es el vivo reflejo de su padre con solo siete años. Desborda paz y simpatía, y su energía es totalmente positiva. No estoy para nada acostumbrada a rodearme de personas así, mi ambiente suele ser más siniestro.

Terminamos todos de comer con la panza llena, pero cuando Allyson menciona que de postre hay helado, se abre un hueco en el estómago de todos para que quepa algo más. Una vez que hemos acabado, Ian y yo recogemos la mesa y llevamos los platos y los vasos de vuelta a la cocina para fregarlos.

—Es hora de que regreses a tu casa —anuncia Ian ofreciéndome mi chaqueta de cuero con mi pistola escondida en ella—. Espero que te gustara el viaje en moto que hiciste conmigo anoche —insinúa sacando dos cascos de un armario que hay junto a la puerta principal.

—Bueno, tal vez me gustaría más si me dejaras conducir a mí —sugiero mordiéndome el labio.

La respuesta que obtengo de Ian es la entrega de las llaves de su moto en mis manos. No es para nada lo que me esperaba, ya que llevan sin dejarme

conducir mucho tiempo, pero eso no quiere decir que no haya practicado. Tenía ganas de que alguien me dejara hacerlo, aunque no imaginaba que iba a ser este adonis.

Me subo a la moto, e Ian lo hace tras de mí, pegando todo lo posible su cuerpo al mío. Introduzco la llave en la motocicleta, y mi nuevo guardaespaldas me recuerda por encima lo que debo hacer para que lleguemos de una pieza a la mansión. Arranco y me incorporo a la carretera sin miedo alguno, aunque no se puede decir lo mismo de Ian, que me ha rodeado con los brazos y se ha aferrado a mí con toda la fuerza que le es posible.

Llegamos a la mansión después de dar un pequeño rodeo para exprimir el momento al máximo. No sé cuándo me veré en otra de estas. Ian se baja rápidamente, como si ansiara tocar con los pies nuevamente el suelo y lo miro a través del casco con condescendencia.

—Exagerado —lo increpo bajando de la moto después de terminar de aparcarla.

El Adonis tarda un par de segundos en recobrar la respiración, y una vez que lo hace me atrae hacia él agarrándome por la parte delantera del casco para decirme que estoy loca, pero que también tiene muchas ganas de besarme y no lo hace porque sabe que pueden vernos.

—¿Dónde están las cosas que ibas a traerte? —pregunto cuando caigo en la cuenta de que viene con lo puesto.

—Luego pasaré por casa con un coche para traérmelo todo. Aquí, como comprenderás —comienza a decir acercándose hasta su motocicleta—, no puedo transportar muchas cosas.

—¡Samantha! —aclama Helena saliendo de la vivienda—, ¡Sam, se han llevado a Dereck y a tu padre detenidos! —añade algo nerviosa.

—¿Qué? —escupo desprendiéndome del casco.

—Ha sido Ginebra, ha venido hasta aquí para llevárselos arrestados a comisaría, pero Aaron ya está intentando sacarlos de allí. Nathan me ha dicho que me quedase aquí para cerciorarme de que no hacías nada al respecto —añade sabiendo que eso es imposible.

—Ve a por el coche —le ordeno antes incluso de que pueda terminar la frase.

—Sam, deberías hacerle caso —espeta Ian entrometiéndose en la conversación—. Si vas lo único que vas a conseguir es meter en un lío a Helena por no cumplir órdenes.

Cierro los puños, respiro y expiro unas cuantas veces, y me muerdo la

lengua, incapaz de pronunciar palabra alguna, porque sé que en el fondo llevan razón. Giro sobre mis talones, y me dirijo a paso ligero hacia la mansión, luego busco las llaves del coche de Salvador, y salgo nuevamente para lanzársela desde lejos a Ian.

—Para que vayas a por tus cosas —puntualizo adelantándome a su pregunta—. Tú ve a comisaría, y mantenme informada de todo —exhorto mirando a Helena—. Ahora marchaos, quiero estar sola —concluyo clausurando la puerta de la entrada principal para quedarme sola en la gran casa.

Hoy he tenido tan cerca lo que he deseado durante tantos años, que he llegado a creer que yo podría disfrutar de una vida como esa, pero esto me ha hecho volver al mundo real y darme cuenta de que eso no va a ser posible para alguien como yo. En mi vida futura solo hay espacio para sangre, armas, cárcel, dolor y muerte.

Capítulo 5

Los minutos pasan mientras espero que Nathan regrese con el resto. Si hay algo en mi personalidad que brille por su ausencia, es la paciencia, por eso estoy descargando mi frustración con el saco de boxeo de nuevo. Últimamente paso más tiempo en el gimnasio que en cualquier otro sitio de la mansión, y creo que eso le está afectando a mi cuerpo. Hace que me sienta más pesada al andar, y por supuesto mucho más cansada, pero prefiero tener exhausto el cuerpo y no la mente de tanto pensar.

Oigo llegar un coche, y salgo como alma que lleva el diablo hacia los aparcamientos para terminar comprobando que mi padre ya ha vuelto a casa.

—¿Qué ha pasado? —escupo una vez que llego a su lado.

—Lo de siempre. Ya sabes que esa zorra gusta de hacernos una visita al menos una vez al mes, pero no tiene nada fehaciente contra nosotros —afirma seguro de sí mismo—. No tienes de qué preocuparte —concluye iniciando el camino hacia la casa.

Ginebra es la encargada de llevar a cabo las operaciones más importantes de la policía de Nevada, y lleva detrás de mi padre más años que yo al lado de este. Es una mujer joven y con mucho tiempo libre, y todo ese tiempo lo emplea en intentar meter a mi padre en la cárcel y que se pudra allí, pero Nathan siempre ha ido un paso por delante de ella y, además, tiene a Aaron cuidándole las espaldas.

—¿También estabas preocupada por mí? —espeta don Musculitos sin que nadie más que yo pueda escucharlo.

—Claro —admito provocando que sonría de oreja a oreja—, como lo habría estado por Aaron, Tay o Helena —añado borrándole dicha sonrisa.

Giro sobre mí misma para largarme de allí y no tener que seguir escuchando estupideces, y avanzo a paso ligero hacia mi padre hasta alcanzarlo para comentar algunas cosas sobre mi nuevo guardaespaldas y sus funciones.

Una vez que finalizo la charla con Nathan, me retiro a mi cuarto con un dolor de cuello abrumante. Ya sabía yo que tanto ejercicio iba a pasarme factura tarde o temprano, pero esperaba que no fuera tan pronto. Me ducho por

tercera vez en el día, y me preparo para meterme directamente en la cama. Hoy ha sido un día muy largo, y no tengo ni ganas de cenar antes de acostarme, pero aún es muy temprano como para que concilie el sueño, así que decido ver una peli hasta que pierda la consciencia. Desafortunadamente, acabo enganchándome por completo a la trama, y el sueño no logra apoderarse de mí. Una vez que termina, siento la garganta seca, y la botella de agua que suelo tener en mi cuarto está vacía. Genial.

Me envuelvo con la bata y salgo de la habitación escaleras abajo para dirigirme a la cocina, donde casualmente también está Ian que llegó hace un buen rato y ha estado instalándose hasta ahora. Está haciéndose una especie de té, y me recibe con una sonrisa cuando me ve aparecer. Voy hasta la alacena seguida de su mirada gris, y saco una botella de agua para reponer la de mi cuarto.

—¿Te duele? —pregunta Ian advirtiéndome que no dejes de frotarme con la mano la zona del cuello.

—No, solo es una pequeña molestia.

—Yo puedo darte un masaje, si quieres —anuncia dando un sorbo al té.

—Estoy bien, gracias —aseguro emprendiendo el camino de vuelta a mi habitación.

—Ya sabes dónde estoy si cambias de opinión —afirma con su voz ronca y sexi—. Que tengas una buena noche, Samantha —añade privándome de razón durante unos segundos.

—Tú también, Ian —le deseo deteniéndome por unos instantes para contemplarlo de arriba abajo.

Subo acalorada los escalones de los tres pisos más que segura de que ese cuerpo está hecho para el pecado, y una vez que vuelvo a estar sola en mi habitación, me deshago de la bata y me meto en la cama para intentar conciliar el sueño de una vez.

Doy vueltas sobre mí misma de un lado a otro de la cama, pero sigo sin poder dormir, y en esta ocasión se debe al Adonis que hay en la planta inferior a la mía, que no quiere salir de mi cabeza. Se pasea desnudo, enseñándome todos sus atributos mientras me come con la mirada, y a mi cuerpo precisamente descansar no es lo que se le antoja con ese tipo de pensamiento. Y es por eso que decido colocarme la bata nuevamente, pero esta vez sin nada debajo, y pasarme por la habitación de Ian.

Salgo de mi cuarto sigilosamente, procurando que ninguna cámara logre grabar mi intrusión a la habitación de mi nuevo guardaespaldas a las dos de la

madrugada. Una vez que llego a la puerta, doy un par de toquecitos a ver si contesta, y tras darse un golpe por el camino, Ian me abre la puerta semidesnudo.

—Vengo a por el masaje que me has prometido antes —murmuro entrando rápidamente al cuarto evitando así las cámaras.

—¿A estas horas? —reprocha algo confuso.

—Sí —afirmo dejando caer la bata al suelo—, aunque puedo venir en otro momento si lo prefieres —añado acortando la poca distancia que nos separa.

—Creía que no querías que se repitiera lo de la otra noche —alega rodeándome con sus brazos para pegarme totalmente a su cuerpo.

—No me suele pasar mucho, pero he cambiado de opinión —confieso poniéndome de puntillas para poder llegar a su boca y besarlo.

Me sostiene a pulso y me deja sobre la cama mientras nos besamos. Le quito los pantalones del pijama como buenamente puedo, y él intenta entorpecer mi cometido torturando uno de mis pezones con sus dedos. Llevo una mano a su erección, y comienzo a estimularla aún más bajando y subiendo por ella. Primero a un ritmo lento, y poco a poco voy aumentando la velocidad, hasta que el Adonis decide que es hora de estar dentro de mí. Después de ponerse el condón, hace que me dé la vuelta para ponerme a cuatro patas sobre la cama, y me embiste sin previo aviso. Un pequeño gemido logra escaparse de mi garganta, e Ian se inclina para susurrarme a la oreja.

—Sshhh. No queremos que nos oigan, ¿verdad? —dice volviendo a penetrarme con fuerza, pero esta vez me muerdo la lengua y no emito ningún sonido—. Así me gusta —afirma volviendo a su anterior posición.

Noto sus dedos sobre mi clítoris mientras su polla entra y sale de mi interior, y tengo que morderme la lengua con más insistencia para no despertar al resto. De pronto Ian me da un azote en el trasero, y ya no puedo aguantarme las ganas de gritar de placer. El Adonis se detiene y saca su miembro de mi interior a continuación, luego me empuja para que me tumbe totalmente sobre la cama, hace que cierre las piernas, y se coloca encima de mí.

—A ver si así conseguimos que nadie se entere de nada —se aventura a decir antes de taparme la boca con una de sus manos y volver a introducirme su dura erección—. Parece que da resultado —añade al comprobarlo.

No sé qué me da más morbo, si la postura, el hecho de que estemos haciendo esto a escondidas, o el propio Ian, lo que sé es que estoy empezando a sentir un hormigueo que me recorre de pies a cabeza, y es porque voy a correrme.

—Ian... —balbuceo sujetándome con fuerza a la mano con la que cubre mi boca.

—Lo sé —afirma aumentando el compás de sus penetraciones.

Continúa saliendo y entrando en mí durante un par de minutos mientras el aire comienza a faltarme, y cuando creo que voy a ser la primera en alcanzar el clímax, el Adonis clava sus dedos en mi cintura y se vacía, provocando que yo haga lo mismo.

Ian deja escapar un suspiro antes de separar su cuerpo del mío y tumbarse a mi lado para recorrer mi piel con la yema de sus dedos mientras recuperamos el aliento. Una vez que mi cabeza regresa a su sitio, y los latidos de mi corazón vuelven a la normalidad, me incorporo y busco con la mirada mi albornoz por la zona donde lo he tirado antes.

—No te vayas —suplica sujetándome por una de mis muñecas.

—No hace falta que te recuerde lo que pasaría si alguien te ve conmigo, ¿no? —advierto mientras le dedico una mirada intensa.

—Déjame al menos que te de ese masaje a por el que has venido —añade causando que sonrío como una idiota.

—Está bien, pero luego me iré —cedo antes de que me atraiga hacia él.

Me tumbo nuevamente boca abajo sobre la cama, e Ian se coloca de rodillas a un lado para comenzar a darme el masaje. Empieza por el cuello y me deja más relajada que nunca, pero cuando se centra en mi espalda ya no soy capaz de mantener los ojos abiertos, y es cuando el sueño llega finalmente a mí.

Es la mejor noche que paso en mucho tiempo. Quizás sea por el polvo, por el masaje, o por dormir lo poco que quedaba de noche rodeada por los brazos de Ian, sintiendo su calor corporal, absorbiendo su aroma, y disfrutando de sus caricias.

Una alarma es la que rompe con el silencio imperante de la habitación y causa que me sobresalte cuando caigo en la cuenta de que me he quedado dormida, y que posiblemente ya esté todo el mundo despierto pululando por la casa. También me agobia un poco pensar en Dereck y en la forma que irrumpió ayer en mi cuarto. Si lo hace hoy y descubre que no estoy, rodarán cabezas.

—Ian —murmuro meciéndolo un poco para despertarlo—. ¿Cómo has podido dejar que me quedase a dormir en tu cama?

—Intenté despertarte —asegura haciéndome presa de un abrazo—, pero hubiese levantado antes a un muerto que a ti —exagera antes de comerme a besos.

—Para, Ian. Detente, por favor —imploro intentando bajar de la cama—. Tienes que ayudarme a llegar a mi cuarto sin que nadie se inmute.

—De acuerdo —cede dándome un último beso que me deja sin aliento.

—¿Siempre eres tan... cariñoso? —espeto abandonando la cama para ir a por mi bata.

—Solo cuando alguien me gusta de verdad —confiesa con una sonrisa arrebatadora mientras comienza a vestirse frente a mí.

—¿Debo sentirme afortunada? —increpo intentando no sonrojarme por lo que acaba de decir.

—Yo me siento así por haberte conocido —admite dejando de vestirse para sujetarme ambas manos con las suyas—, es como si estuvieras hecha para mí —continúa diciendo sin apartarme la mirada.

—Tienes que bajar de tu nube —concluyo envolviéndome el albornoz tras deshacerme de sus manos.

—Y tú, ¿siempre lo ves todo negro? —replica terminando de vestirse.

—Así es, eso mismo es lo que me ha demostrado la vida una vez tras otra. Todo es de color negro —alego acercándome a la puerta para comprobar que no se oyen pasos—. Asómate y avísame cuando la cámara de la izquierda comience a girar hacia el otro lado —le ordeno pretendiendo evitar su mirada.

Ian obedece, y sale de su habitación ojeando discretamente el sistema de vigilancia que preside en la segunda planta. Se pone a disimular haciendo no sé qué cosa en el pasillo, y cuando lo ve claro, me da la señal para que salga escaleras arriba como alma que lleva al diablo, pero no sin antes llevarme otra azote en el trasero por parte del Adonis.

Llego a mi habitación y cierro la puerta tras de mí como si alguien viniera persiguiéndome, y la verdad es que así es como me siento rodeada por tanta cámara. Camino a paso ligero hasta mi cuarto de baño, y me quito las lentillas que me llevan molestando un buen rato. No debería haberme quedado dormida con ellas, y hoy no podré ponérmelas en consecuencia. A no ser que quiera quedarme sin vista, y no es el caso. Acto seguido me introduzco en el vestidor y salgo una vez vestida. Se supone que tengo que poner al día a Ian sobre todo el trabajo que tiene que llevar a cabo, pero no estoy segura de querer estar a solas con él.

—Tus ojos —advierde al verme sin lentillas por primera vez.

—Sí, son como los de mi padre —confirmo restándole importancia.

—Son preciosos —afirma contemplándolos fijamente.

—Tú tampoco puedes quejarte —me atrevo a decir antes de notar el rubor

en mis mejillas.

Tiene la capacidad de hacer que pierda la cabeza sucumbiendo a sus encantos, aunque acaba por sorprenderme su actitud. Hemos estado toda la mañana dando vueltas por todos los rincones de la mansión para que la conozca mejor, y no he recibido por su parte ni una mirada lasciva, ni una sonrisa cautivadora, ni siquiera una insinuación subidita de tono. Y en el fondo creo que me molesta.

—Hora de comer —anuncio dando fin al recorrido turístico una vez que terminamos con el campo de tiro.

—¿Y, tú entras en el menú? —inquire comprobando que por aquí adentro no hay cámaras para ponerle fin a la distancia que nos separa.

—Lo dudo mucho. Hoy es día de pollo asado —afirmo escondiendo una sonrisa.

—Es una pena, porque yo ahora mismo solo tengo hambre de ti —concluye elevándome con sus brazos para luego apoyar mi espalda contra la pared, y ya es tarde para intentar resistirme.

Media hora después, cruzamos el umbral de la cocina bajo la atenta mirada de todos, excepto Nathan, que ni siquiera nos acompaña en la hora de las comidas. Hay pollo asado, el mejor de toda la ciudad, y tanto Ian como yo nos servimos un poco para luego unirnos al resto en la mesa.

El radar de Dereck se ha activado desde que me ha visto aparecer con Ian, y noto que está celoso a leguas, ya que no deja de intentar matar al Adonis con la mirada, pero por mucho que insista no va a desintegrarse. Supongo que con Helena no tenía problema alguno porque es una mujer, pero al ser un tío, la situación cambia.

Una vez que terminamos de comer, me retiro a mi cuarto a echarme una siesta. Esta noche habré dormido bien, pero lo he hecho muy pocas horas y sigo sintiéndome algo cansada. Bajo la persiana cuando llego para que gobierne la completa oscuridad en mi habitación, y una vez que me desprendo de la ropa, caigo rendida sobre la cama.

Cuando despierto estoy desorientada. No sé cuánto tiempo he estado durmiendo, pero han parecido años, y a mi cuerpo le ha sentado de cine. Me pongo ropa de deporte una vez que estoy más espabilada, y bajo al gimnasio a machacarme un poco. A don Musculitos no le haría gracia que me saltase un día de ejercicio. Bajo las escaleras tranquilamente, con la cabeza llena de pensamientos, tan abstraída que ni siquiera me he dado cuenta de que no hay nadie en la casa. Todos se han ido, menos Dereck. Con toda la seguridad que

hay para llegar hasta la mansión, mi padre sigue sin fiarse de dejarme sola.

—¿Vas al gimnasio? —pregunta cuando llego al final de las escaleras.

—Claro —afirmo señalándole mi vestimenta para que vea lo estúpida que ha sido su pregunta.

—Voy a cambiarme y te hago compañía —anuncia dirigiéndose a su habitación.

—¿Dónde están los demás?

—Tu padre ha quedado con Sharaf para reunirse hoy mismo. Al parecer a Nathan le ha gustado tu plan, y vamos a llevarlo a cabo —declara reanudando el paso.

Esa es una noticia muy buena. Más que buena, diría yo. Si todo sale bien, mi padrastro acabará muerto cuando todo esto termine, y es lo que más deseo desde que tengo uso de razón. Todo lo malo que me ha pasado en la vida ha sido a causa y como consecuencia de sus actos.

Dereck hace acto de presencia cinco minutos más tarde en el gimnasio, y ambos nos disponemos a quemar un poco de energía con los diferentes aparatos para hacer deporte que hay en la sala. Una hora después doy por finalizada la sesión tirándome al suelo, pero don Musculitos tiene otros planes.

—¿Una pelea? —sugiere lanzándome los guantes de boxeo.

—¿Has estado cansándome para ganarme ahora? —insinúa frunciendo el ceño.

—¿Te recuerdo que he estado haciendo el mismo esfuerzo que tú? —espeta poniendo los ojos en blanco.

—¿Te recuerdo que llevas más años que yo haciendo deporte? —le reprocho sabiendo lo que le molesta la diferencia de edad entre nosotros.

—Veo que empiezas golpeando bajo.

—Me gusta llevar ventaja —confieso enfundándome los guantes.

Y así es como comenzamos a intentar lanzarnos golpes el uno al otro para derribar al contrario. Recibo unos cuantos puñetazos, pero como soy más pequeña y ágil, Dereck se lleva más por mi parte que yo por la suya. El tiempo pasa, y sigo esquivando derechazos de don Musculitos, al igual que él los míos. Estamos tan inmersos en la lucha, que ni siquiera notamos que tenemos público. Ya han regresado, y tanto mi padre como Ian están de pie junto a la puerta. Mi mente se distrae durante una milésima de segundos contemplando al Adonis, y es cuando Dereck acierta un golpe justo en mi mandíbula que hace que pierda el equilibrio. Caigo boca abajo, sintiéndome completamente

aturdida, y con un dolor muy fuerte en la boca.

—¡Sam! —exclama el idiota que acaba de derrumbarme acercándose a mí a toda velocidad.

—Samantha —oigo que dice la voz ronca de Ian a lo lejos.

Intento incorporarme, pero el chico nuevo no me lo permite. Ya ha llegado hasta donde estábamos Dereck y yo, y está a mi lado de rodillas.

—Ian, llévatela a la enfermería y comprueba que esté bien —ordena mi padre tan frío como siempre antes de desaparecer del gimnasio.

Don Musculitos y el Adonis me ayudan a ponerme en pie, y Dereck pretende que me apoye en él para acompañarme hasta la enfermería, pero Ian se lo quita de la cabeza, y ocupa su puesto bajo mi brazo. Una vez que me deshago de los guantes, comienzo a caminar algo desorientada, pero por fortuna mi guardaespaldas me guía hasta nuestro destino. Cuando llegamos hace que me siente en la camilla, y comienza a examinarme en silencio.

—¿Ocurre algo? —insinúo intentando descifrar su rostro.

—No paro de pensar en ese musulmán con el que hemos estado esta tarde y en la relación que puede tener contigo —aclara desarmándome por completo.

—¿A qué te refieres exactamente? —pregunto sin entender muy bien de qué habla.

—Estaba claro desde un principio que Nathan no quería que fueras a esa reunión, pero por si había dudas nos ha recordado un par de veces que no debíamos mencionarte por ningún motivo en su presencia ni la de sus hombres —declara analizando nuevamente la situación en su cabeza—. Aunque también me ha parecido extraño lo que tu padre le ha propuesto.

—Es una historia muy larga —afirmo intentando evitar el tema.

—Puedes hacerme un resumen —espeta dirigiéndose hacia una pequeña neverita que hay en la enfermería—. Ponte esto en la mandíbula, hará que no se te hinche demasiado —añade con una bolsita de gel congelada.

Y sin saber muy bien porqué, le desvelo que Sharaf era el marido de mi madre, a la que mató delante de mis ojos para que supiera que yo sería la siguiente si no me casaba con Khareem, del que acabé siendo la viuda por un accidente de coche en el que mi padrastro cree que yo también morí. Y todo eso por la aventura que mi madre tuvo con Nathan.

—Te has saltado unas cuantas partes de tu biografía, ¿no es así? —alega retirando un mechón de pelo de mi cara.

—Tal vez te las cuente otro día —digo con dificultad ya que tengo la mandíbula anestesiada por el frío—. Y tú, ¿qué piensas sobre lo que acabo de

decirte? —añado sin estar muy segura de querer saber su respuesta.

—Que ahora entiendo algunas cosas sobre tu comportamiento, como que seas tan reservada, y el hecho de que uses lentillas para ocultar esos bonitos ojos. Aunque en el fondo agradezco que lo hagas, porque no podría dejar de mirarlos —asegura dedicándome la mejor de sus sonrisas.

Y ahora mi dilema es cómo decirle que nuestra relación debería ceñirse a lo laboral y que nuestros encuentros son algo esporádico. Con el tipo de vida que llevo no puedo permitirme mantener ningún tipo de relación con los que me rodean que no sea de trabajo. El dolor incipiente que siento en la boca lo corrobora. Es fácil destruirte si tienes debilidades, por eso mismo Nathan guarda las distancias conmigo y prefiere que nadie sepa que soy su hija.

Capítulo 6

Hace ya unos días que recibí el rechazazo de don Musculitos en la mandíbula, y todavía me duele un poco cuando me río, cuando hablo, incluso cuando gesticulo, pero es algo que logras llegar a soportar con los años. Aún recuerdo la primera vez que recibí un buen golpe. Tendría alrededor de siete años y llevaba entre las manos un vaso que acabó por escurrirse de entre mis dedos. El que yo creía que era mi padre por aquel entonces vino apresurado hasta mí, y me cruzó la cara con el reverso de su mano.

—Deja de romper cosas que son más valiosas que tu vida si quieres seguir teniendo una cama para dormir en esta casa —fue lo único que dijo al respecto.

Y a partir de ese instante el asunto fue a peor, aunque es algo que no me gusta recordar. Por eso sacudo la cabeza intentando disipar dichos recuerdos de mi mente y vuelvo a posar así los pies sobre la tierra.

Mañana se celebra mi graduación, pero en el fondo nadie sabe que el evento será en mi honor. Todos piensan que es una fiesta cualquiera de las muchas que da mi padre, y eso deben seguir creyendo. Ahora con Sharaf por aquí es cuando menos nos conviene que salga a la luz la relación de parentesco que hay entre Nathan y yo.

—Samantha —aclama Ian tras dar un par de golpecitos con los nudillos en la puerta de mi habitación—, ya está todo dispuesto para que nos vayamos.

—Espérame en el coche, bajo en un minuto —le ordeno mientras introduzco en un sobre algunas fotos de mi orla.

Luego lleno el cuenco con pienso para el gatito, lo dejo fuera en el balcón para que tenga algo que comer cuando venga esta tarde, y me marcho escaleras abajo. No me gusta la idea de que ese pequeño terremoto se quede sin comida, y aunque el viaje sea de ida y vuelta en el mismo día, vamos a regresar tarde.

Al salir de la mansión diviso el vehículo en el que me espera Ian estacionado frente a la puerta, y en cuanto subo a él, el Adonis vuelve a ponerlo en funcionamiento para dirigirnos hacia una residencia de ancianos que está a unas dos horas de aquí. No sé si ha sido buena idea venir acompañada por el chico nuevo, pero los demás estaban todos ocupados, y

prometí que iría a visitarla esta semana antes de la fiesta de mañana.

—¿Exactamente a dónde se supone que vamos? —pregunta Ian sin apartar la mirada de la carretera.

—No seas impaciente —increpo con la mirada perdida en el paisaje—, lo verás cuando lleguemos.

—Era por hablar de algo, ¿o piensas estar callada todo el trayecto? —añade dirigiendo sus ojos grises durante unos segundos hacia mi persona.

—Preferiría escuchar música —afirmo subiendo el volumen de la radio. Desde que me llevé un puñetazo de Dereck por su culpa no he querido tener contacto alguno con él.

—Pues yo preferiría que charlásemos —replica apagando por completo el dispositivo de sonido—, pero si no quieres hacerlo, en vez de diálogo será monólogo —advierde echando el cierre de seguridad a las puertas—. Y nada de saltar del coche mientras esté en marcha.

Esto último me arranca una pequeña carcajada. ¿De verdad cree que sería capaz de lanzarme a la carretera a esta velocidad? Pero no puedo dilatar mucho más este pensamiento ya que, como ha insinuado antes, va a estar hablando todo el camino, aunque sea solo. Y, no sé ni cómo ni cuándo, pero consigue captar toda mi atención y hacer que participe en la conversación.

—Ya hemos llegado a... ¿una residencia de ancianos? —inquire algo confuso mientras analiza el recinto con la mirada.

—¿Decepcionado, quizás?

—Sorprendido, diría yo. ¿Qué hacemos aquí?

—Yo voy a visitar a alguien —confieso saliendo del vehículo—, y tú vas a ayudarme a llevar todas las bolsas que hay en el maletero, y luego volverás al coche —declaro con seriedad.

—¿Estás segura de que quieres quedarte sola?

—Aquí no hay ningún peligro, y si lo hubiera nosotros seríamos los primeros en enterarnos —aclaro enarcando una ceja.

Ian no pronuncia ni una palabra más, y acata mis órdenes sin rechistar. Si fuera Helena ya me hubiera sacado de quicio con sus preguntitas incómodas y su insistencia en acompañarme cada segundo. Tiene una forma de protegerme un tanto agobiante, y eso es algo que no me va. Con mi nuevo guardaespaldas la cosa es más tranquila, y puedo sobrellevar la situación sin perder la calma.

Llegamos a recepción, y una de las enfermeras nos acompaña de buena gana a la misma habitación que llevo visitando desde que mi padre me encontró. Ian nos sigue, observando con detenimiento cada detalle de la

estancia, y una vez que la enfermera se detiene frente a la puerta a la que nos dirigimos, se detiene expectante esperando averiguar quién hay dentro.

—Han venido a verte, Raissa —anuncia la enfermera antes de retirarse del umbral para dejarme entrar a mí y a Ian—. Estaré en recepción si necesitas algo —me dice ahora a mí.

—Claro, gracias.

Entramos, y la señora mayor y canosa que está sentada en un sillón mientras sostiene un libro nos recibe con una sonrisa de oreja a oreja.

—Mi preciosa y dulce Rim —dice dejando el libro sobre la mesa que hay a su lado.

El Adonis comienza a soltar las bolsas en el suelo, y yo avanzo a paso ligero hasta ella para fundirnos en un abrazo que dura un buen rato. Siento la mirada de Ian en mi nuca, escrudiñando la escena desde lejos, intentando deducir la identidad de la mujer que me está estrujando entre sus brazos mientras me llena de besos, que se detiene al notar también la atenta mirada de mi guardaespaldas.

—Este es nuevo, ¿no? —pregunta retirando sus manos de mí para repeinarse un poco—. ¿No nos presentas? —añade encandilada por el Adonis de ojos grises.

—Él ya se iba —insinúa intentando poner tierra de por medio entre ellos.

—Soy Ian —anuncia ofreciéndole la mano.

—Tienes un nombre muy bonito. Yo soy Raissa, la abuela de Rim —declara dando unos cuantos pasos para llegar hasta el chico nuevo y estrecharle la mano—. ¿Quieres tomar algo? Acabo de hacer un café tradicional árabe.

Le hago gestos a espaldas de mi abuela, indicándole que rechace la oferta, y parece que me ve hacerlos, pero los ignora por completo.

—Me encantaría probarlo —accede con una sonrisa de oreja a oreja antes de que mi abuela nos obligue a tomar asiento a ambos.

Es una mujer bastante mayor ya, y ha vivido más cosas de las que podré llegar a imaginar jamás. Su pelo es largo y canoso, pero está recogido mediante un moño. No viste como lo haría una musulmana, hace tiempo que abandonó esa costumbre, entre otras muchas. Es bajita, un rasgo que heredamos tanto mi madre como yo. Y es por eso que la mayoría se sorprende cuando dejamos salir fuera de nosotras el mal carácter que nos gobierna por dentro. Esa ha sido siempre una de nuestras mejores armas, y también la razón por la que seguimos vivas. Tener la apariencia de un ser inocente te abre

muchas puertas, y un carácter fuerte ayuda a seguir hacia adelante cuando las cosas van mal.

Gracias a eso estuve a punto de conseguir mi libertad, pero mi padrastro no lo permitió. Provocó un accidente para que mi marido muriera, ese con el que el mismo Sharaf me había casado por obligación y que me había prometido que iba a sacarme del país y a llevarme lejos de mi torturador particular. Yo también estaba dentro del coche aquel día, y acabé muy mal herida, hasta el punto de darme por muerta. De ahí que el viudo de mi madre lo crea así. Fue la propia Raissa quien se ocupó de contactar con mi padre y ponernos a ambas a salvo. Ella sabía perfectamente que Sharaf no se quedaría tranquilo hasta mandarme al otro barrio como lo hizo con mi madre días antes de mi boda con Khareem, y decidió tomar cartas en el asunto y dejar atrás su vida entera para darme a mí una nueva. Por eso me haría muy feliz tenerla a mi lado en la mansión, pero es demasiado peligroso, y ella misma optó por trasladarse a una residencia para convivir con gente normal y pasar sus últimos días en paz, y Nathan compró este edificio y lo puso a nombre de Raissa para que así fuese.

—Rim, cariño —interrumpe mi abuela el hilo de mis pensamientos—. Se te va a enfriar el café. ¿Otra vez con la cabeza llena de pajaritos? —añade alzando una ceja.

—Lo siento, ¿qué es lo que estabas diciendo? —exhorto algo avergonzada por no prestarle atención mientras hablaba. Aunque ahora también empieza a preocuparme lo que haya podido estar conversando con Ian durante mi trance.

—Te estaba contando que el motivo por el que quería que vinieras es porque tengo un regalo para ti por tu graduación —anuncia señalándome una caja que hay sobre su cama a la vez que en la cara del Adonis aparece un gesto de sorpresa.

—No tenías por qué hacerlo —le recrimino inmediatamente.

—Claro que sí —espetea ofendida—. Eres mi única nieta, y la única persona que me queda en este mundo. ¿A quién pretendes que le haga regalos si no? —concluye levantándose de su silla para coger la caja y dejarla más tarde en mis manos.

Comienzo a abrir el envoltorio que la cubre bajo la atenta mirada de mi abuela, que espera expectante para ver mi reacción. Retiro la tapa y bajo ella descubro un precioso vestido azul marino. Lo saco de la caja para apreciarlo mejor, y me encanta aún más. En la parte de arriba lleva dos tiras que se cruzan delante y detrás, tapando justo las zonas que no deben verse, y la parte de debajo es larga. Muy larga. Odio los tacones, y no sé por qué el mundo está

en mi contra y se empeña en que los lleve.

—¿Te gusta? Es para que lo lleves mañana —aclara sonriente—. En un principio iba a ser rojo, pero sé que no te gusta ser el centro de las miradas, así que me decanté por algo más discreto.

—Es perfecto —admito devolviéndole la sonrisa.

—Hazte fotos, y tráemelas para que las ponga en mi álbum.

—Eso me recuerda algo —confieso levantándome para buscar dentro de las bolsas el sobre con mis fotografías—. Son de la orla —puntualizo entregándoselo en las manos.

Ian nos observa en silencio, analizando y guardando en su mente todo lo que está pasando en esta habitación. Supongo que está intentando adivinar a qué viene todo esto, y por eso mismo hubiera preferido que se quedara en el coche. Este es un lugar seguro porque nadie puede vincularla con nosotros, y cuanto menos gente sepa el paradero de Raissa, mejor. Sharaf de momento no tiene nada en contra de ella, pero si se llega a enterar de que gracias a mi abuela escapé de él, la cosa cambiaría bastante, y es una persona mayor a la que no le conviene estar huyendo. Los años le pesan, y no puede estar mucho tiempo sin cuidados médicos, aunque jamás demostrará que está mal delante de mí. Es demasiado orgullosa, y por lo visto eso es algo que también he heredado.

Después de dejarla deleitarse con las fotos unos minutos, la pongo un poco al día. Ella me pregunta entusiasmada por el chico nuevo y su función a mi lado, y consigue hacer que me sonroje al insinuar que Ian y yo estamos juntos.

—Sabes perfectamente que el único hombre al que permito formar parte de mi vida es Nathan —me apresuro a decir antes de que al Adonis se le ocurra abrir la boca, que tras escuchar eso frunce el ceño.

—Tú siempre tan reticente al amor —replica mi abuela dirigiendo su mirada a los ojos grises de mi acompañante.

—Se nos ha hecho tarde —alego poniéndome de pie—, y tenemos un largo camino hasta llegar a casa.

—¿Ya? —pregunta con cierta tristeza.

—Me gustaría quedarme más tiempo, pero mi padre ha estrechado las medidas de seguridad, y debemos regresar ya.

—¿Por qué?, ¿qué ha pasado? —espeta con curiosidad.

—Es por sus negocios, lo mismo de siempre. Nada por lo que tengas que preocuparte —añado intentando restarle importancia al asunto.

—Ten mucho cuidado, Rim —me aconseja levantándose de su silla para

volver a abrazarme.

Este abrazo de despedida dura más aún que el de bienvenida, e Ian prosigue observándonos. Lo sorprendente es que después de mí captura al Adonis también entre sus brazos, y todo porque él le ha contado la forma en la que nos conocimos y Raissa cree estar en la obligación de agradecerle que me ayudara con esos matones. Y, aunque mi abuela no conociese personalmente a Salvador, la noticia de su muerte la ha angustiado un poco. En realidad el único que ha estado aquí conmigo, aparte del chico nuevo, ha sido Dereck cuando me acompañaba a todas partes. Las veces que he venido con Helena esta se ha quedado en el automóvil, como también pretendía que lo hiciera Ian, pero a él le encanta desbaratarme los planes.

Dejamos a mi abuela en su habitación, guardando la ropa y demás cosas que traíamos en las bolsas. La enfermera de recepción se despide de nosotros y nos desea un buen viaje, y una vez que salimos del edificio y subimos al coche, el Adonis da inicio a la ronda de preguntas.

—Rim... ¿te llamabas así en tu antigua vida?

—No, en realidad siempre me he llamado Samantha. Sharaf nunca me creyó merecedora de un nombre árabe. Rim significa la gacela blanca del Sahara —admito recordando las cientos de veces que mi abuela ha hecho referencia a este asunto—. Se usa a menudo en la poesía de mi cultura para referirse a los ojos bonitos, y se supone que por ende la mujer que lleve ese nombre tiene que ser hermosa.

—Por lo que han podido comprobar mis ojos te viene perfecto —afirma incorporándose a la carretera—. Y, ¿cómo es que la residencia está tan lejos de donde vivís?

—Por su seguridad —declaro seriamente—, y te agradecería que dejaras de interrogarme.

—Aún tengo un par de preguntas —asegura dedicándome su sonrisa durante unos segundos.

—Yo también tengo, y no te importuno con ellas.

—Adelante. No tengo ningún problema en contestarlas —espeta con su voz ronca y sexi.

—¿Dónde está la madre de Maya? —escupo sin anestesia.

—Directa al grano, me gusta —confiesa tras una pequeña carcajada—. La conocí en la academia militar, y se quedó embarazada a los pocos meses de habernos conocido. Tuvo al bebé porque sus padres no le permitieron abortar, pero se desentendió de la niña en cuanto dio a luz. Allyson y yo nos hicimos

cargo de Maya, y el paradero de su madre ni lo sabemos ni estamos interesados en saberlo.

Entonces eso significa que no está divorciado ni es viudo. Había imaginado unas cuantas posibilidades para justificar que tenga una hija, pero nunca habría pensado en esto.

—Ahora me toca a mí —alega sin apartar la mirada de la vía—. ¿Por qué no quieres a otro hombre en tu vida que no sea tu padre?

—Las relaciones que he tenido con los tíos no han sido muy fructíferas, ni las amorosas ni las amistosas. Siempre he acabado mal, a veces demasiado. Por eso no busco tener nada serio con ellos —añado haciendo el suficiente hincapié como para que capte la indirecta—. Y creo que por hoy ya has indagado bastante en mi vida —concluyo subiendo el volumen de la radio.

Dirijo mi mirada al paisaje que vamos dejando atrás a cada metro que avanzamos con el vehículo, e Ian se queda pensando el resto del camino, dejando que sea la música el único sonido que se oye dentro del coche. Y creía que eso era lo que quería, evitar sus preguntas de alguna manera, pero hay algo dentro de mí que me dice que estoy siendo injusta con él.

Capítulo 7

Ayer en cuanto llegamos de vuelta a la mansión me fui inmediatamente a mi habitación. Sin hablar con nadie, ni siquiera con Nathan que estaba esperando a recibir noticias sobre mi abuela, pero estaba cansada físicamente por el viaje, y mentalmente de darle tantas vueltas a las cosas. Ya ni siquiera puedo dormir un par de horas seguidas sin despertarme por culpa de las preocupaciones. Así que, cuando el reloj da las cinco de la mañana, ya estoy fuera de la cama preparándome para una sesión de ejercicio. Salgo al pasillo, y diviso una pequeña raya de luz en el suelo que procede del despacho de mi padre. Tal y como me pasa a mí, el insomnio también le hace compañía por las noches, pero seguro que a él le atormentan más cosas.

Bajo las escaleras intentando no hacer mucho ruido, y voy a la cocina a tomarme un zumo para no tener el estómago vacío antes de dirigirme al gimnasio. Una vez allí empiezo a calentar un poco y a estirar antes de ponerme con el saco. A las siete es cuando suelen levantarse los demás, así que aún me queda más de una hora en completa soledad para machacarme a mi antojo. Mi cuerpo se impregna de sudor conforme pasan los minutos y mis latidos aumentan también en consecuencia del ejercicio, y podría seguir así durante un buen rato, pero tengo cosas que hacer antes de la fiesta. Así que en cuanto me percató de que Ian está despierto, dejo el saco a un lado, y le comento que pretendo salir y que debe llevarme en cuanto me dé una ducha.

Media hora después ya estoy lista para irnos, y parece que el chico nuevo también. Esta vez no he informado a Nathan acerca de mis planes, y eso es porque estoy segura de que no me dejaría marcharme sola con Ian a la ciudad sabiendo que Sharaf ronda por estos lares. Me obligaría a ir también con Dereck, Helena o Tay, y no me agradecería tener tantos ojos puestos en mí mientras me hacen un tatuaje.

Creía que el camino hasta el estudio de tatuajes se me iba a hacer más largo puesto que después de lo de ayer esperaba que Ian reaccionase de otra forma ante mi rechazo, en cambio está como si no hubiese pasado nada. Sigue haciendo bromas y atosigándome a preguntas que jamás le respondería a nadie pero que por alguna razón sí se las contesto a él.

Llegamos al estudio, e Ian se queda inmóvil durante unos segundos mientras analiza el sitio con la mirada.

—¿Otro tatuaje? —insinúa algo confuso.

—Siempre es un buen momento —aseguro con una sonrisa antes de adentrarme en el local.

El Adonis me sigue muy de cerca, y cuando me detengo frente a un mostrador que hay a mano izquierda de la puerta, comienzo a hablar con la chica que está atendiendo y que por lo visto solo tiene ojos para Ian. Creo que ni siquiera ha escuchado lo que le he estado diciendo mientras se le caía la baba con mi guardaespaldas.

—¡Eh! —exclamo dando un golpe con la palma de la mano en la mesa—. ¿Podrías mirarme cuando te hablo?

—Lo siento —responde roja como un tomate—. Me habías dicho que te llamas Samantha, ¿cierto? —añade ahora buscando mi nombre en la agenda.

—Así es —confirmo dejando escapar un suspiro—. ¿Me encuentras?

—Sí, y puedes ir pasando ya. Giovanni lo está preparando todo para atenderte —concluye con cierto nerviosismo mientras me señala la puerta al fondo del pasillo.

—De acuerdo, gracias —le agradezco de mala gana.

Giovanni es en el que he estado depositando mi confianza en los últimos años para que me haga los tatuajes, y sé que el resultado no me defraudará, aunque tendré que replantearme seriamente el volver aquí si esa estúpida de la entrada sigue trabajando para él.

—¡Buenos días, Sam! —me saluda enérgicamente Giovanni en cuanto me ve aparecer—. Hace tiempo que no venías, ya creía que me habías cambiado por otro tatuador —insinúa entre risas.

—No voy a negarte que se me ha pasado por la cabeza —adviento provocando que vuelva a reír cuando yo hablaba totalmente en serio.

—¿Qué es lo que quieres esta vez?

—La Vara de Esculapio justo aquí —declaro deshaciéndome de la chaqueta de cuero para levantarme luego la camiseta y así indicarle el lugar donde tengo la cicatriz de cuando me hirieron el día que mataron a Salvador.

—¿El símbolo de la medicina? —espeta sorprendido.

—Es para recordar a un buen amigo —aclaro evitando la mirada de Ian que está intentando descifrarme como de costumbre.

—De acuerdo, siéntate de espaldas y retírate la camiseta —me ordena antes de recolocarse los guantes.

La máquina de tatuar comienza a hacer ese ruidito que la caracteriza, y noto cómo las agujas penetran en mi piel una vez tras otra dejando una huella de tinta. Duele un poco, pero logro mantener la compostura. Este proceso es algo a lo que estoy bien acostumbrada. En cambio Ian está sufriendo más que yo al contemplar las agujas atravesar la corteza de mi cuerpo, y la inquietud no lo abandona hasta que Giovanni termina el tatuaje y por consecuente apaga la máquina.

—Esto ya está listo —declara una vez que acaba de limpiar el tatuaje—. Ya sabes dónde está el espejo.

—Claro —le confirmo dirigiéndome hacia él.

—Mientras tanto voy un momento a comprobar la hora de la siguiente cita, no tardo —asegura antes de marcharse y dejarme a solas con el Adonis.

Observo detenidamente los nuevos trazos de tinta que llevo en la piel, y sonrío tontamente al pensar en Salvador y en lo que esto representaba para él. Necesitaba sentirlo cerca en este día tan importante y que tanto he deseado que llegase, que es el final de mis estudios. A partir de ahora Nathan me dejará a cargo de gran parte de sus negocios para que me vaya haciendo una idea de lo que me depara el futuro.

—Así que a esto te referías con lo de que no me gustaría lo que hay debajo de tus tatuajes —espeta acercándose a mí.

Me bajo la camiseta y giro sobre mis talones para quedar frente a él. Este es uno de los temas que más me cuesta hablar, ya que cada tatuaje tiene su historia, y cada uno oculta una cicatriz.

—¿Qué es lo que esconde este? —pregunta deteniendo su paso a unos centímetros de mi persona para luego introducir su mano por la parte de detrás de mi camiseta y pasar la yema de sus dedos por un diente de león del que salen volando unos pájaros pequeñitos.

—Sabrás lo que es un cartucho de perdigones, ¿no? —le pregunto sintiendo que mi corazón late a mil por hora. Y ya no sé si es por la mano de Ian que recorre mi espalda o por la tensión que me causa este asunto.

Asiente con la cabeza, y sin dejarme añadir nada más, me atrae hacia él, y me arroja entre sus brazos. Es tan grande que casi logra cubrirme entera con su cuerpo, y creo que en parte por eso me parece tan reconfortante. No sé qué ha pasado, ni a qué se debe este abrazo, pero le agradezco enormemente que haya cesado de hacer preguntas y no haya insistido. No sé si hubiera podido terminar de contarle la historia sin llorar, y eso que hace tiempo que desistí de hacerlo. *Llorando no se soluciona nada*, repetía Sharaf una y otra vez. Incluso

cuando me disparó causándome la herida por la que se ha interesado el chico nuevo y pasé más de una semana en cama. Así que le devuelvo el abrazo, y él me besa la sien para luego estrecharme más fuerte entre sus brazos.

Giovanni regresa, y al vernos así pretende volver a irse para dejarnos intimidad, pero Ian y yo nos separamos rápidamente, y le pido que no se vaya. El tatuador se queda inmóvil sin saber muy bien qué hacer, ya que la mirada del Adonis le indica que haga lo contrario de lo que le acabo de decir, pero sabe que la última palabra la tengo yo, así que termina por obedecerme y comienza a explicarme como tantas otras veces el proceso que debo ejecutar para que el tatuaje se cure adecuadamente.

Nos despedimos una vez que Giovanni me asegura que siempre intenta tener a sus mejores clientes contentos, y que en esta ocasión invita él. Intento rechazar su ofrecimiento, pero es persistente, al igual que yo, aunque como la chica de la entrada me ha sacado de quicio, lo acepto como compensación. Salimos al pasillo que conduce a la salida, pasando por el mostrador donde sigue la misma idiota de antes que le dice adiós a Ian con la mano mientras se lo come con la mirada, y este le sonríe. Una fuerza superior a mí pretende salir de mi cuerpo, y dejarle claro a la chica cuál es su lugar, pero mi nuevo guardaespaldas consigue detenerme sujetándome de un brazo para llevarme con él hacia afuera.

—¿Qué ibas a hacer? —pregunta alzando una ceja.

—La pregunta idónea es: ¿qué estabas haciendo tú? —le increpo sacudiendo mi brazo con brusquedad para deshacerme de su agarre.

—Siendo amable —asegura encogiéndose de hombros.

—Pues no vuelvas a ser amable con nadie, al menos cuando yo esté delante —le advierto sin saber muy bien por qué.

—¿Estás celosa? —añade ahora con una sonrisa.

—Yo no sé lo que es eso —afirmo girando sobre mis talones para dirigirme al coche.

—Es justo lo que has sentido cuando le he sonreído a la chica de ahí dentro —argumento sin moverse del sitio provocando que vuelva a girar sobre mis talones para quedar frente a él y golpearlo en el brazo.

—Deja de decir tonterías y vámonos —ordeno intentando aparentar seriedad.

La sonrisa de Ian no desaparece de su boca en un buen rato, pero yo no me explico qué es lo que le resulta tan divertido de todo esto.

Necesito realizar ciertas gestiones antes de regresar a la mansión, por lo

que indico a Ian los sitios a los que debe dirigirse, y perdemos casi toda la mañana haciendo recados. Normalmente me aburriría yendo a estos sitios con Helena, pero con el chico nuevo es diferente. Con ella estaba deseando volver a casa, y con él preferiría no volver más.

—¿Dónde tenemos que ir ahora? —inquire el Adonis algo cansado.

—Tengo hambre —admito pasando la mano por mi estómago—. Así que la próxima parada será un sitio donde hagan buenas hamburguesas —declaro alegremente.

—Conozco un lugar en el que las hacen para chuparse los dedos, aunque Maya me mataría si se entera que he ido sin ella —confiesa cambiando de dirección para llevarnos hasta el establecimiento del que me ha hablado.

—No tienes por qué ir sin ella, podríamos pasarnos a recogerla antes de ir —sugiero con cierto entusiasmo sin entender muy bien del todo la razón por la que lo hago.

—¿Estás segura? —inquire sorprendido.

—Sí, claro —escupo nuevamente sin pensarlo antes siquiera.

—De acuerdo —acepta tras sopesarlo unos segundos—, voy a llamar a casa para que esté preparada cuando lleguemos.

Y mientras suena el pitido de llamada dentro de todo el coche a causa del manos libres, empiezo a desear con todas mis fuerzas que nadie conteste. Solo ha pasado un minuto y ya me estoy arrepintiéndome de haberle propuesto este plan, ya que es peligroso tener a una niña cerca de mí que soy propensa a los golpes, los disparos y la sangre. Se podría decir que Problemas es mi segundo nombre.

—Nadie responde —confirma tras tres intentos.

—Quizás no están en casa —insinúo implorando que así sea.

—Al igual que tú controlas a los tuyos, yo también me mantengo al tanto de lo que hacen los míos, o las mías, mejor dicho —replica dedicándome su sonrisa durante unos instantes.

Continúa conduciendo en silencio hasta que llegamos a su casa, y está tan concentrado en aparcar el vehículo que no se percata de un pequeño perrito que hay en mi lado de la carretera.

—Ian... —comienzo a decir advirtiéndole que ignora la presencia del animalillo—, frena. ¡Frena, frena! —añado alzando la voz al comprobar que prosigue su camino.

—¿Qué ocurre? —me increpa frunciendo el ceño.

Me quedo callada, y bajo del coche seguida por el gris de sus ojos. Camino

hasta la parte frontal del vehículo y me agacho para coger al cachorrito y retirarlo de la calzada mientras mi guardaespaldas estaciona finalmente el automóvil.

—No tenía ni idea de que estaba ahí —se excusa uniéndose a mí en la acera.

—Creo que tanto él como yo nos hemos dado cuenta —bromeo dejando escapar una pequeña carcajada.

—Seguramente se haya escapado de casa del vecino, su perra hace poco tuvo una camada. Se lo llevaré —me informa haciéndose con el animalito—. Tú mientras puedes ir entrando, la puerta suele estar abierta.

—¿Quieres que me presente ahí sin ti?

—Tranquila, nadie va a morderte —asegura poniéndose en marcha.

No creo que el miedo a que me muerdan sea exactamente lo que me echa para atrás, pero eso es algo que no voy a decirle.

Doy un par de golpecitos en la puerta y me quedo a la espera de que alguien conteste, aunque no obtengo respuesta. Y tal y como ha dicho Ian, la puerta está abierta, así que decido entrar. Una vez que estoy en el pasillo de la casa, empiezo a escuchar una especie de sollozos de una mujer proveniente del comedor, que sospecho que es la hermana del chico nuevo. Avanzo despacio intentando averiguar qué es exactamente lo que está pasando, y casi muero de un infarto cuando se abre a mis espaldas la puerta del armario que hay al lado de la entrada. Es Maya, y está totalmente aterrorizada.

—¿Sabes cuál es la casa de tu vecino que tiene una perra y cachorritos? —susurro, a lo que la hija de Ian asiente con las mejillas llenas de lágrimas—. Ahí está tu padre, ve a buscarlo —le ordeno abriéndole la puerta de la entrada silenciosamente para que se marche.

Reanudo mi travesía por el pasillo a paso lento, y cuando estoy a unos pasos de la sala donde se encuentra Allyson, percibo la voz de un hombre. Un hombre que parece enfadado, y por su manera de hablar también borracho. Llevo con cuidado la mano a mi arma, y le quito el seguro antes de aparecer en escena. doy un paso hacia delante, y diviso a un tipo aprisionando a la hermana de Ian contra la pared con un botellín de cerveza roto en sus manos que amenaza con hundirse en la garganta de esta.

—Suelta la botella, y aléjate de ella —le ordeno al susodicho apuntándole con la pistola directamente a la cabeza.

—¿Quién coño eres tú? —balbucea con dificultad moviendo tan solo la cabeza para mirarme.

—La que va a vaciar en ti todo un cargador si no sales por la puerta de la casa ahora mismo —aseguro acercándome un poco a ellos.

—Tengo derecho a estar aquí —protesta despegándose de la pared para agarrar a Allyson del cuello y ponerse ambos mirando hacia mí—. Aún seguimos casados aunque esta zorra se empeñe en esconderse de mí.

—Está bien, esto podemos solucionarlo como personas civilizadas, pero antes debes soltar ese botellín —sugiero intentando convencerlo.

—No soy tan idiota —afirma haciendo un poco de presión en el cuello de Allyson.

Me dispongo a rebatir lo que acaba de decir, pero justo en ese mismo instante se escucha un gran golpe en la entrada principal y la voz de Ian que exclama el nombre de su hermana. Allyson intenta zafarse de su agresor nerviosa por haber oído a mi guardaespaldas, y el borracho la sujeta con fuerza y le hace un pequeño corte por la brusquedad de los movimientos.

Visualizo su pierna, y tras tomar una bocanada de aire, le disparo ocasionando que suelte a Allyson y que se agache con la pretensión de aliviar el dolor. Esta corre llorando hasta los brazos de Ian, que ya está con nosotros en el comedor, y él la consuela diviso por el raballo del ojo que lo tengo todo bajo control.

—Déjame un teléfono, y llévatela a ella de aquí —le ordeno sin apartar la mirada del hombre al que acabo de disparar.

—No voy a...

—Haz lo que te digo, Ian, y espera afuera —exijo tendiéndole la mano para que me entregue el móvil.

Finalmente acaba por hacerme caso, y deposita en mi mano un teléfono antes de sacar a su hermana de la casa. Marco el número de Aaron, y le informo sobre lo sucedido. Estarán todos aquí en diez minutos, y posiblemente esta sea la última vez que Allyson vea a este desgraciado. No es que nos vayamos a deshacer de él, pero sí vamos a asegurarnos de que permanezca lo suficientemente lejos como para que no vuelva a dar problemas, aunque a decir verdad lo que más me gustaría es atravesarle el cráneo con otra de mis balas, y no sé cómo logro resistirme hasta que llega Aaron junto a Dereck y Helena.

—Ya nos ocupamos nosotros —advierde Aaron haciendo que baje la pistola—, tardaremos un par de minutos en sacarlo.

—Iré a ver cómo están por ahí fuera —declaro dejándolos solos a los cuatro.

Llego hasta Ian y las chicas, que todavía siguen algo nerviosas. El corte que tiene Allyson no es tan profundo como me había parecido en un primer momento, y ya ha dejado de sangrar.

—¿Todo bien? —inquiero revisándolas a ambas de arriba abajo.

Maya se aproxima hasta mí y me abraza por la cintura con fuerza. Al principio no sé muy bien cómo reaccionar, pero finalmente acabo por devolverle el abrazo.

—Gracias —me agradece Allyson una vez que está más calmada.

—No tienes que dárme las —aseguro con una sonrisa.

Y es entonces cuando empieza a relatarme su historia con el borracho de ahí dentro, que resulta que es su marido de verdad. Estuvieron casados durante unos años, pero Allyson lo dejó la primera vez que le puso la mano encima, y la medida que tomó Ian fue llevársela lo más lejos posible de él. No voy a cuestionar la forma de actuar del chico nuevo, ya que no soy la más adecuada, pero creo que hay mejores soluciones.

—Los chicos terminarán rápido, así que pronto podréis volver dentro —afirmo cuando la hija de Ian me libera de su abrazo—. Será mejor que te quedes unos días aquí, ya nos las apañaremos nosotros para ocupar tu puesto de trabajo —añado mirando al Adonis.

—No es necesario, Samantha.

—No es una sugerencia, es una orden, Ian —concluyo mientras empiezan a salir todos de la casa—. Regresaré con Helena a la mansión, y Aaron y Dereck se harán cargo del tipo ese. Ya no hay nada por lo que debáis preocuparos —les prometo totalmente segura de ello.

De vuelta a la mansión Helena intenta sonsacarme lo que ha ocurrido en casa de Ian, pero no suelto prenda. Ahora mismo solo estoy pensando en la fiesta de esta noche y en el Adonis, que no estará allí. No es que lo necesite, puesto que no dependo de nadie, pero me hubiera gustado tener alguien que me hiciese compañía. Normalmente los demás miembros del grupo se dividen para socializar con los asistentes, y si el chico nuevo no conoce a nadie, solo podría hablar conmigo, aunque eso no es algo que vaya a pasar.

Llegamos a casa y después de comer algo rápido, me doy un baño con burbujas, velas, y música para relajarme después de lo de hoy, y cuando salgo me peino y maquillo antes de enfundarme el vestido que me ha regalado Raissa.

Son casi las siete, y en la invitación del evento se dejaba bien claro que la fiesta empezaría a las ocho. Tenemos aún una hora por delante para que

comience, pero no creo que haga falta recordar la obsesión que tiene mi padre por no llegar tarde, que es la razón por la que salimos en quince minutos hacia nuestro destino, el Tisbe.

—Ese vestido te sienta muy bien —me piropea don Musculitos cuando me ve dejar caer mi vestido que casi roza el suelo tras salir de vehículo.

—Querrás decir que yo le siento bien a este vestido —bromeo guiñándole un ojo.

La noche transcurre con tranquilidad. Los invitados van llegando y saludando a mi padre antes que nada, y cuando ya hay una gran cantidad de gente los camareros empiezan a dar vueltas entre los invitados para ofrecerles canapés y otros tipos de entrantes. Nathan se dedica a hablar con la gente y posiblemente cierra más de un trato gracias a esas conversaciones. Supongo que cualquier momento es idóneo para hacer un buen negocio.

Dereck coquetea con todas las mujeres solteras de la sala en busca de un rollo de una noche, como suele hacer. Aaron y Tay también están bebiendo, con moderación, por supuesto, y charlando con los asistentes, y a Helena hace rato que la perdí de vista. Habrá ido al baño y estará esperando la enorme cola. Todos están a lo suyo, y llega el momento en el que me invade el aburrimiento. Me siento frente a la barra, y uno de los trabajadores comienza a darme conversación ocasionando que logre distraerme un poco. No tenía ni idea de todos los percances que pueden ocurrir en un sitio como este, pero él parece haber visto de todo, y me cuenta algunas historietas con pelos y señales. Continúo charlando con el chico, hasta que un tipo de presentimiento me hace dirigir la mirada hacia la puerta, y es entonces cuando diviso a Sharaf y a Ian justo detrás de este entrando con un traje de chaqueta negro que le queda de miedo. Noto cómo se me acelera el corazón, y casi pierdo el equilibrio. Y lo cierto es que, si no fuese porque no creo en los cuentos de hadas, juraría que estoy en uno, y que mi príncipe azul ha venido a rescatarme.

Capítulo 8

Ian comienza a buscarme con la mirada por la discoteca, tras esquivar a Sharaf, hasta que da rápidamente conmigo. Una sonrisa tonta aparece en mi boca al verlo aproximarse hacia mí. Retrocedo un par de pasos para ocultarme con el cuerpo de uno de los asistentes y desaparecer así del campo de visión de mi padrastro, y espero impaciente a que el Adonis llegue a mi encuentro. Viene algo sofocado, casi sin aliento, y se detiene frente a mí.

—¿Qué haces aquí? Creía haberte dicho que te quedaras con Allyson y Maya.

—Ellas están bien, y yo tengo que cumplir con mi trabajo —asegura vigilando el paradero de Sharaf de vez en cuando.

—¿Estabas preocupado por mí? —insinúo intentando esconder esa sonrisa tonta que se dibuja en mi cara nuevamente.

—Por supuesto, y creo que no me faltaba razón para estarlo —espeta fijando ahora sus ojos grises sobre los míos haciéndome sentir como si fuera la única persona que hay en el local—. ¿Es que acaso no has visto a Sharaf?

—Sí, pero eso no es realmente lo que me inquietaba —admito acortando la distancia que nos separaba para aferrarme a uno de sus brazos con fuerza.

—¿Estás borracha? —inquiere algo desconcertado por mi forma de actuar.

Doy un paso hacia atrás y otro hacia delante para comprobar si lo que dice es cierto, y me tambaleo al hacerlo. Esto explicaría los pensamientos estúpidos que han pasado por mi cabeza y mi actitud respecto a Ian, aunque también puede ser que solo con el alcohol soy capaz de expresar lo que siento de verdad.

—Solo un poco —alcanzo a decir antes de que el chico nuevo reaccione por mí e intente sacarme del Tisbe sin que mi padrastro me vea.

Me agarra de la mano, y me conduce hasta la salida en un abrir y cerrar de ojos mientras yo sigo dándole vuelta a los sentimientos que he descubierto que tengo hacia él, y que estoy dispuesta a olvidar si corroboro que de verdad los siento. Una vez juré que no compartiría mi vida con ningún hombre, y aún lo tengo muy presente. Y lo seguiré teniendo hasta que alguien me haga cambiar de opinión, que lo veo bastante difícil. Ni siquiera Ian con sus encantos

conseguirá confundirme de tal manera.

—¡Sam! —exclama el Adonis con la puerta del coche abierta—. Entra de una vez —me ordena seriamente.

—¿Por qué estás tan alterado?

—Porque tú estás demasiado tranquila, y alguien tiene que estar alerta — declara empujándome suavemente en la espalda para que acceda al vehículo.

Finalmente acabo sentándome en el asiento del copiloto, e Ian da la vuelta al coche para subirse por el otro lado con rapidez y arrancar antes incluso de que pueda darme cuenta. Se introduce en la carretera, y circula por ella como el resto de los automóviles.

El chico nuevo guarda silencio, pero yo no puedo dejar de tararear la música que sale de la radio, y pasado un rato incluso empiezo a cantar en voz baja. Hoy es un día feliz para mí, y Sharaf no va a fastidiármelo con su intrusión en el Tisbe. Ya no me preocupa, pronto caerá, y yo estaré en primera fila para verlo.

—¿Estás cantando?

—Claro que no —niego cesando mi canto.

—Si tú lo dices —musita soltando una pequeña carcajada—. ¿Has comido algo en la fiesta? —añade posando su mano sobre mi muslo para captar mi atención. Toda, toda mi atención.

—No —confieso con el corazón queriendo salirse de mi pecho a causa del contacto con él.

—Bien, entonces iremos primero a saciar tu apetito. ¿Qué te apetece? — espeta apartando su mano por unos segundos para cambiar de marcha.

—No lo sé, sorpréndeme —sugiero incapaz de pensar algo coherente en estos momentos.

—Eso está hecho —concluye con una amplia sonrisa.

Sigue conduciendo, pero no retira su mano de mi pierna, y eso es algo que me mantiene nerviosa durante todo el camino. Toma una dirección que me resulta conocida, pero me pierdo completamente conforme avanza por las calles. Pensaba que conocía esta ciudad como la palma de mi mano, pero Ian me ha demostrado que estaba equivocada.

Estaciona el coche en un aparcamiento que hay en la acera, y me deja dentro mientras se acerca a un carrito de comida rápida para volver enseguida con dos burritos y dos latas de refresco en una bolsa. Si don Musculitos supiera las veces que me salto la dieta que me impone, no me dejaría comer fuera de la mansión nunca. Por suerte no está aquí, y tampoco querría que

estuviese. Él sí que sabe cómo deprimirme, y no es lo que necesito ahora mismo.

—Ahora solo nos falta un lugar donde poder comer —anuncia depositando la bolsa en la parte trasera del vehículo.

Lo observo detenidamente, y permanezco en silencio. No es que un burrito sea algo sorprendente para mí, pero supongo que soy difícil de impresionar, o al menos estaba segura de ello hasta que a los diez minutos diviso las afueras de Las Vegas.

—¿Intentas secuestrarme? —bromeo analizando las distintas posibilidades por las que querría traerme hasta aquí.

—No creo que tuviese que secuestrarte para que vinieses conmigo. Solo tendría que pedírtelo —insinúa muy seguro de sí mismo. Tanto que esa afirmación llega incluso a asustarme.

Trago saliva con la pretensión de encontrar algo que decir al respecto que pueda llegar a arrebatarme la convicción de que me iría con él con tan solo proponérmelo, y aunque le doy muchas vueltas, no doy con las palabras adecuadas.

—Este es el sitio perfecto —proclama echando el freno de manos.

Frente a nosotros no se ve nada. Ningún edificio, ninguna señal, ni una simple luz de las miles que sobresaltan de la ciudad. Todo se mantiene bajo el manto oscuro de la noche. No veo nada, hasta que Ian se percata de mi desconcierto y eleva con su mano mi mentón. Y ahí está lo que quería que viese. Un cielo azul oscuro plagado de estrellas que no se pueden apreciar si no sales de la ciudad. Algo completamente mágico que pasa inadvertido para aquellos que no tienen tiempo de detenerse a observar lo que hay a su alrededor. Alguien como yo, por ejemplo, que siempre ha estado hundida en la miseria y con el único objetivo de seguir adelante.

El Adonis sale del coche y se dirige con la comida a la parte delantera del automóvil para sentarse sobre el capó, y yo hago lo mismo cuando me indica con la cabeza que lo acompañe. Después de todo diría que sí que ha logrado asombrarme.

—¿Sabes cuáles son las constelaciones? —pregunto curiosa mientras cenamos.

—Estás hablando con un experto —presume con orgullo.

—Demuéstralo —le reto con una sonrisa.

Y así es como comienza a descifrar cada estrella para formar con ellas las distintas constelaciones que pueden apreciarse desde nuestra perspectiva.

Dejándome completamente pasmada con la dominación que presenta en relación a la astronomía. Continúa deslumbrándome con todo lo que sabe, y no solo sobre estrellas. Es un pozo de sabiduría, y esa es una virtud que me gusta.

—Aún no te he dado las gracias por lo que has hecho hoy por mi hermana —murmura bajándose del capó para tenderme luego la mano y ayudarme a bajar a mí.

—Sí que lo has hecho —afirmo recordando el momento exacto.

—Pero no como me hubiese gustado hacerlo —objeta colocando sus manos en mis caderas para atraerme hacia él y pegarme a su cuerpo.

Intento resistirme, puesto que una vez que sus labios toquen los míos ya no hay vuelta atrás, pero mi cuerpo hace caso omiso de las órdenes que le dicta mi cerebro y permanece inmóvil. Ian se inclina con lentitud, haciéndome sufrir un poco, hasta que finalmente me besa. Sella mis labios con fervor, e introduce su lengua en mi boca mientras sigue presionándome contra él, y llega un punto en el que incluso consigo escuchar el latido de su corazón, o ¿acaso es el mío que está a punto de desbordarse?

—Gracias —susurra mirándome fijamente a los ojos mientras recupero el aliento.

No me salen las palabras, solo puedo pensar en las cosas que haría por él con tal de que me lo agradeciese siempre del mismo modo, y el Adonis aprovecha mi desconcierto para dar un paso hacia atrás con la pretensión de volver al interior del Conquest Knight XV, pero lo detengo a tiempo. Está muy equivocado si cree que va a dejarme de esta manera. Tiro de su brazo y hago que retroceda y que gire sobre sus talones para posicionarlo nuevamente frente a mí. Envuelvo su cuello con mis manos, y esta vez soy yo la que le roba el aliento. La temperatura sube, y no me faltan ganas para deshacerme del vestido, pero estamos en medio de la nada, y todavía no he llegado a ese punto de locura. Ese mismo calor parece que se está adueñando del cuerpo del Adonis, y sus besos empiezan a ser más ardientes. Me eleva haciendo que rodee su cintura con mis piernas después de echar a un lado el vestido, y me lleva hasta el coche para apoyarse en él. Sabiendo que no corro el riesgo de caerme porque me tiene bien sujeta, llevo las manos a su pantalón, lo desabrocho para bajárselos un poco, al igual que los bóxers, y dejo su erección en libertad.

—Agárrate fuerte —ordena en un susurro pegado a mi oído.

Normalmente no suelo aceptar órdenes de nadie, pero digamos que hoy he hecho una excepción respecto a Ian, puesto que no ha parado de hacerlo desde

que ha llegado al Tisbe.

Me aferro con fuerza a su cuello, tal y como me ha indicado hace unos segundos, y él se encarga de echar también a un lado mi ropa interior para dejar el camino abierto hasta mi sexo. Me introduce poco a poco su dura erección, y me contengo para no gritar porque es lo que tengo por costumbre. Ian, que se da cuenta de lo que hago, y me embiste un par de veces para corroborar que no emito ningún sonido elevado de tono.

—Aquí no hace falta que te reprimas. La civilización está lejos, así que no hay nadie que pueda oírnos —me informa con una sonrisa arrebatadora—. Además —añade haciendo una pequeña pausa para volver a penetrarme—, me encanta cuando gritas mi nombre.

Los vellos de mi piel se erizan como nunca lo habían hecho, y antes de que pueda reaccionar, los besos de Ian comienzan a recorrerme el cuello de arriba abajo. El Adonis prosigue entrando y saliendo de mi interior, y mis gemidos cada vez se oyen más altos. Mi corazón ya no puede ir más deprisa, y las piernas me tiemblan como si acabase de correr una maratón.

—¡Ian! —exclamo sintiéndolo por completo en mi interior.

—Necesito que te corras rápido —suplica aumentando la velocidad de sus embestidas—. No llevo protección, y tengo que terminar fuera —aclara aguantándose el orgasmo.

—Puedes hacerlo dentro —aseguro en su oreja—, no pasará nada —continúo diciendo antes de abalanzarme como una fiera a su boca.

Los dedos del Adonis se clavan en mi trasero, y sigue introduciéndose entre mis piernas como si le fuera la vida en ello. Siento que comienzo a alcanzar el clímax, y la respiración de Ian me sugiere que él también está cerca. Acabo gimiendo a todo volumen, y el chico nuevo sonrío complaciente como un idiota mientras se vacía dentro de mí. Se ha salido con la suya, ya que me ha oído exclamar su nombre a pleno pulmón, y como he podido comprobar, es cierto que le encanta.

Al cabo de unos segundos Ian sale de mí y deja que mis pies vuelvan a tocar el suelo. Me coloco el vestido y lo que no es el vestido como buenamente puedo, y mi guardaespaldas hace lo propio con sus pantalones.

—¿Quieres que nos vayamos ya a la mansión? —pregunta depositando un beso en mi frente.

—Sí —afirmo entusiasmada al pensar en mi cama y en las ganas que tengo de descansar sobre ella. Hoy ha sido un día largo y duro, y así me gustan los hombres, no las jornadas.

Subimos al automóvil, y en cuanto Ian arranca el motor, nos dirigimos a casa. El camino se me hace corto, y puede que se deba a que he dado un par de cabezadas de lo cansada que estoy, pero me sentía completamente espabilada cuando el Adonis me ha cogido cariñosamente la mano para luego besarla. El corazón me ha dado un vuelco, y ya no me ha vuelto a abordar el sueño.

—¿Dónde están tus tatuajes? —inquire buscándolos por las zonas de mi cuerpo que el vestido deja al descubierto.

—¿Ahora te das cuenta?

—No, pero cuando te he visto en aquella sala tenía otras cosas en la cabeza —admite mientras se abre la gran cancela de hierro que da paso a la mansión.

—Helena me sugirió que los tapara con maquillaje para no llamar la atención, pero solo lo hice en las partes que están a la vista —confieso enseñándole mis piernas que siguen llenas de tinta como siempre.

—Helena es una ilusa si cree que eso es suficiente para que dejes de llamar la atención —asevera dedicándome la mejor de sus sonrisas.

Nota el rubor que aparece en mis mejillas de golpe, y eso provoca que la sonrisa de Ian se haga aún más grande. No sé por qué le gusta tanto sacarme los colores. Y para colmo se le da de cine.

Abro la puerta para salir del vehículo, pero el chico nuevo me retiene dentro y se aproxima hacia mí para besarme. Es uno de esos besos intensos que te hacen sentir que se avecina la despedida.

—Sé que no iba a poder hacer esto una vez que pusiésemos un pie en el suelo por las dichosas cámaras —puntualiza pasando su pulgar por mis labios—. Que pases buena noche, Samantha.

—Igualmente, Ian —consigo decir al fin tras dejar escapar un suspiro.

Y así es como acaba mi noche de ensueño, puesto que antes incluso de poder atravesar la puerta principal de la mansión, Dereck sale hecho una furia en mi busca. Estaba tan absorta en el chico nuevo que no me había percatado de que todos los coches estaban aparcados en sus respectivos sitios, y por ende todo el grupo debía de estar ya dentro de la casa.

—¿Dónde coño estabas? —escupe con rabia interfiriendo en mi camino.

Doy un paso hacia el lado, y prosigo andando como si no hubiese escuchado nada, y es que cuando don Musculitos me habla de esa manera mi cerebro desconecta. A veces se altera demasiado y se llega a creer que tiene algún poder sobre mí, aunque hoy parece realmente molesto.

—¿No me has oído? —increpa cogiéndome del brazo con brusquedad.

—¿Por qué no te relajas un poco, Dereck? —sugiere Ian retirando de mí la

mano de este para interponiéndose entre nosotros.

—¡Tú mejor no hables! —le aconseja don Musculitos más alterado aún—. Hace dos horas que nos informaste de que salíais del Tisbe, y deberías haberla traído aquí directamente.

—Solo estaba siguiendo mis órdenes —lo defiendo intentando hacerme un hueco entre los cuerpos de ambos y que baje así la tensión del momento.

—Lo sé, por eso mismo te he preguntado a ti y no a él —objeta dando un pequeño empujón a Ian—. Y procura no volver a tocarme —añade señalándolo con el dedo índice.

—No lo haré mientras mantengas tus manos alejadas de ella —reprocha provocando que Dereck se abalance sobre él para comenzar una pelea a la que le pongo fin antes de que empiece.

—¡Basta! —exclamo entremedio de los dos—. Se acabó la discusión —adviento seriamente—. Entra a la mansión, Ian —le ordeno mientras en la cara de don Musculitos aparece una sonrisa por creerse vencedor.

El chico nuevo se queda unos segundos dudando de si debe dejarme a solas con Dereck o no, y finalmente se decanta por marcharse sin decir nada más. Algo que agradezco, ya que no sé cómo podría separar a estos dos si se enzarzan en una pelea, y seguramente yo sería la que acabase peor parada.

—Ese tío tiene que aprender a comportarse —declara recolocándose la camisa.

—Eres tú el que tiene que aprender a hacerlo —afirmo sin perder la seriedad—. El trabajo de Ian es protegerme, y es justo lo que hacía —aseguro girando sobre mis talones para entrar también a la casa—. Una cosa más —añado volteando un poco la cabeza para mirarlo de reojo—, si vuelves a ponerme la mano encima me encargará yo misma de que te quedes sin ella, ¿me he expresado con claridad?

—Sí —musita cerrando los puños con fuerza.

Continúo mi camino escaleras arriba hasta el despacho de mi padre, donde supongo que estará como de costumbre, y no me equivoco. La luz sale por debajo de la puerta, y cuando doy unos golpecitos en ella, Nathan me indica que pase. Si a alguien tengo que darle explicaciones es a él, que se estará haciendo millones de preguntas si es que estaba atento a las cámaras de seguridad, y no a ningún otro que cree tener algún derecho sobre mí por habernos acostado durante un tiempo.

Media hora más tarde salgo del despacho menos malhumorada que antes, y con una gran noticia. Sharaf ha aceptado nuestra ofrenda de paz y quiere

conocer a la chica en unos días. Ahora solo tenemos que concentrarnos en encontrar a una buena candidata que logre engañarlo, y eso es cosa mía. Nadie como yo sabe cuáles son sus puntos fuertes y sus debilidades, y le daré constancia de ello a la chica que elijamos para que todo salga según lo planeado.

Dejo a Nathan nuevamente solo, y me retiro a mi habitación. Al llegar miro la cama con recelo, puesto que de lo único que tengo ganas es de tirarme sobre ella para dormir hasta mañana, pero me niego a hacerlo antes de deshacerme del maquillaje que tengo por el cuerpo.

Me desprendo de los tacones, pendientes y demás cosas que solo ven la luz en esas ocasiones en las que Helena logra convencerme de que debo llevarlas, e intento desabrocharme el vestido en vano. Necesité ayuda al ponérmelo, y también voy a necesitarla para quitármelo.

—Sam —clama mi guardaespaldas tras dar unos golpecitos en la puerta.

—Pasa —digo mientras continúo ensimismada en desabrocharme el vestido.

Ian entra en la habitación con el traje de chaqueta todavía puesto y vuelve a hacer que el corazón me dé un vuelco. No sé si acabaré acostumbrándome a verlo así. Cierra la puerta una vez que está dentro, y me observa un par de segundos para averiguar lo que estoy haciendo.

—¿Te ayudo? —ofrece dirigiéndose a mi espalda para seguir con mi ardua tarea.

—Por favor —cedo retirando mis manos para dejar paso a las suyas.

Un escalofrío recorre mi cuerpo cuando el Adonis roza sin querer mi espalda con sus dedos, y como Ian se percata de mi reacción, repite el contacto unas cuantas veces antes de quitarme los pequeños botones del vestido.

—Gracias —le agradezco sujetando las tirantas para no quedarme desnuda mientras giro sobre mis talones.

—No tienes que darlas —contesta con una sonrisa de oreja a oreja a la vez que me come con la mirada.

—¿Querías algo? —pregunto intentando que vuelva a poner los pies sobre la tierra.

—Sí —afirma de inmediato—. Venía a pedirte disculpas por lo de antes con Dereck, normalmente no soy así, per...

—No tienes que disculparte, Ian, es Dereck quien ha perdido los papeles —admito restándole importancia al asunto—, aunque no sé por qué presiento

que no has venido hasta aquí para eso.

—Tienes razón —me confirma dedicándome nuevamente su sonrisa.

No da ningún tipo de explicación más, pero no hace falta que las dé, ya que, antes de dejarme pensar nada más, acorta la poca distancia que nos separaba, y fusiona sus labios con los míos. Su lengua me invade, y yo le sigo el juego. Mi corazón aumenta sus latidos cuando lo siento tan cerca, y el beso no termina hasta que nos es completamente necesario tomar aire.

—Con el del coche no me había parecido suficiente —aclara antes de emprender la marcha.

No había caído en la cuenta de que he dejado caer el vestido para rodear el cuello de Ian durante el beso, y eso explicaría la sonrisita idiota que llevaba antes de irse. A lo único a lo que no le encuentro explicación es a esos sentimientos que están empezando a aflorar en mí desde que ese Adonis apareció en mi vida. Creía que habían muerto junto con Khareem, pero están volviendo a resurgir.

Capítulo 9

Khareem dejó este mundo hace unos cinco años, y todavía no pasa un día en el que no le dedique unos minutos a sus recuerdos. Mi padrastro creyó que para mí sería una tortura casarme con un hombre al que apenas conocía, y también pensó que parte de la fortuna de la familia de Khareem iría a parar a sus manos, por eso en cuanto tuve la edad suficiente concertó mi matrimonio. Pero Sharaf nunca imaginó que él terminaría enamorándose de mí, y mucho menos que yo lo haría de él. Yo tenía dieciséis y Khareem veintiuno, y con él pasé los mejores años de mi vida. Sin gritos, sin peleas, y con amor, mucho amor. Tanto que el viudo de mi madre decidió que yo no merecía esa felicidad, y optó por ponerle fin.

Después de eso son muchos los psicólogos a los que he visitado, y ninguno ha logrado sacarme de la cabeza al único hombre capaz de hacerme feliz. Me sentía rota, vacía. Los días transcurrían y yo solo deseaba volver al pasado con el que era mi marido. Con el paso de los años desapareció el sentimiento de culpa por la muerte de mi madre y de Khareem, y me invadió el de venganza. Es por eso que estamos llevando a cabo el plan de la boda. Nathan sabe por todo lo que he pasado, y tiene el mismo interés que yo en que todo salga bien, al fin y al cabo, él también perdió al amor de su vida a manos de mi padrastro, pero al menos no tuvo que presenciarlo.

Cuando el reloj da las siete ya estoy más que harta de dar tantas vueltas en la cama, así que me levanto para poner en marcha mi rutina. Un desayuno rápido, una hora de ejercicio en la que intento por todos los medios no cruzar mi mirada con la de don Musculitos para evitar un nuevo enfrentamiento, y otra hora practicando con armas junto a Helena. Lo único que ya no forma parte de mi vida diaria son los libros de texto que tenía que devorar para los exámenes de la universidad, y en el fondo lo echo de menos. Por eso mismo me gusta alejarme de todos de vez en cuando para leer en completa soledad. Es uno de los pocos placeres que tengo en esta vida.

Ian no ha estado aquí en toda la mañana. Se fue temprano para pasar unas horas con su familia, tal y como le aconsejé ayer. Así que he tenido que pedirle a Helena que me acompañe al Tisbe a entrevistar a las distintas

candidatas que tenemos para el falso matrimonio con Sharaf, aunque realmente todavía ninguna sabe exactamente qué van a tener que hacer. Quería ser yo misma quien se lo comunicara, así podría ver sus distintas reacciones y comprobar si sirven para el trabajo. Necesitamos a alguien que sepa meterse en el papel y complacer a mi padrastro, pero sin tener que acostarse con él. Para cuando llegue ese momento su cuerpo estará ya sin síntomas de vida.

Son cinco las jóvenes que acuden a la audiencia, y tras hacerles montones de preguntas, nos decidimos por una de ellas. Todas eran de origen árabe, y se conocían bien las costumbres aunque no todas las lleven a cabo, pero hay algo en la mirada de esa chica que me dice que a Sharaf le gustará, además de ser la única que no ha puesto objeciones cuando le he informado del plan por encima. No es que tengan algún tipo de escrúpulo por matar a alguien, ya que eso forma parte de su cotidianidad y no estarían aquí de no ser así, pero mi padrastro es reconocido por su crueldad. Lo cierto es que no muchos osarían atentar contra su vida, y Bashira ha dado la talla en ese aspecto. Dentro de unos días realizaremos la primera toma de contacto entre Sharaf y Aasiyah, que es el nombre por el que la conocerá él, y ya no tendremos que volver a preocuparnos por mi padrastro hasta el día de la boda.

Continuamos debatiendo sobre las distintas pautas que debe seguir para cumplir con su trabajo y parece estar de acuerdo, y es que tampoco le estamos pidiendo algo tan difícil. En el encuentro con Sharaf tiene que dejar hablar a Nathan y permanecer callada a no ser que mi padrastro le pregunte a ella directamente. No debe mirar fijamente a Sharaf bajo ningún concepto, ya que se lo tomaría como una falta de respeto, y por supuesto es necesario que vaya completamente tapada, que para ello pondremos a su disposición la ropa adecuada. Por lo pronto Bashira de lo único que tendrá que encargarse es de aparentar ser sumisa.

Una vez que hemos terminado de repasar por encima los pasos que deberá seguir para que el plan fluya, quedamos con ella de nuevo mañana a la misma hora. Pasará la noche en una de las casas que hay en la urbanización privada donde se encuentra la mansión y al día siguiente irá con Nathan y los demás a conocer a mi padrastro, que será aquí mismo en una sala que se cerrará ese día especialmente a causa de la reunión. Necesitamos público para que a Sharaf no se le ocurra hacer ninguna tontería, y cuando se abren las puertas del Tisbe este nunca permanece vacío.

Salimos del edificio, y mi móvil comienza a vibrar dentro del bolsillo de mis pantalones. Eso hace que me sobresalte, ya que no estoy esperando

ninguna llamada, y normalmente cuando el teléfono suena es porque se avecinan malas noticias, pero mi actitud cambia totalmente al divisar el nombre de Ian en la pantalla.

—¿Aún te apetece comer esa hamburguesa con las chicas y conmigo? — pregunta antes siquiera de poder saludarlo.

Y en ese mismo instante comienzo a sentirme culpable por haber deseado ayer que pasara algo para no hacerlo, aunque, obviamente, que el marido de Allyson apareciera para atemorizarla a ella y a Maya no era lo que quería.

—Claro —acepto tras guardar silencio durante unos segundos.

—¿Estás segura?

—Sí, sí. Mándame la dirección y le digo a Helena que me lleve.

—No te preocupes, yo me paso a por ti. ¿Estás en la mansión?

—No, en el Tisbe.

—De acuerdo, estaré ahí en quince minutos —Y cuelga sin esperar alguna respuesta por mi parte.

—¿Quién te hace sonreír así? —cuestiona Helena que ha estado atenta a la conversación.

Borro la sonrisa rápidamente de mi cara e intento recobrar mi seriedad habitual, pero ya es demasiado tarde para intentar disimularlo.

—La comida me hace feliz, e Ian va a invitarme a una hamburguesa — miento descaradamente.

—¿A dónde tengo que llevarte? —prosigue con su interrogatorio.

—A ningún sitio, él vendrá a por mí.

—Está bien, esperaremos aquí.

—No es necesario que te quedes.

—No quiero tener problemas con Nathan, Samantha, ya sabes que me mataría si se entera de que te he dejado sola con tu padrastro en la ciudad.

Y sé que no hay nada que pueda hacerla cambiar de opinión. Mi padre ha dejado las cosas muy claras y es mejor no desobedecer sus órdenes, y menos aún en tiempos de guerra. Así que ambas nos quedamos de pie en la acera, aguardando a Ian que llega en quince minutos tal y como me ha prometido.

Llevo mucho tiempo con guardaespaldas o chóferes, y nunca me ha gustado ir en la parte trasera del vehículo como voy a tener que hacerlo hoy. Allyson va de copiloto junto a su hermano, y Maya será la que me haga compañía en los asientos de detrás.

—Te he hecho una pulsera —susurra la hija de Ian ofreciéndome dicho objeto.

—¿Para mí?, ¿por qué? —pregunto al no estar acostumbrada a este tipo de cosas.

—Por ayudarnos a mi tía y a mí ayer. Franck es un hombre muy malo —añade pidiéndome la mano para ponerme la pulsera de macramé.

—Él no volverá a molestaros —le prometo retirando mi mano con la pulsera ya incorporada.

Maya sonrío, complacida por lo que acabo de decirle, y observo por el espejo retrovisor que el Adonis también lo está haciendo. Supongo que Franck es un capítulo de sus vidas que querían borrar, y yo lo he hecho por ellos.

Cuando llegamos a la hamburguesería tomamos asiento en una de las pocas mesas que hay libres, y rápidamente nos atiende una camarera con la carta donde vienen detallados una gran variedad de ingredientes que puedes añadirle a tu hamburguesa. Las hay de ternera, de pollo, vegetarianas y de todas las clases que puedas imaginar. Es el sueño de cualquier persona como yo que pierde la cabeza por comida de este tipo.

Nos traen las bebidas, y el chico toma nota de lo que queremos. Pasamos un rato agradable conversando, riendo y comiendo. Recordándome que eso exactamente es lo que yo podría haber tenido con Khareem si Sharaf no me lo hubiera arrebatado todo en aquel accidente.

La hija de Ian consigue sorprenderme, ya que los niños no son santo de mi devoción, pero ella no es como el resto. Para tener su edad aparenta ser muy madura. Casi que me recuerda a mí cuando era pequeña, y tal vez se deba a que ha pasado por cosas por las que una niña de esa edad no debería pasar, al igual que yo.

Terminamos, y tras reposar la comida unos minutos en nuestros asientos, el camarero nos trae la cuenta. El Adonis pretende pagar, y yo insisto en que me ceda ese placer, pero finalmente es Allyson la que se nos adelanta.

—Dejad de pelear ya, parejita. Esta vez corre de mi cuenta —sentencia entregándole el dinero al chico.

Ian sonrío y comienza a ponerse de pie para marcharnos, su hija suelta una pequeña carcajada y yo me quedo unos segundos petrificada en el sitio. ¿Qué es lo que le habrá contado su hermano para que diga tal cosa? El día que nos conocimos les dejé bastante claro tanto a ella como a Maya que la relación con Ian era solamente laboral, así que ha tenido que ser él el que se ha ido de la lengua, por eso mi primera reacción es fulminarlo con la mirada. Mi nuevo guardaespaldas se encoge de hombros, dándome a entender que no ha tenido nada que ver, y luego se acerca hasta mi oreja para decirme algo.

—Que te sonrojes solo hace que confirmes su teoría —Y eso causa que me ruborice aún más.

—Tú tampoco aportas mucho para desmentirlo.

—Eso es porque no creo que sea mentira —concluye antes de ofrecerle la mano a su hija para volver al automóvil en el que hemos venido.

De regreso también pasamos por una heladería a por el postre, que nos lo vamos comiendo de camino a la casa del Adonis, y una vez que dejamos a Maya y Allyson allí, este pone rumbo a la mansión.

—¿Qué tal ha ido tu mañana? —pregunta Ian con los ojos fijos en la carretera.

—Bien, ya tenemos a la pretendiente de Sharaf. Mañana hemos quedado con ella otra vez en el Tisbe para llevarla a uno de los chalets que hay dentro de nuestra urbanización —respondo con cierta felicidad—. Pasado mañana irá con Nathan y el resto del grupo a conocer a mi padrastro.

—Y, ¿cuándo será la boda?

—Eso es decisión de Sharaf, no nuestra, pero estamos seguros de que se llevará a cabo en Marruecos.

—Parece que lo tienes todo bajo control.

—Llevo mucho tiempo esperando a que llegue este momento, y lo he estado planeando de mil formas distintas hasta que he dado con la más efectiva.

—¿No tienes miedo de que algo salga mal? —increpa dirigiendo su mirada por unos segundos hacia mí.

—Más bien temo que salga bien. Son muchos años con este sentimiento de venganza que me corroe por dentro, y supongo que tendré que sustituirlo por otro, pero no sé si estoy preparada todavía para ello —confieso evitando sus ojos grises.

Ian coge aire para decir algo, pero se arrepiente, y en vez de eso pone su mano sobre mi muslo y continúa conduciendo con la otra mano. Si supiera todo lo que he sufrido entendería porqué soy tan reacia a que tengamos algún tipo de relación.

Llegamos y me retiro a mi habitación sin cruzar palabra alguna con nadie. Helena ya habrá puesto a mi padre al corriente sobre la chica que hemos elegido, así que no es necesario que me pase por su despacho antes de encerrarme en mi cuarto a leer. Hoy ha sido un buen día, y no quiero que nada lo estropee, por eso no voy a arriesgarme a hablar con nadie más.

Pasan las horas, y el libro me tiene tan ensimismada que no percibo que ya incluso se ha hecho de noche. Hacía tiempo que no sentía esta paz interior, y

he estado saboreando cada segundo. Es lo que ocurre cuando los planes comienzan a salir como querías.

Ian irrumpe en mi dormitorio y trae consigo una bandeja con algo para cenar. Últimamente se está tomando muchas licencias, y no sé hasta dónde le permitirá llegar Nathan. No tiene ni un pelo de tonto, y si Allyson ha sido capaz de darse cuenta de lo que pasaba entre nosotros, mi padre ya estará enterado.

—Hace un rato que hemos cenado, y como no has bajado...

—Gracias —me apresuro a decir cogiendo la bandeja.

—¿Qué has estado haciendo toda la tarde? —pregunta curioso echándole un ojo a mi habitación.

—He estado allí sentada —respondo señalando el balcón donde hay una especie de sofá dispuesto especialmente para leer—, acompañada de un libro.

—¿En serio?, ¿desde que llegamos hasta ahora?

—¿De qué te sorprendes tanto? —increpo un poco ofendida.

—De nada, solo que no parecía irte ese rollo.

—Por eso no deberías hacerle caso a las apariencias. Además, ¿cómo crees que he llegado a conseguir todos mis estudios?

—Con dinero —escupe como si nada.

—¿Crees que con dinero puedes comprar todo lo que desees? —espeto dejando la bandeja sobre una mesa.

—No todo, pero sí la gran mayoría.

—Lástima que un cerebro no entre dentro de esa gran mayoría, nos vendría muy bien para ti —proclamo dirigiéndome a la puerta para indicarle luego que se marche.

No importa lo que haga, la dicha no suele durarme mucho y la vida me lo demuestra una y otra vez. Sabía que el día no podía acabar bien, aunque para nada me esperaba que fuera por culpa del Adonis. Lo creía más inteligente, pero veo que estaba equivocada.

Como rápidamente algo de lo que ha traído, pero el único apetito que tengo es el de seguir leyendo, que es justo lo que me pongo a hacer tras dejar la bandeja a un lado. Tomo asiento nuevamente bajo el balcón, y reanudo la lectura por donde la había dejado.

Vuelve a pasar el tiempo sin apenas darme cuenta, y cuando llego al final tengo la cabeza tan llena de pensamientos que no logro conciliar el sueño, o al menos esa es la justificación que le puedo dar hoy. Me tumbo sobre la cama, y enciendo la tele para ver si así consigo quedarme dormida, pero no da

resultado, por lo que decido bajar a la piscina a nadar un poco. No hay nada como hacerte unos largos para caer redonda en la cama.

Busco un bañador en mi vestidor y me hago también con un albornoz, y una vez que me cambio bajo las escaleras hasta la planta baja donde se encuentra la piscina. Cuando hace frío el climatizador está todo el día encendido, pero ya está empezando a hacer calor, por lo que está apagado, y algo me dice que la temperatura del agua no será cálida. Llego hasta la piscina, y me descalzo para introducir los dedos de un pie y así comprobar los grados. El agua está fría, tal y como había imaginado, y por eso decido lanzarme de cabeza antes de arrepentirme.

Comienzo a nadar de un lado a otro sin descanso e intentando no pensar en nada que no sea lo que estoy haciendo, y no paro hasta que mis pulmones me lo exigen. Me sujeto a uno de los bordes para recuperar el aliento, y me llevo un buen susto cuando me percató de que hay alguien observándome de pie próximo a la piscina, aunque mi cara de susto cambia a la de disgusto al confirmar que es Ian.

—¿Qué haces aquí? —escupo enfadada.

—He bajado a beber algo, pero ya que estoy me gustaría pedirte disculpas —añade poniéndose en cuclillas para poder mirarme a los ojos—. No quería despreciar todo lo que has hecho para conseguir terminar el doctorado, es solo que me extrañaba que lo hubieses realizado en tan poco tiempo. Según me dijiste, apenas llevas cinco años aquí con Nathan.

—Mi marido permitió que yo estudiara, a diferencia de otras mujeres musulmanas que se casan, que directamente pasan a ser esclavas de sus esposos. Al menos eso es lo que me enseñó Sharaf —añado haciendo memoria de las tres mujeres que han contraído matrimonio con él—. Así que cuando llegué aquí solo tuve que continuar lo que había empezado, y con todo el tiempo libre que tengo no me ha sido difícil seguir hacia delante.

—Siento haber dudado de ti —declara tendiéndome su mano para que se la estreche como señal de que lo perdono—. En vez de esto me gustaría besarte —admite al comprobar el desconcierto en mi rostro—, pero sé que no quieres que lo haga delante de las cámaras.

—La mano está bien —me apresuro a decir con una sonrisa.

Saco la mía del agua, y la aprieto con la suya para luego tirar de él con toda la fuerza que me es posible. El Adonis pierde el equilibrio, y cae dentro de la piscina con los pantalones del pijama y la camisa. Se sumerge completamente, y cuando emerge me mira sorprendido. Supongo que lo que

acabo de hacer es lo último que creía que haría, pero yo lo sentía necesario para poder olvidar su insolencia.

—Te vas a arrepentir de haberlo hecho —promete con una sonrisa antes de comenzar a nadar hacia mí.

Intento huir, pero me pasa factura el rato que he estado nadando hace tres minutos, e Ian logra alcanzarme. Me hace un par de ahogadillas, y tras dejarme respirar, me tortura con cosquillas.

—Vale, vale. Detente, Ian —consigo decir entre risas.

El chico nuevo hace caso a mis súplicas, y cesan las cosquillas, pero no retira sus manos de mi cuerpo. Me atrae hasta él, sin dejar que ni una gota de agua se interponga entre nuestros cuerpos, y antes de besarme se asegura de posicionarnos a ambos en un punto muerto donde las cámaras de vigilancia no puedan vernos.

Sus labios envuelven los míos, y me besa frenéticamente. Siempre lo hace como si fuese la última vez, y eso es algo que me excita demasiado. Su lengua juega con la mía, y sus manos recorren los nudos del bañador para irlos deshaciendo. De pronto el agua de la piscina ya no me parece tan fría, ni el enfado de antes tan grave.

La erección del Adonis comienza a hacerse palpable en mi entrepierna, y es entonces cuando me deshago de su pijama. Los dos nos quedamos desnudos, con unas ganas enormes de devorarnos, y no perdemos el tiempo. Ian me eleva para dejar la punta de su pene sobre mi abertura, y yo rodeo con las piernas su cadera y con las manos su cuello.

—En esta ocasión no puedes hacer mucho ruido, aunque ya sabes que a mí me encanta oírte —susurra antes de introducirse por completo en mi interior.

Un gemido se ahoga en mi garganta, e Ian sella mis labios con los suyos para asegurarse de que siga así. Aquí no hay paredes, ventanas, ni puertas que puedan ocultarnos de los demás, y cualquier sonido más alto de lo normal podría causar que alguien se alerte y baje a mirar.

El Adonis entra y sale de mí a un ritmo lento que va aumentando poco a poco, al igual que la respiración de ambos. Y entre sus besos, sus mordiscos y sus caricias, acabo por correrme dos embestidas antes que Ian.

Voy en busca de mi bañador en cuanto nos recuperamos, y él hace lo mismo con su ropa sin quitar los ojos de mi cuerpo aún desnudo.

—¿No has tenido suficiente? —espeto alzando una ceja.

El chico nuevo sale de la piscina en calzoncillos, y se seca con mi albornoz sin pronunciar palabra alguna, pero con una sonrisa de oreja a oreja. Y luego

me lo ofrece a mí cuando termina para que me seque también, por lo que me salgo de la piscina y me detengo de espaldas frente a él.

—Contigo tengo la sensación de que nunca tendré suficiente —afirma colocándome el albornoz antes de depositar un beso en mi coronilla.

Capítulo 10

No he pegado ojo en toda la noche, y es que no conseguía sacar de mí ciertos pensamientos. Ian me pidió que me quedara con él, quería que durmiésemos juntos en su cama, pero no pude. Y la verdad es que no se trata de que alguien pueda vernos o enterarse de esta especie de relación que tenemos, si no que aún me siento atada a Khareem, y a veces es como si lo estuviera traicionando. Él forma parte de una etapa de mi vida a la que necesito ponerle fin, y ese momento llegará cuando Sharaf abandone este mundo. Hasta entonces estaré estancada en el mismo punto sin poder avanzar.

Aparte de mí hay alguien más en la mansión que no ha podido dormir esta noche. Escuché una serie de ruidos provenientes de la segunda planta, al cabo de unos minutos también sentí el rugido de uno de los coches y no lo he vuelto a oír hasta ahora, dos horas después de marcharse. Y como eso es algo inusual, salgo de mi cuarto rápidamente e intento bajar con sigilo las escaleras para verificar la identidad de esa persona, pero Dereck me sorprende justo cuando llego al último peldaño y me arrastra con él hacia la sala de reuniones que está en completa oscuridad.

—¿Qué coño te crees que haces? —reprocho deshaciéndome de su agarre.

Don Musculitos no se digna a responder mi pregunta, pero lleva el índice a su boca para indicarme que guarde silencio. Y me mantengo callada, pero no porque lo haya dicho Dereck, sino porque la puerta principal se está abriendo.

Ambos esperamos expectantes a averiguar quién de todos es el de la misteriosa salida, y creo que ninguno de los dos pensábamos que podía tratarse de Aaron. Él es la mano derecha de mi padre y nunca lo traicionaría, pero es bastante sospechoso que salga y vuelva a la mansión a estas horas, que casualmente coinciden con la rotación de los puestos de vigilancia que rodean la verja de la urbanización.

Me dispongo a salir de mi escondite para plantarle cara, pero don Musculitos logra retenerme para que no lo haga, y no me suelta hasta que los pasos de Aaron dejan de escucharse.

—Te hago la misma pregunta, ¿qué coño te crees que haces, Dereck?

—Pretendo descubrir quién es el que nos está vendiendo, y parece que

tenemos un claro ganador —anuncia seriamente.

—Estás empezando a delirar —afirmo restándole importancia.

—¿Eso es lo que piensas?

—Pienso que si tuviéramos un topo tú tendrías más posibilidades de serlo que Aaron.

—Yo jamás haría nada que pudiera perjudicarte —asegura acortando la distancia que nos separa.

—Deja ese cuento para otro momento, que ahora no tengo tiempo para volver a oírlo —concluyo retirándome a mi habitación con el mismo sigilo con el que salí de allí mientras Dereck me clava su mirada en la espalda.

Lo último que quiero en estos instantes es que don Musculitos me repita lo mucho que le importo. Creía que ese tema ya estaba zanjado, pero sigue empeñado en que hay algo todavía entre nosotros, cuando en realidad no lo ha habido nunca. Desde el minuto cero le puse las cartas sobre la mesa, y si él no ha querido enterarse no es mi culpa.

Una vez que estoy de regreso en mi dormitorio me desplomo boca arriba sobre la cama, y dejo que todo tipo de pensamientos fluyan por mi mente, dejándome tan exhausta que acabo rindiéndome al sueño que me había abandonado durante la noche.

Helena comienza a llamarme a través de la puerta justo cuando me duermo, o al menos esa es mi sensación, aunque confirmo que no ha sido así al mirar el reloj de mi mesilla. Son casi las once, y eso quiere decir que he estado grogui aproximadamente cinco horas. No está mal para haberme parecido tan poco.

—¡Sam, tenemos trabajo! —apremia sin dejar de dar golpecitos en la madera.

Mi cuerpo reacciona levantándose de la cama de un salto en cuanto recuerdo que debemos recoger a Bashira, y dos minutos después le abro la puerta a Helena.

—Ya estoy —aclamo con una sonrisa en la boca.

—¿Por qué estás tan feliz? —inquire curiosa mientras estudia mi rostro—. Hace tiempo que no te veía así.

—Porque cada vez está más cerca el fin —confieso antes de empezar a bajar las escaleras.

—No cantes victoria tan pronto, Samantha, y céntrate —me aconseja siguiendo mis pasos.

En esta ocasión Ian sí estaba en la casa, e incluso se ha ofrecido a acompañarnos, pero prefiero mantener a Bashira alejada de los demás, a no

ser que sea imprescindible. Cuanto menos sepan de ella, y ella de nosotros, mejor será para todos. Es por eso mismo que no conocerá el plan por completo hasta el momento antes de su ejecución.

Durante el trayecto pienso en las palabras de don Musculitos y en las razones que tendrá para creer que uno de los del grupo nos está traicionando, y lo cierto es que no logro encontrarle sentido. Últimamente no hemos tenido ningún tipo de incidente, aparte de la muerte de Salva, que fue obra de Sharaf, pero eso es algo que ya sabíamos que iba a ocurrir. Además, si alguno de nosotros estuviese informando a mi padrastro, este ya hubiese intentado matarme.

Llegamos al Tisbe, recogemos a la chica con presteza, y volvemos a la mansión antes de que nadie pueda vernos. Estoy empezando a sentirme insegura en la ciudad, y eso se debe a Sharaf.

Acomodamos a Bashira en la casa en la que habitará hasta llegado el día de la boda y, una vez hecho esto, Helena nos deja a solas para que conversemos sobre las manías del hombre que me arruinó la vida. También le explico el ritual nupcial con el que Sharaf está habituado a proceder para contraer matrimonio y, después de unas cuantas horas repasando cada detalle, me marcho con la intención de volver por la tarde. Mañana será la primera toma de contacto con el viudo de mi madre, y tiene que estar bien preparada. No se tima con facilidad a alguien que vive de engaños.

Cuando atravieso la puerta principal de la casa un delicioso olor a comida se cruza en mi camino, y mi estómago ruge como si llevara una semana sin comer. Imagino que se debe a que no he desayunado nada esta mañana después de todo el ejercicio que hice anoche en la piscina. Y no solo me refiero a los largos. Practicar sexo bajo el agua te desgasta más de lo que pensaba.

—¿En qué piensas con esa cara de idiota? —suelta Dereck con una pequeña carcajada.

—En ti seguro que no —asevero cambiando el gesto de mi cara al igual que lo hace el suyo.

Este se dispone a reprocharme cada palabra que acabo de decirle, pero Nathan aparece bajando las escaleras y la boca de Dereck se mantiene cerrada.

—¿Ya has acabado? —espetta refiriéndose claramente a Bashira.

—No —niego recuperando la sonrisa—, solo hemos parado para comer.

—Bien, espero que para mañana todo esté listo, pero no la machaques. Déjala dormir algo, tiene que estar en buenas condiciones para la reunión —

concluye siguiendo su camino hacia la cocina.

Don Musculitos me observa pretendiendo adivinar el asunto de la charla que acabo de mantener con Nathan, pero supongo que finalmente termina por descubrirlo. Solo tiene que unir un par de hilos para llegar a la conclusión de que la conversación iba sobre Sharaf y la pretendiente a la que estoy instruyendo. Pero no voy a quedarme de pie frente a él esperando a que llegue a tal resolución. Necesito comer algo si no quiero desfallecer, y mis fosas nasales siguen captando ese maravilloso aroma a comida.

Tras cruzar el umbral que separa la cocina del recibidor de la mansión, vislumbro al causante de ese olor, que no es otro que Ian. En esta casa normalmente no se prepara la comida, solo se devora. Nunca tenemos tiempo de hacerlo y esto es una grata sorpresa que nuestros cuerpos, y sobre todo nuestros estómagos, agradecerán sin lugar a dudas.

—Me pregunto a quién querrá impresionar con eso —murmura don Musculitos detrás de mí.

—¿Tienes envidia, Dereck? O, ¿tal vez son celos?

No añade nada más, solo gruñe envuelto por la rabia mientras cierra los puños con fuerza.

—¿Qué es eso que huele tan bien, y qué haces tú cocinándolo? —pregunto a Ian caminando hacia él.

—Pescado, patatas, y alguna que otra verdura, ya lo verás en cuanto esté listo —advierte interponiéndose entre el horno y yo—. Y lo estoy cocinando porque no tenía nada que hacer. Os habéis ido todos y me he acercado al mercado a comprar, ya que aquí apenas había nada.

—Creo que eres el único que ha encendido ese cacharro desde que llegué a esta casa. Siempre solemos comer fuera o pedir que nos traigan algo —admito dedicándole una sonrisa.

—Estará listo en diez minutos —insinúa con la intención de que me retire—. Los demás están en el comedor esperando.

—Tranquilo, no insistas, ya he captado la indirecta —aseguro girando sobre mis talones para unirme al resto del grupo.

Tay, Helena y Aaron están sentados a la mesa mientras observan detenidamente las noticias, y Dereck no creo que venga a hacernos compañía. En estos momentos estará demasiado ocupado mermando su mal humor en el gimnasio. Cualquiera podría pensar que se parece a mí en ese aspecto, y lo cierto es que lo de refugiarme en el ejercicio cuando estoy cabreada lo aprendí de él.

Esperamos impacientes a que la comida esté terminada, y mientras tanto los informativos que dan por la tele me hacen ver que el mundo está cada vez peor y que todos y cada uno de nosotros somos los culpables.

Al rato Nathan se incorpora con nosotros alrededor de la mesa, y para mí es como si acabase de ver un cometa que solo pasa cada cientos de años. Si era improbable que alguien le diera uso a la cocina, menos lo era que mi padre se sentara con el grupo a comer. Su despacho es algo así como su santuario, y ahí es donde lleva a cabo su vida diaria. Al final va a resultar que Ian nos está haciendo bien a todos.

—Necesito una mano —se escucha decir desde la cocina.

Helena y yo nos ponemos de pie al mismo tiempo, pero le sugiero que vuelva a sentarse para ser yo quien ayude al Adonis, y eso provoca un gesto de desconcierto en la cara de Nathan que cruza su mirada con la mía para que lo perciba. No le doy importancia, y le ofrezco una de mis mejores sonrisas antes de largarme. En el fondo creo que aún no se ha perdonado a él mismo el haber dejado que mi madre volviera con Sharaf a Marruecos, y mucho menos el haberse desentendido de mí durante tantos años, de ahí esa actitud tan distante conmigo. Aunque en realidad tampoco estoy segura de que yo lo haya llegado a perdonar del todo.

Ian y yo colocamos los platos sobre la mesa del comedor, y la televisión se queda en un segundo plano para dejar paso a una buena conversación. Tampoco es que tengamos mucho de lo que hablar después de estar los unos con los otros las veinticuatro horas del día, pero no queda más remedio cuando estás frente por frente de otra persona.

Durante un par de minutos pienso en Salvador y en lo mucho que le hubiera gustado vernos así. Él siempre insistía en que debíamos hacer cosas juntos para conocernos y de este modo confiar más en cada componente del grupo, y eso lo hacía especial. Se esforzaba para que fuera así y, ahora que no está, el chico nuevo es el que ha heredado su legado.

Cuando terminamos me ofrezco voluntaria para fregar todos los utensilios que hemos empleado, pero Tay se empeña en hacerlo él, y dado que aún me queda trabajo por delante, no opongo mucha resistencia. Tengo que volver con Bashira para continuar enseñándole todo lo necesario y asegurarme de que el plan prospere.

Subo a mi habitación, recojo un par de bolsas con la ropa que deberá llevar la chica, y me hago también con un par de lentillas de color café. Bashira tiene los ojos oscuros, y a Sharaf le gustan más claros. Sé que parezco

una maniática, pero si no le llega a impactar en el momento justo en el que se conozcan, no habrá boda, y no sé si tendré otra oportunidad como esta para vengarme.

Una vez que lo tengo todo, me dispongo a marcharme andando hasta la casa que le hemos cedido a la que será la pretendiente de mi padrastro, pero una bonita sonrisa hace que desista.

—¿Quieres que te lleve a alguna parte? —pregunta Ian mostrándome las llaves de su coche mientras me deslumbra con su sonrisa.

—Voy a la vuelta de la esquina, no es necesario que me lleves a ningún sitio —le informo haciendo un leve gesto con la cabeza hacia la dirección a la que me dirijo.

—Déjame hacerlo, me siento como un inútil aquí sin hacer nada —expone tendiéndome ambas manos para que le pase las bolsas.

—Está bien —cedo finalmente poniendo los ojos en blanco.

Ni cinco minutos se tarda en llegar a pie hasta el solar donde está Bashira, pero al parecer el Adonis no quiere despegarse de mí, y ni siquiera alcanza a meter la segunda marcha.

—Creo que he visto cómo nos pasaba de largo una tortuga —bromeo asomada a la ventana.

—Estoy disfrutando del poco tiempo que puedo estar a solas contigo —admite dejándome sin habla.

—Eres un exagerado.

—¿Eso es lo que piensas de mí? —reprocha—. Yo... solo quiero tener una relación normal. Con citas, escapadas románticas y esas cosas que hacen las parejas —añade tras hacer una pausa.

—Pero tú y yo no somos pareja —adviento tras aclararme la garganta.

—No somos pareja, pero algo tenemos —asegura aparcando el coche junto a la acera que lleva a la casa de Bashira antes de clavar sus ojos grises en mí—. Y no me importa cómo lo llames, el caso es que ambos sabemos que está ahí.

—No entiendo por qué necesitas hacer ese tipo de cosas —espeto volviendo al origen del tema para no tener que afrontar lo que acaba de decirme.

—Porque es lo que quiero. Es lo que se me apetece cuando pienso en ti o cuando te veo. Me gustaría llevarte a muchos sitios y verte sonreír de esa forma que pocas veces lo haces —confiesa provocando que el rubor de mis mejillas comience a aparecer—. También me gustaría poder besarte sin tener

que preocuparme de si alguna cámara puede vernos, y por supuesto me encantaría tener la libertad de decirte todos y cada uno de los pensamientos que pasan por mi cabeza cuando estoy contigo —concluye entrelazando su mano con la mía para acercarla a su boca y besarla.

El corazón me late con fuerza, queriendo salir de mi pecho para otorgárselo a Ian. Respiro profundamente unas cuantas veces, intentando que el miedo no se apodere de mí en un momento como este, pero acabo por sucumbir a él, y mi primera reacción es recuperar mi mano.

—Entonces te has equivocado de mujer —Ahí va mi segunda reacción.

Y como tercera doy un portazo tras salir del vehículo. Cuando empezó a hablar no esperaba que el asunto terminara así, pero después de todo estoy rota emocionalmente, y no se puede esperar más de mí cuando se trata de este tema.

Saco las bolsas rápidamente de la parte trasera del automóvil, e Ian sigue con la mirada perdida mientras digiere mis palabras. Me parte el alma verlo así, ya que en el fondo me gustaría satisfacerle, pero prefiero dejar las cosas como están.

Entro en la casa con la única copia que existe de las llaves que le entregué esta mañana a Bashira, y siento en mi nuca los ojos de mi nuevo guardaespaldas que no dejan de observarme hasta que cruzo el umbral de la puerta. Me deshago de todos los pensamientos que conciernen a Ian, y prosigo con mi camino. Necesito estar concentrada, como bien señaló Helena, y estos líos lo único que pueden causar es que me despiste y acabemos pagándolo todos por mi culpa.

—¿Va todo bien, Samantha?

Asiento con la cabeza, ya que estoy segura de que si tuviera que decirlo se daría cuenta de que no es cierto, y evito su mirada mientras le ofrezco las bolsas con la ropa que deberá llevar mañana juntos con las lentillas. Le sugiero que se las ponga, y efectivamente compruebo que le queda bien, aunque en el fondo era de esperar. Yo misma me probé todas las prendas antes de comprarlas, y Bashira tiene una complexión similar a la mía.

Aasiyah, que así es como la llamaré de ahora en adelante para que no dude ni un segundo de que ese es su nombre frente a Sharaf, parece que va memorizando con precisión todas las instrucciones que le doy, o al menos más le vale estar haciéndolo. Su vida depende de ello. Si mi padrastro llega a tener la menor sospecha de que le estamos engañando, habrá graves represalias.

Continuamos durante el resto de la tarde, y no paro de bombardearla con

información hasta que ambas acabamos agotadas. Son muchas horas hablando del mismo tema, pero las dos sabemos que es imprescindible.

—Voy a hacer de cenar, ¿tú quieres algo?

—No te preocupes, Aasiyah, comeré ahora en cuanto regrese a la mansión —declaro dando por terminada la sesión de hoy—. Procura estar preparada mañana a las doce, se pasarán a recogerte dos hombres, y os uniréis a Nathan, junto con otro tipo más de nuestro equipo, en el propio local.

Helena y yo estaremos controlando la situación en la sala donde se encuentran los monitores en los que las cámaras de vigilancia proyectan el vídeo, y también estaremos atentas por si tenemos que intervenir en algún momento, aunque espero no tener que hacerlo. Que acabásemos con Sharaf solo desataría una guerra que no estamos dispuestos a llevar a cabo. Sus aliados se nos echarían encima como leones, y por supuesto nadie querría volver a negociar con alguien que mata a uno de sus socios. La defunción del hombre que me hizo la vida imposible debe parecer un accidente, y es por esa razón por la que hay que esperar hasta la celebración de la boda. Tenemos claro que será en su casa, y entre la flora de su jardín existe una planta conocida como ricino. Sus semillas contienen unas de las toxinas biológicas más potentes que hay y, si Sharaf la ingiere en gran cantidad, la deshidratación terminará con su miserable existencia rápidamente.

—¿Samantha?, ¿me has oído? —pregunta Bashira interrumpiendo el hilo de mis pensamientos.

—¿Qué? —escupo posando los pies sobre la tierra—. No, perdona. ¿Qué decías?

—Tu móvil está sonando —contesta señalando con el dedo la procedencia del sonido.

Lo saco rápidamente del bolsillo y rechazo la llamada cuando diviso el nombre de Ian en la pantalla.

—Tengo que irme ya —anuncio abandonando el sillón donde llevo clavada toda la tarde—. Llámame si necesitas algo, y suerte para mañana.

—¿Ha pasado algo? —espeta advirtiendo mi nerviosismo.

—No, todo va bien. Tú solo ocúpate de descansar y de que no se te olvide nada —concluyo con una sonrisa forzada.

Ella está más nerviosa que yo, e inquietarse por lo que me pase a mí hará que aumente su angustia. En estos momentos debería preocuparse solo por sí misma.

Giro el pomo de la puerta y lo primero que visualizan mis ojos es el coche

del chico nuevo en el mismo sitio que cuando entré en la casa. Creía haber escuchado el motor del coche al marcharse, pero tal vez estaba equivocada y ha estado todo el tiempo aquí.

—¿Has estado esperándome? —le increpo totalmente sorprendida.

—Solo cinco minutos —confiesa mostrándome una bolsa con lo que aparenta ser comida y refrescos—. ¿Tienes hambre?, podríamos cenar tú y yo solos.

—Creía haberte dicho que no la última vez que hablamos —insinúo alzando una ceja.

—Me quedó muy claro, pero no soy de los que aceptan un no por respuesta —admite con una sonrisa cautivadora.

Mi corazón comienza a latir otra vez como si quisiera escapar de mi cuerpo e irse corriendo para entregarse por completo a Ian, y siento que cada vez me va a costar más resistirme a este barullo de sentimientos y emociones que hay en mi interior.

Capítulo 11

No sé en qué momento exacto es en el que finalmente he decidido aceptar la proposición de Ian. El caso es que vamos derechos al chalet donde pasamos la noche hablando cuando nos conocimos.

De camino, el Adonis pretende sonsacarme a través de un interrogatorio lo que he estado haciendo toda la tarde en esa casa metida, y le respondo con evasivas. Mañana podrá solventar sus dudas por sí solo. Además, ahora mismo mis pensamientos tienen otro asunto del que preocuparse, y va sentado a mi lado.

—¿Estás nerviosa?

Cojo aire después de dejar escapar un suspiro para contestar que no lo estoy, pero es imposible que se lo crea cuando ni yo misma lo hago.

—Te enfrentas a dos gorilas el doble de grandes que tú, te encuentras con tu padrastro que te cree muerta y que de no ser así estaría buscándote para terminar con tu vida con sus propias manos, y estoy seguro de que puedes hacer una gran cantidad de cosas sin que te tiemble el pulso —asegura colocando su mano sobre mi pierna que se estaba moviendo impulsivamente arriba y abajo hasta hace apenas unos segundos—, y hacer esto conmigo te inquieta —culmina pensativo—. No dejas de sorprenderme —admite estacionando el coche frente a la acera.

Sus ojos se cruzan con los míos y me transmiten paz. Una paz que no albergaba volver a sentir, pero Ian me ha hecho darme cuenta nuevamente de lo equivocada que estaba.

Poco a poco mis nervios se van apaciguando, y el sentimiento de culpa por desear tener en mi vida a otro hombre que no sea Khareem también.

Cuando el razonamiento que se está desarrollando en mi mente llega a su fin, el chico nuevo ya se ha bajado del coche y ha abierto mi puerta para facilitarme la salida. Supongo que esto debe formar parte de lo que él entiende por romanticismo.

—¿Vas a quedarte ahí? —pregunta ofreciéndome su mano—. ¿O entramos de una vez? Va a enfriarse la comida —añade con la sonrisa más amplia que le es posible.

Mi cuerpo reacciona antes que mi cerebro, ya que cuando decido salir estoy con un pie fuera y sujetando la mano de Ian que tira de mí para que me atreva finalmente a salir del vehículo. Comienzo a caminar hasta la puerta principal mientras busco las llaves en mi bolso, y el Adonis me sigue de cerca. ¿Creerá que voy a salir huyendo? De ser eso lo que quisiera hacer, mis piernas no me obedecerían, estoy segura de ello.

—Ve a sentarte mientras lo preparo todo —me ordena posando su mano en la zona baja de mi espalda para acompañarme hasta el salón.

—Conozco el camino mejor que tú —advierdo para que note la inutilidad de su cometido.

—He revivido el momento que estuvimos aquí unas cuantas veces en mi cabeza —confiesa tras soltar una pequeña carcajada nerviosa—, así que no estás tan segura de ello.

—Entonces no habrán sido solo una cuantas veces, ¿no? —insinúo escondiendo una sonrisa.

—Prefiero no responder a esa pregunta —admite deteniéndose frente al sofá—. Vuelvo en unos minutos —añade depositando un beso en mi frente antes de marcharse.

Escucho a mi nuevo guardaespaldas moverse por la cocina de un lado a otro, y aprovecho estos minutos para revisar mi teléfono por si Bashira me ha llamado, aunque no creo que necesite nada, ya que hemos abastecido la casa con todo tipo de enseres y alimentos. Lo que me inquieta es que le entre alguna clase de duda y que no esté yo ahí para resolvérsela.

—Al final se ha enfriado, pero lo he recalentado en una sartén y están como recién hechos —asevera con una sonrisa mientras deja un par de platos sobre la mesa junto con una botella de agua.

—¿Son... Tacos? —inquiero escrutando lo que contiene la vajilla de arriba abajo.

—Auténticos tacos mexicanos —aclara tomando asiento frente a mí—, de ahí el agua. La necesitarás —anuncia seguro de ello.

—¿Auténtica? —repito alzando una ceja.

—Por supuesto, mi madre heredó esta receta de mi abuela, que era mexicana —anuncia orgulloso—. Y la receta pasó luego a mí, al igual que muchas otras. A mi madre le encantaba cocinar y nos enseñó a mi hermana y a mí, aunque a Allyson no se le da tan bien —agrega guiándome un ojo antes de ofrecerme uno de los platos.

Empiezo a comer y en el primer bocado noto el pique del dichoso taco

mexicano, y conforme voy avanzando lo siento por toda mi garganta. Lo primero que pienso es que está bueno, aunque tenga la sensación de que podría escupir fuego en estos momentos, y el otro pensamiento que se pasea por mi mente es el tiempo pasado que ha empleado el Adonis a la hora de mencionar a su madre.

—Ian, ¿tus padre están...? —pregunto sin rodeos.

—Así es, murieron en un tiroteo por estar en el lugar equivocado a la hora equivocada —dice con toda normalidad—. Desde entonces Allyson y yo hemos tenido que cuidar el uno del otro.

—¿Por eso desertaste del ejército?

—Ella estaba enferma y no podía valerse por sí misma, y en esas condiciones tampoco podía cuidar de Maya —declara antes de continuar comiendo.

—Al menos seguís juntos —lo animo hundiéndome en la miseria mientras me inundan viejos recuerdos.

Más de media botella de agua después terminamos con la cena, y lo recojo todo tras obligar a Ian a quedarse en el sitio donde está. Saco un par de cervezas para que contribuyan a que la comida baje, y una charla interesante hacen que las botellines se vacíen en un abrir y cerrar de ojos. Con esta conversación he descubierto que es más humano de lo que creía, pero aun así me sigue pareciendo inverosímil que exista alguien como él.

—Ya hemos hablado suficiente de mí, ahora te toca a ti. ¿Hay algo en particular que quieras contarme? —anuncia antes de ir a la cocina a por más cerveza.

Son muchas las cosas que se me pasan por la mente al hacerme esa pregunta, y de verdad que querría desvelarle todas ellas, pero acabo de darme cuenta justo en este instante que tengo miedo de que se vaya, y no le faltarán motivos para largarse si le revelo algunos aspectos de la vida que he llevado hasta llegar a este punto.

—¿Y bien? —inquire al regresar.

—Pues sí, hay algo que quiero decirte, y es que estoy disfrutando mucho de esto —reconozco sinceramente pretendiendo también cambiar de tema.

—La próxima vez será aún mejor —me promete entusiasmado.

—¿Ya estás pensando en la próxima vez?

—Claro que sí, te dije que quería hacer de todo contigo —afirma provocando que mi pulso aumente.

El alcohol prosigue entrando en nuestro cuerpo conforme transcurre la

noche, y tanto Ian como yo descendemos hasta la alfombra, una vez que retiramos un poco los sofás, para echar una partida al ajedrez. Esto no entraba dentro de los planes del Adonis, pero no es buena idea presumir de tu talento delante de mí con algo que domino a la perfección.

Las cervezas comienzan a causar estragos en mí, pero aun así el chico nuevo no consigue derrotarme. Le quise prevenir antes de empezar a jugar y decidió seguir. Ahora me arrepiento de no haber apostado nada, ya que estaría en deuda conmigo para el resto de su vida de haber sido así.

—Estás haciendo trampas —me acusa fingiendo seriedad.

—¿Cómo se puede hacer trampas en el ajedrez? —pregunto tras dejar escapar una pequeña risa.

—Esa pregunta tendrías que contestármela tú, que eres quien las hace —bromea retirando el tablero hasta dejarlo fuera de mi alcance.

—¿Ya no jugamos más?

Ambos estamos tumbados de costado con un codo sirviéndonos de apoyo. Ian me mira de pies a cabeza con esos hipnóticos ojos grises mientras niega con la cabeza, y luego se centra en mis labios, o al menos eso es lo que el alcohol me hace creer. Aunque lo acabo confirmando cuando al humedecerlos el Adonis me atrae hacia él para que ocupe el lugar donde antes estaba el tablero.

—Mataría por besar estos labios lo que me queda de vida —garantiza pasando su pulgar por ellos.

—Por suerte no tienes darle muerte a nadie para hacerlo —respondo acortando un poco más el espacio que separa nuestras bocas.

—Pero no dudes que lo haría si se diese el caso —murmura antes de besarme.

Aprisiona mi cuerpo bajo el suyo sin separar nuestros labios, y clava en mi cintura los dedos de la mano con la que no está apoyado. La temperatura sube, por lo que comenzamos a quitarnos la ropa con cierta torpeza a causa del alcohol, hasta que el sonido de mi móvil me desconcierta. Están dentro de mis pantalones, los cuales he lanzado lejos por la excitación. Solo me queda la ropa interior, aunque Ian ya se está deshaciendo de ella.

—¿Vas a contestar? —susurra pegado a mi oreja antes de descender con besos desde ahí hasta mi cuello.

Dentro de mí se da inicio a una batalla. La disputa es entre mi deber de atender la dichosa llamada por si es Bashira, y la necesidad que siento por quedarme entre los brazos del Adonis, pero sentir la respiración acelerada de

Ian recorriendo mi cuerpo hace que se incline la balanza hacia él.

Nos terminamos de desnudar el uno al otro, y segundos después Ian se dispone a sacar de su cartera el preservativo cuando también le da a su teléfono por sonar.

—¿Y tú, vas a contestar? —inquiero intentando seducirlo con una pose sexi.

—No, pero voy a ponerlo en silencio para evitar más interrupciones, y tú deberías hacer lo mismo —insinúa comiéndome con la mirada.

Le hago caso, y me acerco hasta mis pantalones para buscar el móvil en los bolsillos. Cuando doy con él, reviso quién ha realizado la llamada, y aparece el nombre de don Musculitos. Me convengo a mí misma de que no será nada importante, y al igual que el Adonis le quito el sonido al dispositivo, pero antes de volver a dejarlo en el bolsillo la pantalla se ilumina de nuevo, aunque esta vez es Helena.

—¿Quién te ha llamado? —pregunto empezando a preocuparme.

—Helena —responde a la vez que me lo muestra—. ¿Ocurre algo?

—Espero que no, pero no lo sabremos hasta que acepte la llamada —expongo para luego llevarme el teléfono a la oreja—. ¿Qué pasa, Helena? —digo tras aclararme la garganta para cambiar el tono a uno más serio.

—Ginebra acaba de llevarse otra vez a Nathan, y Aaron nos ha encargado buscarte para que declares a favor de tu padre.

—¿Y tenía que ser justo ahora que estamos a un paso de comprometer a Aasiyah con Sharaf? —espeto, aunque en realidad lo que me aflige es no poder terminar lo que estoy haciendo.

—Dereck tiene la teoría de que alguien está divulgando nuestros planes.

—Pues dile que necesita unas vacaciones —aseguro dejando escapar el aire de mis pulmones—. Esa mujer tiene un don para aparecer cuando menos lo necesitamos, pero no te preocupes, para la reunión de mañana Aaron ya lo habrá sacado.

—Por eso tienes que acudir a la comisaría cuanto antes. Mientras más tardemos en resolverlo menos tiempo permanecerá en el calabozo.

—Está bien, estaré ahí en menos de diez minutos —cedo poniéndole fin a la llamada—. Tenemos que irnos —adviento a Ian con tristeza.

El Adonis asiente con la cabeza, y me acerca mi ropa antes de empezar a vestirse él. Lo cierto es que esto es lo último que esperaba que sucediera, y digamos que no es la mejor forma de acabar con este encuentro entre Ian y yo.

—Lamento que la noche termine así —me disculpo una vez que volvemos a

estar con la ropa puesta—, supongo que la cita no ha salido como esperabas.

—¿Lo dices porque no he tenido la ocasión de hacerte gemir? —inquire provocando que sienta los latidos de mi corazón en lugares donde no sabía que podía notarlos—. No es necesario para que una cita sea perfecta, y no sé a ti, pero a mí esta me ha dado la sensación de que lo era —asegura recorriendo el espacio que hay entre nosotros para volver a sellar sus labios con los míos.

Casi vuelvo a perder la noción del tiempo con los besos apasionados de Ian, y habría sido así de no ser porque el sonido de mi teléfono hace que reaccione. Es don Musculitos nuevamente, y no puede ni imaginarse el mal humor que me está causando con su impaciencia. Debería haberlo dejado en silencio al menos hasta llegar a la mansión, pero hace unos minutos pensé que no era buena idea hacerlo, y ahora me estoy arrepintiéndome de ello.

—Tienen prisa —admito poniéndome en marcha.

—Vámonos entonces —apremia con las llaves del coche en la mano.

Nos dirigimos al vehículo con presteza, y abandonamos la casa con la idea de volver en otro momento para recogerlo todo, ya que tanto el salón como la cocina están patas arriba. Además, tengo que acordarme de reponer la cerveza. Ese chalet es el único sitio al que puedo acudir en busca de soledad, y me gusta que mi refugio esté bien dispuesto.

—Parece que Maya se ha encariñado contigo —advierde observando la pulsera que me regaló.

—También lo ha hecho su padre —insinúo con una sonrisa.

Ian no contesta, solo me devuelve la sonrisa y acerca mi mano a su boca para darme cariñosamente un beso. Luego continúa conduciendo concentrado en la carretera, y unos cuantos minutos después nos encontramos aparcando frente a la comisaría. Diviso a lo lejos los Conquest Knight de Tay y Dereck, por lo que deduzco que ya están todos esperando por mí, y lo confirmo en cuanto atravieso el umbral de la puerta principal. El grupo está sentado, excepto mi padre y Aaron, que imagino que estarán dentro, concretamente en la sala de interrogatorios. No es la primera vez que Ginebra nos hace pasar por esto, y posiblemente tampoco será la última. El caso es que nos conocemos a la perfección su procedimiento. Legalmente estamos limpios, pero ella se empeña en molestarnos hasta por las multas de tráfico. El día que se rinda celebraré una gran fiesta.

Helena se pone en pie, y le advierde a uno de los oficiales que estoy aquí para que me deje pasar hasta donde se encuentra Nathan y el mejor abogado del mundo. Ian toma asiento junto a los demás, y Dereck le dedica una mirada

de oído que solo yo alcanzo a contemplar. Está enfurruñado por no haber contestado a sus llamadas, pero el muy idiota no sería capaz de echarme a mí las culpas aunque supiera con certeza que ha sido decisión mía.

El oficial con el que Helena ha estado conversando me indica que le siga, y lo hago dejando atrás a la mayoría de los integrantes del equipo. La primera persona con la que me cruzo es Ginebra, que le repugna mi presencia tanto como a mí la suya. Es más alta que yo, de figura esbelta pero con curvas pronunciadas, y su piel es clara, al igual que el color de su pelo, aunque tengo sospechas de que sea de bote. Sus cejas la delatan, y esa mirada tan oscura que porta no te incita a pensar lo contrario.

—Será mejor que vayas acostumbrándote a este ambiente para cuando meta a Nathan entre rejas de por vida y tengas que ir a visitarlo —me aconseja con plena seguridad en ello.

—Deberías buscarte un hobby, Ginebra —replico ofreciéndole una sonrisa—. Dedicar tanto tiempo al trabajo te está afectando gravemente a la cabeza.

—Será más pronto de lo que piensas —añade a modo de amenaza, ignorando por completo lo que acabo de decirle.

Tendrá algunos años más que yo, y no me explico cómo ha escalado hasta su puesto tan deprisa, pero va a perderlo como siga obsesionada con mi padre. No creo que pueda traernos a comisaría arrestados cada vez que le da la gana e irse de rositas. Aaron debería deshacerse de ella antes de que cause más problemas, pero intuyo que no será tan fácil cuando todavía no lo ha hecho.

Me adentro en la sala de interrogatorios, y tanto Aaron como Nathan me miran fijamente cuando aparezco por la puerta. Me da la sensación que se estaban impacientando por mi llegada, y mi padre lo certifica al dejar escapar un largo suspiro. No le hace ni pizca de gracia este sitio, pero no es para tanto. Ya debería haberse hecho a la idea de que esto son gajes de su oficio.

Ginebra se une a nosotros también, y me ofrece tomar asiento frente a ella. Comienza a hacerme una pregunta tras otra, y le contesto tal y como Aaron nos ha enseñado. Transcurren los minutos y la pila de cuestiones que tenía preparada la arpía se van agotando. Lo único que pretende es acabar con mi paciencia, pero estoy entrenada para aguantar esto y mucho más.

—Creo que ya sabes todo lo que necesitas —asegura nuestro abogado a la rubia de bote.

—Tienes razón —declara recalcándose sobre el respaldo de la silla—, aunque él tendrá que pasar la noche aquí —añade dirigiendo su mirada hacia mi padre—. Mi turno ha terminado hace unos cinco minutos, así que

técnicamente ya no estoy aquí y, desafortunadamente para vosotros, soy la única que puede firmar esos papeles que dictaminan que puede marcharse.

Nathan cierra ambas manos con fuerza y golpea la mesa asustando a más de uno de los presentes, dejándose vencer completamente por la rabia, y eso pone en alerta a algunos de los policías que han oído el golpe, pero enseguida vuelven a lo suyo al comprobar que todo sigue en orden.

—¿Tiene algo que decir señor O'Connell?

—¿Qué tal si todos guardamos la calma? —sugiero intentando que no salga ni una palabra de la boca de mi padre.

—Haz caso a tu hija —susurra Aaron en un tono casi inaudible colocando su mano sobre el hombro de mi padre—. Si hay que esperar lo haremos, pero no dudes de que tus superiores tendrán noticias mías por esto —adiciona variando el tono.

—No creas que vas a amedrentarme con eso. Los dos sabemos que lo más grave que pueden hacerme es darme un aviso.

Ahora la que tiene ganas de golpear algo soy yo, pero me resisto para que el asunto no vaya a peor, ya que mañana tenemos que asistir al encuentro con mi padrastro. Además, no quiero darle razones de peso a Ginebra para que me retenga a mí también en los calabozos como va a hacerlo con Nathan.

Nos hacen salir de la sala a Aaron y a mí, y posteriormente nos invitan a salir de la comisaría. Ni siquiera van a permitir que nos quedemos a esperar a mi padre con el argumento de que no son horas para permanecer ahí. Seguro que esa bruja lo tenía todo pensado.

El grupo al completo regresa a la mansión con la incertidumbre de si estamos haciendo bien al distanciarnos tanto de Nathan, ya que la primera regla es que bajo ningún concepto pueden dejarnos solos a mi padre ni a mí, pero el equipo tampoco tiene otra opción. Mañana deben estar en perfectas condiciones para la reunión con Sharaf por si algo sale mal, y no dormir sería un gran error.

Una vez que llegamos, cada uno toma el camino hacia su habitación, menos don Musculitos y el Adonis que se dirigen a la cocina. Intento no darle importancia al hecho de dejar a solas a Dereck con Ian, y me marcho a mi dormitorio a ponerme algo más cómodo y dormir al menos un poco lo que queda de noche, aunque desgraciadamente me entra sed, y la botella de mi cuarto está vacía. ¿Por qué el destino es tan caprichoso?

Salgo al pasillo con la camisa ancha que acabo de ponerme y unas braguitas que cubren mi zona íntima, y bajo las escaleras en silencio con la

esperanza de no toparme con nadie pero una conversación a través de murmullos me indica que no va a ser así. Continúo caminando con sigilo, y me escondo tras la puerta para escuchar de qué coño están hablando a ese volumen.

—Sam es mucha mujer para ti —declara Dereck fríamente.

—Lo sé —responde Ian.

—¿Entonces por qué no la dejas?

—Porque aunque tú y yo pensemos que no la merezco, ella sí lo cree. Y seguiré a su lado mientras que eso no cambie —asegura causando que los latidos de mi corazón vuelvan a acelerarse.

Don Musculitos guarda silencio durante unos segundos, y acto seguido identifico el sonido de sus pasos que se acercan hasta mi posición. Abandona la cocina y sube los escalones con furia sin percatarse de mi persona, y lo mismo hubiese ocurrido con Ian si no llego a saltarle encima cuando pasa por mi lado.

—¿Qué hacías ahí? —inquire algo sorprendido.

—Oyendo conversaciones ajenas —confieso agazapada a su espalda.

—Y por lo que veo estás orgullosa de ello —deduce tras dejar escapar una carcajada.

—Supongo que debería sentirme mal, pero la verdad es que eso no es exactamente lo que siento —admito volviendo a poner los pies sobre el suelo para colocarme delante de Ian—. Ven —le ordeno tirando de él.

—¿A dónde?

—Quiero enseñarte otro lugar de la planta baja donde no alcanzan a grabar las cámaras —confieso guiñándole un ojo.

Capítulo 12

Creía que iba a poder conciliar el sueño aunque fuese durante un par de horas, pero estaba demasiado nerviosa como para hacerlo. Me mortificaba la idea de que Nathan no estuviera libre para las una del mediodía, puesto que Sharaf no suele dar segundas oportunidades, y mucho menos la tercera, que sería nuestro caso. No puedes fallarle a mi padrastro, sino desearás no cruzarte en su camino nunca más. Digamos que aparte de la avaricia también le motiva el rencor.

Me doy una buena ducha para relajarme un poco al menos antes de emprender el duro día que me queda por delante, y una vez que estoy vestida y preparada, salgo de mi dormitorio en busca de los demás. Mi cuerpo no hubiese aguantado hacer ejercicio, pero el de Dereck tiene más resistencia, ya que lleva dos horas en el gimnasio sudando la gota gorda. Helena está tomando café junto a Tay y Aaron, e Ian todavía no ha dado señales de vida.

—¿Cuándo podremos sacar a Nathan de comisaría? —le pregunto directamente a Aaron.

—Tay y yo saldremos para allá en unos minutos, e intentaré que lo pongan en libertad lo antes posible —anuncia tras terminarse el café por completo.

—Quiero que me tengas informada en todo momento.

—Tay os mantendrá al corriente —asevera llevando la taza al fregadero.

—Dereck y yo iremos al Tisbe para comprobar que los preparativos van según lo previsto y luego nos uniremos a Tay y Aaron —me informa Helena acabando también con el último sorbo de café.

—De acuerdo, yo también tengo que resolver algo antes, pero estaré allí en menos de una hora —concluyo teniendo en mente a Bashira.

Una vez que todos estamos informados de los planes del resto, abandonamos la cocina para llevarlos a cabo. Helena va al encuentro de Dereck para proponerle que se dé una ducha después de obligarlo a detener su entrenamiento, los otros dos se marchan en cuanto Aaron se hace con una pila de papeles en los que recalcar para que sus argumentos tengan más valor, y yo voy en busca del Adonis.

Subo las escaleras hasta el segundo piso, y me dirijo a la puerta cerrada de

la habitación de Ian. Tres son las veces que llamo hasta que finalmente me deja pasar, y lo cierto es que lo que perciben mis ojos no es para nada lo que me esperaba. Supuse que estaría durmiendo aún, pero me ha recibido con una toalla enrollada a su cintura. Me sonrío y observo las gotas de agua caer desde su pelo para resbalar por su pecho y perderse bajo su ombligo. Una imagen que me será muy difícil olvidar.

—¿En qué puedo ayudarte?

Tardo un par de segundos en reaccionar, puesto que resulta algo complicado cuando tienes otras prioridades en mente como la de desprender al Adonis de esa toalla, pero consigo guardar la compostura.

—Tengo que supervisar un asunto, y en cuanto vuelva nos marcharemos al cuartel de la policía —logro decir tras deshacer el nudo de mi garganta.

—¿A dónde te marchas? —inquire caminando hasta su cama para coger otra toalla y secarse la cabellera—. Si me das cinco minutos puedo llevarte.

—Descuida, puedo ir sola. No voy a salir de esta urbanización —añado embelesada en sus movimientos.

—Así que vas a esa casa otra vez, ¿no? —deduce deteniendo su cometido para sostenerme la mirada.

—Sí, por eso no es necesario que vengas —garantizo evitando que mi campo de visión se centre en otro sitio que no sean sus ojos.

—Está bien, entonces avísame cuando termines y te recogeré en la puerta —concluye girando sobre sus talones para quitarse la toalla y comenzar a vestirse.

No tenía ni idea de la gran capacidad de autocontrol que tengo, y me siento realmente orgullosa de ello por no haberme abalanzado sobre Ian, aunque me moría de ganas por hacerlo. Llevo toda la mañana sin apetito, y mira por donde él hubiera sido un buen desayuno, pero el deber me llama.

—Luego nos vemos —me despido rehuendo de la situación.

Lo último que oigo antes de salir del dormitorio es una dulce carcajada procedente de la garganta del Adonis. Al parecer le resulta divertido provocar este aumento de temperatura en mi cuerpo.

Recorro la distancia hasta el solar donde se encuentra Bashira, y abro con mis llaves después de llamar unas cuantas veces por si no está visible, pero aparece rápidamente en el pasillo para disipar mis dudas. La he pillado justo cuando iba a empezar a vestirse, así que llego en el momento adecuado para ayudarla. Primero tendrá que colocarse la túnica negra que le cubre de pies a cabeza llamada *abaya*, y a eso habrá que añadirle el burka. Lo único que verá

Sharaf de Aasiyah serán sus ojos, y ahí es cuando entran en juego las lentillas.

La tranquilizo ofreciéndole todo tipo de argumentos por los que va a salir bien, aunque no parece que los necesite. Está bastante segura de sí misma, y eso es algo que me gusta.

Le mando un mensaje al chico nuevo y tres minutos después escucho el motor de su coche rugiendo fuera. Subo al vehículo y nos encaminamos hacia la comisaría.

—¿Has desayunado? —pregunta el Adonis sin apartar la mirada de la carretera.

—No, ¿Por qué?

—Yo tampoco lo he hecho, ¿te apetece parar en algún sitio? —propone retirando la mano derecha del volante para ponerla sobre mi regazo.

—Solo si es algo para llevar —acepto aguantando la respiración—. No quiero entretenerme demasiado.

Ian continúa conduciendo y se desvía un par de manzanas para detenerse justo en un negocio donde se hacen churros, y mi estómago ruge como si de una fiera hambrienta se tratase.

—¿Quieres chocolate caliente también? —inquire terminando de estacionar el automóvil.

Asiento felizmente con una sonrisa de oreja a oreja. No recuerdo la última vez que comí churros con chocolate, pero se me ha hecho la boca agua con tan solo pensarlo. El Adonis se marcha mientras yo quedo envuelta en mis pensamientos, y observo distraídamente los locales de mi alrededor, hasta que uno de ellos me llama especialmente la atención. Es un sex shop, y casualmente al verlo se me ha pasado por la cabeza alguien a quien le vendría genial algo de ahí, así que me bajo inmediatamente del coche para comprarlo en lo que Ian regresa.

Camino de vuelta al coche con una bolsa y una caja envuelta en papel de regalo, y mi nuevo guardaespaldas pretende sonsacarme qué llevo con una pregunta tras otra, pero no suelto prenda. Estoy demasiado ocupada saciando mi apetito.

Estamos en busca de un aparcamiento, cuando de pronto el sonido de mi móvil hace que me sobresalte, y mi corazón sigue acelerándose por segundos al divisar que el número que realiza la llamada proviene de la residencia de Raissa. Siento mi piel volverse pálida, tanto que incluso el chico nuevo se percata y me estudia de arriba abajo con la mirada.

—¿Qué ocurre, Sam? —inquire preocupado.

Acepto la llamada antes de acercarme el teléfono a la oreja, y a continuación le indico a Ian que guarde silencio tocándome con el índice los labios.

—¿Sí?

—Señorita Samantha, su abuela ha vuelto a sufrir un ataque de ansiedad y hemos tenido que sedarla. Ahora está dormida, pero estaba preguntando por ti cuando aún tenía consciencia —me informa haciendo que mis nervios se calmen un poco.

—Me pasaré a verla dentro de unas horas cuando despierte. Llámame si hay novedades —le ordeno dejando escapar un largo suspiro de alivio.

—De acuerdo, hasta luego.

No es la primera vez que le da un ataque de ansiedad, y tampoco es la primera llamada que recibo para contarme lo sucedido, pero no puedo evitar ponerme en lo peor cuando veo ese número iluminando mi móvil.

—¿Vas a decirme ya qué es lo que pasa? —me exige frunciendo el ceño.

—Tenemos que hacer otra parada cuando salgamos del Tisbe —respondo dirigiendo luego la mirada hacia comisaría—. Pero por el momento preocupémonos del primer problema del día —sugiero recuperando mi habitual estado de tranquilidad.

Una vez que el Adonis estaciona el vehículo, nos adentramos en el cuartel de la policía al encuentro de los restantes componentes del grupo. Tay me ha enviado un par de mensajes, y según tengo entendido dejarán a Nathan en libertad más pronto que tarde. Aaron ha solicitado que el superior del superior de Ginebra se presente en persona para resolver este asunto, y me alegra saber que le han echado una buena bronca por todo esto a ese incordio de mujer.

Esperamos y esperamos, hasta que finalmente sale Aaron con mi padre detrás de él, y no trae muy buena pinta. Tiene ojeras, ha perdido su corbata, también lleva la camisa rasgada y en sus nudillos creo percibir sangre, y eso me hace preguntarme seriamente qué coño habrá estado haciendo ahí dentro para acabar así.

—¿Estás bien? —pregunto con la mirada fija en sus manos.

—Claro, Ginebra se ha encargado de que estuviera bien acompañado en la celda, pero no le ha salido bien la jugada —me asegura acercándose hasta mí para acariciarme el pelo desde la coronilla a la nuca y besarme después la frente.

Este no suele ser ni por asomo su comportamiento habitual, y mucho menos en público, así que ha tenido que pasarlo más mal de lo que pensamos, todo a

causa de esa insana obsesión que tiene Ginebra por Nathan. Y es por eso que cada vez me alegro más de haber pasado por el sex shop.

—Ahora vuelvo —anuncio volviendo al sitio donde estaba sentada para recoger la bolsa con el regalo.

—Voy contigo —propone Ian sin darme opción a negarme.

Me adentro hasta el interior de lo que a mí me parece el mismo infierno, y me detengo frente a la mesa del despacho de Ginebra tras la que se encuentra ella.

—Esto es para ti —declaro sacando la caja envuelta en papel de regalo de la bolsa para entregársela.

—¿Encierro a tu jefe toda la noche y encima me haces un regalo? —insinúa con una sonrisa triunfante.

—Ábrelo —le ordeno imitando su sonrisa.

De reojo diviso al Adonis que no le quita los ojos de encima a la susodicha caja, mientras que Ginebra siente la misma curiosidad por saber qué es lo que hay dentro, hasta que termina arrancando el papel de un tirón. y su rostro se descompone al observar el dibujo que proyecta el objeto que hay dentro.

—Es un vibrador —le confirmo aumentando su nivel de desconcierto—. Es obvio que necesitas desfogarte para que se te quite ese mal humor que te corroe, pero no creo que exista un hombre capaz de aguantarte sobre la faz de la tierra. Así que... De nada —añado tras hacer una pausa para darle más dramatismo al asunto.

El chico nuevo se queda boquiabierto, sin saber muy bien qué hacer ante tal situación, y cuando menos lo esperamos Ginebra pierde el control de sí misma e intenta abalanzarse sobre mí por encima de la mesa.

Ian logra detenerla justo cuando empieza a invadir mi espacio personal, y le pide que se calme mientras la rodea con sus brazos cual boa constrictor. Sin duda tiene buenos reflejos. Yo solo he podido desplazarme un paso hacia atrás y con eso no hubiera bastado para librarme de esta psicópata.

—¿Intentas reforzar mi teoría con tu actitud? —replico dejándole ver una amplia sonrisa en mi cara.

El Adonis me mira con desaprobación por prolongar esta estúpida pelea, pero me encanta ver cómo pierde los nervios esta mujer. Es lo que ella pretende conseguir de nosotros, y no está mal darle un poco de su propia medicina.

—Tú serás la siguiente después de Nathan —me amenaza mientras sus ojos comienzan a tornarse rojos por la furia.

—Tenemos prisa, Ian —le advierto ignorando por completo a Ginebra.

Salgo de allí sin echar la vista atrás, y medio minuto después hace lo mismo mi guardaespaldas. Continuamos andando hacia la salida soportando las miradas curiosas de algunos agentes que han oído el alboroto, hasta que llegamos finalmente a la salida donde nos esperan los demás para llevar a cabo la primera fase del plan.

Queda aproximadamente una hora para que dé comienzo la reunión con Sharaf, por lo que Helena y yo nos dirigimos al Tisbe para revisar que las cámaras lleguen a todos los rincones de la sala donde estarán, y luego esperaremos allí hasta que el resto del grupo venga. Por otra parte Nathan junto con Tay, Aaron, Dereck e Ian irán a la mansión a por armas por si son necesarias y a recoger a Bashira.

Cuando el reloj da las una del mediodía, tanto el teléfono de Helena como el mío comienzan a sonar al unísono por los mensajes que nos confirman que están llegando al edificio. Agudizamos lo máximo posible nuestros sentidos, nos concentramos en la pantalla de las dos cámaras que vigilan la puerta, y al divisar a Sharaf bajando de su vehículo tras los hombres que lo protegen noto que mi corazón se detiene. Nathan y el resto del equipo aún no han aparecido, pero gracias a al cielo llegan en cuestión de minutos. Aasiyah sale la última del coche blindado de Dereck, acompañada de este e Ian, tal y como habíamos establecido previamente. Mi padre y mi padrastro se saludan estrechando sus manos, y acto seguido Nathan lo invita a entrar al Tisbe.

Mis nervios aumentan por momentos, afortunadamente Helena ha pensado en mí, y antes de que empezara todo me ha traído una tila. Lo cierto es que no soy capaz de permanecer impasible cuando ese desgraciado está cerca de mí. Es como si volviera a sentirme sola al igual que tiempo atrás, y también siento el dolor por la pérdida de mi madre, de Khareem, y de unos cuantos más a los que apreciaba y Sharaf se llevó por delante.

—Todo va a salir a la perfección, has enseñado bien a Aasiyah, y es una profesional al igual que los demás —afirma para infundirme seguridad.

—Más nos vale, o no viviremos mucho para contarlo —le garantizo sin despegar los ojos de las pantallas.

Analizo al completo cada movimiento de mi padrastro. La dirección de su mirada, los gestos que hace con las manos, y también los de su cara por si detectaba algún signo de sospecha en él, pero parece bastante confiando si nos ponemos a pensar en que Nathan y Sharaf son rivales.

Se adentran en la sala donde disfrutarán de una incómoda comida mientras

delimitan los detalles del contrato nupcial. Normalmente estos trámites los llevaría a cabo el *walli*, que suele ser familiar de la novia y de origen musulmán, pero eso no es algo que le inquiete a Sharaf. Solo le interesa que la chica sea joven y sumisa para mantenerla bajo control el resto de su vida. Es un hombre cruel y despiadado al que solo busca tener más poder, más dinero, y más mujeres, aunque lo peor es que cubre tan bien sus huellas que nadie en todo Marruecos sabe cómo actúa, pero si lo supieran dudo que fuera tan bien recibido. No se llega hasta tan alto siendo buena persona, y él ha ido deshaciéndose por el camino a todo aquel que le estorbaba, y yo soy una prueba fehaciente de ello.

A los diez minutos de que todos tomen asiento, los camareros que hemos dispuesto para servirles empiezan a traer los entrantes junto con las bebidas que han pedido al entrar. Todo está en calma, y de lo único que han hablado es de la procedencia de Bashira y de lo hermosa que le resulta al hombre que mató a mi madre, hasta que mi padre saca el tema de la dote para ir al grano de una vez. La conversación se torna seria, y tanto Nathan como Sharaf intentan llegar a un acuerdo pero con la pretensión de llegar al equilibrio donde uno no gane más que el otro con el cambio. Solo así se creará que es real, ya que si se lo pusiéramos en bandeja todo esto empezaría a olerle mal.

Finalmente, tras mucha insistencia por parte de mi padrastro, y la decisión de Nathan de dar su brazo a torcer, establecen las condiciones del *nikah*, y también fijan la fecha del evento. Sharaf regresará a casa en unos días y dará inicio a los preparativos de la boda para que la celebración sea en tres meses, así que ha salido todo como lo teníamos previsto.

—Tengo entendido que has perdido a un hombre hace poco —advierte con su marcado acento provocando que el grupo entero se ponga en alerta.

—Así es —le confirma mi padre tras aclararse la garganta—. Enviaron a dos matones a sueldo para eliminar a mis hombres, pero acabaron sufriendo las consecuencias.

—¿Y las señoritas están bien? —añade de pronto dirigiendo su penetrante mirada a una de las cámaras.

Los vellos de mi piel se erizan, y el corazón me da un vuelco. No puede ser. Es prácticamente imposible que sepa que estoy viva y que una de esas señoritas de las que habla soy yo. Me tiño el pelo de un color diferente cada vez que lo creo necesario, llevo lentillas siempre que salgo de casa, nunca he tenido contacto con Nathan en público, solo el justo y necesario para que tengan claro que trabajo para él, al igual que Helena, Dereck y los demás, y ni

siquiera existe documento alguno que pueda relacionarnos a mi padre y a mí.

—Sí, pero se llevaron un buen susto, por eso les he dado unas semanas libres —miente con la frialdad que lo caracteriza.

—Las mujeres son débiles, tienes que rodearte de hombres como estos —alega alzando las manos hacia ambos lados para señalar a los tipos que lo acompañan.

Ian, que había colocado la mano sobre la pistola que lleva escondida, pierde los nervios, y lo apunta directamente a la cabeza. La gente de Sharaf se sobresalta, y rápidamente sacan sus armas para dirigirlas al Adonis. Aasiyah se tira al suelo haciendo bien su papel, y yo, cuando al fin logro reaccionar y me dispongo a salir corriendo hasta aquella habitación, me detengo al oír una carcajada emergente de la garganta de mi padrastro.

—Tranquilos, solo estaba bromeando —anuncia indicando a sus lacayos que guarden sus pistolas—. Estamos limando asperezas, no sería correcto dar comienzo a otra guerra, ¿verdad? —advierte ahora a mi padre.

—Por supuesto, aunque deberías comprender que nosotros no tratamos a las mujeres como tú —dice mientras lo desafía con la mirada—, y tu forma de ver el mundo puede perturbar un poco a mis chicos —alega ordenando a los suyos con la mirada que retiren también sus armas.

—Afortunadamente solo ha sido un malentendido, no hay que darle más importancia de la que tiene —sugiere dedicando esta vez su mirada a Ian.

Los asistentes comienzan a relajar su postura, los nervios van desapareciendo, y acaban despidiéndose de buena manera hasta dentro de tres meses. No sé qué explicación darle a lo que ha pasado ahí dentro. Tengo ganas de tener al Adonis delante y gritarle lo imbécil que es por ponerlo todo el peligro, aunque por otra parte también me gustaría abalanzarme sobre él y comérmelo a besos por salir en mi defensa, ya que estoy segura que era yo la que le rondaba la cabeza para llegar a cometer semejante estupidez.

Y respecto a Sharaf, no me preocupa que me haya descubierto, porque lo cierto es que no lo ha hecho. Al igual que yo mi padrastro no tiene paciencia, él no es alguien de planificar a largo plazo, por eso deduzco que no estaría ahora mismo dándole vueltas al asunto si pensara que estoy viva. Solo cree que trabajo para Nathan, como bien me preguntó uno de los gorilas que nos atacaron y mataron a Salvador. Eso me hace volver a respirar con tranquilidad, aunque se me ha revuelto el estómago cuando mi padrastro dirigió su mirada hacia una de las cámaras, como si pudiera verme. He sentido unas ganas irrefrenables de vomitar, pero he conservado el tipo después de

todo. Sharaf ya me ha hecho suficiente daño, y me niego a permitir que siga haciéndolo. Es hora de dejar de vivir en alerta y empezar a respirar tranquila.

Capítulo 13

La tranquilidad volvió a imperar en nuestras vidas en cuanto Sharaf abandonó el local junto con los hombres que velan por su seguridad. Nathan se quedó de pie en la sala, escrutando a Ian para terminar pidiéndole explicaciones por lo que acaba de hacer. Y es que hemos tenido suerte de que mi padrastro actuara de esa forma y controlase de alguna manera los impulsos del asesino que lleva dentro.

Una vez que estamos todos dispuestos para marcharnos, Helena me repite que debería comer algo para que pueda afrontar el día con normalidad, y yo le reitero que tengo algo más importante que requiere mi atención en estos momentos.

—Y, ¿a qué te refieres con eso exactamente? —inquire mi padre estudiándome con la mirada.

Mantengo silencio, ya que no está entre mis planes hablar de mi abuela frente a todos, y Nathan parece que termina entendiéndolo.

—Subid a los coches —ordena a los que nos rodean—. ¿Mejor ahora? —me pregunta mientras los demás se retiran.

—Es Raissa —confieso en voz baja—. Me han llamado de la residencia para informarme de que ha sufrido otro de sus ataques.

—Va empeorando con la edad, Samantha —advierte en un tono similar al mío—, tienes que hacerte a la idea.

—Claro, la vida me iría mejor pensando como tú, ¿no? —le recrimino con cierta rabia.

Nathan deja escapar un suspiro, y aguarda durante unos segundos procesando mis palabras hasta que reacciona.

—No soy un monstruo, Sam —declara evitando poner en mí sus ojos—. Iré a verla mañana que estará más relajada —culmina antes de girarse y emprender el camino hasta su coche.

Me quedo inmóvil en medio de la acera recapacitando sobre sus palabras, puesto que ahora soy yo la que lo necesita, y todos excepto Ian ponen el motor de sus coches en funcionamiento y se incorporan al tráfico de la carretera. No pretendía ofender a mi padre ni muchos menos pero es lo que he conseguido, y

ahora empiezo a sentirme mal por ello. No es justo que lo juzgue así cuando su forma de pensar y actuar no es otra cosa que un escudo que ha ido desarrollando desde que perdió a mi madre.

Logro recuperar el control de mi cuerpo, y me uno a Ian tomando asiento en el coche. No cruzo palabra alguna con él, aunque no ha hecho falta hacerlo para que supiera a dónde nos dirigíamos. De camino intenta animarme a conversar, pero creo que al final mi cerebro se ha decantado por enfadarse con el Adonis por su insolencia que casi hace que todo se vaya a la mierda.

Llegamos a la residencia y antes incluso de que mi guardaespaldas estacione el coche salgo a toda prisa. En recepción me atiende la misma mujer de la otra vez, que es también la que ha realizado la llamada telefónica, y me acompaña hasta la habitación de Raissa.

—Hace media hora aún seguía durmiendo, pero si le hablas seguro que se espabila —sugiere deteniéndose frente a su puerta.

Asiento intentando sonreírle, y me adentro en el dormitorio una vez que se retira. El cuarto está a oscuras, aunque un pequeño haz de luz que se cuela por la ventana ilumina lo suficiente como para impedir que me tropiece con los muebles.

—Abuela —murmuro avanzando de puntillas hacia la cama—, abuela, estoy aquí —reitero mientras oigo los pasos de Ian que suspenden el recorrido al llegar a la puerta que he dejado abierta a consciencia. Sabía de sobra que iba a presentarse aquí.

—¿Rim? —pregunta algo nerviosa incorporándose antes de encender la lamparita de su mesa de noche.

—¿Qué te pasa? —inquiero sentándome en la cama junto a ella.

—Lo siento —asegura con los ojos llorosos—. Tienes que saber que todo lo que hice fue para que al fin pudieras llevar una vida normal y feliz lejos de Sharaf —añade comenzando a hiperventilar.

—Está bien, tengo muy clara la razón por la que lo hiciste. Ahora respira y expira con tranquilidad —le sugiero para luego simular cómo debe hacerlo.

—No es eso lo que quería decirte, Samantha —admite con la respiración totalmente fuera de control—. T... Tú... Y... Tu bebé... —logra decir a duras penas al borde de otro ataque.

—Sshhh, no tienes que darme explicaciones —aseguro haciendo que se recueste nuevamente—. Sería conveniente que avisaras a la enfermera —le propongo al Adonis.

Las respiración de Raissa aumenta el ritmo por segundos, y llega un

momento en el que empiezo a asustarme, pero por fortuna aparece la enfermera que me aparta de su lado para sedarla con delicadeza.

—Será mejor que la dejemos descansar —indica mientras termina de acomodar a mi abuela en la cama.

La enfermera apaga la luz de la lamparita provocando que la oscuridad vuelva teñir la habitación y cuando se dirige a la salida me transmite su apoyo depositando la mano en mi hombro durante unos instantes.

—Ven mañana, estará como nueva —concluye casi empujándome para sacarme de allí.

Salgo del edificio a toda prisa como si así pudiese dejar atrás los problemas, pero no parece hacer efecto. Ian me sigue de cerca, y consigue alcanzarme a escasos centímetros del automóvil.

—Cálmate —murmura una vez que me ha envuelto entre sus brazos—. Has tenido un mal día, y se podría decir que va decayendo por momentos, pero no puedes perder el control y huir.

—Al menos puedo ignorarlos como hago contigo —adviento deshaciéndome de su abrazo para esperar junto a la puerta del vehículo a que lo abra.

—¿A mí me estás ignorando? —pregunta ahora haciéndose el ofendido.

—Así es, estoy cabreada por tu numerito de hoy frente a Sharaf, y sería ideal que evitaras mantener una conversación conmigo hasta que se me pase —alego sin dirigirle la mirada.

—De acuerdo —responde para mi sorpresa.

Y durante el trayecto de vuelta a la mansión solo se oye la música procedente de la radio que no hace más que potenciar el silencio cada vez que acaba una canción.

El resto del día me lo paso en gran parte encerrada en mi habitación tragándome una maratón de películas antiguas, aunque me tomo un descanso para desfogarme disparando en la sala de tiros. El Adonis desapareció en cuanto llegamos de regreso, y no lo he visto desde entonces.

Después de la cena me doy una buena y larga ducha que me deja extasiada y sin ganas de nada más que tirarme sobre la cama para dormir. Ni siquiera me he preocupado por ponerme la ropa interior o el pijama, pero estar más de media hora con el cuerpo sumergido en agua caliente ha agotado por completo las fuerzas que me quedaban.

Cierro los ojos, y siento cómo poco a poco el sueño se cierne sobre mí. Los párpados comienzan a pesarme, y ya no hay ningún problema que pueda

perturbarme.

—Sam —proclama Ian en un murmullo mientras da pequeños golpecitos en la puerta.

Localizo mi móvil, y con un ojo cerrado y el otro abierto consigo descifrar la hora. Solo son las tres de la mañana, por lo que apenas llevo un par de horas durmiendo. No he descansado mucho, pero al menos ya tengo más energía que antes de acostarme.

—¿Otra vez vienes a pedir perdón? —replico en su mismo tono sin ni siquiera levantar la cabeza de la almohada.

—No —admite abriendo la puerta para cerrarla tras de sí haciendo el mínimo ruido—, en esta ocasión vengo a decirte que no pienso disculparme —añade caminando hacia la cama—. Solo pretendía defenderte, y no siento que haya hecho nada malo —culmina invadiéndome.

—Ya te he dicho que intentarás no hablarme hasta que se me pasara el enfado —reprocho tapándome por completo con la sábana.

—Lo recuerdo perfectamente, pero no puedo dejarlo así sin más. Quiero que entre nosotros las cosas vayan bien, y que tú estés bien —asevera despejando los mechones de pelo de mi cara.

—Yo no voy a poder estar bien nunca, Ian —admito tras dejar escapar un suspiro.

—¿Tiene algo que ver lo que ha dicho Raissa de lo de tu bebé?, ¿a qué se refería? Te has puesto pálida tan pronto como las palabras han salido de su boca —esquepe provocando que incluso mi sangre se altere.

—Ese es un tema del que no estoy dispuesta a hablar aunque te dirigiera la palabra, que no es el caso —le recrimino con brusquedad.

—Pero, ¿por qué te cuesta tanto contarme las cosas?

—No me gustan los hombres que hacen tantas preguntas —adviento seriamente mientras me incorporo para desafiarme con la mirada.

—¿Entonces cómo te gustan? —me increpa con una sonrisa cautivadora.

—No lo sé, no es algo que me haya detenido a pensar. Es como si yo te preguntase cómo te gustan a ti las mujeres —expongo con mi cabreo en aumento.

—Pues... Me gustan las mujeres con carácter, es decir, con mal genio pero un buen corazón. Que sepan lo que quieren y que luchen por ello —decreta sujetando la sábana que me cubre para ir la retirando poco a poco—. Que estén seguras de sí mismas, que sean guapas e inteligentes, y desde hace poco sé que también me gustan con tatuajes —confiesa haciendo que mi enfado se vaya

desvaneciendo.

—¿No crees que exiges demasiado? —inquiero una vez que deja mi cuerpo desnudo ante su vista.

—Lo pensaría si no fuera porque tú te has cruzado en mi camino —murmura ahora pegado a mi oído—, y reúnes todas esas cualidades y muchas más de las que pueda desear —alega desarmándome por completo antes sellar mis labios con los suyos.

Es una sensación extraña la de que de un momento a otro mi corazón pase de casi llegar a detenerse por sus palabras, como a querer salirse de mi pecho a causa de sus besos.

Llevo mis manos a su cabeza y entrelazo mis dedos con sus pelos, y él mientras tanto me envuelve con sus brazos para luego atraerme hacia su cuerpo y hacer que ocupe el espacio libre que existe entre sus piernas. Siento la temperatura aumentar por momentos, y lo hace aún más cuando las manos del Adonis acarician mi piel. Este termina deshaciéndose torpemente del pantalón del pijama con el que duerme y de sus bóxers, y acto seguido me aprisiona con más insistencia contra él para que note su dura erección que aclama impaciente por mí. Elevo mi cuerpo hacia arriba para dejar hueco a su miembro antes de ofrecerle un paquetito con la protección, y una vez que la punta de su pene se encuentra en los límites de mi abertura, comienzo el descenso. Por el camino silencio mis gemidos mordiéndome el labio, y el Adonis no puede apartar sus ojos de mí. Está hipnotizado mirándome y dejándome hacer a mi antojo, hasta que está lo suficientemente excitado como para no poder resistirse a moverse.

De pronto, clava sus dedos en mi trasero, y me libera de la responsabilidad de llevar el ritmo de las embestidas. Noto que se acerca el orgasmo cuando ya no soy capaz de acallar mis alaridos, problema que soluciona Ian con sus besos para ahogarlos así en su garganta, y no logro contenerme mucho más tiempo.

Acabo extasiada y con la respiración descompasada, al igual que el Adonis, aunque él parece estar más derrotado que yo. Se deshace del profiláctico, lo envuelve con uno de los clínex de mi mesita de noche, y termina tirándolo a la papelera.

Me tumbo de costado en la cama de espaldas a Ian, y este se acomoda tras de mí antes de enredar su mano entre mis pelos y dejarme casi cao. Pero no es hasta pasado un rato, y creyendo que estoy dormida, cuando este intenta marcharse tal y como le he repetido tantas veces.

—Quédate —le suplico aferrándome con fuerza a la mano del brazo que me había cedido para que apoyase la cabeza.

No dice nada, ni pide siquiera explicaciones. Solo satisface mi petición volviendo a situarse junto a mí en la cama, y me envuelve con más insistencia que antes mientras me cubre de besos allá a donde alcanza. No hace falta ser un genio para darse cuenta de que él está más complacido que yo por esto.

Duermo a pierna suelta durante lo que queda de noche, y me asalta nuevamente ese sentimiento de felicidad que creía perdido cada vez que percibo el aroma de Ian o me tropiezo con su cuerpo.

Cuando los primeros rayos de sol comienzan a despejar la oscuridad, giro sobre mí misma para que no me molesten y poder seguir durmiendo así un poco más, aunque mis planes se dificultan al contemplar frente a mí la figura del Adonis que aún descansa plácidamente. Permanezco observando con detenimiento todos y cada uno de sus rasgos un buen rato, hasta que sin previo aviso abre los ojos, me sonrío, y me atrapa con un brazo para arroparme con su cuerpo.

Unas horas después, y lo cierto es que no sé exactamente cuántas, ya que Ian me hace perder la noción del tiempo, una voz femenina repite mi nombre con insistencia tras la puerta de mi dormitorio, pero decido ignorarla. Estoy demasiado a gusto como para levantarme.

—Joder, Sam —reprocha abriendo la puerta con violencia una vez que se cansa de llamar—. Tu padre quiere... —hace una pausa asimilando la escena que se encuentra ante sus ojos, y prosigue—. Quiere hablar contigo —consigue decir tras tragar saliva.

—Ahora mismo salgo, Helena —anuncio incorporándome mientras oculto como buenamente puedo mi desnudez y la de Ian con las sábanas—, y hazme el favor de no abrir esa puerta de nuevo sin mi permiso —le aconsejo deseando que no lo hubiera hecho hace tan solo unos segundos.

La experta en armas cierra la puerta ruborizada, y en cuanto lo hace despierto a mi guardaespaldas que todavía continúa dormido y comienzo a vestirme con avidez bajo su atenta mirada. Imagino que necesita un par de minutos para espabilarse y poner los pies sobre la tierra, pero no hay tiempo que perder en estos momentos. Tiene que salir de mi habitación de inmediato y sin ser visto por nadie más. Con que Helena nos haya descubierto tengo suficiente por hoy, y el día solo acaba de empezar.

—Ian, necesito que te vayas ya —le ruego recogiendo los pantalones y su ropa interior del suelo para lanzárselos sobre la cama—, y que no te vea

nadie, por favor.

Una vez que termino de colocarme las lentillas, consigo adecentar mi aspecto recogíendome el pelo con una trenza mientras me miro al espejo del baño, y al regresar al cuarto el Adonis aún no ha desaparecido. Cojo aire y me dispongo a soltarle un sermón, pero Ian no me deja hacerlo puesto que recorta la distancia que nos separa rápidamente y cierra mi boca con sus labios.

—Nos vemos luego, Samantha —garantiza una vez que le pone fin al beso.

Me quedo sola en mi dormitorio echando de menos la presencia del chico nuevo en cuanto se va, pero vuelvo a la realidad en seguida tras caer en la cuenta de que Nathan me está esperando. Salgo a toda prisa de mi dormitorio hacia el despacho de mi padre, y tras verificar que está ahí, entro a su encuentro.

—Necesito que cierres un negocio por mí —anuncia después de ofrecerme asiento—. Te prometí que te cedería de vez en cuando las riendas, y este es tu momento. La transacción será rápida —asegura entrelazando sus dedos sobre la mesa—, solo tenéis que entregar un par de cajas e intercambiarlas por el dinero. Helena será la que te acompañe.

—¿Por qué Helena? —inquiero frunciendo el ceño.

—Porque la compradora se siente más cómoda haciendo los tratos con las de su sexo —alega reclinándose en su silla—. Tiene la certeza de que los hombres no somos de fiar —aclara finalmente.

—Entonces me pasas el mando porque te conviene, no porque te plazca —replico algo decepcionada.

—¿Podrías limitarte alguna vez a hacer lo que te pido sin reproches? —me increpa soltando un suspiro.

—A sus órdenes, mi señor —concluyo irónicamente poniéndome en pie para marcharme con mi incipiente mal humor.

—Espera, Sam, no quiero que te vayas así —declara a mis espaldas.

—Estoy obedeciéndote sin poner objeciones, ¿no es eso lo que querías? —sentencio antes de dar un buen portazo al salir.

No sé si me sienta peor que Nathan no confíe en mí o tener que pasar tiempo a solas con Helena cuando acaba de presenciar algo por lo que me va a estar regañando hasta la saciedad.

Voy en su busca descartando incluso tomar algo para desayunar, puesto que las prisas por distanciarme de mi padre todo lo posible son cada vez más grandes, y la encuentro con Dereck cargando las cajas en el maletero de su coche.

—Buenos días —me saluda don Musculitos sonriente.

—¿Está todo listo? —pregunto comenzando a sentirme incómoda por lo que se avecina.

—Sí —responde Helena cerrando el maletero—. Podemos irnos cuando quieras.

No obtiene contestación alguna por mi parte, aunque imagino que el hecho de que me introduzca en el asiento del copiloto le habrá servido como indicio para saber que ese momento es ahora. Si Nathan ha acordado encontrarse con la otra persona a estas horas será mejor no hacerla esperar.

Para mi sorpresa Helena no profiere palabra alguna en todo el camino, y me gustaría pensar que se debe a que va a mantener el pico cerrado y el asunto quedará en el olvido, pero tratándose de ella seguro que sacará a coalición el tema en algún momento.

Llegamos a la nave de siempre y la mujer de la que ha hablado mi padre nos espera con cuatro mujeres más a su alrededor. La líder y un par más de ellas son mayores, y las otras dos algo más jóvenes. A simple vista no parecen peligrosas. Desde el primer momento nos inspiran confianza, pero mi padre nos ha exigido en varias ocasiones que no debemos fiarnos ni de nuestra propia sombra, y tanto Helena como yo permanecemos en alerta.

Ambas cajas son comprobadas por una de sus chicas, y en cuanto confirma que no falta ningún arma y que todas están en perfectas condiciones, nos entrega el maletín con el pago por la mercancía.

—Creía que esta vez iba a dignarse a venir él mismo en persona —admite con cierta desilusión—. ¿Cómo se encuentra?, ¿está bien? —añade sustituyendo su gesto de pena por una sonrisa.

—Sí, está bien, pero tenía otros asuntos que atender —lo justifica Helena adelantándose a mi respuesta.

—Veo que sigue anteponiendo su trabajo frente a todo —añade ahora con resentimiento—. Dadle recuerdos de mi parte —concluye preparándose para marcharse.

Cuando estamos al fin de vuelta en el automóvil, avasallo a preguntas a la experta en armas sobre esa mujer a la que me ha dado la sensación de que conoce más que yo, y acabo descubriendo que estoy en lo cierto, aunque la información proviene de Aaron y no de la propia Helena. Al parecer Nathan y ella tuvieron una relación años después de morir mi madre, pero no fue muy fructífera. Además, aparecí yo, pero ella aún ignora ese dato.

—¿Piensas que es verdad lo que ha dicho de Nathan? —inquiero dándole

vueltas en mi cabeza a sus palabras.

—Puede que su trabajo esté por encima de esa mujer, pero en lo que respecta a ti nunca lo estaría —dictamina totalmente segura de ello.

Eso me hace recapacitar y replantearme muchas de las cosas que pienso sobre mi padre, pero cuando retorno la vista hacia la carretera y diviso a pocos metros la figura de un niño en medio de ella, todas las ideas que había en mi mente se desvanecen.

—¡FRENA! —exclamo antes de contener la respiración.

Helena pisa el pedal del freno con fuerza, y el coche comienza a rachear para después detenerse frente al niño que estaba cruzando la vía. Me quito el cinturón con nerviosismo y acierto a tirar de la manilla del coche para salir.

—No te bajes del coche, Sam —me ordena intentando sujetarme en vano.

—¿Pero qué dices? —le recrimino altamente alterada—. Tengo que verificar si está bien —declaro huyendo de su agarre para acudir al encuentro del chico.

Nos hallamos a las puertas de la ciudad, por lo que cerca de aquí no hay muchas casas, y resulta un tanto peculiar que un niño de unos diez años ande solo por estos lares, pero no he llegado a esa conclusión hasta estar frente al individuo y oír de fondo el sonido de un coche que aparca junto a nosotros.

Es una maldita trampa, y he caído de pleno en ella.

Capítulo 14

Una vez que llego a la conclusión de que el numerito del atropello al niño era un sucio truco para detener nuestro coche, intento regresar al interior de él, y cuando estoy a punto de alcanzar la manilla de la puerta del copiloto, una bala impacta con ella quemándome como resultado gran parte de la mano. La retiro rápidamente, y saco con la otra mi pistola para apuntar hacia enemigo. Hay dos tipos armados que se han bajado del automóvil, y dentro quedan todavía otros dos.

—No tendrías que haber puesto un pie fuera de ese coche —anuncia el que acaba de realizar el disparo haciendo que me sienta aún más estúpida por haberlo hecho.

—Tú tampoco del tuyo —sentencio golpeando el cristal del vehículo con la mano malherida—. ¡Pisa a fondo! —le ordeno a Helena antes de abrir fuego.

El Conquest Knight comienza a dar marcha atrás a toda velocidad para colisionar con el otro automóvil y dejar así fuera de juego a ambos ocupantes de este. Los otros dos se apartan de la zona de impacto y responden a mis disparos con más balas, pero no tienen la misma precisión que yo, que acierto a darle tres veces seguidas al que no ha pronunciado palabra alguna. Este cae al suelo en el acto, y mientras tanto Helena vuelve a pisar a fondo el acelerador, aunque en esta ocasión se dirige hacia delante. El coche gira bruscamente en medio de la carretera, y se detiene a mis espaldas. Continúo abriendo fuego contra el individuo que casi me deja sin mano a la vez que camino hacia atrás. Los proyectiles impactan contra el blindaje del vehículo uno tras otro hasta que Helena me abre la puerta desde dentro.

—¡Vamos, date prisa! —me apremia sacando su pistola para darme la oportunidad de subir.

Giro con presteza sobre mis talones y me introduzco en el automóvil con cierta precaución para no recibir ningún balazo, pero hay una que alcanza a darme en el muslo, y desgraciadamente otra va a parar directa al brazo de Helena. Entro de un salto, y con el corazón acelerado disparo en ráfaga sin ajustar la puntería antes de cerrar la puerta y protegernos.

El tipo deja de apretar el gatillo para tirar la pistola y llevarse las manos al cuello del que comienza a brotar sangre. Se tambalea desorientado, y se desploma finalmente en el duro cemento de la vía ante nuestra mirada atónita.

—Helena —musito apartando mi mano izquierda de la herida para mostrarle la sangre—, tenemos que irnos rápido. Ambas necesitamos que nos atienda un médico —añado con los ojos puestos ahora en su brazo.

—Llama a Nathan e infórmale de nuestra situación —responde todavía alterada.

Nos ponemos en marcha dirección a la mansión, y de camino realizo la llamada a mi padre para contarle lo ocurrido. Se enerva por momentos, y se opone a que le cuelgue el teléfono, pero no tengo fuerzas ni ganas de mantener una conversación a través del móvil. Prefiero retrasar el sermón hasta que me encuentre mejor.

Helena conduce deprisa pero con precaución para no realizar movimientos violentos. Ninguna nos quejamos por el dolor, ya que la adrenalina todavía no nos deja sentirlo, pero tengo claro que en cuanto el cuerpo se nos enfríe sufriremos las consecuencias.

Atravesamos la cancela que precinta la urbanización en la que está la mansión, y una vez que llegamos a la puerta de esta, acuden todos en nuestra ayuda. Menos Nathan, que permanece inmóvil analizando la gravedad del asunto mientras observa el vehículo lleno de agujeros y con alguna que otra abolladura en la parte trasera que no estaban cuando salimos de aquí.

Aaron y Tay corren hasta Helena para echarle una mano al salir del coche, y Dereck e Ian hacen lo mismo conmigo, aunque finalmente es el Adonis el que me atrapa entre sus brazos para llevarme a cuestas a la enfermería. No es que no pueda caminar por mí misma, pero mi médico particular me ha obligado a no hacerlo hasta no saber cuál es el estado de mi pierna.

Pasamos por delante de mi padre, que detiene al chico nuevo para hacerme más preguntas respecto al incidente como el lugar exacto de la disputa, el número de atacantes y la identidad de cada uno de ellos, y le respondo sin pensar a todas ellas. Lo cierto es que hasta ahora que no lo he dicho en voz alta no había caído en quiénes eran, pero los ha delatado el acento. Una sola frase me ha bastado para darme cuenta de que su lengua original no es el inglés, sino el turco. Son de una banda con los que Nathan dejó de hacer negocios porque carecían de escrúpulos. Mi padre vende las armas para que sirvan de protección, y no para matar a conciencia. Todo aquel que haya cerrado un trato con él lo sabe, pues es la única condición que impone, pero

esos turcos decidieron hacer caso omiso, y fue entonces cuando Nathan le puso fin a las transacciones con esa gente.

—Tay, lleva a Helena a la enfermería y reúnete con nosotros en cuanto termines. Aaron, Dereck, vosotros id a por los coches —ordena lleno de furia—. Tú encárgate de curarlas y procura que estén bien —decreta ahora posando su mirada sobre Ian.

El Adonis asiente, y entra en la casa acto seguido. De camino noto cómo me estrecha contra su cuerpo, como si necesitase confirmar que estoy entre sus brazos y no muerta en una cuneta a las afueras de la ciudad. Es normal que se haya asustado, yo también lo hubiera hecho si en ese momento hubiese tenido tiempo para pensar, pero mi cerebro estaba desconectado, y todo lo que hice fue instintivo. Ni siquiera sabía que tenía tan buena puntería con la mano izquierda.

Nos sientan a cada una en una camilla, y mi guardaespaldas comienza a supervisar las heridas de ambas. Por suerte la de mi muslo es superficial. Tendré que guardar reposo mientras se regenera el músculo donde ha quedado anclada la bala a la vez que me alimento correctamente y hago ciertos ejercicios para contribuir a su pronta recuperación. Y en lo que respecta a la mano, solo es una quemadura de segundo grado, aunque sé que podría haber sido mucho peor. Al menos sigo conservando los dedos.

Es Helena la que no ha escapado tan bien después de todo, y eso que ella ha sido la que ha estado dentro del coche durante la pelea. El proyectil se ha incrustado en el húmero y tiene el hueso astillado. Deberá llevar un cabestrillo que le impedirá mover el brazo hasta que se suelde el tejido óseo.

—Lo siento —me disculpo una vez que Ian nos deja a solas para traernos algo de beber.

—¿Lo sientes? —espetea con resignación—. Han estado a punto de matarnos a las dos por tu culpa, ¿es que eso no te hace replantearte algunas cosas? Y esto no lo digo porque me importe mi vida, sino porque me importa la tuya —escupe como si le ardiera por dentro—. Todos estamos aquí para protegerte, pero deberías ponérselo más difícil a quien quiera hacerte daño, y demostrar que no tienes la cabeza sobre los hombros solo para adornar tu cuerpo.

—¿Qué estás queriendo decir? —increpo conteniendo mi mal humor.

—Que has empezado a sentir, y has dejado de pensar —afirma con rabia—. Y el motivo de ello estaba esta mañana durmiendo desnudo en tu cama —culmina fulminante—. Tener sentimientos significa tener debilidades. ¿Por qué

crees que Nathan es así?, ¿nunca te lo has preguntado?

Sus palabras me están causando más daño que la maldita perforación que tengo en el muslo, y tienen ese efecto porque es la pura verdad. Ian ha bajado mis defensas, y eso me ha hecho débil y vulnerable. Quizás fue esa la razón por la que mi padre apartó de su lado a la mujer de antes, y quizás esa sea también la solución por la que deba optar yo.

Cuando el Adonis regresa a la sala de la enfermería, pierdo el hilo de mis pensamientos, pero no la esencia de ellos, y por eso me estoy debatiendo en estos momentos entre anteponer a Ian, o anteponerme a mí sobre todos y todo. Y por ahora la balanza está inclinada hacia la opción que más me disgusta.

—¿Ya puedo irme? —pregunta Helena con un toque de desprecio en su mirada que va dirigida al chico nuevo.

—Si te ves con fuerza, sí. Aunque esta noche antes de irte a dormir tendré que volver a curarte, y eso va por ti también —declara tras fijar sus ojos grises en mi persona.

—Tranquilo, no creo que podamos ir muy lejos en nuestro estado — advierte finalmente la experta en armas antes de cruzar el umbral de la puerta y dejarnos solos a Ian y a mí.

—Yo también me voy a descansar —proclamo bajando con cuidado de la camilla.

—Espera, necesitarás ayuda para subir a la tercera planta —insinúa haciéndose con las muletas que deberé usar hasta que me recupere.

—Descuida, puedo sola —aseguro extendiéndole la mano para que me entregue las muletas.

—Está bien, pero te acompañaré por si acaso —insiste dándome las muletas para después desplazarse hasta la puerta y sostenerla abierta.

No pienso oponerme, puesto que lo último que deseo hoy es rodar escaleras abajo, así que lo complazco sin rechistar. Camino hacia él con lentitud y con todo el cuidado que me es posible. Además de estar coja también tengo inutilizada la mano derecha, por lo que la dificultad de andar con muletas es elevada.

—¿Estas segura que puedes? —pregunta advirtiendo el esfuerzo que estoy realizando.

—Si a día de hoy sigo viva es porque puedo con esto y más —alego indignada.

Continúo caminando a duras penas hasta el principio de la escalera, y comienzo a subir aferrada a la barandilla tras dejarle una de las muletas a Ian.

Con cada peldaño noto que voy perdiendo fuerza, y no sé si lograré llegar al tercer piso, pero a pesar de mi negativismo lo consigo después de unos diez minutos.

—Habríamos terminado antes si me hubieras dejado traerte auestas — afirma el Adonis ofreciéndome la muleta con una sonrisa.

—Estoy segura de ello, pero entonces no te habría demostrado que no debes subestimarme nunca —asevero devolviéndole la sonrisa.

—Eso me lo merecía —asume dejando escapar una pequeña carcajada.

Cuando al fin llego a mi dormitorio, me despido de mi guardaespaldas, y voy directa al vestidor a sustituir la ropa llena de sangre por un pijama para recostarme finalmente sobre la cama con precaución y un libro. Ya he estado herida otras veces, así que conozco este proceso a la perfección. Tendré que reposar al menos un par de días, y leer será mi entretenimiento mientras tanto. Ahora estoy en un punto en el que adoro la novela negra, y podría pasarme horas sin moverme del sitio, dejándome embaucar por las historias que contienen este tipo de libros.

Me quedo absorta leyendo e imaginando las escenas en mi cabeza, y el tiempo pasa sin que me dé cuenta. Nathan y los otros del grupo aún no han regresado, y en la mansión reina un silencio apaciguador, pero todo eso acaba en cuanto llegan de vuelta.

A don Musculitos, que estaba más cabreado de lo normal, lo he oído discutiendo desde mi habitación, y luego no ha dudado en pasarse a verme. Se sienta a mi lado y me informa de que han venido solos Tay y él, y que mi padre y Aaron han ido a visitar a Raissa tras ocuparse de eliminar las huellas de nuestro percance.

—¿Y tú cómo te encuentras? —pregunta dejando a un lado el tema anterior.

—Bien —admito con total sinceridad—. He tenido días peores.

—Me hubiera gustado estar ahí para partirlas la cara con mis propias manos —asegura cerrando los puños.

—Hemos sabido defendernos muy bien sin ti, así que no te mortifiques por ello, Dereck —bromeo poniendo los ojos en blanco.

—Veo que el dolor no te quita las ganas de mofarte de mí —declara algo molesto.

—No te lo tomes tan a pecho que no es para tanto, y ahora si no te importa voy a echarme un poco —agrego acomodándome en la cama mientras le doy la espalda a don Musculitos.

—De acuerdo. Si necesitas algo, házmelo saber —concluye antes de

marcharse.

Cierro los ojos una vez que estoy sola para intentar dormir algo, y parece que lo consigo ya que despierto aturdida unas horas después. Intuyo que Nathan y Aaron siguen fuera, puesto que de no ser así mi padre ya me habría hecho llamar para hablar conmigo. Es de esos hombres que requieren toda la información posible para luego actuar en consecuencia.

Me levanto de la cama con ayuda de las muletas y salgo de mi dormitorio para dirigirme al despacho de Nathan, y tal y como había imaginado, no está. Me pregunto qué estará haciendo para tardar tanto.

Giro con gran dificultad sobre mí misma, y camino hasta el borde de la escalera. Creo que es la hora de la cena, o al menos eso opina el león que ruge dentro de mi estómago.

—No estarás pensando bajar sola, ¿verdad? —me increpa Helena observándome con desconcierto.

No tengo ni idea de cuánto tiempo lleva ahí, ya que estaba sumida en el mundo que hay en mi cabeza, pero lo cierto es que me ha dado un buen susto.

Helena sube los escalones que van desde la segunda planta hasta la tercera, y cuando al fin llega a mi lado me ofrece su ayuda. No es este el trato que me esperaba por su parte tras la discusión que hemos tenido antes, aunque no pienso quejarme por ello puesto que en el fondo no le falta razón alguna.

—Lamento lo que te he dicho antes, Sam —musita mientras bajamos las escaleras.

—No lo sientas, has hecho lo que debías —asevero soltando un suspiro.

Continúo bajando los peldaños con precaución, y una vez que llegamos a la planta baja me devuelve la muleta y sigo mi camino hasta la cocina. Ian llenó hace poco la nevera y las despensas, así que tiene que haber algo con lo que poder alimentarme.

Cojeo hasta los armarios y la nevera, buscando lo necesario para hacerme un sándwich, y durante el proceso casi caigo de bruces al suelo un par de veces. Andar con muletas es algo que desprecio, ya que nunca consigo acostumbrarme a hacerlo, y si lo hago es justo cuando tengo que dejar de usarlas.

—No deberías hacer ningún tipo de esfuerzo —sugiere el Adonis a mis espaldas causando que me sobresalte.

—¡Joder! —exclamo sorprendida mientras se me escurre el plato de la encimera.

Ian acorta el espacio que hay entre nosotros de un paso y consigue atrapar

el plato, pero no su contenido, que se precipita hacia el suelo estampándose finalmente contra él.

—Estarás contento —insinúo con resignación aferrándome a las muletas para no perder el equilibrio.

—Te compensaré —promete con una sonrisa inocente antes de acercarme una silla.

Tomo asiento a regañadientes, y en cuanto lo hago el Adonis comienza a moverse por la cocina para preparar lo mismo que yo, pero mejor, ya que cocinar no va conmigo. Añade los ingredientes al pan, saca una sartén para tostarlo y me lo sirve en un plato tras cortarlo en triangulitos.

—A Maya le encanta así —admite haciéndose con otra silla para unirse a mí en la isla de la cocina.

—¿Me tratas como a una niña pequeña? —bromeo alzando una ceja.

—También podrías planteártelo de otra manera —propone girando mi taburete para quedar frente a él—. Te trato como a una de las personas que más quiero en mi vida —asegura volviendo a aparecer una sonrisa en su cara.

Sé que este es el instante exacto en el que debería decirle que lo que quiera que sea lo que hay entre nosotros, ha llegado a su fin, pero no tengo el valor suficiente para hablar con él. Con suerte podré evitarlo durante unos días con la excusa de que estoy herida, y espero encontrar las palabras adecuadas para afrontar la situación en ese tiempo. Tengo claro que no quiero hacerle daño, aunque supongo que eso no va a ser posible teniendo en cuenta el afán que Ian tiene en que seamos algo.

Tras una cena más que incómoda, el Adonis me aconseja pasar por la enfermería ahora que estoy en la planta baja, y ese es nuestro próximo destino. Cuando el chico nuevo me atendió esta tarde tuvo que cortar mis vaqueros para poder sacarme la bala y curar la herida, pero ahora llevo puesto el pantalón del pijama, y no precisamente uno corto o fácil de remangar. Lo más probable es que tenga que quitármelo y quedarme en bragas mientras lo hace, aunque cuanto antes lo haga, antes terminará todo.

Una vez que he captado la atención de Ian al deprenderme de los pantalones, me tumbo boca abajo sobre la camilla, y por inercia cierro los ojos con fuerza. Ahora puedo sentir incluso la más leve brisa que roce esa zona de mi piel, y esto va a doler con tan solo retirar la venda. Intento concentrarme en mi respiración durante todo el proceso, y parece que surte efecto, o puede que también haya tenido algo que ver las pastillas que me ha hecho tomar el Adonis tras acabarme los sándwiches. Creía que nuestro

encuentro en la cocina había sido por casualidad, pero ha sido Helena quien le ha comentado que yo estaba ahí para que este viniera a buscarme después de curarla.

Vuelvo a ponerme los pantalones, y tras sujetarme bien a las muletas, cojeo hasta las escaleras. Mi guardaespaldas no pregunta esta vez si necesito ayuda, pero me acompaña de todas maneras. Subimos, acortando el tiempo que tardamos la última vez, y cuando llegamos frente a mi dormitorio me abre la puerta para que pase con una sonrisa de oreja a oreja.

—Me alegra que estés bien —confiesa cuando paso por su lado al cruzar el umbral de la puerta.

—En teoría eso es gracias a ti —admito haciendo mención a sus cuidados —, así que supongo que debería agradecértelo.

—No es necesario —asegura a la vez que comienza a oírse el sonido de unos pasos en el piso de abajo—. Que pases buena noche, Samantha —Y se marcha para dejarme a solas con mis pensamientos.

No entiendo por qué esa frase tiene la capacidad de desestabilizarme cada vez que sale de su boca. Es como si con ella pretendiera revelarme algo más de lo que es en apariencia, y por desgracia siento que aún no estoy preparada para averiguarlo. No al menos con este dilema que va a acabar provocando que me estalle la cabeza.

Antes de dormir contemplo si darme una ducha o no, ya que es imposible hacerlo sin que se mojen las vendas y las heridas, por lo que finalmente me inclino por introducir un banquito en el plato de ducha y así evitar también catástrofes. Sería irónico que tras sobrevivir al tiroteo de esta mañana muriese al abrirme el cráneo en mi cuarto de baño.

Concluyo la hazaña de asearme sin morir en el intento, y en cuanto me enfundo el pijama con torpeza, acudo a toda velocidad a la cama dando saltitos con la pierna derecha. Tengo la mano aún dolorida de haber subido por las escaleras, y no me siento con fuerzas ni para cruzar la habitación de un lado a otro con ellas.

Me tumbo hacia arriba, y coloco un cojín bajo mi rodilla para mantener la parte de abajo de mi muslo en alto y que nada me haga presión. La situación se presenta interesante teniendo en cuenta que debería mantenerme en esta postura hasta mañana, aunque cada vez me siento más cansada y preocupaciones nimias como esa se desvanecen rápido.

La noche pasa, y también gran parte de la mañana. Normalmente no suelo dormir tantas horas seguidas, pero en esta ocasión estaba agotada física y

mentalmente. Además, pretendo prolongar de esta manera el hecho de que mi mente esté en blanco y libre de decisiones.

Unos golpecitos en la puerta terminan por traerme de vuelta al mundo real, al cual le encanta cebarse conmigo, y me enfrento a mi pereza por no querer atender mis obligaciones.

—Samantha —tock-tock—, ¿estás despierta? —pregunta Nathan en voz baja.

Abro los ojos de inmediato, y me incorporo con delicadeza acomodando mi espalda en la almohada. No sé qué es eso tan importante que lo trae hasta aquí, pero no me gusta. Normalmente tratamos cualquier asunto en su despacho, y no creo que se deba a mi cojera.

—Sí, pasa —anuncio tras aclararme la garganta.

Abre la puerta despacio, y antes de acercarse a la cama me estudia con la mirada de arriba abajo.

—Tienes buen aspecto —declara deteniéndose a mis pies con un gesto desconocido en el rostro.

—¿Qué ocurre? —pregunto empezando a preocuparme.

—Necesito que supervises por mí unos negocios en Brasil —dice después de dejar escapar un suspiro—. Viajarás hasta allí en cuanto te encuentres mejor, y Helena e Ian serán los que te acompañen.

—¿Por qué? —inquiero sin entender nada.

—Esos negocios requieren de mis cinco sentidos, pero aquí también soy imprescindible, sobre todo ahora que tenemos en marcha el plan contra Sharaf, así que me veo en la obligación de depositar toda mi confianza en ti para ello —declara intentando evitar mi mirada.

Esto solo confirma la teoría de Helena acerca de mi padre, y también refuerza el sentimiento de culpa que tengo por dejarme llevar por mis emociones. El problema es que ahora no sé si me preocupa más el cómo dejar a Ian, o que Nathan quiera alejarme de él.

Capítulo 15

Los días pasan lentamente mientras me recupero de las heridas, pero no lo suficiente como para postergar más tiempo mi marcha, aunque lo que más me está costando es evitar a Ian. Y no quiero ni imaginarme cómo me las ingeniaré para hacerlo cuando estemos en Brasil, puesto que allí será el único guardaespaldas que tendré y no podrá despegarse de mí en ningún momento. En cualquier otra situación hubiese estado encantada de que un hombre con su más que destacable atractivo físico, su encanto, sus dulces palabras, y sus arranques de romanticismo, estuviera a mi lado, y supongo que cualquier mujer lo desearía así, pero no puedo ablandarme ahora que el final de Sharaf está tan cerca. Una vez que muera tenemos que estar preparados para las posibles represalias en caso de que nos descubran, y a ninguno de los dos nos conviene estar pensando en el otro para aquel entonces. Él tiene a su familia y yo también a la mía, y lo primordial es que ellos estén a salvo.

El hilo de mis pensamientos llega a su fin, pero no saco ninguna conclusión. Aún sigo sin saber qué decirle a Ian respecto a nosotros, y también sigo sin saber por qué Nathan ha decidido enviarme a Brasil, a no ser que se trate de Harvey. Ese fastidio de hombre solo nos da problemas, y más desde que su padre murió y él heredó el negocio. Mi padre lo mantiene vigilado, y no es de extrañar, pero si es raro que sea yo quien lo haga después de los infortunios que hubo entre nosotros.

El minuterero de mi reloj continúa avanzando con calma, y el aburrimiento se apodera de mí por segundos. El Adonis me regaló un par de libros para que mi mente anduviera ocupada, pero ha pasado una semana desde que resulté herida, y esos libros no llegaron ni al tercer día.

Dereck es otro que no me ha quitado los ojos de encima desde que nos tendieron la emboscada a Helena y a mí, y eso que aún no sabe que me voy. Y mucho menos con quién. Entre don Musculitos e Ian existe una rivalidad que se palpa en el ambiente, y lo he notado cada vez que se han cruzado en mi dormitorio durante estos días. No se caen bien, y la razón soy yo.

Llaman a la puerta, y el aire se oprime en mis pulmones al oír la voz de mi padre y del Adonis tras ella. Si ya de por sí tengo pocas ganas de hablar con

ellos por separado, juntos será un suplicio. Al menos Dereck no se les ha unido.

—Buenos días —me saluda Ian con su deslumbrante sonrisa antes de aproximarse a la cama para comenzar a revisar la herida de mi muslo.

—Buenas tardes —lo corrijo. Hoy he intentado retrasar al máximo el momento de la cura, y son más de las doce, pero al parecer Nathan tiene otros planes, y por eso está aquí con el médico que le confirmará si puedo viajar.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta manteniendo las distancias.

—Bien, como todos estos días atrás —afirmo sabiendo que eso es exactamente lo que quiere escuchar.

Mi padre asiente, y guarda silencio mientras observa con cautela los movimientos de Ian. Evito quejarme, como cada vez que paso por este sufrimiento, y cuando quiero darme cuenta ya ha terminado.

—Está todo bien —le confirma a Nathan.

—De acuerdo, le diré entonces a Aaron que saque los billetes de avión para esta misma noche —anuncia sin mirarme a los ojos—. Prepara tu maleta —ordena girando sobre sus talones—, o pide a alguien que te ayude.

Se larga sin mirar atrás, y no me da tiempo a replicarle, puesto que aún no he asumido la información. Ni siquiera me ha dicho a dónde vamos ni cuáles son esos negocios que debo supervisar, y yo tampoco he hecho nada por saberlo.

—Sam.

—Dile a Helena que la necesito —lo corto poniéndome en pie con cuidado—, y ve a hacer tu maleta también. Antes de irnos pasaremos por la residencia de Raissa para despedirnos —le advierto abriéndole la puerta para invitarlo a salir.

—¿Podemos hablar un minuto? —propone sin moverse ni un ápice.

—Sea lo que sea seguro que puede esperar, Ian. Ahora no es el momento —concluyo abriendo aún más la puerta.

Me mira durante unos segundos, dudando si debe marcharse o no, y finalmente decide salir en busca de Helena como le he pedido sin añadir nada más. Me alivia que no haya opuesto resistencia, y no sabía cuánto hasta que el aire de mis pulmones consigue salir de mi cuerpo.

Helena aparece en mi cuarto poco tiempo después, y entre las dos organizamos mi equipaje. Ahora mismo en Brasil está comenzando el invierno, y es mejor que prevenga un posible resfriado con unos cuantos abrigos.

Converso con Helena para comprobar si sabe algo respecto al viaje, pero

tiene la misma información que yo. Ninguna. Vamos a ciegas a un país que está a más de ocho mil kilómetros de casa.

Una vez que consigo cerrar la cremallera de la maleta, me encamino al despacho de mi padre a resolver algunas de mis dudas, y allí lo encuentro oculto entre montones de carpetas que imagino que contendrán cientos de datos importantes.

—¿Qué es todo esto?

—Nada que deba preocuparte —sentencia levantándose de su silla para caminar hasta mí—. Vamos a hablar fuera —sugiere posicionándose a mi lado para obligarme a salir.

Cada día que pasa noto la actitud de Nathan más rara que de costumbre. Está más obsesionado por el control y la seguridad, y las conversaciones con él deben ser escuetas, o perderás su atención. Hay algo que lo tiene distraído y lo mantiene inestable mentalmente.

—Quiero que vayas a ver a Bashira y le des unos últimos consejos antes de irte —declara una vez que cierra la puerta de su despacho—. El vuelo sale dentro de tres horas, pero tenéis que estar antes para facturar las maletas y subir el coche al avión.

—¿El coche?, ¿cuánto tiempo vamos a estar fuera? —escupo con nerviosismo.

—En cuanto Bashira acabe con Sharaf tendrás los billetes de vuelta. Hasta entonces Harvey os acogerá en su residencia actual —admite finalmente.

—¿Vas a dejarme al margen de todo? —reprocho furiosa.

—¡No, voy a mantenerte a salvo alejándote de tu padrastro! —exclama alterado.

—¿Estás seguro que esto es por él y no por ti?

Nathan coge aire para contestarme, pero tras unos segundos lo suelta y concluye la conversación dándome la espalda para regresar a su santuario.

—El silencio también es una respuesta —aseguro cargando la única muleta que uso ahora para bajar las escaleras—. Iré a visitar a Raissa antes de irme —proclamo en voz alta.

—No hay tiempo de hacer visitas —espetea con la puerta abierta de su despacho—. Y no intentes convencer a nadie para que te lleve, estaría saltándose una orden expresa mía —culmina antes de dar un buen portazo.

La sangre se me agolpa en las orejas, y siento unas ganas enormes de explotar, pero me contengo y me limito a cumplir los mandatos de mi padre. No quiero discutir antes de subirme a un avión, más que nada por si no vuelvo

a poner un pie en tierra firme.

Hablo con Aasiyah unos veinte minutos en los que Dereck me espera en el coche, y cuando salgo me lo encuentro fumando.

—¿Recayendo en viejos vicios? —lo increpo rodeando el coche para llegar al asiento del copiloto.

—No en todos los que me gustaría —espeto mirándome de arriba abajo con detenimiento y una sonrisa—, tú te me sigues resistiendo —advierde antes de encender el motor del vehículo.

Esa sensación de estremecimiento que me recorría de pies a cabeza cada vez que me miraba justo de esta forma, se ha desvanecido, y su imagen de chico malo ya no causa nada en mí, pero don Musculitos no parece que vaya a darse por vencido. Esto me lleva a pensar que Ian tampoco va a darse por vencido tan fácilmente, pero haré todo lo que esté en mi mano para que lo entienda de alguna manera. Ya cargo con suficientes muertes en mi conciencia.

Regresamos a la mansión, y tanto Helena y como el Adonis terminan de traer todo el equipaje para meterlo después en el maletero mientras yo los observo al no poder hacer nada más. Cuando estamos listos para irnos, el chico nuevo me abre caballerosamente la puerta del automóvil, pero antes de que pueda tomar asiento Aaron me detiene.

—Iremos en mi coche, tengo que informarte sobre algunas cosas —aclara señalando una carpeta llena de folios.

Cambio de rumbo tras hacerme de nuevo con la muleta, y Aaron se ríe al comprobar mi torpeza.

—Nathan ha encargado algo que te vendrá mejor —anuncia dirigiéndose a su coche blindado para sacar una caja grande y rectangular del maletero—. Está hecho a tu medida y tiene la aprobación de tu médico.

Ese posesivo hace que un escalofrío recorra mi columna vertebral, pero regreso a la realidad de inmediato. Analizo la caja desde fuera con la mirada, y no logro adivinar qué puede haber en su interior, así que mi siguiente paso es abrirla. Lo hacemos entre Aaron y yo, ya que mi movilidad está reducida, y me sorprende realmente al ver lo que contiene.

—¿Es un maldito bastón? —suelto imaginándome con él.

—No es un bastón cualquiera —asevera tirando del extremo donde debe sujetarse.

Mis ojos se abren como platos cuando el abogado extrae lo que aparenta ser una espada pequeña que se enfunda dentro del dichoso bastón, y me quedo sin habla. No sé si esto es bueno o malo, y tampoco tengo la menor idea de si

me dejarán subir al avión con él.

—Tranquila, podrás llevártelo a Brasil sin problemas —añade adelantándose a mi pregunta.

—¿Qué pretende Nathan que haga con esto? —pregunto alzando una ceja.

—Defenderte si es preciso —concluye entregándomelo una vez que guarda la hoja en su interior.

Creía que la ofuscación de mi padre con la seguridad había llegado a su límite, pero con esto me demuestra que puede llegar más lejos de lo que imagino. Tiene que haber un motivo grave para que se comporte así, todo esto no puede deberse a la emboscada de hace una semana.

Durante el trayecto al aeropuerto someto a Aaron al tercer grado para sonsacarle algo sobre la inquietud que presentaba hoy mi padre, y tras mucha insistencia me confiesa que la idea descabellada de Dereck tiene fundamento. Hay un topo en el equipo. Y entonces es cuando todo cobra sentido. No existe nada tan peligroso como un traidor con información suficiente para destruirte, o en nuestro caso, para que acabemos muertos a manos del más inesperado enemigo.

Llegamos al aparcamiento del aeropuerto, y mientras unos bajan las maletas, otros buscan la entrada para acceder con el vehículo hasta las pistas de aterrizaje. Aaron me entrega la carpeta con los papeles que debe firmar Harvey y unos tantos que debo revisar yo durante mi estancia, y finalmente nos da los billetes de primera clase que ha comprado con urgencia esta misma tarde.

Me despido de todos con un abrazo, y el de Dereck dura algo más, aunque no soy yo quien lo alarga. Cuando giro sobre mí misma para emprender la marcha, observo que la mandíbula de Ian está tensa, pero su gesto cambia al verme caminar con el bastón, y compruebo de mal humor que al resto también le resulta graciosa. Al final voy a utilizar este cacharro antes de lo que pensaba.

—Vámonos —refunfuño esquivando el carro donde se transportan las maletas.

Helena me sigue de cerca con su equipaje de mano mientras que Ian empuja el carro a través de la multitud. Pasamos por el control de seguridad sin que nos hagan ningún tipo de control, y un empleado nos acompaña hasta la puerta de embarque.

Llegamos a nuestros asientos, que están los tres unidos entre sí, y me acomodo en el del medio para evitar que mis dos acompañantes conversen. Es

difícil contener la lengua de Helena dentro de su boca, y me gustaría ser yo la que hablara con Ian sobre los inconvenientes de nuestra relación.

Esperamos una media hora a que el resto de pasajeros suban al avión, y en cuanto se enciende la lucecita que nos indica que debemos abrocharnos los cinturones, el Adonis alarga sus manos hasta mí para hacerlo.

—La que necesita ayuda con eso es Helena —lo increpo tragando con dificultad por su cercanía.

Una de las azafatas que me oye quejarme, le echa una mano y cuando acaba le regala la mejor de sus sonrisas a Ian provocando que el deseo de matarla aflore en mí. Como si no hubiera nadie más que él. El favor se lo está haciendo a Helena, ¿por qué esa sonrisa no iba dirigida a ella?

—¿Te da miedo volar? —pregunta el Adonis desviando el hilo de mis pensamientos.

—¿Qué? —escupo sin entender nada.

Mi guardaespaldas no tiene nada más que decir. Coge mi mano, que estaba cerrada con fuerza, y la abre para acoplar la suya. Su tacto es cálido y suave, y me infunde una seguridad que ni el arma más grande puede darme.

Helena está a escasos centímetros, pero lo cierto es que poco me importa ahora lo que pueda pensar al respecto. Ella sí le tiene pánico a los aviones, y va pegada a su asiento con los ojos cerrados como si le fuera la vida en ello. Además, si algo va a delatarme es el arrítmico latido de mi corazón, no este agarre de manos.

Cuando el aeroplano se estabiliza, me deshago de la mano de Ian para desabrocharme el cinturón, y este me dirige una mirada de desaprobación por ello. Ya se me ha pasado el éxtasis del momento, y he recuperado la compostura. Si quiero darle fin a lo nuestro será mejor que no lo confunda.

Son nueve o diez horas de viaje en las que intentan distraernos con una película antes de repartir mantas y esas almohadas que se colocan en el cuello. No está mal viajar en primera clase cuando son tantas horas de vuelo. Todo son comodidades, aunque para alguien como yo a la que le cuesta conciliar el sueño en tierra firme, dormir a esta altura es todo un reto.

Todos duermen mientras yo aprovecho el silencio para escuchar un audiolibro, y cuando estoy acabando comienza a entrarme sueño, pero también emergen en mí unas ganas tremendas de hacer pis, y reprimo ambas cosas hasta acabar el audio.

Me levanto del asiento intentando no despertar a nadie, y cuando me dispongo a dar un paso hacia delante, tropiezo con el asa de mi maleta. El

Adonis abre los ojos y se incorpora con presteza para sostenerme de un brazo y evitar que me deje los dientes contra el suelo. No estoy orgullosa de lo que acaba de ocurrir, pero sí agradecida por sus rápidos reflejos. Hace un segundo estaba durmiendo plácidamente y habría jurado que nada podría perturbarlo.

—¿Estás bien? —murmura mientras recupero el equilibrio.

Asiento y prosigo con mi camino, pero el cerebro de Ian está en alerta, y no concibe dejarme sola. Me sigue de cerca, pegado a mis talones, hasta que me entro en el baño y cierro la puerta tras de mí. Hecho el pestillo, y hago mis necesidades tardando un poco más de lo habitual por culpa del reducido espacio.

Cuando empujo la puerta para salir, noto que algo está obstaculizando la trayectoria de esta, e intuyo que se trata de mi médico particular.

—¿Puedes abrir la maldita puerta? —gruño en voz baja.

Se oyen movimientos provenientes del otro lado, hasta que finalmente abre, pero no para dejarme salir, sino para invadir mi espacio vital dentro del diminuto cubículo.

—¿Puedes concederme ese minuto ahora?

—Sigue sin ser el momento idóneo —puntualizo interponiendo entre nosotros toda la distancia que me es posible.

—¿Piensas decirme qué te pasa?

Su pregunta no me coge por sorpresa, puesto que en vista de mi cambio de actitud hacia él estaba tardando en surgir, pero eso no quita que mi corazón se acelere al escucharla salir de su boca.

—No quiero seguir con esto —confieso tras dejar escapar un largo suspiro.

—Y con *esto* te refieres a... —espeta acercándose a mi boca con deseo.

—A lo que hay entre nosotros —logro responder resistiéndome a sus labios.

—¿Quieres que deje de ser tu guardaespaldas? —sugiere rodeando mi cintura con su brazo para atraerme hacia él.

—No me lo pongas más difícil, Ian. Sabes perfectamente de qué estoy hablando —aseguro posando las manos en su pecho para mantener la distancia entre nuestros cuerpos.

—Parece que no estás muy segura de lo que dices —afirma al advertir mi acelerada respiración.

—Eso no importa. No puedo seguir con esto y no hay más que hablar —sentencio con seriedad.

—Entonces, ¿no quieres o no puedes?

El silencio se hace entre nosotros. No sé qué responder. Bueno, sí sé, pero no sé si debo hacerlo. Está claro que no es lo que quiero, ya que siento cómo me derrito cada vez que me sonrío, pero es mi obligación.

—Ian...

Antes de que pueda continuar la frase, una turbulencia sacude el avión brevemente causando que la tripulación se ponga en alerta. El piloto nos pide mediante los altavoces que ocupemos nuestros asientos y nos abrochemos el cinturón, y respiro aliviada al llegar a la conclusión de que la conversación con el Adonis no va a durar mucho.

Este me dedica un gesto de disgusto por la interrupción, y cuando va a añadir algo, la vocecita de la azafata que se lo quería comer antes con la mirada traspasa la puerta.

—Salga rápido, vamos a tener turbulencias y los pasajeros deben estar en sus asientos —anuncia tras golpear tres veces con los nudillos.

—Esto no acaba aquí —declara fulminándome con sus ojos grises.

Me quedo petrificada intentando averiguar si se refiere a la conversación o a nuestra rara relación, y al volver en mí el Adonis está fuera del baño esperando a que salga mientras la sexi azafata veinteañera echa humo por las orejas. No hace falta ser un lince para saber lo que se está imaginando, pero no soy yo quien va a convencerla de que piense lo contrario. Así puede ahorrarse esas sonrisas para alguien a quien le interesen.

Capítulo 16

El avión consigue aterrizar sin ningún percance después de los treinta minutos de turbulencias que hemos sufrido, y tras una hora en el Aeropuerto Internacional de Recife-Guararapes, salimos al fin con nuestro coche para poner rumbo a la dirección que nos ha facilitado Aaron.

Recorremos la preciosa costa de Pernambuco, que presenta poca actividad a las diez de la mañana, y al cabo de un buen rato llegamos a una especie de bahía alejada del resto de la civilización. No tiene valla que marque los límites, pero sí hay árboles por todas partes que dificultan que la casa se vea desde lejos. Me pregunto cuánto habrá tenido que desembolsar Harvey de su bolsillo para adquirir esta propiedad.

Rodeamos la fuente con arbustos que hay justo en la entrada, y dos hombres armados vienen a recibirnos. No me sorprende que sea tan precavido, después de todo su padre murió cosido a balas en el dormitorio donde dormía. Recuerdo perfectamente ese día. La noticia llegó a mi padre a través de una llamada, y nos trasladamos lo antes posible a Rusia, que era donde vivían hace apenas un año. Desde entonces Harvey no ha vuelto a cruzarse en mi camino, aunque ya llevábamos un tiempo sin vernos antes de que ocurriera esa tragedia.

Helena le explica quiénes somos como puede a los guardias que no tienen mucha idea de inglés, pero no sé cómo, logran entenderla y nos dejan aparcar el vehículo cerca de la puerta de entrada. Se han apiadado de mi cojera temporal cuando les he mostrado el bastón.

Bajamos, e Ian se dispone a sacar el equipaje cuando uno de los tipos lo detiene. Para entrar en la casa primero deben pasar un control de seguridad, y cuando añade que las armas también debemos dejarlas fuera, decido protestar.

—Ni hablar —replico en un perfecto brasileño—. Decidle a Harvey que ellos están aquí para protegerme y necesitan todo lo que llevan encima. Si no podemos entrar así, nos iremos a un hotel.

Los hombres se miran el uno al otro, y tras unos segundos uno de ellos sale en busca de su jefe.

—Si sabes hablar brasileño, ¿por qué me has dejado hacer el ridículo? —

me increpa Helena asombrada.

—Porque ha sido divertido —argumento dedicándole una sonrisa de la que Ian se contagia.

Esperamos durante cinco minutos bajo la escalera que lleva a la puerta principal, y comienzo a cansarme de estar de pie. El bastón es cómodo para andar, pero no para estar apoyada en él cual estatua.

Harvey al fin aparece. Es alto, guapo, moreno y por sus venas corre sangre francesa, aunque ha pasado ya un tiempo desde que perdió el acento. Tanto su padre, su hermana, y él, abandonaron Francia junto con todo lo que les unía a esta, e intentaron borrar todo rastro de su pasado allí. Gajes del oficio.

—Mira quién se ha dignado a hacerme una visita. La mujer cuya belleza solo es superable por los problemas que crea —proclama haciéndome un barrido con la mirada de pies a cabeza.

Respiro profundamente y cuento hasta diez buscando la paciencia que siempre me falta con este hombre, y cuando logro encontrarla, suelto todo el aire a modo de suspiro.

—El lobo siempre será el malo si solo escuchamos a Caperucita —lo acuso mandando directamente a la mierda mi paciencia. No pretendía continuar por ahí, pero es lo que mi boca ha elegido decir.

—Siempre con el arma cargada y dispuesta a disparar —insinúa tras digerir mi respuesta.

—Y aun sabiendo eso insistes en provocarme.

El idiota sonrío de oreja a oreja, y después de darme otro buen repaso de arriba abajo, nos invita a entrar sin obligarnos a desprendernos de las armas.

Nos enseña por encima la casa de dos plantas y la ubicación de nuestras habitaciones, y para concluir la ruta turística, nos muestra el enorme jardín con piscina que da a la playa. Pero lo que más llama la atención es que no hay rastro de casa alguna por los alrededores.

—Veo que sigue sin gustarte la idea de tener vecinos

—Nathan no es el único obsesionado con la seguridad —alega con una sonrisa.

—Aún te queda mucho para llegar a su nivel —garantizo totalmente segura de ello.

—Dame tiempo —sugiere dejando escapar una carcajada—. Hablando de tiempo... ¿Cuánto hace que no nos vemos? —inquire dirigiendo su mirada al bastón.

—Por la poca evolución de tu madurez deduzco que poco —le reprocho

tras darle un codazo.

Se queja en voz baja por el golpe, pero rápidamente recupera la compostura y se retira para dejarnos a nuestro aire. Tiene que poner al corriente al cocinero sobre la cantidad de comensales que se sentarán a la mesa para el almuerzo. Mi estómago aún está cerrado, ya que la diferencia horaria es de cuatro horas y en Las Vegas aún estaría dando vueltas en la cama, y para colmo mi apetito disminuye cuando Harvey menciona que su hermana llega de un viaje justo para unirse a nosotros a la hora de comer. Es demasiado femenina, y su vestimenta siempre es provocativa, dejando poco margen a la imaginación. Es alta y morena, como Harvey, y también es guapa, pero en su cerebro hace tiempo que se extinguieron las neuronas. La odiaba desde antes de acostarme con su hermano, y cuando se enteró, mi relación con ella fue a peor.

Helena se retira, y cuando me percató de su ausencia, el Adonis, con el que me he quedado a solas frente al hermoso mar, se sitúa frente a mí.

—Si tu seguridad estuviera por entera en mis manos como lo está en las de tu padre, nada me parecería suficiente para protegerte —afirma dejando entre nosotros un paso de distancia—. Y sinceramente creo que serías la anciana más sexi del mundo, incluso con canas y arrugas —adiciona antes de darme un beso en la frente y dejarme a solas con la inestabilidad que me causa su contacto, y también con un cabreo enorme al comprobar lo que provoca en mí con un simple beso como ese.

Una vez que consigo reaccionar, miro a todos lados para ver si alguien lo ha presenciado, pero no diviso nada por lo que tenga que alterarme.

Se aproxima la hora del almuerzo, y aunque mis ganas de comer siguen siendo nulas, opto por hacerles compañía y así evitar que alguno de los asistentes hable de más. Por otro lado, la presencia de Leah también me inquieta de sobremanera.

Nos reunimos en el gran salón cuando nos dan el aviso de que está todo listo, y al cruzar el umbral de la puerta a la primera que diviso es a la hermana de Harvey que me tiende sus brazos abiertos. Camino hasta ella aferrándome al bastón por si necesito hacer uso de él, y me abraza transmitiéndome todo su odio. Ganas no me faltan de desenfundar mi nueva arma y cortarla en rodajitas, pero me contengo pensando en la prosperidad del negocio.

En cuanto termina su farsa conmigo se dirige a Helena a la que le ofrece su mano a modo de saludo, y finalmente acaba presentándose a Ian antes de

zamparle dos besos. Tiene gracia que no haya tenido ningún reparo en saludar al Adonis de esa forma cuando con Helena ha mantenido un perímetro de distancia insultante.

—¿Qué le pasa a esta? —protesta la experta en armas en un susurro molesta por el desprecio de Leah.

—Que su belleza solo es superable por su estupidez —declaro intentando imitar la voz de Harvey.

Reímos, y eso llama la atención de la susodicha, que se cree que todo gira en torno a ella, y aunque esta vez no se equivoca, no se lo haremos saber.

Cuando van a empezar a servir la comida, nos sentamos a la mesa. Harvey se hace con una silla y se sitúa en uno de los extremos de la mesa, luego me ofrece el asiento contiguo al suyo, y su hermana ocupa el que hay frente a mí. Helena se busca hueco a mi lado, y finalmente Ian encuentra el suyo junto a Leah.

La comida es, como poco, incómoda, y yo solo deseo que acabe rápido. La atrevida hermana de Harvey no para de bromear y hacerle ojitos al Adonis, y creo que este no la manda a la mierda por educación, o al menos eso quiero pensar. El francés tampoco ha parado de tirarme los trastos en todo el almuerzo, por fortuna ha sido menos descarado que Leah y no ha hecho partícipes a los demás de su flirteo, aunque en los ojos de Helena puede vislumbrarse su disconformidad con la situación.

El momento que tanto ansiaba llega. Los platos están vacíos, y las barrigas llenas, así que poco a poco nos vamos retirando. Por supuesto Helena es la primera en levantarse de la silla, y tras ella voy yo. Si mi paciencia en cuanto a Harvey es poca, con su hermana es ninguna. No entiendo cómo puede gustarle a los tíos alguien tan caprichosa, egocéntrica y superficial, pero me aventuro a decir que tiene algo que ver con todo el relleno de silicona que se ha metido en el cuerpo, porque en lo que respecta a su inteligencia deja mucho que desear.

Tras cinco minutos doy finalmente con la habitación donde han dejado mi maleta y en la cual tendré que quedarme hasta nueva orden por parte de Nathan, y voy directamente a la cama. Necesito descansar, aunque también me conformaría con solo cerrar los ojos durante un ratito.

No logro conciliar el sueño, pero me siento mejor después de media hora tirada boca arriba sobre la colcha de la cama. Continúo meditando plácidamente acerca del trabajo de investigación que he venido a hacer aquí, y decido ponerme manos a la obra en cuanto se me ocurre un plan.

Salgo de mi dormitorio en busca del de Helena, y en cuanto lo localizo le ordeno que se prepare y que avise a Ian para que nos lleve al pueblo o ciudad más cercana a la casa.

De camino, el silencio habitual reina en el coche, pero la experta en armas de pronto y sin pudor alguno, me sorprende con una pregunta retorcida.

—Te has tirado a ese tal Harvey, ¿verdad?

No puedo verle la cara, ya que voy en los asientos traseros y ella está en el del copiloto, por eso la fulmino con la mirada por la espalda. Ian incrementa la velocidad debido a la noticia que acaba de recibir, y Helena me mira cansada de esperar mi respuesta.

—Vamos, quiero conocer la versión del lobo, y seguro que tu guardaespaldas también —añade con una sonrisa.

El Adonis me mira por el espejo retrovisor expectante por saber más sobre mi pasado con el francés, y tras sopesarlo unos minutos, opto por contarlo. Es mejor que sea yo quien los ponga al corriente antes de que Harvey les llene la cabeza de pájaros. No me apetece ser la mala de la historia esta vez. O quizás en el fondo lo que no quiero es que Ian me mire con otros ojos.

—Nathan tenía una estrecha relación con su padre, y antes pasábamos el verano juntos. Hace dos años empezamos a tener relaciones, pero la cosa no fue a más —aseguro antes de tragar saliva—. Comenzando por que lo encontré una noche en la cama haciendo un trío, y lo mejor es que solo una de las otras dos personas era mujer.

—Y, ¿qué hiciste? —inquire Helena curiosa.

—Nada, solo le cogí las llaves del coche y arremetí con todos los vehículos que había en el aparcamiento de su casa.

El Adonis sonrío por mis ataques de furia, y repentinamente el aire que había retenido en mis pulmones logra salir.

—Y, ¿qué hizo él?

—¿Antes o después de que me invitara a unirme a ellos? —espeto arrancando varias carcajadas a los pasajeros.

Helena me deja caer sutilmente que esa no puede ser la razón por la que me dedicó esa frase nada más verme, y consigue sonsacarme algo más de información, como el hecho de que estaba prometido. Ni siquiera su padre estaba al tanto de ese dato, pero en cuando llegó hasta mis oídos me encargué de que todos lo supieran, incluida ella, que no se lo tomó muy bien. Llegó a denunciarlo, y cuando la policía se metió de por medio, perdieron una gran cantidad de amigos y clientes.

Sigo pensando que yo no soy la culpable, el causante es él y su inexistente sentido común.

Llegamos al fin a un lugar más transitado con tiendas, bancos y demás, y lo primero que hacemos es cambiar de divisa, ya que sin dinero no podemos hacer mucho. Nuestro siguiente cometido aquí es averiguar hasta donde llegan los negocios de Harvey, pero nadie se atreve a darnos algún tipo de información. El francés le ha puesto los puntos sobre las íes a esta gente, y no parece que vayan a abrir la boca. Por eso prosigo con mi plan inicial.

Paso por delante de una tienda de móviles y me detengo para comprar uno que solo puede realizar llamadas y enviar mensajes. Nada de internet. Al salir, lo meto en mi bolso, y también introduzco unos cuantos billetes en el bolsillo trasero de mi pantalón dejándolos completamente a la vista. Ian me regaña un par de veces, ya que la tentación es muy mala, y lo único que podría conseguir así es que me robasen, y yo le sonrío cada vez que lo repite.

Avanzamos a pie por unas calles viejas y estrechas, y me posiciono la última. Helena va en cabeza, e Ian la sigue de cerca. Caminamos atentos al poco ruido que llega a nuestros oídos, hasta que de pronto noto movimiento en el pantalón de mi bolsillo. Me deshago de la funda que recubre el bastón, y giro rápidamente sobre mí misma para acabar sujetando del brazo a un niño mientras que con la mano libre le apunto con la pequeña espada. El chaval está asustado, y me mira como si el final del mundo estuviese cerca, pero aun así tiene una navaja con la que pensaba defenderse en algún momento.

—La mía es más grande, y también hace más daño —le advierto mostrándole la hoja de metal.

El niño tiembla, y pretende soltar los billetes, pero lo tengo agarrado tan fuerte que apenas puede pestañear. El Adonis acude a toda prisa hacia mí, y Helena también está a punto de empezar a correr en mi dirección cuando los detengo.

—Aseguraos de que no venga nadie —les ordeno sin apartar los ojos del ladronzuelo.

Ambos obedecen sin entender del todo la situación, y cuando cada uno se encuentra en un extremo de la calle, vuelvo a dirigirme al chico.

—¿Cómo te llamas? —pregunto con la pretensión de que se relaje un poco.

—Seamus —contesta sin querer cruzar su mirada con la mía.

—¿Conoces a Harvey Simons?

Duda durante unos segundos en si debe responderme o no, y el reflejo de su cara en la afilada hoja lo hace recapacitar, por lo que termina asintiendo.

—Bien, entonces quizás puedas ganarte esto y no robarlo como pensabas hacer —sonríó alzando la mano donde retiene el dinero.

De su boca comienza a salir todo lo que sabe acerca de este hombre, y por lo que cuenta no hay nada fuera de lo normal en las transacciones que realiza Harvey. De hecho, los habitantes con los que hemos estado hablando no es que nos hayan ocultado lo que saben por miedo, sino por agradecimiento. El señor Simons, que es como se le conoce por aquí, está ayudando a que el pueblo prospere.

Me asombra comprobar que en cierto modo ha cambiado, pero sigo sin créermelo del todo. Es demasiado perfecto, y cuando se trata de Harvey eso es prácticamente imposible.

Saco el móvil en cuanto termina de hablar, y se lo entrego tras preguntarle si sabe usarlo.

—Solo tiene un número —le informo enfundando mi arma—, que es el mío. Llámame si te enteras de algo más, y procura gastarte el dinero en algo de provecho —sugiero dejando libre su mano.

—Lo haré —concluye con una sonrisa antes de echar a correr y desaparecer de mi vista.

Helena e Ian me miran a la espera de alguna explicación, pero no la obtienen. No creo que haga falta aclarar lo que ha pasado aquí, y por esa misma razón no voy a hacerlo.

Ponemos rumbo de vuelta a la casa de Harvey, y esta vez no hay preguntas arrogantes ni nada por el estilo. Helena va tarareando y siguiendo el ritmo de la radio con los dedos, y el Adonis está absorto en sus pensamientos. No sé qué lo tiene tan distraído, pero imagino que yo tengo algo que ver en eso.

Al llegar, unos disparos seguidos de un ruido estruendoso causan nuestro estado de alerta, aunque el mismo tipo armado que nos dio la bienvenida esta mañana nos informa de que ese alboroto procede de la parte trasera de la casa. A Harvey le gustan las armas tanto como a Helena, y está practicando el tiro al plato.

El rostro de Helena se ilumina, y sé por sus ojos que está deseando unirse al espectáculo.

—Alguien debería enseñarle cómo nos las gastamos en Las Vegas —proclamo como aliciente.

Helena, que se da por aludida, sonrío de oreja a oreja, y tras atravesar de cabo a rabo la enorme casa, llega al jardín. Ian y yo la seguimos, y pasamos un buen rato junto con los hombres de Harvey observando la paliza que nuestra

experta en armas le da a este.

No tenía duda alguna en que ella es la mejor, pero el francés sí, y ha perdido el dinero que se ha jugado conmigo.

Una vez que la competición termina, me desplazo hasta mi habitación para darme un buen baño, pero Ian me intercepta por el camino dispuesto a hablar conmigo, y no hay quien se lo quite de la cabeza.

No consigo deshacerme de él, y este acaba incluso metiéndose en mi dormitorio para que no tenga escapatoria.

—No tenemos nada de lo que hablar —espeto con los brazos en jarra—. Ya te he dicho todo lo que necesitas saber, solo falta que tu cerebro lo asimile.

—Solo has dicho que no puedes seguir con lo nuestro, pero aún no he oído ninguna explicación lógica por la que quieras ponerle fin a la relación —me increpa con la verdad por delante mientras acorta la distancia que nos separa—. No es por algo que yo haya hecho, porque supongo que estarías más enfadada de lo habitual, y tampoco es porque ya no me desees —añade esto último atrapándome entre sus brazos.

—¿A qué viene tanta seguridad en ti mismo? —inquiero reuniendo fuerzas para no sucumbir a él.

El Adonis sonríe antes de hacerse con una de mis manos para apoyarla en mi pecho, y acto seguido me besa. Su lengua invade mi boca y la dejo moverse a su libre albedrío. Disfruto del momento, ya que no sentía sus labios desde antes del accidente, y admito que los he echado de menos, pero hasta este instante no sabía exactamente cuánto.

—¿Sientes eso? —pregunta una vez que da por finalizado el beso.

Son mis latidos a lo que se refiere. Mi corazón está tan acelerado que amenaza con salirse de mi pecho.

—El corazón me lo puede alterar así cualquiera —afirmo deshaciéndome de su agarre.

La desilusión inunda el rostro de Ian, que en apariencia se cree mi mentira, y cuando está listo para reprocharme, lo corto tajantemente.

—Déjame sola, y empieza a olvidar todo lo que ha corrido entre nosotros —le impongo con total seriedad.

—Pero...

—Por favor, Ian, no insistas. Puedo decírtelo más alto, pero no más claro.

De pronto, un par de golpes en la puerta de mi habitación me sobresaltan, y pensando que puede ser Helena, le ordeno al chico nuevo que se oculte en el baño, aunque para sorpresa de todos se trata de Harvey, que abre la puerta

justo en el momento en el que desaparece el Adonis.

—¿Qué te trae por aquí? —pregunto mientras me siento a un costado de la cama para descansar la mano del bastón.

—Quería saber si tienes todo lo que necesitas —anuncia sentándose a mi lado—, y también que hablásemos un poco tú y yo —sugiere acortando la distancia entre su cuerpo y el mío—. ¿Qué te ha pasado en la pierna?

—Nos tendieron una trampa, aunque supongo que ya estabas enterado —intuyo por cómo vuelan las noticias de ese tipo en mi mundo.

—Es cierto —dice con seriedad—. Y, ¿cómo te la apañas con el tema del sexo? —bromea—. ¿Te manejas bien o dejas que el otro lo haga todo? —añade con una sonrisita.

—Solo hay una forma de comprobarlo, pero no sé si vas a estar a la altura para poder hacerlo —lo desafío sabiendo que Ian lo está oyendo.

—Sal conmigo esta noche y te demostraré que sí —alega sosteniéndome la mirada.

Si accedo estoy segura de que voy a arrepentirme en algún momento de mi vida, y posiblemente sea más pronto que tarde, pero tengo que demostrarle a mi guardaespaldas lo poco que significa para mí, y que se olvide de lo nuestro aunque sea por las malas.

—De acuerdo.

—¿Sí? —pregunta realmente impresionado.

Asiento, incapaz de ceder de nuevo a su invitación verbalmente, y se marcha para volver a dejarme a solas con el Adonis que aún permanece escondido en el cuarto de baño.

—¿Es en serio que vas a tener una cita con ese tío? —escupe en cuanto tiene ocasión.

—No es una cita, es solo una cena, y ya te he dicho que nosotros no tenemos nada. Puedo hacer lo que me plazca —culmino con altanería.

—Está bien, entonces no habrá problema en que yo vaya a cenar con Leah —propone resignado—. Apuesto a que estará encantada.

—Por mí perfecto —miento manteniendo el tono para que no note lo que me molesta.

—Vale —sentencia dirigiéndose a la puerta.

—Bien —puntualizo nuevamente antes de que se marche con un portazo.

Capítulo 17

No he podido dejar de pensar en Ian mientras me preparaba para la cena con Harvey. Aún no creo que ese descerebrado haya invitado a salir a Leah, y ni siquiera estaría planteándome el creerlo si no llega a ser porque lo he presenciado. Antes que nada me ha pedido la noche libre, obviamente no podía negarme, y acto seguido le ha ofrecido a la hermana de Harvey pasarla con ella. Incluso Helena, que también fue testigo de esta escena, me miró desconcertada intentando averiguar en mis ojos si iba a permitir tal cosa. Aunque su reacción fue mucho peor cuando se enteró de que yo voy a hacer lo mismo con el francés.

El reloj da la hora a la que había quedado con Harvey para irnos, y al salir de mi habitación camino despacio con la esperanza de cruzarme con el Adonis, pero no tengo esa suerte. Bajo las escaleras con mucho cuidado de no caerme. He preferido no hacer uso del bastón esta noche, y está claro que todavía lo necesito. Continúo descendiendo cada escalón uno a uno, hasta que los ojos castaños de Harvey me vislumbran y este decide echarme una mano.

No hay rastro de Leah, ni tampoco de Helena. Tan solo dan señales de vida dos tipos que son los que van a acompañarnos esta noche para protegernos. Me siento rara, y puede que hasta nerviosa sabiendo que es la primera vez que voy a salir sin ninguno de los hombres de mi padre. Si algo malo ocurriese, aunque sea lo más mínimo, Nathan se encargará de recordárselo a Harvey durante lo que le quede de vida.

Salimos de la casa en dos coches, los chicos del francés van en uno y nosotros en el otro, y nos dirigimos al pueblo que visitamos esta mañana. Concretamente a un restaurante con el que Harvey pretende sorprenderme.

En cuanto llegamos el propio gerente del negocio nos recibe y acompaña a nuestra mesa reservada. No es de extrañar que nos atiendan tan bien cuando Harvey es el copropietario de esto.

El restaurante me resulta acogedor y la decoración es un tanto delicada para mi gusto. No se asemeja para nada a los locales de Las Vegas, aunque no le faltan modernidades. Todos los muebles son de color blanco y azul pastel, y el techo está minado de pequeñas bombillitas que iluminan la estancia. Lo

cierto es que es precioso, y lo único que pasa por mi cabeza mientras miro las lucecitas es que me encantaría que Ian las estuviera observando conmigo.

—No hace falta que mires la carta, ya he pedido por los dos —me advierte Harvey quitando la mencionada carta de la mesa para entregársela más tarde al camarero.

Ese es otro defecto que tiene. Si se hiciera una idea de lo que he pasado para lograr tener la capacidad de poder tomar decisiones por mí misma, no osaría arrebatármela cada vez que le da la gana. Sé que puede parecer una tontería, pero en mi caso es imprescindible, y me temo que eso es algo que en la cabeza de Harvey no tiene cabida.

Bajo la luz de las cientos de bombillas, y un par de velas que ha traído la camarera, comenzamos con los entrantes. El francés se dedica a ponerme al día de todo lo que ha hecho desde que perdimos el contacto y yo hago como que lo escucho. Lo cierto es que estoy distraída escrutando con la mirada a todas las personas que van entrando. Vienen con su pareja y visten muy elegantes y, sobre todo, están felices, que es algo que falta en esta mesa.

Pasamos al primer plato, y justo en el momento en el que le estoy dando un buen sorbo a mi copa de vino, aparece Ian y la hermana de mi acompañante por la puerta. Trago el líquido de mi boca con dificultad, tanto que me provoca tos, y por supuesto eso llama la atención del Adonis. Harvey también acaba dándose cuenta de la presencia de estos, aunque a causa de mi casi atragantamiento. Y la velada ya no vuelve a tener el mismo ambiente. Yo estoy en tensión al saber que Ian está con Leah, y Harvey porque su hermana está con mi guardaespaldas.

Llega el postre, un *bolo de rolo*, que es típico de Pernambuco, y por un momento consigo disfrutar un poco. Está realmente delicioso. La única pega que le pondría es que he terminado con él demasiado rápido y me he quedado con ganas de más, y eso me lleva a pensar otra vez en el Adonis. ¿Por qué será?

Damos por concluida la cena una vez que nos metemos entre pecho y espalda unos cuantos chupitos por cuenta de la casa, aunque en realidad todo ha corrido a cuenta de la casa puesto que Harvey no va a pagar en un negocio que le pertenece.

Nos disponemos a salir, pero el francés decide saludar a su hermana antes de hacerlo y me arrastra con él.

—¿Qué tal la noche? —les pregunta cuando se detiene frente a su mesa.

—Genial —dice Leah sonriente.

—Me alegra que lo estéis pasando bien —adiciona sin mirar a Ian—. Nosotros vamos a esa disco donde te encontré la semana pasada con la lengua metida hasta la campanilla de uno de mis hombres. Pasaos por allí, tenemos un reservado —culmina regalándole una sonrisa al Adonis.

Por primera vez en toda la noche, yo también sonrío. Hace unos años era yo la que tuvo que escuchar algo parecido de la boca de Leah, y creía que esta era la única a la que le gustaba incordiar a las conquistas de su hermano, razón número uno por la que no nos llevamos bien, pero Harvey no se queda atrás.

Los ojos de Ian no se han apartado de mí desde que nos hemos acercado, y yo tampoco he opuesto mucha resistencia a mirar hacia otro lado.

—Vamos —me apremia Harvey girando sobre sus talones—. Los chicos nos están esperando fuera.

El hilo de mis pensamientos se rompe, y giro también sobre mí misma para caminar hacia la salida seguida del francés. Subimos nuevamente a los coches, que no tienen nada que ver con los de Nathan, pero en esta ocasión Harvey ha dejado que uno de los que nos acompañan conduzca. Después de las copas de vino y los chupitos que se ha tomado, es la mejor decisión.

Nos desplazamos hacia la discoteca, que no está ni a diez minutos del restaurante, y nada más llegar nos abren una botella de Cachaza.

—Es artesanal —asegura Harvey—, y sueñen tener una concentración de alcohol de entre el 38% y el 51%, aunque estas tienen más —añade llenando nuestros vasos.

—Estupendo —escupo antes de bebérmelo todo de un trago—. Ponme otra —ordeno sin darle tiempo a cerrarla con el tapón.

—Creo que a Nathan no le gustaría que te emborrachases —advierte resistiéndose a rellenar mi vaso.

—Tampoco le gustaría que tú y yo estuviéramos aquí y en estas condiciones, pero eso no te ha impedido hacerlo.

—*Touché* —dice obedeciéndome finalmente.

No puede negarme unas gotas de alcohol, porque voy a necesitarlas para afrontar la noche si Leah aparece por aquí con mi guardaespaldas. Es de las que les gusta bailar, así que con este ron pienso ahogar las ganas de arrancarle la cabeza. Y efectivamente acaban viniendo.

La hermana de Harvey busca a este con la mirada entre la gente, y en cuanto lo divisa uno de los hombres que la acompaña por protección les abre camino, a ella y al Adonis, hasta nosotros.

Doy otro gran sorbo a mi vaso al advertir que Ian va a sentarse a mi lado

en el sofá, que es exclusivo de las zonas reservadas, y mi corazón late desbocado cuando apoya una de sus manos en el asiento y por error roza la mía.

—¿Estás disfrutando? —me increpa aprovechándose de la música para que nadie más que yo pueda oírlo.

No respondo, porque no quiero mentirle, y tampoco quiero que sepa la verdad, así que opto por beber otro buche más.

El francés surte a los recién llegados de la misma botella de la que estábamos tomando él y yo, y en cuanto Leah se bebe algo más de la mitad, se lleva a la fuerza al Adonis consigo para provocarlo con sus bailecitos.

Lo sabía. He estado imaginado este momento en mi mente de muchas formas, pero nunca pensé que fuera tan doloroso, y el asunto no mejora cuando Harvey empieza a darle rienda suelta a su faceta seductora. Me asquea profundamente, o tal vez esta sensación se deba a las tres Cachazas que he tomado de un tirón.

—¿Quieres bailar? —pregunta tendiéndome su mano.

—Quiero ir al baño —espeto intuyendo que si sigo aquí un segundo más terminaré por estallar.

Oír a Harvey me resta años de vida, y ver a Leah deleitar a Ian con sus movimientos de caderas me está matando también.

—¿Va todo bien? —inquire intentando averiguarlo con la mirada.

Niego, y antes de dirigirme al cuarto de baño me hago con mi bolso. Ya no recuerdo lo que pretendía probar con todo esto, porque está claro que la única que ha recibido una lección esta noche he sido yo. De lo que tampoco me cabe duda es que tengo que ponerle fin a esta situación, y para ello solo hay dos opciones. Apartarlo de mi lado dejándolo sin trabajo, o formalizar nuestra relación, y para lo primero ya es demasiado tarde.

Me miro al espejo mientras me peino con los dedos la melena, y repaso mi vestimenta de arriba abajo. Llevo mis botines de siempre, unos vaqueros, y un jersey de colores claros. Obviamente no es mío, ya que estos colores no son los que suelo usar al vestir, pero no he traído nada arreglado, y me he visto obligada a recurrir a Helena.

Termino de acicalarme y de repetirle a mi reflejo lo que debe hacer en cuanto salga por la puerta del baño, pero no llego a hacer nada. Al salir me topo de frente con el morreo que Leah le está plantando a Ian, y me deja sin palabras. Siento que mis latidos se detienen por un momento, pero vuelven a la normalidad en cuanto el Adonis separa de él a esa hija de su madre

interponiendo una distancia entre ellos abismal. Aun así, decido que la noche para mí termine aquí. No hay suficientes botellas de Cachaza que me quiten las ganas que tengo de ver la cabeza de esa despegada de su puñetero cuello.

—Estoy empezando a sentirme mal —le comento a Harvey para que él solito llegue a la conclusión de que debemos marcharnos.

Y no hay nada más que decir. Con una mirada se despide de Leah, y con otra señala a sus hombres el camino hacia la salida a donde nos dirigimos. Yo opto por no despedirme de nadie, y con los ojos puestos en el suelo sigo a los chicos del francés que nos guían a través del barullo.

De vuelta a la casa de Harvey, este intenta enrollarse conmigo, tal y como hacíamos en antaño en la parte trasera de su coche, pero me las ingenio para frenarle los pies. No entiendo cómo no se ha dado cuenta en toda la noche que entre nosotros ya no hay química. Ahora solo consigue ponerme los pelos de punta, y no en el buen sentido. Una relación como amigos es lo único que tendría futuro entre él y yo.

Llegamos, y en cuanto pongo un pie fuera del coche, regreso derecha a mi habitación convenciéndome por el camino de que ese beso no ha significado nada y que debo tenerlo presente cuando regrese Ian. Quiero mantener una conversación sincera con él, y no me gustaría que esa imagen me nublará el juicio.

Me cambio la ropa por el pijama con el que duermo aquí, y espero tumbada sobre la cama a que mi Adonis vuelva. No puedo esperar a que llegue momento de hablar con él, pero no tengo elección. Es lo que he provocado con mis actos.

Los minutos pasan y continúo esperando, pero llego a un punto en el que me quedo dormida, y lo sé porque cuando recupero la consciencia estoy tapada con una manta y no recuerdo haberlo hecho.

Me espabilo metiéndome un chute de agua en el cuerpo, y en cuanto logro salir del dormitorio sin hacer ruido, me dirijo con sigilo a la habitación de Leah. En principio no oigo nada, pero cuando apoyo la oreja en la puerta, la risita de la hermana de Harvey traspasa la madera y, acto seguido, lo hace un gemido. Me quedo inmóvil sin saber muy bien qué hacer, y como mis piernas no reaccionan, no tengo más remedio que continuar escuchando los alaridos de placer provenientes de la garganta de la que ahora es la mujer que más odio en el mundo.

Mi corazón se detiene otra vez, pero en esta ocasión no hay nada que vuelva a hacerlo funcionar. A mis pulmones comienza a faltarle el aire, y en mi

interior crece una sensación de vacío que no había sentido antes. En la habitación siguen con la fiesta, ajenos a todo, y mientras tanto yo estoy aquí afuera, preguntándome cuándo voy a dejar de ser una imbécil con sentimientos.

Las lágrimas empiezan a correr una tras otras por mis mejillas, y mis piernas terminan por hacerme caso y dejar de torturarme tras esa puerta. Camino desorientada hasta mi cuarto, sin preocuparme por el ruido que pueda hacer, y al llegar finalmente a mi destino, me encierro dentro para desplomarme sobre la cama y dejar que la tristeza me inunde.

Capítulo 18

No ha sido fácil mantenerme alejada de Ian, aunque, que Helena no se separe de mí ni para ir al baño, ha contribuido enormemente a ello, y por eso me repito cada día que fue buena decisión contarle lo que pasó entre Leah y mi guardaespaldas aquella noche de hace mes y medio ya.

El Adonis se las ha ingeniado también de muchas maneras para poder quedarse a solas conmigo, pero las pocas veces que lo ha conseguido no he dejado que salga de su boca ni una mísera explicación. No quiero escuchar nada de lo que tenga que decirme, y yo tampoco tengo nada que hablar con él. Asunto zanjado. Y, aun así, sé que no se ha rendido, pues me sigo encontrando la misma flor cada mañana al salir de mi habitación. Se trata de orquídeas lilas cuyo olor es embriagador. Tengo entendido que es la flor nacional de Brasil, pero no he visto ninguna planta con esas flores por los alrededores, por lo que no tengo ni la menor idea de cómo consigue hacerse con una todos los días.

Respecto a Leah, tampoco nos hemos cruzado en tantas ocasiones desde entonces y es algo que agradezco, ya que aún no sé cómo logro contenerme. Helena también está impresionada ante mi capacidad de aguante, aunque procura que los encuentros entre esta y yo se alarguen lo menos posible, por si acaso.

El que me ha sorprendido gratamente ha sido Harvey. Se ha tomado muy bien eso de que solo seamos amigos, y he conocido ciertas facultades de su personalidad que tenía ocultas. Al menos a mí no me dejaba verlas con tanto empeño en seducirme. Ahora se comporta como una persona normal, y no como el imbécil al que estoy acostumbrada. De hecho, hoy va a hacer una barbacoa en la playa que hay tras su casa porque hace unos días le comenté que estaría genial encender una fogata a la luz de las estrellas mientras escuchamos las olas del mar de fondo. Desde que se ha levantado esta mañana ha distribuido tareas para todos sus hombres, como la de comprar la carne, las bebidas, e ir a por madera para el fuego, y Helena y yo nos hemos escapado a escondidas de Ian para pasar la mañana de tiendas. Ir de compras no es una de mis aficiones, pero no me importa hacerlo si con ello pierdo de vista al

Adonis durante un buen rato.

Llegamos al mismo pueblo de las veces anteriores, y aunque no hay una gran cantidad de negocios, Helena se las apaña para entretenerme durante toda la mañana. Me ha obligado a probarme casi la mitad de todas las prendas que había en las tiendas mientras hablábamos sobre todo y sobre nada. La he puesto al tanto de mi recorrido con Ian, y lo cierto es que la experta en armas se ha convertido en mi refugio desde aquella noche. No obstante, hay otros secretos que sigo guardando solo para mí.

—¿Hacemos una parada para comer? —sugiere Helena deteniéndose frente a un local de comida rápida.

Asiento, y le dedico una sonrisa con mi total aprobación. Aunque ya no use mucho el bastón no tengo la pierna recuperada al cien por cien, y llevo todo el día de pie, así que necesito descansar.

Dejo a Helena a cargo de la comida, y cuando vuelve trae consigo dos especies de kebabs con una pinta muy extraña, pero afortunadamente no tengo que arrepentirme de mi decisión, ya que está más que bueno. No tengo la menor idea de lo que es, e imagino que no llegaré a saberlo, puesto que lo que Helena ha hablado con el dependiente no lo sabe ni ella.

—Creo que ya no nos quedan más tiendas a las que echarles el ojo —espeto escurriéndome en la silla del restaurante de comida rápida.

—No, pero aún nos queda algo por hacer —anuncia con una sonrisa.

No quiero ni preguntar de qué está hablando. Posiblemente me canse solo con pensarlo, así que prefiero ir a la aventura.

Volvemos al coche para guardar las bolsas con las compras, y una vez que lo hacemos nos encaminamos a nuestro siguiente destino siguiendo las indicaciones del GPS de Helena, que termina pasando a mis manos. Será una experta en armas, pero en lo que respecta a las nuevas tecnologías lo lleva crudo.

Diez minutos después llegamos hasta donde señala el GPS, y es entonces cuando comienzo a preguntarme si realmente es aquí a donde quería venir Helena. Solo se ven casas de particulares a un lado y a otro de la calle.

—¿Estás segura de que este es el lugar correcto?

Helena no me responde, sino que se acerca a una de las puertas y presiona el interruptor que hace que el timbre suene.

—¿Qué haces? —pregunto empezando a preocuparme.

—Tranquila —concluye antes de volver a llamar.

Al cabo de unos minutos una mujer brasileña de unos cuarenta años abre la

puerta y nos mira sin decir nada hasta que Helena se presenta en inglés, y esta nos invita a entrar en la misma lengua. No sé qué es lo que hay ahí dentro, pero intuyo que el que esta mujer sepa hablar nuestro idioma tiene algo que ver.

Sigo a la experta en armas, que cruza el umbral de la puerta tras la brasileña, y en cuanto me uno a ellas todo empieza a parecerme más normal. Es una peluquería, aunque por fuera no haya huella alguna de ello, y Helena pidió cita hace unos días para las dos. Esto es algo que tampoco se incluye entre mis aficiones, pero me vendrá bien cambiar un poco mi apariencia. Y quien sabe, tal vez me atreva a hacer alguna locura, después de todo, llevo ya un tiempo con el mismo color de pelo, y mi obligación es cambiarlo para que nadie procedente de mi pasado me reconozca.

La mujer, llamada Fátima, me enseña los diferentes tintes de los que dispone en estos momentos, y tras sopesarlo mucho, me inclino por uno plateado. No sé exactamente lo que me ha llevado a tomar esa decisión, o puede que tenga una ligera idea. Lo único que espero es no tener que lamentarlo.

Mientras la jefa, que no es otra que Fátima, la brasileña que nos ha abierto la puerta, se ocupa de lavar la cabellera de Helena, otras dos trabajadoras se aplican en nuestros pies y manos. Esto también es algo a lo que no estoy acostumbrada pero pienso repetirlo de vez en cuando a partir de hoy.

—¿Solo las puntas? —pregunta la peluquera con tijeras y peine en mano.

—¿Cuánto es el mínimo para poder donarlo? —espeto dejando escapar un suspiro.

—Treinta centímetros —responde ofreciéndome una sonrisa a través del espejo que tenemos enfrente.

—¿Se te ha ido la cabeza? —escupe Helena tras escuchar la cifra.

—Tranquila, volverá a crecer —alego confirmándole a Fátima con una sonrisa que corte.

Evito mirar al espejo para no ver la cantidad de pelos de la que voy a desprenderme, y continúo así hasta que acaba tanto la jefa como las demás empleadas. Me pongo en pie, y me siento tan relajada por todos los cuidados que casi tengo que volver a sentarme. Tendré que descansar un poco cuando llegemos a la casa de Harvey si no quiero ponerle fin a la barbacoa de esta noche antes de tiempo.

—¿Te gusta? —inquieta Fátima colocándome en su sitio algunos mechones.

Reúno el valor suficiente como para dirigir la mirada al espejo, y en cuanto lo hago la presión de mi pecho se esfuma. Al final no ha quedado tan corto

como me había imaginado, y el color me sienta realmente bien. No era para nada lo que me esperaba, pero sin duda ha superado mis expectativas.

—Me encanta —admito observando mi pelo desde distintos ángulos—. ¿Qué opinas tú, Helena?

—Que vas a ser el centro de atención, justo lo que siempre has querido —espeta frunciendo el ceño.

—Será que estoy cansada de pasar desapercibida —declaro repasándome de nuevo de arriba abajo la melena, que ahora me llega hasta los hombros.

Regresamos al vehículo una vez que Fátima me asegura que ella misma hará que mi pelo llegue hasta esas asociaciones que se encargan de hacer pelucas para personas que las necesitan, y en cuanto Helena pone el motor en marcha, se incorpora a la carretera para conducir hasta la casa de Harvey.

Se acerca la hora de la fiesta, y Helena me lo hace saber trayendo un chupito de tequila a mi habitación.

—Vístete y baja a la playa —me ordena llevándose consigo su vaso y el mío ya vacíos.

Y yo obedezco sin rechistar. Se acabó eso de estar triste y fingir no estarlo. Esta noche solo quiero pasarlo bien y dejar los problemas aparte, aunque sea por unas horas.

Busco en las bolsas, que aún no he vaciado por pereza, un jersey largo tipo vestido que me compré esta mañana junto con un par de botines, y una vez que me los pongo, me detengo frente al espejo. He estado durmiendo cosa de una hora, pero no podía dejar de pensar en lo mal que se me iba a quedar el pelo. El caso es que me da la sensación de que ahora está incluso mejor. Estoy un poco despeinada, y eso va más acorde con mi estilo.

Salgo de mi dormitorio y recorro la casa que está casi desierta. Realmente no se oye ni un alma, pero de fuera sí proviene ruido. Harvey ha repartido unos cuantos altavoces por la zona donde está la fogata para que la música nos envuelva durante la velada.

Llego hasta el fuego, y allí están todos desperdigados conversando o bailando mientras beben, excepto el francés e Ian que son los que van a encargarse de la barbacoa. Camino hasta ellos, que están de espaldas a mí, y no se percatan de mi presencia hasta que les hablo.

—¿Cómo va la carne? —pregunto provocando que ambos se giren.

—Bien, aunque tú estás mejor —asegura Harvey escrutándome con la mirada de pies a cabeza.

—Lástima que yo no sea un trozo de carne que puedas permitirte llevar a la

boca —replico con una sonrisa.

Ya sé que he dicho que el hermano de Leah ha cambiado en este mes y medio, pero a veces le dan esos brotes de estupidez y tengo que mitigarlo. Pero lo que más me ha sorprendido de todo ha sido la falta de reacción por parte de Ian. Este solo me mira embobado sin decir nada, como si solo existiéramos él y yo y ni siquiera hubiera oído la osadía de Harvey. Este último coge aire, seguramente para volver a decir otra grosería, pero la experta en armas aparece en el momento exacto y hace que su boca se cierre.

—Tienes que ayudarme —me implora jugando con las palabras.

—¿Qué ocurre? —inquiero con el ceño fruncido.

—En esa nevera de ahí —comienza a decir señalando un gran bidón lleno de hielo y de bebidas alcohólicas— hay una botella que me está pidiendo a gritos que la vacíe, pero no voy a poder sola —asegura apoyándose en mí.

—Está bien, te echaré una mano —cedo a su súplica, y me despido de los chicos con un leve movimiento de cabeza.

No era necesario que me rescatara de esta conversación, ya que mi guardaespaldas no ha pronunciado ni una sola palabra, pero Harvey si estaba haciendo que empezase a sentirme incómoda.

—¿Has hablado hoy con Nathan? —pregunto a Helena una vez que nos detenemos al lado de la nevera.

—No, están todos ocupados con los preparativos para el viaje a Marruecos.

—Aún no me creo que no vaya a poder presenciar cómo termina mi propio plan de venganza —admito con resignación.

—Deja de preocuparte por eso. Solo disfruta de tu estancia en este cálido y bonito país, y cuando regreses todo habrá acabado —asevera sirviéndome el segundo chupito de tequila de la noche.

Está equivocada si cree que lo único que deseo es que la miserable vida de Sharaf llegue a su fin. Yo quiero ser la que le facilite el pasaporte para ir directamente al maldito infierno, en cambio tengo que estar a miles de kilómetros mientras alguien lo hace por mí.

Bebemos y comemos todos rodeando la fogata, mientras algunos hombres de Harvey cuentan historias y otros se atreven a cantar. Helena no debe estar entendiendo nada, ya que todo lo hablan en su lengua, pero está abstraída buscando el fondo de la botella. Se está desatando, y nunca la había visto tan alcoholizada.

Conforme la noche va avanzando, la experta en armas incluso se marca un

bailecito, pero en cuanto da paso la siguiente canción me la llevo lejos de la gente para que recupere la compostura.

—¿No crees que has bebido demasiado? —le increpo caminando hasta la orilla.

—Es posible —dice antes de sonreír como una borracha.

Suelto una carcajada por su cínica actitud, y la ayudo a sentarse en la arena para hacerlo yo luego a su lado. Le hablo intentando sacarle conversación, y ella me contesta a duras penas. Seguimos charlando durante un buen rato, hasta que Helena se pone en pie decidida a irse a dormir. Supongo que al final a recapacitado sobre su conducta y prefiere retirarse con la poca dignidad que aún le queda.

—¿Vienes o te quedas? —inquieta tambaleándose.

—Voy a quedarme unos minutos más —contesto tras tomar una gran bocanada de aire puro.

—Está bien, nos vemos mañana.

—Ten cuidado al subir las escaleras —le advierto una vez que ha emprendido el camino hacia la casa.

Hecho el cuerpo hacia atrás, apoyo ambas manos en la arena para estirar la espalda, y aprovechando el momento de paz cierro los ojos. La música apenas se oye a esta distancia, así que el sonido que predomina en este instante es el de las olas, que es lo que realmente quería. La barbacoa no ha ido mal del todo, ya que Leah cogió ayer un avión para irse a donde no me importa y no he tenido que soportarla, y su hermano estaba concentrado en que a sus hombres no les faltara de nada. Pero, por supuesto, el que clamaba toda mi atención era Ian, que también ha estado al tanto de cada paso que yo daba, y eso me hace caer en la cuenta de lo fácil que se lo he puesto al quedarme aquí sola. Aunque deduzco que ya es tarde para irme por las pisadas que se aproximan hacia mí.

—¿Vas a huir también esta vez? —me recrimina deteniéndose a escasos centímetros de mí.

Intento esconder la sonrisa que ha aparecido en mi boca tras escuchar eso y, envalentonada por el alcohol, me quedo sentada en la arena para plantarle cara.

—¿Vienes en mi busca en cuanto Leah pone un pie fuera del país? —le reprocho yo ahora sin ni siquiera mirarlo.

—¿Crees que entre ella y yo hay algo? —pregunta esperando una respuesta que no llega—. Solo me dio un beso, y ahí acabó todo —asegura sentándose a mi lado.

—Oí cómo te la tirabas la noche que saliste con ella.

Es la segunda vez que digo eso en voz alta, y me ha costado tanto como la primera. Helena no se esperaba que rompiera a llorar, y supongo que tampoco entraba en los planes de Ian contemplar una que otra lágrima resbalando por mis mejillas.

—Te juro por mi hija que aparte de ese beso no he tenido contacto alguno con Leah —garantiza después de girar con su mano mi mentón para mirarme a los ojos fijamente mientras lo dice.

—¿Entonces quién era el que estaba en su habitación? —inquiero sin terminar de asimilarlo.

—Pues no sé, ¿un tío de la discoteca?, ¿el tipo que trabaja para Harvey? Esa pregunta no tienes que hacérmela a mí.

Comienzo a sentirme algo estúpida por mi comportamiento desde ese día hasta la fecha, y busco en mi cabeza algo con lo que poder justificarlo pero no lo hallo, así que decido llevar la conversación por otros derroteros.

—¿Por qué te has quedado mirándome antes sin decir nada, no te gusta? —añado colocándome un mechón de pelo tras la oreja.

—Me encanta —afirma con una sonrisa—, te dije que incluso con canas estarías sexi. Y en cuanto a lo de antes, deseaba hacerte saber que estás preciosa, pero ese adjetivo no te hace justicia, y no he encontrado nada mejor. Además, yo también he estado enfadado contigo —adiciona fingiendo seriedad.

—¿Y, cuál es el motivo de tu enfado?

—Tu forma de tratarme. Soy una persona con sentimientos, como todos los seres humanos, y los has herido —alega dejándome ver unos resquicios de su resentimiento.

—Está bien, es comprensible —espeto al ponerme en sus zapatos—. Pero en ese caso lo que me gustaría saber a qué se debe esa flor todas las mañanas en la puerta de mi dormitorio si tan molesto estás conmigo.

—A que no quiero que pienses ni por un instante que has dejado de importarme por muy cabreado que me tengas —concluye entrelazando su mano con la mía.

Después de seis semanas sin sentirlo, mi corazón vuelve a latir de nuevo. Evitar a Ian ha sido lo más duro que me he obligado a hacer a mí misma en la vida, y ahora que sé esto, espero no tener que volver a hacerlo nunca más.

Permanecemos en silencio mientras nos miramos intentando encontrar las palabras adecuadas para solucionar los problemas que hay entre nosotros,

pero en vez de eso me inclino lentamente hacia él para besarlo. Cierro los ojos cuando nuestros labios están a punto de colisionar, y justo al rozarlos mi móvil empieza a sonar escandalosamente, dejándome al borde del infarto.

Saco el teléfono con rapidez de una de mis botas, que es donde lo llevaba guardado, pensando que puede ser mi padre, pero el número que aparece en la pantalla corresponde al chico brasileño.

—Es Seamus —le aclaro antes de aceptar la llamada—. ¿Tienes algo? —inquiero al chaval que hay al otro lado de la línea telefónica.

—Sí, nos vemos en veinte minutos donde intenté robarte —responde con cierto nerviosismo.

—De acuerdo —accedo rememorando la última vez que fui engañada por un niño.

Una vez que termino la llamada, le pido a Ian que se haga con su arma para acompañarme, y este se queda pensándolo durante unos segundos con cara de incredulidad.

—¿A qué viene esa desconfianza? Es solo un chaval de catorce años.

—He estado coja dos meses por fiarme de uno que tenía más o menos su misma edad, y también provocó que tomara la decisión de ponerle el punto y final a lo nuestro, así que no puedo tomármelo tan a la ligera.

—¿Qué relación tiene lo del niño con lo que hay entre nosotros? —pregunta manteniendo el gesto de sorpresa en su cara.

—Me hizo ver que me he ablandado, y eso es culpa tuya. Antes de ti yo era dura como una piedra, sin sentimientos ni conciencia —declaro totalmente segura de ello—, y al ver a ese chico solo pensé en ayudarle, cuando lo normal en mí hubiera sido observar el perímetro para comprobar si existían peligros y proceder de una manera totalmente distinta.

—Así que llegaste a la conclusión de que tenías que cambiar algo, y preferiste dejarme antes que proponerte a ti misma pensar de forma diferente en esos momentos, ¿no es eso exactamente lo que me estás diciendo? —adiciona haciendo que vuelva a sentirme como una imbécil—. Porque si te fijas bien el problema no es mío —advierte para terminar de rematarme.

No contesto nada al respecto, pero sí me pongo de pie decidida a marcharme. Es cierto que el problema es mío, pero también es verdad que al igual que ese tengo muchos más, y esta era otra razón por la que imaginé que nunca podría mantener una relación con Ian ni con ningún otro. Después de todo lo que me ha torturado la vida, estoy rota tanto por dentro como por fuera, y aunque haya conseguido ocultar las cicatrices externas con tatuajes, las

internas siguen quedando a la vista.

—Será mejor que no hagamos esperar a Seamus —sugiero en un susurro.

—Estás de coña, ¿no? —escupe poniéndose también en pie—. Tenemos que aclarar esto de una vez —exige ahora rodeando mi cuerpo con sus brazos para atraerme hacia él—. ¿Quieres estar conmigo sí o no, Samantha?

La respuesta a esa pregunta la tengo clara desde hace ya tiempo, así que no me hace falta pensarlo mucho, pero todavía hay una parte de mí que tiene miedo a dar el paso. Por eso me sorprendo cuando noto que estoy asintiendo con la cabeza.

—Necesito que lo digas —suplica desesperado.

—Sí —confieso con el corazón desocado, pero...

Me calla sellando mis labios con los suyos, sin preocuparse por los peros y demás obstáculos que haya por el camino, y me demuestra con esto que lo único que nos debe importar es que queremos estar juntos.

Llevo una de mis manos a su cuello y otra a su cabeza, y me entrego por completo al beso. El hielo que comenzó a cubrir mi corazón desde la noche en la que creí que Ian y Leah se habían acostado, se derrite, y en su lugar crecen en mí unas ganas abrumadoras de lanzarme sobre el Adonis y hacerle ver las estrellas, pero no precisamente las del firmamento.

La temperatura aumenta y la tentación de hacerlo sobre la arena también, y hubiese acabado así la cosa si no llega a ser porque mi guardaespaldas recuerda que tenemos un asunto que atender.

—Dejaremos esto pendiente para más tarde —anuncia apartándome el pelo de la cara para darme en esta ocasión un beso demasiado corto.

Pasamos por en medio de la gente, pero nadie nos presta atención, así que logramos llegar hasta el Conquest Knight XV sin dar ninguna explicación por el camino. Subimos al coche cargados con un par de pistolas por si la cosa se pone fea, y en cuanto estamos listos, Ian arranca el motor para ponernos en marcha. Mi guardaespaldas conduce con una sonrisa mientras suena la música de la radio y yo tarareo a su son. Se podría decir que después de mucho tiempo estoy feliz.

Al cabo de un rato llegamos al pueblo de la otra vez, y tras unos minutos más, llegamos al lugar acordado. El sitio en cuestión era una calle muy estrecha y solo se puede acceder andando, por lo que dejamos el vehículo aparcado cerca y continuamos a pie. Avanzamos por la callejuela iluminando el camino con ayuda de los móviles, y un par de metros más hacia delante nos topamos con el chico.

—Habla —le apremio llevando una mano a la pistola que llevo oculta tras mi espalda por si necesito hacer uso de ella.

Seamus empieza a largar todo lo que sabe acerca de Harvey, y al parecer no hay ningún motivo por el que alertarnos. Los negocio del francés se mueven dentro del ámbito de lo legal, y no ha habido tiroteos ni nada por el estilo a manos de este.

—El señor Simons no es el que debe preocuparte —me advierte con total seguridad—, sino su hermana.

—¿Leah? —inquiero sorprendida.

El niño asiente, e Ian, que lo único que ha captado de la conversación son los nombres de nuestros anfitriones, me mira pidiendo una explicación, pero no se la doy. Ya habrá tiempo para eso cuando volvamos al coche.

—¿Por qué? —le insisto para que suelte algo más.

—Peleas, drogas, deudas... ella siempre le trae problemas al señor Simons, y él tiene que solucionarlos en su lugar.

—Así que la hermanita pequeña de Harvey se dedica a meterse en peleas, consumir drogas y crear deudas —pienso en voz alta.

—No, Leah no consume. La droga es para traficar con ella —aclarando tendiéndome el teléfono que le entregué.

—Puedes quedártelo, y esto también es para ti —añado sacando un fajito de billetes más abultado que la última vez—. Has hecho un buen trabajo, gracias por la información, Seamus —concluyo con una sonrisa.

Me detengo unos minutos a pensarlo, y no entra en mi cabeza que Harvey haya permitido que su hermana comercie con estupefacientes, pero teniendo en cuenta lo lejos que está Leah de ser una persona con un mínimo de inteligencia, no me es de extrañar.

En cuanto regresamos al vehículo el nudo de mi pecho se desvanece. En esta ocasión no hemos tenido problema alguno, pero tardaré un tiempo en volver a ver a los niños con la inocencia que se supone deben tener.

De camino le cuento por encima a Ian lo que hemos hablado el crío y yo, y cuando termino y pongo los ojos en la carretera nuevamente, me percató de que no nos dirigimos a la casa de Harvey como había dado por sentado.

—¿A dónde vamos? —pregunto mientras intento reconocer alguno de los edificios que nos rodean.

—Ahí —indica señalando con el índice un edificio que se ve al fondo.

—¿Eso es un hotel? —puntuo algo confusa.

—Así no podrás decirme que me vaya después —anuncia regalándome una

mirada furtiva.

—No pensaba hacerlo —confieso inevitablemente con una sonrisa—, pero sería tan fácil como pedir otra habitación.

—Es para que nadie nos moleste —admite finalmente—. Además, estoy cansado de tanta vigilancia, quiero pasar contigo aunque sea una noche sin tener que preocuparme de si alguien nos ve, o si te escucha —añade esto último colocando su mano sobre mi muslo.

Se me corta la respiración al sentir su mano sobre mi cuerpo, y de pronto ya no me parece tan mala idea eso de pasar la noche en un hotel los dos solos. No recuerdo la última vez que hice algo parecido, de hecho creo que nunca he tenido la oportunidad de hacer algo así. No llegué a enterarme de qué iban los negocios de Khareem, pero sé que su familia tenía mucho dinero, y estar a solas no era una opción. He estado viviendo entre guardaespaldas, armas y dinero durante toda mi existencia, y por consecuencia con muchos ojos puestos en mí.

Entramos en el hotel, que no es del tipo en el que me hospedaría normalmente, pero servirá para lo que venimos a hacer. El recepcionista nos da las llaves de uno de los dormitorios prestando más atención al dinero que a nosotros, y una vez que nos explica cómo llegar a él, nos dirigimos hasta allí con impaciencia.

Ian abre la puerta de la habitación con dificultad mientras nos comemos a besos, y cuando lo consigue me carga para llevarme adentro con él. Llevábamos tanto sin sentirnos que ahora es como si tuviéramos que recuperar el tiempo perdido, así que comenzamos a desnudarnos el uno al otro casi arrancándonos la ropa. El aire me falta incluso antes de que me penetre a causa de la excitación, y cuando al fin me embiste no puedo acallar mis gemidos. El Adonis me ha cedido el control y se encuentra debajo de mí, dejando que me mueva a mi antojo mientras en sus ojos veo reflejado el placer que le provocho. Sigo recorriendo de arriba abajo con mi sexo su dura erección, y conforme la temperatura va aumentando, mis ganas de estallar de placer también lo hacen.

Una de las manos de mi guardaespaldas abandona mi trasero, y acto seguido la coloca en mi espalda para ayudarse a cambiar de postura. Ahora soy yo la que está debajo, aunque tumbada, y es Ian el que lleva el ritmo de las embestidas. Me aferro con los dedos a las sábanas, notando que mi orgasmo se aproxima, y grito su nombre unos segundos antes de correrme, pero el Adonis se me adelanta y me deja a medias.

Sale de mí, dejando caer su cuerpo a mi lado para recuperar el aliento, y en cuando lo hace se levanta para deshacerse de la gomita.

—¿Esto se debe a la falta de costumbre? —bromeo robándole una carcajada.

—Supongo que sí —admite encogiéndose de hombros una vez que se encuentra a los pies de la cama—, pero tengo toda la noche para volver a acostumbrarme —alega tirando de mi pierna buena para acercarme a él.

Nos dan las seis de la mañana, que es cuando decidimos darnos un baño antes de comer algo y dormir unas horas, y me relajo como no lo había hecho antes. La bañera es sorprendentemente amplia, tanto que cabemos Ian y yo. Podría decirse que es lo mejor de la habitación, así que no desaprovechamos la ocasión.

—He echado de menos tenerte cerca —confiesa sentando tras de mí antes de besarme en el hombro.

—Yo también —admito sintiendo que los besos de Ian suben lentamente hacia mi cuello.

—¿Qué dice en ese tatuaje? —pregunta desatendiendo completamente la excitación que provocan en mí sus besos.

—¿Cuál de todos ellos? —espeto recorriendo con mi mano los que tengo cercanos a la zona por donde han pasado sus labios.

—Este —me indica sujetándome del brazo para poner mi muñeca frente a mí.

—Es el nombre del que era mi marido en árabe —anuncio con tristeza después de dejar escapar un largo suspiro.

—¿Y, qué hay debajo?

—Una cicatriz, como en los otros —respondo tajante para que no ahonde más en el tema.

—¿Te casarías de nuevo? —inquire cogiéndome totalmente por sorpresa.

—No es algo que entre dentro de mis planes. Lo hice una vez y por obligación, y aunque la cosa entre Khareem y yo fuera bien, no es una experiencia que me gustaría repetir —sentencio con total frialdad—. Y tampoco creo que un papel deba imponerte con quien tienes que estar.

Pasan unos minutos mientras Ian asume la información que acabo de darle, y en cuanto vuelve en sí me avasalla con más preguntas.

—¿En la otra muñeca pone lo mismo?

—Sí, es el mismo nombre, aunque pertenecen a personas diferentes —contesto tocando el tatuaje de principio a fin con la yema de mis dedos.

—¿A quién corresponde el otro? —inquieta causando que mi cuerpo se tense.

Este es un tema tabú para mí. No me gusta hablar de él ni mucho menos que nadie me pregunte al respecto. Me incomoda muchísimo, pero intuyo que tengo que empezar a contarle ciertas cosas a Ian para que lo nuestro funcione. Es lo que siempre me han aconsejado los psicólogos por los que he pasado, y si no lo he hecho antes es porque no he encontrado al adecuado para hacerlo.

—Por petición mía —comienzo a decir con dificultad—, tras casarme con Khareem nos fuimos a vivir lejos de mi padre. Éramos muy felices y nos queríamos, y por supuesto nuestro amor acabó dando frutos —confieso haciendo una pausa—. Ese viaje en el que él murió lo hicimos a los siete meses de embarazo para darles la noticia a mi abuela y a las esposas de Sharaf con las que compartí mi infancia y parte de mi adolescencia, pero nunca llegamos a nuestro destino. Ese día perdí a mi marido, al niño que llevaba en mis entrañas, y también la capacidad de poder tener más. Y este es el nombre que habíamos elegido para él —concluyo con la voz quebrada

—Sam... —murmura con tristeza envolviéndome con sus brazos para pegarme a él—, lo siento.

Me abraza el tiempo suficiente como para hacer que me sienta un poco mejor, y me reconforta más que cualquier palabra de ánimo. No necesito que nadie me diga que me entiende o que ha pasado por lo mismo que yo, porque no sería verdad. Cada persona es un mundo y sentimos las cosas de manera diferente, al igual que no todos afrontamos ni nos recuperamos de los problemas de la misma forma.

Salimos de la bañera, y tal y como habíamos acordado, comemos algo rápido antes de regresar a la cama. Cuando nos acostamos los primeros rayos de sol están entrando ya por la ventana, pero Ian se encarga de cerrarla para que no se cuele la luz en la habitación. Me tumbo boca arriba, con la esperanza de poder descansar un poco, y el Adonis apoya su cabeza en mi pecho, que es donde se queda dormido mientras acaricio su espalda con mis uñas.

Embriagada por el olor de Ian, y con el cuerpo anestesiado después de tanto sexo, consigo conciliar el sueño al fin, y lo hago sin temor a que alguien nos descubra.

Duermo plácidamente, recibiendo todo el calorcito que desprende el cuerpo del Adonis, hasta que este se va y me abrazo a la almohada para seguir durmiendo. No sé a dónde ha ido, aunque con lo cansada que estoy no es algo

de lo que vaya a preocuparme. De lo que sí me percató es que transcurre bastante tiempo desde que se marcha hasta que vuelve a entrar por la puerta.

—Samantha —susurra tambaleándome suavemente para que despierte.

Abro los ojos poco a poco, esperando a que se acostumbren a la claridad que entra por la ventana que ahora está abierta, y cuando dirijo la mirada hacia Ian, lo encuentro en el borde de la cama más cercano a mí con una rodilla hincada en el suelo.

—Tengo que proponerte algo —anuncia mientras me quedo sin respiración.

Capítulo 19

La rodilla de Ian continúa pegada al suelo. Está esperando a que yo reaccione, pero lo único que puedo hacer es mirarlo con el ceño fruncido aunque por dentro me esté carcomiendo el pánico.

—¿Y, bien, cuál es esa propuesta? —consigo proferir.

Justo en ese instante es cuando se mira a sí mismo y cae en la cuenta de lo que he estado imaginando en mi cabeza desde que he abierto los ojos. Se pone de pie velozmente, e intenta aclararme con nerviosismo que no es nada de lo que estoy pensando.

—Tranquila, lo dejaste bastante claro antes —alega con media sonrisa.

—¿Vas a decirme ya de qué se trata? —le apresuro intrigada.

—¿Por qué no te olvidas de Sharaf y volvemos a Las Vegas? Podríamos hacer las maletas y llevarnos a Raissa, Allyson y a mi hija de vacaciones — sugiere sentándose a mi lado.

Dejo que pasen unos segundos antes de contestar, ya que mientras tanto estoy intentando encontrarle la lógica a lo que me está pidiendo, pero no la hallo.

—No —contesto tajante.

—También podemos irnos solos tú y yo —añade intentando engatusarme.

—No es por el viaje, Ian. Llevo soñando con la muerte de mi padrastro desde la primera vez que me puso la mano encima.

—Ya sé que te lo he preguntado antes, ¿pero no tienes miedo de que salga mal? Pueden morir muchas personas, incluso se podría desatar una guerra — sentencia alzando mi mentón con su mano para que lo mire a sus ojos grises.

Eso me hace reír, y esta vez es él quien se siente confuso por mi reacción.

—Mi respuesta no ha cambiado. Si tengo miedo es a que salga bien. En cuanto todo el sentimiento de venganza que me reconcome por dentro desaparezca vendrá otro nuevo, y no sé si estoy preparada para afrontarlo — admito retirando su mano.

Y eso da pie a una discusión en la que el Adonis me expone diferentes argumentos estúpidos para que dé marcha atrás y en la que yo se los rebato con el más mínimo esfuerzo. No entiendo a qué viene tanta perseverancia, pero

estoy empezando a perder la poca paciencia que tengo.

—No vas a convencerme de lo contrario, así que estás gastando saliva en vano —le advierto destapándome para bajar de la cama.

—Está bien, voy a contarte algo aunque es a Nathan a quien le corresponde hacerlo —declara reteniéndome a su lado.

—Te escucho —concluyo volviendo a sentarme frente a mi guardaespaldas.

Los segundos pasan y el susodicho se mantiene en silencio. El gesto le cambia a uno todavía más serio, y mis latidos se aceleran a causa de la incertidumbre.

—Tu padre no es un traficante de armas ni nada de lo que te haya hecho creer él —empieza a decir con delicadeza—, sino que todos estos años ha estado trabajando para la CIA.

—Por supuesto —afirmo tras unas cuantas carcajadas—. ¿De dónde has sacado eso?

—De mis superiores —responde sin dudarlo ni un segundo—. Yo estoy aquí porque comenzó a difundirse el rumor de que Nathan había cambiado de bando. El tiroteo que llevaron a cabo los turcos con las armas de tu padre nos puso en alerta, puesto que la noticia llegó a nuestros oídos antes de que él mismo nos lo comunicara. Otro de sus contactos que nos tenía preocupados era Harvey —adiciona haciendo una pausa—, pero ya he puesto al corriente a mi gente que es cosa de Leah —prosigue sin perder el gesto de seriedad de su cara—. Y el detonante para que Ginebra me enviara a mí fue la llegada de Sharaf a Las Vegas.

—Espera un segundo, ¿qué tiene que ver Ginebra en todo esto? —espeto sin creerme nada de lo que está diciendo.

—Su obsesión por tu padre llega más lejos de lo que imaginas. Quiere verlo caer, y cada vez estoy más seguro de que es ella quien lo está tergiversando todo para que parezca culpable. Quedó claro que no tenéis nada que ver con los turcos en el momento en el que os atacaron a Helena y a ti, y ahora también sabemos que los problemas que se originan aquí son a causa de la hermana de Harvey y no de él bajo el consentimiento de tu padre, así que solo nos queda la parte de Sharaf —puntualiza buscando mis manos para entrelazarlas con las suyas—. Si tu padrastro muere Ginebra habrá ganado.

En mi cabeza sigo intentando encontrar alguna explicación para esto, y por más vueltas que le doy solo llego a la conclusión de que es una broma de mal gusto.

—De acuerdo, he de admitir que tienes buena imaginación, pero se acabó

la broma, Ian.

—¿Crees que me lo estoy inventando? —inquire con indignación—. Estuve un mes vigilando cada movimiento de Nathan y de su equipo, Samantha. Las órdenes eran observarlos en la distancia, y de pronto apareciste tú con ellos en ese restaurante y me vi obligado a interceder para que no te hicieran daño. Fue la primera vez que te vi junto al grupo.

Es cierto que antes de ese día había estado una temporada sin salir de la mansión para ponerle el punto y final al último trabajo del máster, pero aun así nada de lo que dice tiene sentido.

—Eso no demuestra nada —replico envolviéndome en la sábana para tapar mi desnudez.

—Demuestra que me importas. Te he estado protegiendo desde entonces, Sam, y todo esto te lo estoy contando por la misma razón —sentencia fulminándome con la mirada—. Si matáis a Sharaf será Nathan quien tenga que rendir cuentas frente a nuestro gobierno, y tendrá que cambiar esa enorme casa por unos barrotes oxidados. ¿Qué crees que pasará con Raissa y contigo entonces? —añade sujetándome por los hombros.

—Si todo eso fuera verdad te diría que Nathan es dueño de su destino y que mi abuela estará en la residencia hasta su último respiro —asevero abandonando la cama—, y lo que me depare a mí el futuro no es algo que me preocupe.

—A mí sí —reprocha.

Eso me hace sonreír después de tanta confusión, pero no estoy dispuesta a hacérselo saber. Me está tocando las narices con este asunto, y no sé si no le creo porque no tiene consistencia lo que dice o porque algo dentro de mí no quiere hacerlo.

—¿Hay algo más que quieras confesar? —insinúo mientras busco mi ropa.

Lo veo asentir por el rabillo del ojo, y se toma un tiempo de reflexión antes de responder.

—No es casualidad que Ginebra me recomendara a mí para hacer este trabajo. Es la madre de Maya, y pretendía tenerla cerca y con suerte quedarse con la custodia si yo moría en la misión —concluye tras tragarse el nudo de su garganta.

Me visto sin proferir ni una palabra mientras el Adonis permanece con la cabeza agachada guardando silencio, y una vez que termino camino hacia el lado de la cama donde se encuentra y llevo mi mano a su mentón para alzarlo y que me sostenga la mirada como él ha hecho antes conmigo.

—Esto está empezando a perder la gracia, así que más te vale convencerme de que no es cierto si no quieres que apriete el gatillo —le increpo sacando la pistola de la funda para hacerle ver que no estoy de farol.

—Me temo que vas a tener que disparar, Sam —anuncia levantando las manos a la altura de los hombros.

—¿Ahora eres tú el que no me cree? —le increpo quitándole el bloqueo al arma.

—Hazlo —me apremia desafiante.

Mantengo la pistola cargada apuntando hacia él, y el pulso no cesa de temblarme cuando pasa por mi mente la imagen de Ian con una bala en el pecho. La respiración se me acelera, y la cabeza comienza a darme vueltas. Incluso las ganas de vomitar afloran en mí, pero logro contenerme. Todo esto me está cogiendo por sorpresa, y ni siquiera sé cómo debo reaccionar. Está claro que estoy enfadada por habérmelo ocultado durante este tiempo, pero ahora estoy empezando a cabrearme también conmigo misma al verme incapaz de apretar el gatillo.

Ian me escruta con la mirada de arriba abajo, expectante a mi próximo movimiento, y como no llega decide tomar cartas en el asunto. Sujeta firmemente con una mano el brazo en el que tengo la pistola, y con la otra agarra el arma y se la pega al pecho mientras se va levantando de la cama.

—Te aseguro que si disparas no será la bala la que parta en dos mi corazón.

—Entonces dame una buena razón para no hacerlo —le reto mirándolo fijamente.

—¿Qué es lo que me pides exactamente, Samantha, una razón para no matarme o el motivo por el cual no puedes hacerlo?

Los nervios se apoderan de mi cuerpo a un ritmo frenético, y sé que ya no voy a ser capaz de usar el arma, pero aun así me niego a apartarla. Merece un castigo por habernos estado engañando desde el principio, aunque estoy llegando a la conclusión de que no seré yo quien se lo imponga.

—No puedes dispararme porque sientes lo mismo que yo por ti —anuncia como si eso fuera algo nuevo para mí.

Cojo aire, puesto que, aunque eso era más que obvio, oírlo no me ha sentado nada bien, y conforme lo estoy soltando cierro el puño de la mano que me queda libre y lo estampo contra la cara del Adonis. Retiro el puño y lo abro con dificultad. Me duele, y creo que me he causado más daño a mí misma que a él, pero lo que importa es que me he quedado a gusto.

—Supongo que me lo merezco —murmura limpiándose unas gotas de sangre que le resbalan por la comisura de los labios.

—No lo haré porque no voy a permitir que Ginebra ejerza de madre sobre Maya —argumento con la pretensión de excusarme mientras guardo la pistola en su funda—. Y ahora vamos a volver a Las Vegas, pero no porque lo hayas dicho tú —concluyo interponiendo distancia entre nosotros—. Quiero hablar con mi padre de esto.

—Él está al tanto de todo, y si el plan de matar a Sharaf sigue hacia delante es por ti. Tienes que convencerlo para que no lo haga, Sam.

—Eso aún está por ver. Ahora ve a limpiarte eso mientras llamo a Helena para que vaya preparando las maletas —culmino dándole la espalda.

Ian obedece y se mete en el cuarto de baño, y tal y como le he dicho, llamo a la experta en armas para informarle sobre nuestra marcha. Está tan confusa como yo al despertarme esta mañana, y me pide muchas explicaciones, pero no me detengo a dárselas. Mi padre debería subirle el sueldo el día que aprenda a acatar órdenes sin rechistar.

Cuando mi guardaespaldas sale del baño, me indica la hora a la que habrá un avión disponible para nosotros, y también se lo comunico a Helena antes de ponerle fin a la llamada.

Una vez que abandonamos la habitación de hotel y regresamos a la casa de Harvey, nos topamos con Helena, que nos espera en la entrada. Ya le ha hecho saber al francés que nos vamos, y por eso está también junto a la experta en armas. Por su parte tampoco faltan preguntas de porqué esta decisión tan repentina, aunque he evitado responderlas al igual que las de Helena. Hay algo en mí que no se cree que Nathan sea un agente de la CIA, y posiblemente se deba a que si eso es cierto Ian también es uno de ellos, aun así tengo presente que no es conveniente ir divulgando ese dato.

Llegamos al aeropuerto, e Ian se encarga de subir el vehículo al aeroplano mientras la experta en armas y yo conversamos. Mi guardaespaldas ha cometido un gran error al dejarnos a solas, pero eso es algo que no comprenderá hasta llegado el momento. Pasan diez minutos hasta que el Adonis vuelve a reunirse con nosotras, y en cuanto lo hace nos saltamos el control de seguridad, al igual que cuando vinimos, y nos sentamos a esperar la hora que nos queda para el despegue.

—¿Estás bien? —me pregunta el supuesto agente de la CIA intentando entrelazar su mano con la mía.

Deshago rápidamente su agarre y me pongo en pie para caminar de un lado

a otro con el dichoso bastón. Le he perdonado la vida porque sentía que si lo mataba también perdía la mía con él, pero eso no implica que vaya a olvidar que ha estado engañándome desde que nos conocimos. Estoy dudando de sus intenciones hacia mí. Me siento como si me hubiera usado para acercarse a Nathan, y confieso que esa sensación me está haciendo mucho mal. Mi autoestima está por los suelos, y mi inteligencia mermada.

Se va acercando la hora de embarcar con lentitud, y cuando faltan quince minutos cogemos nuestro equipaje de mano para caminar entre la multitud hacia nuestra puerta. Avanzo ayudada por el bastón, haciendo malabares para no tropezar con nadie, y al vislumbrar los servicios a lo lejos sugiero a mis acompañantes hacer una última parada antes de subir al avión.

—Sostén esto mientras tanto —le ordeno a Ian entregándole el bastón—. No tardaré —aseguro dirigiéndome con presteza al baño tras dedicarle a Helena una mirada de complicidad.

Cierro la puerta y me detengo detrás de ella a esperar el momento oportuno para salir. En menos de un minuto mi guardaespaldas empezará a arrepentirse habernos dejado a solas a Helena y a mí.

—¡Seguridad, este hombre lleva un arma! —la oigo gritar a ella a través de la puerta—. ¡SEGURIDAD!

Y no solo una. En su ausencia hemos aprovechado para meter las pistolas de ambas en su maleta, así que aparte del bastón lleva tres pistolas. Tendrá muchas explicaciones que dar a la policía del aeropuerto, y Helena también va a quedarse aquí para cerciorarse de que lo retienen el mayor tiempo posible. Necesito tener lejos a Ian y despejar mi mente antes de hablar con Nathan, y diez horas incomunicada en un avión favorecerán a ello considerablemente. Además, aún no he cambiado de opinión respecto a la muerte de Sharaf, y si todo sigue adelante el Adonis solo será un estorbo.

Cuento hasta diez y es entonces cuando salgo. Helena finge estar histérica mientras los guardas de seguridad reducen a Ian, y yo contemplo la escena fugazmente. Le digo al Adonis que lo siento con el simple movimiento de mis labios, y luego le sonrío triunfante antes de dirigirme sola hacia la puerta de embarque.

Llego a toda prisa hasta el azafato que comprueba los billetes del vuelo que debo coger, y como no hay cola alguna, entro directamente al avión, que al final resulta ser un jet de esos privados. Esto explica la poca gente que me he encontrado para llegar hasta aquí.

El simpático azafato que me ha indicado el camino me acompaña también a

mi asiento, y en cuanto él y otra chica verifican que todo está en orden para despegar, el aeroplano alza el vuelo. Los pasajeros somos tan solo yo y otro tipo que no para de tirarle los trastos a la azafata. Esta se sonroja más de una vez, y él sonríe como un niño pequeño cada vez que lo hace. Eso me hace recordar a Ian, así que intento distraerme con una de las películas de las que disponen en el jet.

La película termina, y cuando lo hace me percato de que los ojos del otro pasajero están ahora puestos en mí.

—Creía que venían dos personas más contigo —dice finalmente al advertir que me he dado cuenta de que me observa.

—No les ha dado tiempo a coger el avión —miento con una sonrisa.

—Yo casi me quedo en tierra también. Por cierto, soy Darren —añade poniéndose en pie para ocupar el asiento que hay a mi lado.

Y a partir de ahí nos envolvemos en una conversación que no parece tener fin. Sin saber muy bien porqué, le cuento mi historia con Ian. No menciono nuestros negocios, pero sí su traición, y este me aconseja desde la experiencia. Aunque por la edad que aparenta tampoco puede ser mucha. Será de la quinta del Adonis.

—Si de algo estoy seguro es de que si estáis hecho el uno para el otro, el tiempo hará que vuestros caminos se vuelvan a cruzar —declara dirigiendo su mirada hacia la azafata.

—¿Lo dices por ella? —pregunto con curiosidad.

—Sí —admite sonrojándose él por primera vez—. Khateryn fue mi primer amor, y si ella me lo permite será también el último.

Sonríe complaciente ante la felicidad ajena, aunque de la chica solo recibo una mala mirada. Supongo que se ha hecho una idea equivocada de esta conversación totalmente fortuita y esporádica, pero no soy yo quien debe sacarla de su error. En cuestiones de pareja no me meto, eso es sagrado.

—¿Qué piensas hacer para que se le quite el cabreo por haber estado hablando conmigo todo este rato? —susurro divertida.

—Tratarla como a una reina, que es lo que se merece —concluye sonriente.

Inevitablemente el Adonis vuelve a pasearse por mi cabeza debido a la manera que tiene de consentirme, y comienzo a echarlo de menos aun con todo lo ocurrido. Pienso en él, en su sonrisa embaucadora, y en lo mucho que me reconfortaría uno de sus abrazos en estos momentos. Y es entonces cuanto también me aborda un sentimiento de odio hacia mí misma, ya que al final va a resultar que estoy enamorándome de él.

Capítulo 20

En cuanto he puesto un pie en tierra, lo primero que he hecho ha sido encender mi móvil. Empezaron a llegarme mensajes a montones de Ian, y alguno que otro de Helena. Leí antes que nada los de esta última para saber cómo acabó la cosa en el aeropuerto de Brasil, y al pasar a los del Adonis noté lo cabreado que está en cada palabra.

Si no he entendido mal, ha estado detenido varias horas, pero lo han dejado ir finalmente. Por suerte el siguiente avión hasta Las Vegas no sale hasta dentro de medio día, así que esa es la ventaja de tiempo de la que dispongo.

En cambio Helena ya está de camino a Marruecos como le ordené. Necesito tener un par de ojos allí cuanto antes para comprobar que Sharaf no tenga un plan distinto al estimado con mi padre.

Lo siguiente que hago es subir todas las maletas al vehículo blindado que traigo de vuelta conmigo. Hace mucho tiempo que no conduzco, ya que normalmente lo hace mi acompañante, así que al principio avanzo con lentitud y toda la precaución que me es posible.

Recorro la carretera solitaria que lleva hasta la urbanización donde está la mansión, y bajo las ventanillas para que me dé el aire de aquí, que es un tanto diferente al de Brasil. Disfruto del trayecto en coche como no lo había hecho nunca, y es cuando caigo en la cuenta de que he prescindido de estos pequeños placeres por el estilo de vida que tengo, al igual que de otros muchos. Y también pienso que podría ponerle remedio a eso dejando atrás Las Vegas y marchándome con Ian y nuestras respectivas familias lejos. Muy lejos. Pero cuando este pensamiento pasa por mi cabeza, piso el acelerador con fuerza para huir de él. Lo único por lo que debo preocuparme en estos momentos es en continuar con el plan.

Llego a la mansión y aparco el coche de mala manera a toda velocidad. Esto alerta a Dereck, Tay y Aaron, los cuales me encuentro tras atravesar la entrada principal. Ninguno tiene la menor idea de qué hago aquí, y menos sola, y yo tampoco hago nada para solventar sus dudas. Los ignoro y subo los escalones de dos en dos hasta la tercera planta. Intento tranquilizarme, respirando pausadamente frente a la puerta del despacho de Nathan, y una vez

que compruebo que va a ser imposible por muchos ejercicios de respiración que haga, envuelvo el picaporte con la mano y lo giro.

Mi padre levanta la mirada de su escritorio y la dirige hacia mí. No parece estar sorprendido de verme aquí, por lo que intuyo que el Adonis lo habrá avisado de mi llegada y también puesto al corriente de todo lo que sé.

—¿Pensabas decírmelo en algún momento? —le increpo cerrando la puerta tras de mí.

—No está en mi mano tomar esa decisión, ni tampoco en la de Ian. Él no debería haberte dicho nada —añade despejando la mesa de papeles como si no pasara nada.

—¿Tampoco fue decisión tuya seducir a mi madre? Seguro que le sacaste bastante información sobre su marido —lo acuso alzando la voz.

—¡Jamás dudes del amor que sentí y que aún siento por ella, Samantha! — exclama levantándose de su silla alterado—. Le fui sincero desde el primer momento, y le prometí una vida diferente si abandonaba a Sharaf para venirse conmigo. Íbamos a hacerlo, de hecho lo teníamos todo preparado para fugarnos, pero entonces supo que estaba embarazada, y pensó que lo mejor para ti sería quedarse con el que creía por aquel entonces que era tu padre.

—Y, ¿por qué no fuiste a buscarla tras saber que mi padre eras tú? — reprocho con lágrimas en los ojos.

—Viajé hasta Marruecos más veces de las que te imaginas para hablar con ella e intentar convencerla, pero después de que nacieras tú, tu padrastro no le quitaba el ojo de encima. Todavía sigo yendo cada año por su cumpleaños para dejarle flores a una tumba donde aparece con el apellido del hombre que la mató —admite con las palabras impregnadas de dolor.

El recuerdo de mi madre me invade, y esto provoca que las ganas de vengarme de Sharaf aumenten. No puedo dar marcha atrás, necesito hacerlo por mi madre, por Khareem, por mi hijo y por todas las personas a las que les ha arrebatado la vida.

—Tenemos que irnos cuanto antes. Que Aaron se encargue de comprar los billetes del primer avión de todo Estados Unidos que salga para Marruecos. Nadie va a impedir que mi padrastro muera antes de la noche de bodas — sentencio totalmente segura—. Tú puedes quedarte aquí si no quieres meterte en problemas con tus amigos de la CIA.

—¿Crees que voy a dejar que vayas sin mí? —pregunta rodeando el escritorio para detenerse frente a mi persona—. No podría volver a conciliar el sueño si también te pierdo a ti, Sam —declara dándome un abrazo.

Al principio no sé qué hacer. Puedo contar con los dedos de una mano estos gestos de cariño que Nathan tiene hacia mí, pero supongo que no hay mejor momento para hacerlo que este, así que se lo devuelvo.

Cuando se separa de mí, le comento la jugarreta que le he hecho al Adonis, y también que Helena se reunirá con nosotros en Marruecos. Y una vez dicho esto, salgo de su despacho en busca de nuestro abogado para pedirle que se ponga a buscar los billetes de inmediato. También localizo a don Musculitos y a Tay, que se ponen manos a la obra al igual que Aaron. No hay tiempo que perder, y se lo he hecho saber a los tres.

Preparamos las armas y la ropa que tendrán que vestir ellos durante los eventos, esos mismos que yo observaré desde la distancia, y afortunadamente mientras tanto Aaron da con un vuelo que sale en seis horas desde Los Ángeles. Solo tenemos que desplazarnos hasta allí en coche, y llegaremos con una hora de antelación si salimos en unos treinta minutos.

Nathan y Aaron se adelantan, y el resto nos pasamos a recoger a Bashira. La llamé hace un buen rato para avisarla del viaje, así que ya estará esperándonos. Dereck conduce, Tay ocupa el asiento del copiloto, y yo iré detrás junto a la pretendiente de Sharaf en cuanto se una a nosotros.

—Id a por ella y traeros su equipaje —les ordeno a ambos una vez que don Musculitos estaciona el Conquest Knighth XV en la entrada de su casa.

Me acomodo, preparándome para el largo trayecto que nos queda por delante, y segundos después el sonido de un teléfono hace que me sobresalte. No es el mío, ya que no es el mismo sonido, pero tengo claro que provenía de dentro del coche. Comienzo a buscarlo, y no doy con él hasta que suena por segunda vez. Estaba bajo el asiento del conductor, por lo que deduzco que se le habrá caído a Dereck al bajarse.

La pantalla está iluminada, así que puedo ver parte de los mensajes que le están llegando. No tiene guardado el número en la agenda, pero por el contenido parece que se conocen. Dice algo de estar en un tren camino a alguna parte y le da las gracias por todo lo que ha hecho por ella.

Sé que no debería hacerlo, pero la curiosidad me mata, así que decido realizar una llamada a ese número. Se oyen dos pitidos, y al tercero alguien contesta.

—¿No decías que era mejor hablar a través de mensajes? —pregunta una voz femenina desde el otro lado de la línea.

—¿Bashira? —escupo incrédula.

Acto seguido, la llamada finaliza. Esto me ha cogido totalmente por

sorpresa. ¿A dónde se dirige Bashira?, y lo más importante, ¿por qué se están escribiendo Dereck y ella?

Cuando logro reaccionar, acudo velozmente a la bandeja de entrada, y leo por encima todos los mensajes que han intercambiado. Ese imbécil es el que se ha encargado de abastecer la nevera y la despensa de Bashira en mi ausencia, y se ha ocupado también de que tema por su vida hasta tal punto de salir huyendo en el momento indicado.

Me bajo del automóvil con el teléfono en una mano y mi pistola en la otra. Camino hasta la casa apuntando al frente con el arma, y me detengo al toparme con don Musculitos.

—¿Dónde está? —digo en voz alta para que se gire a mirarme.

—No la encontramos —miente antes de vislumbrar que lo tengo en el punto de mira—. ¿Qué haces? —escupe confuso.

Ni siquiera la respondo, puesto que está más que claro lo que estoy haciendo, pero le lanzo su móvil, y así es como empieza a atar cabos.

—Voy a preguntártelo solo una vez, y espero que digas la verdad. ¿Por qué?

—No sé de qué estás hablando, Sam, pero deberías bajar el arma y...

Aprieto el gatillo tras ladear la pistola para que la bala solo le roce el hombro, y Tay acude corriendo hasta la habitación donde estamos presa del pánico.

—¿Qué ocurre?, ¿va todo bien? —pregunta sacando también su arma.

—Eso mismo estoy intentando averiguar —admito sin quitarle los ojos de encima a don Musculitos—. Solo vas a tener otra oportunidad, Dereck ¿por qué lo has hecho?

—Ginebra me dijo que lo hiciera —confiesa molesto por haber sido descubierto.

—¿Desde cuándo sigues órdenes de esa policía? —le increpo sintiendo cómo la sangre me arde cada vez que nombran a esta mujer.

—Desde que me prometió que podría quedarme con todo lo de Nathan si la ayudaba a quitárselo de en medio.

Respiro profundamente un par de veces para no volver a hacer funcionar el arma en repetidas ocasiones contra su pecho, y opto por dejarlo vivo por el momento. No tenemos tiempo para entretenernos si queremos coger ese avión, aunque sin Bashira tampoco hay plan.

—Ve a por algo para atarlo, Tay.

Me quedo inmóvil manteniendo la pistola con firmeza mientras Tay

obedece y continuó pensando en las distintas alternativas que tenemos para solventar lo de la pretendiente de Sharaf, y lo cierto es que solo se me ocurre una. Es prácticamente imposible que encontremos a alguien similar a ella en tan poco tiempo, como lo es que aprenda todo lo que debe saber para que salga bien. Así que, si no es la propia Bashira la que va a hacerlo, tendré que ser yo.

Tay se toma la libertad de traer una silla consigo para dejar a Dereck atado a ella, y cuando termina enfundo el arma, pero no desaparecen las ganas de usarla contra don Musculitos. Evito pensar en el topo e ignorar sus quejidos mientras guardamos la ropa que iba a emplear Bashira en Marruecos, y antes de irnos me acerco a él para comprobar que no pueda moverse.

—Vas a quedarte así hasta que me apetezca contarle a los guardias de afuera dónde estás, así que espero que hayas cubierto todas tus necesidades recientemente —murmuro pegada a su oreja.

—No puedes dejarme aquí, Samantha. Estoy herido —alega revolviéndose en el sitio.

—No creo que te mueras por un rasguño —puntualizo haciendo presión en la herida con dos dedos.

Dereck gruñe dolorido, y se desespera tanto al verme marchar que incluso me ofrece un trato, pero me importa tan poco que no llego ni a escucharlo.

—¿Qué vamos a hacer con él? —inquire Tay una vez que regresamos al coche.

—Ya se me ocurrirá algo —respondo abrochándome el cinturón—. Ahora preocupémonos de coger ese vuelo.

El viaje serán casi cinco horas en coche y de corrido. Este imprevisto nos ha retrasado más de la cuenta, así que ni siquiera tendremos ocasión de parar a descansar. Lo único bueno de todo esto es que voy a tener tiempo suficiente para pensar en qué medida nos ha llegado a perjudicar la traición de Dereck, y también las consecuencias que deberá acarrear por haberlo hecho.

Hacemos la mitad del camino, y es entonces cuando comienzo a insistirle para que me deje conducir a mí. No es bueno estar tantas horas al volante, y lo último que queremos es tener un accidente.

Una vez que llegamos al aeropuerto Tay se ocupa de llevar el coche hasta la bodega del avión, y yo aprovecho para realizar mi llamada diaria a Raissa. Desde que me fui a Brasil no ha pasado ni un solo día en el que no la llame, aunque no todas las veces puedo hablar con ella, y cuando lo hago son apenas cinco minutos. Está muy rara, y la única razón que se me ocurre es la presencia

de Sharaf en Las Vegas. Desde que tuvimos noticias de él, su comportamiento cambió radicalmente.

Pasamos rápidamente el control de seguridad a pocos minutos de que nos cierren la puerta de embarque, y salimos corriendo a toda prisa hacia esta. Llegamos sudados, pero justo a tiempo. Lo hemos pasado mal para llegar hasta aquí, pero a mí aún me queda la peor parte. Explicarle a mi padre que voy a ocupar el lugar de Bashira.

—¿Y los demás? —pregunta nada más vernos llegar.

—Siéntate —le aconsejo dirigiéndome hacia él—, vas a necesitarlo.

No es un viaje agradable, puesto que Nathan no ha parado de decirme lo peligroso que es el que yo sea la pretendiente, pero no logra hacerme desistir. Él ya no quiere saber nada de ningún plan ni de Sharaf, y alega que no quiere entregar mi vida a cambio de la de este. Joder, si le ha faltado poco para obligar al piloto a dar la vuelta al maldito avión.

—Morirá antes de que llegue a descubrirme —le aseguro entre susurros—, y estaremos de vuelta en menos de dos semanas si le insistes en adelantar la firma del contrato y todo lo demás.

Es bastante improbable que mi padrastro me reconozca con la ropa que habíamos preparado para Bashira. Está todo dispuesto para que solo se muestre la zona de los ojos, y eso se arregla con unas lentillas del mismo color que le proporcioné a ella y maquillaje para igualar el tono de piel. Lo difícil va a ser que el timbre de mi voz se asimile al suyo, pero lo restante está bajo control. Primero tendremos que acudir a la mezquita para formalizar el matrimonio, y luego viene la semana de celebraciones en la que tendré que suministrarle pequeñas dosis de ricino. No llegará al séptimo día, y después de eso su nueva esposa desaparecerá. Nadie sabrá quién es ni podrá buscarla, porque Aasiyah no existe.

Aterrizamos en Marruecos siendo casi de noche. Con tanto viaje he perdido la noción del tiempo, pero Helena, que ha venido a recogernos al aeropuerto, resuelve mi duda. Van a ser las ocho y media.

La ausencia de Dereck y Bashira llama su atención en cuanto ve que solo somos cuatro, y de camino al hotel le informo de las novedades. También se muestra reticente con que yo la reemplace, pero si Nathan no me ha hecho cambiar de opinión, Helena tampoco lo va a conseguir.

Al llegar al hotel nos repartimos las habitaciones por parejas, excepto mi padre que dormirá solo. Los tres cuartos son contiguos, por lo que el lugar idóneo para reunirnos es el dormitorio de en medio, que pertenece a mi padre.

Me retiro junto con Helena a nuestra habitación, y tras darme una ducha rápida nos dirigimos a la de Nathan. Ahí será donde cenemos en grupo y ultimemos los detalles del plan a seguir, aunque en realidad eso es algo que está más que claro. La única razón por la que mi padre quiere repasar cada paso que debemos dar es por mí. Cuando creía que Bashira iba a ser quien se casara con Sharaf respiraba tranquilo, y tenía total seguridad en sí mismo y en lo que hemos orquestado, pero ahora todo ha cambiado.

Regresamos a nuestros respectivos cuartos unas horas después, y Helena se va directamente a la cama. Ni que fuera ella la que se ha comido hoy alrededor de veinte horas de avión.

Doy vueltas en la cama por culpa de los nervios, que sorprendentemente no me los causa mi padrastro, sino Ian, y cuando ya no puedo seguir más tiempo tumbada, salgo a la terraza a tomar el aire. Esta está conectada a la del dormitorio de Nathan que a su vez también está unida a la de Tay y Aaron. Por suerte a estas horas no hay nadie despierto y puedo deleitarme con el paisaje en soledad. Este lugar es precioso, pero no he tenido el placer de disfrutarlo porque el odio hacia Sharaf me tenía y tiene cegada.

El Adonis vuelve a pasar por mi cabeza, y también el deseo de tenerlo aquí conmigo. Desde que lo conocí no se ha separado de mí más de un día, y se me hace raro no tenerlo a mi lado. Continúo pensando en él y en la conversación que tuvimos la noche que pasamos en el hotel de Brasil, y no sé cómo, pero cuando reacciono tengo el móvil en la mano realizando una llamada a Ian.

—¿Samantha? —pregunta sin disimular su asombro.

—Siento lo del aeropuerto, pero lo volvería a hacer si me viera en la misma situación —admito dudando aún de si esta llamada ha sido buena idea.

El agente del gobierno permanece en silencio, pero sé que sigue ahí porque escucho su respiración, así que prosigo.

—Encontré al fin a ese topo al que hacía alusión Dereck, y resulta que es el cómplice de Ginebra. Está a buen recaudo en la mansión con los de seguridad, pero quizás necesite un médico —insinúo sabiendo que él ya habrá llegado a Las Vegas.

—¿Quién es? —inquire curioso.

—Dejaré que lo descubras por ti mismo.

—Y, ¿cómo has sabido quién era?

—Bashira se ha fugado, y ha intercambiado unos mensajes con él que he leído yo —confieso intuyendo que no le va a hacer gracia el resto de la historia.

—¿Has cancelado la muerte de Sharaf? —dice con esperanza.

—No.

—¿Quién va a ocupar el lugar de Bashira entonces? —escupe empezando a impacientarse.

Ahora soy yo la que guardo silencio y eso lo saca de quicio, pero si no quiero contestarle es porque sé que la respuesta no va a gustarle.

—¡Samantha! —exclama exigiéndome que hable mientras golpea algo a su alrededor.

—Su sustituta seré yo —musito finalmente tras dejar escapar un largo suspiro.

—No —añade rápidamente—, no puedes hacerlo tú. Por favor, Sam, no lo hagas —me ruega superado por los nervios.

—La decisión está tomada, Ian —sentencio tajante—, pero me encantaría hacer ese viaje contigo cuando todo termine si aún quieres.

Cuelgo sin dejar que diga nada más, ya que todo será en vano, y apago el teléfono. Seguramente insistirá en hacerme cambiar de opinión, pero ya es tarde para retractarme. Sharaf ha dado el visto bueno a que la firma del contrato sea mañana, así que nos falta poco para adentrarnos en la boca del lobo. Ya solo nos queda hacer bien nuestro trabajo para salir de ahí con vida.

Capítulo 21

Hoy es el principio del fin. Sharaf no sabe que en unas horas va a contraer matrimonio con su propia muerte, pero se dará cuenta del error que ha cometido en su último aliento. Es irónico que vaya a morir a causa de la misma flor que más abunda en todo su jardín, pero eso causará confusión en el momento de esclarecer quién ha sido el que le ha proporcionado esas dosis.

Apenas he dormido en toda la noche, así que el maquillaje extra que debo aplicarme para oscurecer el color de mi piel algunos tonos no va a venirle nada mal a mis ojeras. Helena me ha echado una mano con el maquillaje, y se ha encargado de cubrir todos mis tatuajes. No cree que sea necesario, pero más vale prevenir. En lo que respecta a mi voz no he tenido que hacer nada, ya que con tanto cambio de temperatura he cogido algo de frío, y de un timbre agudo he pasado al nasal.

Dejamos el hotel a las doce, después de que Nathan nos haya vuelto a repetir cada paso a seguir, y nos dirigimos en los coches blindados a la mezquita donde firmaremos el contrato nupcial.

—Si te arrepientes solo tienes que decirlo y daremos marcha atrás — insinúa la experta en armas una vez que aparece ante sus ojos la mezquita.

Asiento, y continúo observando por la ventana los lugares que solía recorrer cuando era pequeña. No sabía que lo había echado de menos, pero ese es el sentimiento que me invade ahora mismo. Volver aquí también me recuerda a mi madre, y antes de que alguna lágrima me traicione, aparto la vista y me centro en lo que he venido a hacer.

Tay aparca el vehículo junto al de Aaron, y tras bajarnos todos, nos encaminamos al interior del enorme edificio. Las piernas me tiemblan un poco al principio, pero en cuanto veo a Sharaf el odio se hace dueño de mí, y todas las posibles dudas desaparecen. No voy a permitir que vuelva a hacerme daño a mí ni a nadie más.

El tiempo transcurre con lentitud, y maldigo cada segundo que paso cerca del hombre que mató a mi madre. Esto es toda una tortura para mí. El imán marca el ritmo de la ceremonia con las lecturas y demás cultos que se rinden en estos casos, y hasta mi padre da un pequeño discurso deseando un buen futuro

a los novios. Eso me hace reír, aunque lo hago por dentro. Llega el momento de firmar el dichoso papel, y la pluma se desliza por mis dedos a causa del sudor. Mirándolo de otro modo, contribuirá a que Sharaf no reconozca mi letra, así que me animo finalmente a hacerlo.

Damos por finalizada esta etapa de la boda, y cuando nos disponemos a regresar al hotel, Sharaf nos intercepta.

—¿Tenéis planes para comer? —pregunta mirando fijamente a Nathan.

—No —añado rápidamente pensando en que cuanto antes comience con las dosis de ricino, antes acabará esta tortura que es tenerlo cerca.

—Cuando te hable a ti te lo haré saber, mientras tanto guarda silencio —me ordena con desprecio desviando la mirada de mi padre a mí para fulminarme con ella.

Lo primero que me pasa por la cabeza es que escupirle en la cara no estaría de más, pero como tantas otras veces, logro contener mi rabia hacia él.

—¿Y bien? —apremia a Nathan para que le dé una respuesta.

—No, como ha dicho Aasiyah, no tenemos planes —le confirma sin disimular del todo la indignación que siente por cómo me ha hablado.

—Siendo así, os invito a comer a mi casa. Quiero que conozcas a alguien, Nathan. Te caerá bien, tenéis varias cosas en común —anuncia conforme en su boca se va dibujando una sonrisa plagada de maldad.

—Vamos entonces —concluye mi padre movido ya por la curiosidad.

Nos ponemos en marcha, pero antes hacemos una parada en el hotel a por el aceite de ricino. Le pregunto a mi padre cuando tengo ocasión sobre la persona que Sharaf quiere presentarle, y todo apunta a que se trata de negocios. Pretenderá enterrar el hacha de guerra como ha hecho Nathan al ofrecerle otra esposa.

Tras veinte minutos llegamos a la casa donde me crie atormentada por mi padrastro, y también en la que vi morir a mi madre, así que no son buenos recuerdos precisamente los que me evocan este lugar. Nos abre la puerta Ghaada, una de las mujeres de Sharaf, y la acompaña Sahira, que es una de las hijas de esta. En total mi padrastro tiene tres con ella, y si a eso le sumamos las hijas de las otras tres esposas, llegan a las ocho niñas. La maldición de Sharaf por no respetar a las mujeres ha sido estar rodeado de ellas siempre. Todavía no ha nacido hijo barón que herede sus negocios, y eso lo consume poco a poco. Tal vez esa sea la razón por la que accedió a casarse con Aasiyah.

—Salam Alaikum —nos saluda Ghaada.

—Alaikum Salam—respondemos uno a uno mientras vamos entrando.

La sonrisa de esta mujer nunca desaparece de su boca, ni con todas las cosas malas por las que Sharaf la ha hecho pasar. Es increíble el aguante que tiene, ya que es la primera esposa de mi padrastro y aún sigue a su lado. Mi madre fue la segunda, y según me contaron es la mujer a la que mejor ha tratado en su vida, hasta que nací yo.

Su primera hija es mayor que yo, así que ya tenía experiencia con los bebés cuando yo vine al mundo, y para mí ha sido como mi segunda madre. Por eso mismo tengo que reprimir las ganas que tengo de abrazarla.

—Pasad y sentaos, la comida estará lista en unos minutos—dice en árabe.

Mi padre se lo traduce al resto del equipo, y acto seguido nos dirigimos al gran comedor. Esta casa es algo más grande que la mansión, aunque es lo normal cuando debe alojar a tantas personas.

Tomamos asiento alrededor de la mesa en la que ya nos espera mi padrastro con unos cuantos hombres de su confianza, y una vez que nos unimos a ellos comienzan a traernos bandejas llenas de comida.

No transcurren ni cinco minutos, y el timbre de la puerta retumba en toda la casa. Veo a Ghaada pasar por el pasillo que lleva a la entrada, y yo solo me hago una pregunta. ¿Será la persona que Sharaf quiere que mi padre conozca?

Me impaciento por saber quién es, pero mi impaciencia se convierte en puro nervio cuando vislumbro los ojos grises de Ian. Se queda de pie unos segundos, observando a todos los asistentes, hasta que mi padre le indica que se siente con una mano mientras que con la otra me sujeta del brazo.

—Va a arruinarlo todo—le advierto en voz baja.

Nuestro anfitrión también ha notado que se nos ha unido un nuevo miembro, pero está tan ocupado presumiendo de sus posesiones que ni siquiera saluda al recién llegado.

—No te preocupes, no va a hacer nada. He sido yo quien lo ha hecho venir—admite en el mismo tono.

—¿Por qué razón ibas a hacer eso?

—Te lo explicaré más tarde—culmina volviendo a su plato.

No sé a qué viene tanto misterio, pero no me gusta nada. La aparición del Adonis aquí solo complica las cosas, ya que nuestros intereses y los de él son bien distintos.

Todos comen y disfrutan de los manjares que han preparado las mujeres de Sharaf, excepto yo, que al verme obligada a destaparme parte de la cara, he optado por no hacerlo. Ian no me quita los ojos de encima, y en cualquier otra

situación estaría encantada, pero aquí solo le va a causar problemas si mi padrastro se percata de las miraditas que me dedica.

—¿Conoces el mito de Tisbe y Píramo? —inquire Nathan una vez que verifica que todos los asistentes están distraídos en sus cosas.

—¿El de los enamorados que hablaban a través de una pared y que incluso inventaron un lenguaje propio para comunicarse entre ellos? Mamá me contaba esa historia de pequeña —añado dejando escapar un suspiro al recordar momentos como ese.

—Ella decía que le recordaba a nosotros, y que nuestra pared era Sharaf —anuncia con añoranza—. Por eso la discoteca lleva su nombre.

—Me parece un gesto precioso por tu parte, pero no entiendo a qué viene esto ahora —admito algo confusa.

—No quiero que se repita la historia —puntualiza desviando la mirada de mí hacia Ian.

—No sé a qué te refieres —alego fingiendo no saber nada.

—No soy idiota, y aún con mis años todavía no me falla ninguno de mis cinco sentidos —declara con total entereza—. Además, anoche oí la conversación que tuvisteis por teléfono, y sé que él es el único capaz de hacer que cambies de opinión.

—¿Por eso le has dicho que venga? —le recrimino intentando mantener la compostura—. ¿No podías esperar a que llegásemos al hotel para organizar esta encerrona?

—Esa era la idea hasta que le dijiste a Sharaf que no teníamos planes para comer, e Ian no estaba dispuesto a esperarte allí sentado.

Doy la charla por finalizada, me pongo en pie, y con la excusa de ir al servicio desaparezco del comedor. Camino despacio por los pasillos, analizando cada detalle de las paredes, los muebles y el suelo. No ha cambiado mucho desde que me fui. Dejo el cuarto de baño detrás, y continúo andando hacia la cocina. Los invitados ya han comido, y se acerca la hora del té, que será donde vierta el ricino. Le ofreceré a Sharaf servírselo yo, y le proporcionaré la primera dosis delante de sus narices mientras le relleno el vaso.

Diviso la cocina al fondo, y aligero el paso para llegar. Desafortunadamente, el Adonis me intercepta antes de alcanzar el final de mi trayecto, y me sujeta del brazo con fuerza, pero no dice ni una palabra.

—¿Qué haces aquí? —escupo empujándolo hasta una habitación vacía.

—Pues no lo sé muy bien, porque no hace mucho he visto cómo te casabas

con otro y lo normal hubiera sido que saliese corriendo en dirección contraria, pero aquí me tienes —sentencia con inquietud.

—Nada de lo que has visto es real, Ian.

—Aun así es una escena difícil de presenciar —confiesa dejando ver el dolor en sus palabras.

—¿A qué has venido? —le increpo con el corazón desbocado—. No hay nada más que puedas decirme para que retroceda con todo esto.

—Estoy aquí porque te quiero, Samantha, y porque creo firmemente que lo mejor para ti es que regreses a Las Vegas sin quitarle la vida a nadie —asevera entrelazando sus manos con las mías.

Mis latidos se aceleran aún más cuando esas dos palabras salen de su boca, pero tal y como llevo haciendo durante tanto tiempo, retengo en mí todos los sentimientos que quieren salir al exterior para continuar con mi cometido.

—¿Por qué estás empeñado en que no lo mate?

—No te insisto para que no lo mates a él, sino para que vivas tú, Sam —. ¿Por qué no te entra eso en la cabeza de una vez? Yo lo odio tanto como tú por lo que te ha hecho, pero este no es el camino.

—¿Y tú cuándo vas a comprender que no me importa lo que me pase con tal de que Sharaf muera?

—Eso no es cierto —asegura con una sonrisa complaciente—. De ser así no harías planes de futuro, como querer ir conmigo de vacaciones cuando esto acabe.

No añado nada más, porque acaba de desarmarme el argumento, pero él si tiene algo que decir.

—Por favor, Samantha —me ruega soltando mis manos para retirar el velo de mi cara—, hazlo por mí —agrega elevando mi mentón y así besarme.

—No puedo —susurro con un nudo en la garganta cuando me deja recobrar el aire.

—Déjame que haga justicia a mi modo, te prometo que si en unos meses no lo he conseguido lo mataré yo mismo. Por favor, Sam —suplica una vez más antes de volver a besarme.

Creo que me convenció desde que dijo que me quiere, y sus besos solo hacen reforzar esa idea, pero estoy intentando resistirme a darme por vencida por encima de todo.

—Ian...

No me da tiempo a terminar la frase cuando de pronto se abre la puerta que mantenía nuestra privacidad, y la persona al otro lado no es ni más ni menos

que la primera esposa de Sharaf. Permanece petrificada observando la escena, y saca sus propias conclusiones. Mi cuerpo y el del Adonis están completamente pegados, y este también tiene envuelta mi cintura con sus manos. La mujer se dispone a marcharse sin proferir ni una palabra, pero llamarla por su nombre hace que regrese.

—¿Cómo sabes quién soy? —pregunta contemplándome de pies a cabeza.

Imagino que acaba de caer en la cuenta de que no nos ha dicho su nombre al recibirnos, ni su marido nos la ha presentado. Yo tampoco había pensado en eso antes de pronunciar su nombre, y algo me dice que la identidad de la pretendiente de Sharaf está en apuros. Guardo silencio, ya que no sé muy bien cómo puedo salir del paso. Ghaada acaba de ver a la futura mujer de su marido en los brazos de otro hombre, y presiento que si no le desvelo quién soy realmente va a acudir corriendo hasta mi padraastro para contárselo.

—Contesta —me apresura con el ceño fruncido mientras se aproxima a mí para examinarme de cerca.

—Sé quién eres porque crecí en esta casa con tus hijas —le confieso conteniendo la respiración.

Ian no dice nada, pero cierra la puerta de la habitación en cuanto Ghaada me quita por completo el velo para verme el rostro. El color y el corte de mi cabello no deben de darle pista alguna de que soy yo, pero tras fijarse detenidamente en todos los rasgos de mi cara, las lágrimas comienzan a deslizarse por sus mejillas.

—No puede ser, tú moriste. Yo fui a tu funeral y... —espeta nerviosa antes de envolverme entre sus brazos—. ¿Has venido a por él, verdad? —añade ahora mirándome a los ojos.

—Sí —admito aliviada por lo bien que se lo ha tomado—, pero nadie puede saber que sigo viva —insinúo pidiendo su silencio.

—Nadie lo sabrá, pero será mejor que reserves estas muestras de amor para cuando no estés aquí —me regaña recogiendo mi velo para ayudar a colocármelo.

—Descuida, no volverá a pasar —concluyo con una sonrisa.

El Adonis se ha mantenido al margen de la conversación, y deduzco que se debe a que no estaba entendiendo nada, por lo que le hago un rápido resumen mientras Ghaada termina de acomodarme el velo.

—¿Y qué me dices de mi propuesta? —pregunta segundos antes de salir de la habitación.

—Esta noche tendrás una respuesta —le aseguro, y regreso al comedor

cogiéndole cierta ventaja para no levantar sospechas.

Por ahora voy a posponer el proyecto, ya que cada vez me encuentro con más obstáculos por el camino. Lo primero ha sido el cambio de bando de Ian, luego la deserción de Bashira, y ahora ya tenemos una testigo de que he estado aquí. Por eso la petición del Adonis empieza a parecerme atractiva, pero todavía hay una parte de mí que rehúsa rendirse.

Vuelvo a sentarme al lado de Nathan para tomar el té como si nada hubiese pasado, y la reunión transcurre con más tranquilidad de la esperada, hasta que Sharaf abandona la sala y al regresar llama la atención de todos los asistentes bajo el umbral de la puerta.

—He dejado la mejor parte para el final —anuncia con una sonrisa—. Ven —ordena ahora cambiando de idioma mientras tiende la mano a alguien que aún no se deja ver.

Al cabo de dos segundos un niño pequeño de unos cinco años le agarra la mano, y ambos proceden a entrar al comedor. Lo observo de arriba abajo, y lo más llamativo son sus ojos. Uno azul y otro verde, como mi padre y yo. La herencia que nos marca de generación en generación.

—Nathan, este es Khareem, mi nieto.

Un escalofrío recorre mi cuerpo al escuchar sus palabras, y la respiración se me acelera a un ritmo desorbitado. Me mareo, y las ganas de vomitar son incipientes, pero logro controlarme gracias a mi padre y a Helena que me sujetan para que siga pegada a la silla.

—Sus padres murieron en un accidente al que milagrosamente sobrevivió, y poco después también fallecieron sus otros abuelos, con los que vivió unos años. Desde entonces yo cuido de él —declara pasando la mano por su pelo con cariño—. ¿Por qué no lo saludas, Khareem? —añade dándole un pequeño empujoncito en la espalda.

Contemplo cómo se acerca sin apenas pestañear, y al mismo tiempo me acuerdo de las palabras de Raissa. Seguro que esto tiene algo que ver con el arrepentimiento que mostraba el último día que fui a visitarla, y apuesto a que Ghaada se refería antes a mi hijo y no a Sharaf.

El niño camina despacio hasta llegar a su verdadero abuelo, que consigue tragarse sus sentimientos y saludarlo con total seriedad, y después vuelve a donde lo espera mi padrastro para rogarle en voz alta que lo deje irse a jugar con sus tías, que supongo que serán las hijas pequeñas de sus esposas. Las demás están todas casadas, y por fortuna lejos de este infierno.

Khareem se marcha, y Sharaf se sienta nuevamente a la mesa con una

sonrisa de oreja a oreja. Se siente victorioso, y eso solo acrecienta mi rabia. Dejo que pase el tiempo mientras ingenio un plan para salir de aquí y llevarme a mi hijo conmigo, y cuando lo creo conveniente, le murmuro a Nathan que me dé quince minutos antes de recogerme en la puerta trasera de la casa. Se accede desde la cocina, así que tendré que cruzar ese pasillo una última vez tras encontrar a mi niño.

Me pongo en pie y salgo disimuladamente para que nadie se percate de mi ausencia, aunque algo me dice que el hombre que mató a mi madre no estaba interesado en una nueva esposa, sino en traer a Nathan aquí para que estuviese al tanto de la existencia de Khareem.

Subo las escaleras que llevan al segundo piso donde están la mayoría de las habitaciones, y justo al llegar arriba me topo con Ghaada.

—Necesito tu ayuda —le pido exaltada—. Tengo que llevarme a mi hijo de aquí ahora.

—De acuerdo —accede sin pensárselo dos veces—, está en el dormitorio de las niñas —añade sujetándome de la muñeca para luego tirar de mí.

Atravesamos rápidamente el pasillo que lleva hasta el cuarto que ha mencionado, y antes de entrar me deshago de las lentillas. No quiero llevarme a mi hijo por la fuerza, así que tendré que convencerlo de que soy su madre, y Nathan su abuelo, para que venga por voluntad propia. Y qué mejor manera que enseñarle el característico rasgo que tenemos en común.

Entramos en la habitación y lo primero que perciben mis ojos es a cuatro niñas jugando sobre la alfombra junto con Khareem. Ghaada me informa de que una de las más pequeñas es su hija, y la otra la de la cuarta mujer de Sharaf. A esas no las conozco, pero las dos más mayores, que ya habían nacido antes de irme de aquí, salen corriendo hacia mí para abrazarme como lo ha hecho una de sus madres al reconocerme.

El niño de cinco años continúa jugando ajeno a todo, hasta que Ghaada lo llama cariñosamente para que se acerque a nosotras.

—Khareem, esta es tu mamá —le susurra una vez que nos agachamos para quedar a su altura—, y tiene que irse, pero quiere que vayas con ella.

—Hola, Khareem —lo saludo reteniendo mis lágrimas.

Se ve tan pequeño e inofensivo que no me quiero ni imaginar por lo que lo habrá hecho pasar Sharaf, pero espero de corazón que no sea ni la mitad de lo que nos ha hecho a las demás, sino volveré aquí a completar el plan que he dejado a medias.

Él no sabe muy bien qué hacer, así que solo me contempla confuso. Con esa

cara que pone me recuerda a su padre, que tenía la misma expresión cada vez que intentaba comprenderme. Una vez que reacciona, posa una mano sobre uno de mis ojos, y la otra sobre el suyo del mismo color. Sonrío, como si acabara de ver un milagro, y él me devuelve la sonrisa. Una paz que no había sentido antes me inunda al instante, pero Ghaada me devuelve a la realidad.

—No podemos demorarnos más, Samantha —dice mirando hacia el pasillo.

—¿Vienes conmigo, cielo? —le pregunto ofreciéndole mis brazos para cogerlo.

Le cuesta un poco, puesto que para él solo soy una extraña a la que se parece físicamente, pero hay algo, no sé exactamente el qué, que lo hace confiar en mí, así que acepta que lo suba en brazos.

Dejamos a las cuatro niñas solas en el dormitorio, y nos dirigimos a las escaleras para bajarlas a toda velocidad. No hay rastro de Sharaf ni de ninguno de sus hombres, así que continuamos a paso ligero hacia la cocina. Ghaada va en cabeza, asegurándose de que no nos crucemos con nadie, y yo voy en la retaguardia con Khareem auestas. Llegamos finalmente a la cocina, y la primera esposa de mi padrastro se adelanta un par de pasos para abrir la cerradura de la puerta trasera mientras yo la espero en la entrada de la estancia, que da al pasillo del que provenimos. La espero con impaciencia balanceándome de un pie a otro, hasta que noto una respiración a mi espalda que hace que me alerte. Se me para el corazón, pero aun así giro sobre mis talones para identificar a dicha persona. Lo primero que diviso es ropa típica de aquí, y ya siento cómo tiemblan mis piernas. Lo segundo es la mirada enfurecida de mi padrastro a escasos centímetros de mí.

—¿Samantha? —pregunta Sharaf una vez que me sostiene de la garganta con su mano—. ¿Por qué no te quedas un rato más para ponernos al día? —sugiere arrebatándome de los brazos a mi hijo para dejarlo a su lado en el suelo.

—No tengo nada que hablar contigo —logro decir con dificultad por la falta de aire.

—Está bien, puedes irte —espeta lanzándome a los pies de Ghaada, que lo único que le faltaba para dejarme salir era girar el pomo de la puerta—, pero mi nieto se queda.

—Si para mí no fuiste un padre, tampoco puedes ser un abuelo para él —le advierto con la mano en mi cuello y sin poder parar de toser.

—No te preocupes, Sam —me aconseja con una sonrisa—, no quiero ser su

abuelo, solo lo estoy manteniendo vivo hasta que cumpla la mayoría de edad. ¿Sabes que va a heredar toda la fortuna de la familia de Khareem? —adiciona mientras su sonrisa se amplía aún más.

—¡Eres el hombre más despreciable y ruin que existe! —exclamo desesperada intentando ponerme en pie.

—Te he ofrecido que te vayas, y aún no te he matado, como debería haber hecho por hacerme creer que estabas muerta. ¿Por qué piensas eso de mí entonces?, ¿es que quieres que te mate? —me increpa sacando su pistola para apuntarme.

En ese mismo instante, la puerta trasera que está a nuestras espaldas se abre, y es cuando entra en acción el príncipe azul que siempre acude a mi rescate. Viene armado también, y no se las piensa antes de colocarse delante de mí para que Sharaf no pueda hacerme daño, y ese deshecho de persona que estuvo casado con mi madre coloca a Khareem al frente para mantenerlo en el medio de la disputa.

—Suelta la pistola y podrás vivir unos años más —le amenaza Ian mostrando total seriedad.

—Es una buena oferta, pero voy a tener que declinarla —sentencia tranquilamente.

Ghaada se ha quedado muda, aunque la fuerza no la ha perdido, así que me ayuda a levantarme. Después de tanto tiempo vuelvo a sentir ese miedo que solo Sharaf tiene la capacidad de infundirme, y le ruego al Adonis que haga todo lo necesario para sacar a mi hijo de aquí.

—No voy a repetírtelo otra vez —insiste preparándose para hacer funcionar su arma.

—Estoy dispuesto a morir hoy —asegura desviando el objetivo de su pistola hasta Khareem que empezó a llorar desde que me lo arrancó de los brazos—, pero no voy a consentir que la zorra que me arruinó la vida sea feliz.

—¡No, por favor, no lo hagas! —grito horrorizada.

Sharaf se dispone a atravesar el cráneo de mi hijo con una bala, pero antes de que lo haga, Ian alza su arma contra él, y el rugido de una pistola al disparar retumba en mis oídos. Compruebo con la mirada de arriba abajo a Khareem, que parece estar en shock, aunque no herido, y acto seguido realizo la misma inspección al Adonis. Ambos parecen estar bien. Finalmente, mis ojos se van hasta mi padrastro, que después de unos segundos tambaleándose cae de bruces contra el suelo, y tras la figura de Sharaf aparece Farah, que es

la que lleva el arma de la que emane el humo.

—Estoy embarazada otra vez, y va a ser un niño —confiesa con la voz temblona—. No quería que fuese como él —se justifica la tercera mujer de mi padrastro.

Sharaf ha sido traicionado por mi madre, por Ghaada, por Farah y por mí. Mujeres que deberían quererlo por el simple hecho de pertenecer a su familia, pero ni ha sido un buen marido ni un buen padre, y este es su precio a pagar. Las que hemos tenido la suerte de sobrevivirlo podemos respirar tranquilas. Yo por lo menos lo haré ahora que he recuperado a mi hijo, y puedo asegurar que el único reproche que me haré por esto será el no haberle quitado la vida con mis propias manos.

—¿Eso es lo que ha estado haciendo con Khareem, enseñarle a ser como él? —escupo tendiéndole la mano a mi hijo para alejarlo del cuerpo sin vida de Sharaf.

Farah asiente, y dirijo una mirada de compasión hacia mi pequeño milagro que levanta sus brazos hacia mí para que lo coja. Lo aúpo enseguida y cuando lo hago me rodea el cuello con sus pequeños bracitos, y así es como termina de calmar sus nervios. Es la primera vez que abrazo a mi hijo, y me atrevería a decir que no hay otra sensación mejor en este mundo.

—Por suerte eso es algo que no se puede aprender, sino que se nace con ello, a veces incluso también se muere por ello —añado dedicándole una mirada de desprecio al cuerpo que hay en el suelo.

—Tenemos que irnos —me apremia el Adonis aún agobiado por la situación.

—No podemos dejarlas aquí sin más. En cuanto se corra la voz de esto pedirán sus cabezas —declaro posicionándome frente a él.

—Está bien, me quedaré para asegurarme de que eso no pase, pero tú debes marcharte. Dile a los demás que vengan y regresa a la mansión con Khareem. Iré a buscarte cuando todo termine —asevera acariciándome la mejilla.

—¿Por qué haces esto?

—Al principio creía que todo lo que hacía era para protegerte, pero me he dado cuenta de que en el fondo lo que realmente quiero es hacerte feliz —admite regalándome la mejor de sus sonrisas.

—De acuerdo, pero no puedo marcharme sin antes decirte que te quiero —confieso poniéndome de puntillas para sellar su boca con un beso.

El beso no dura tanto como debería, pero no es el momento adecuado para

hacerlo. Hay un muerto en la cocina, y tengo a Khareem en brazos que no entiende lo que está pasando, así que antes de que se compliquen más las cosas, salgo por la dichosa puerta trasera, y cuando encuentro a los chicos, los envío al interior de la casa. Todos se marchan enseguida, excepto Helena, que no quiere dejarnos solos a mi hijo y a mí.

Subo a la parte de detrás del coche, y la experta en armas conduce dejándome total libertad para estar con Khareem, que tiene muchas preguntas a las que le respondo encantada. Tiene derecho a saberlo todo sobre la vida que le ha negado Sharaf. Le hablo de su padre, de mi madre, de Raissa y también de Nathan. Nos queda toda una vida para ponernos al día, pero no quiero perder más el tiempo. Cinco años son suficientes.

—¿Vamos a subir a un avión, mamá? —pregunta con inocencia.

—Sí, tenemos que coger un avión para regresar a casa —respondo completamente feliz.

Mi corazón se derrite al oír mamá por primera vez de su boca, y puede que hasta se me escape una lágrima o dos. Y en esta ocasión no me contengo. Estas lágrimas solo marcan el cambio que va a haber en mi vida de ahora en adelante. Muerto Sharaf, se acaba mi pesadilla. Ya no tendré que ocultar mi identidad ni esconderme de nadie. El sentimiento de venganza ha alzado el vuelo, y en su lugar solo queda amor. Eso para lo que creía que no iba a estar preparada, pero Khareem con solo un vocablo ha conseguido demostrarme lo equivocada que estaba.

Epílogo

Un milagro. Este niño es milagro. Mi abuela lo estuvo repitiendo una y otra vez cuando llevé a Khareem de visita a la residencia. Un bebé que nació prematuro y sobrevivió a pesar de que todos los médicos daban la batalla por perdida. Supongo que en ese aspecto también se parece a mí, aunque no es en lo único. Durante este año he descubierto que el mal genio también le viene de mí, al igual que su fuerte carácter, aunque afortunadamente de su padre heredó el gran corazón que tiene. Es inteligente, tanto que eso no sé muy bien a quién atribuírselo, pero lo cierto es que lo es, y me lo demuestra día a día. Ya casi sabe hablar inglés como lo haría un niño nacido aquí en Las Vegas. Lo mejor sin duda alguna es lo rápido que se ha adaptado a vivir aquí y a las personas con la que tiene que tratar diariamente. A Nathan lo adora, ya que se ha convertido en el abuelo más tierno del mundo, y Allyson es su tía preferida, que lo consiente al igual que a Maya. Esta es otra con la que ha hecho muy buenas migas, y eso por no hablar de Ian. Lo sigue a todas partes y le pide continuamente que lo lleve a dar una vuelta en la moto, y por mucho que me moleste, he de admitir que eso también lo ha sacado de mí.

Ya no tengo nada que ver con los proyectos de mi padre, aunque sigo viviendo en la misma urbanización que rodea la mansión, exactamente en ese chalet en el que tuve mi primera cita con el Adonis. Tanto Ian, Maya, Khareem, y yo, nos mudamos a esa casa un mes después de regresar de Marruecos. Allyson también accedió a vivir dentro de la urbanización, pero en un solar diferente, y también le ofrecí un trabajo. Su hermano me dijo que tenía estudios de enfermería y le propuse formar parte del personal de la residencia de Raissa, así podría tener a mi abuela más controlada, y esta aceptó sin pensarlo.

En lo que concierne a Ginebra y Dereck, fueron juzgados por manipular pruebas, entorpecer el trabajo de un agente de la CIA, y por una serie de delitos más por los que deberán cumplir una pena. No estarán mucho tiempo encerrados, pero la madre de Maya no podrá volver a ejercer de policía, y a don Musculitos no querrá contratarlo nadie con la fama de chivato que arrastra a su espalda. Ian también fue procesado, porque cargó con la culpa de la

muerte de Sharaf, y tampoco podrá trabajar en un futuro como agente de la CIA, pero en ningún momento lo he visto arrepentirse por ello. Le encantaba su trabajo, pero asegura que yo le gusto todavía más, y todo lo que ha hecho para estar a mi lado merece la pena.

—¿A dónde quieres ir hoy? —me pregunta mi Adonis con una sonrisa mientras me tiende el casco de la moto.

—Tú conduce que yo te iré guiando —sentencio guiñándole el ojo para luego enfundarme el casco.

Este es el único día de la semana que podemos estar solos y salir si nos apetece. Allyson pasa todo su tiempo libre con Tay, pero los sábados son para sus sobrinos. Se los lleva a casa por la tarde y hasta la mañana siguiente permanecen con ella. Al principio no estaba muy de acuerdo, pero en cuanto comprobé lo mucho que disfrutaba Khareem, desapareció mi angustia.

Le indico dónde tiene que girar o seguir hacia delante, intentando mantener el misterio el mayor tiempo posible, y logro hacerlo hasta que aparca junto a la acera.

—¿Este no es el estudio de tatuajes de Giovanni? —anuncia mirándome con cara de sorpresa.

—Así es —afirmo aferrándome a su brazo para tirar de él hacia el interior del local.

—¿Vas a hacerte otro tatuaje? —añade con el ceño fruncido resistiéndose a entrar.

—En realidad quiero que tú te lo hagas conmigo —confieso tímidamente—. Sé que te dije que no quería volver a casarme, pero me gustaría simbolizar nuestro amor de alguna forma.

—¿Y un tatuaje es la mejor manera para ello?

—Será el primer buen recuerdo que lleve sobre la piel —le aseguro sonriente.

—Entonces lo haré encantado —concluye rodeando mis caderas con ambas manos para acercarme a él y besarme.

Y una hora después salimos del estudio de Giovanni con nuestros nuevos y pequeños tatuajes, que son unos anillos en los dedos anulares, justo donde deberían ir los del matrimonio, y están personificados con la inicial del otro.

—¿Qué viene ahora? —espeta Ian sin poder dejar de mirarse el dedo.

—La noche de bodas —propongo provocando que desvíe su atención hacia mí.

—De acuerdo, partir de ahora dejaré que decidas tú siempre —insinúa

dirigiéndose a la moto.

Salgo tras él, y salto a su espalda con agilidad. Lo envuelvo con brazos y piernas, y me afianzo con fuerza causando que este se detenga.

—¿Qué te pasa ahora?

—Nada, solo que te quiero —admito con los ojos cerrados deseando que esto nunca se acabe.

} 1 {